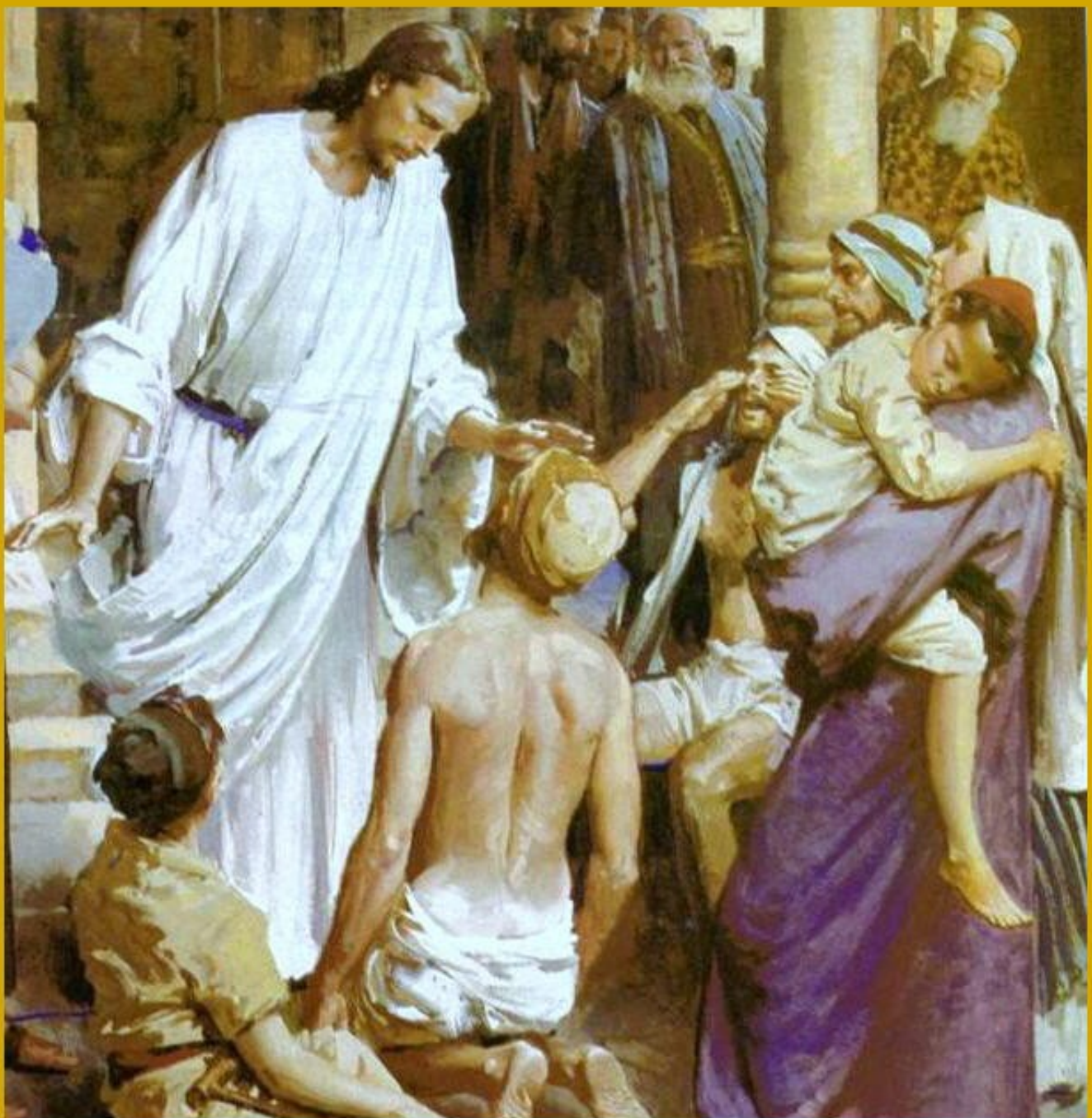


Santo Tomás de Aquino

MEDITACIONES

Tiempo ordinario



Santo Tomás de Aquino

MEDITACIONES

ENTRESACADAS DE SUS OBRAS

TIEMPO ORDINARIO

Título de la obra en latín

MEDULLA S. THOMAE AQUITATIS PER OMNES ANNI LITURGICI
DIES DISTRBUITA,
SEU MEDITATIONES EX OPERIBUS S. THOMAE DEPROMPTAE

Recopilación, ordenación y prólogo de
FR. Z. MÉZARD O. P.

Traducción del latín por
LUIS M. DE CÁDIZ

PREFACIO

Todo este libro, tanto en los conceptos como en las mismas palabras, es, en verdad, obra del piadosísimo Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino.

Una sola cosa puede atribuirse el recopilador como suya, a saber: haber buscado en todas las obras del gran Maestro todo lo más suave, piadoso y apropiado para fomentar la edificación, y haberlo distribuido por todos los días del año litúrgico¹, con el fin de que se tuviese así reunida la esencia dulcísima de este admirable Cedro del Líbano, para poder tomarla y saborearla cada día, ya por medio de la lectura, ya por el esfuerzo mas atento de la meditación.

No deben buscarse aquí, ciertamente, las meditaciones que tantas veces se publican para uso de los fieles, meditaciones enteramente acabadas, muy solícitas en indicar, a veces con excesiva prolijidad, no solamente las ideas para la inteligencia, sino también los afectos para el corazón y hasta los propósitos prácticos que deben sacarse, de suerte que apenas queda al que medita nada que hacer o investigar.

Aquí, sin duda, sólo las ideas se presentan al espíritu, ideas breves, en estilo elevado, claras, firmes, pero ¡cuán llenas y fecundas, cuán saturadas de piedad y de verdadero amor de Dios!

No son, ciertamente, raros los que, cansados del lenguaje excesivamente difuso de los libros, desean encontrar dentro de un estilo conciso de pocas palabras el pan de vida y entendimiento.

Vayan al Doctor Angélico, que les dará no solamente amplia materia para meditar, sino también la más apta para reformar las costumbres, y también para nutrir y acrecentar el amor a nuestro Salvador.

FR. MÉZARD, O. P.

¹ Esta tomo sólo incluye una parte del libro original, el TIEMPO ORDINARIO. Se ha actualizado el calendario litúrgico.

ÍNDICE

LUNES DE LA PRIMERA SEMANA.....	24
SÍNTESIS DE LA PREDICACIÓN DE CRISTO.....	24
MARTES DE LA PRIMERA SEMANA.....	25
ESTUDIO DE LA SABIDURÍA, PRINCIPALMENTE DE LA SABIDURÍA ENCARNADA.....	25
MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA.....	26
CRISTO ELIGIÓ LA VIDA ACTIVA.....	26
JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA.....	27
UTILIDAD DE MEDITAR LOS MISTERIOS DE CRISTO.....	27
VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA.....	29
ES UN BENEFICIO INSIGNE SALIR DEL PECADO.....	29
SÁBADO DE LA PRIMERA SEMANA.....	30
PRINCIPIO DE TODO PECADO.....	30
DOMINGO DE LA SEGUNDA SEMANA.....	31
AMISTAD ENTRE DIOS Y EL HOMBRE POR LA CARIDAD.....	31
LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA.....	32
LAS BODAS ESPIRITUALES.....	32
MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA.....	33
CÓMO SE HA DE SERVIR AL SEÑOR EN DOMINGO.....	33
MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA.....	35
AMOR DE DIOS.....	35
JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA.....	36
VIDA DE CRISTO ENTRE LOS HOMBRES.....	36
VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA.....	37
OBRAS DE LA VIDA ACTIVA.....	37
SÁBADO DE LA SEGUNDA SEMANA.....	39
HUMILDAD Y OBEDIENCIA DE CRISTO.....	39
DOMINGO DE LA TERCERA SEMANA.....	40
ADVENIMIENTO DEL CONSUELO DIVINO.....	40

LUNES DE LA TERCERA SEMANA.....	41
LOS PECADOS ESPIRITUALES.....	41
MARTES DE LA TERCERA SEMANA.....	43
CóMo HEMOS DE PRESENTARNOS A DIOS.....	43
MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA.....	44
LA SEMILLA.....	44
JUEVES DE LA TERCERA SEMANA.....	45
LOS VESTIDOS DE LAS VIRTUDES.....	45
VIERNES DE LA TERCERA SEMANA.....	47
ACRECENTAMIENTO DE LA CARIDAD.....	47
SÁBADO DE LA TERCERA SEMANA.....	48
LA PAZ Y LA VICTORIA POR JESÚS.....	48
DOMINGO DE LA CUARTA SEMANA.....	49
EL POZO DELEITOSO.....	49
LUNES DE LA CUARTA SEMANA.....	50
HERIDAS DE LA NATURALEZA COMO CONSECUENCIA DEL PECADO	50
MARTES DE LA CUARTA SEMANA.....	51
EFFECTOS DE LA FE.....	51
MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA.....	52
DEBERES PARA CON EL VERBO DE DIOS.....	52
JUEVES DE LA CUARTA SEMANA.....	54
CONVENIENCIA DEL PRECEPTO DEL AMOR AL PRÓJIMO.....	54
VIERNES DE LA CUARTA SEMANA.....	55
LAS HIJAS DE LA LUJURIA.....	55
SÁBADO DE LA CUARTA SEMANA.....	56
ES MENESTER BUSCAR LA BIENAVENTURANZA EN LA VIDA CON DIOS.....	56
DOMINGO DE LA QUINTA SEMANA.....	58
EXCELENCIA DE LA VIDA CONTEMPLATIVA.....	58
LUNES DE LA QUINTA SEMANA.....	59
LA VIDA EN CRISTO.....	59

MARTES DE LA QUINTA SEMANA.....	61
LA VIRTUD DE RELIGIÓN.....	61
MIÉRCOLES DE LA QUINTA SEMANA.....	62
MODO DE VENCER LA LUJURIA.....	62
JUEVES DE LA QUINTA SEMANA.....	63
EL HOMBRE DEBE SUJETARSE A TODOS POR HUMILDAD.....	63
VIERNES DE LA QUINTA SEMANA.....	65
SUAVE EXPERIENCIA DE LA BONDAD DIVINA.....	65
SÁBADO DE LA QUINTA SEMANA.....	66
EL MANÁ ESCONDIDO.....	66
DOMINGO DE LA SEXTA SEMANA.....	67
LA SEÑAL DEL VERDADERO AMOR.....	67
LUNES DE LA SEXTA SEMANA.....	69
CONMEMORACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR.....	69
MARTES DE LA SEXTA SEMANA.....	70
UNOS VEN MÁS PERFECTAMENTE QUE OTROS LA ESENCIA DE DIOS.....	70
MIÉRCOLES DE LA SEXTA SEMANA.....	71
LAS RELIQUIAS DEL PECADO.....	71
JUEVES DE LA SEXTA SEMANA.....	73
EXAMEN DE NUESTRA CAUSA EN EL JUICIO.....	73
VIERNES DE LA SEXTA SEMANA.....	74
EL GALARDÓN.....	74
SÁBADO DE LA SEXTA SEMANA.....	76
TRANSFIGURACIÓN DE CRISTO.....	76
DOMINGO DE LA SÉPTIMA SEMANA.....	77
LA PACIENCIA.....	77
LUNES DE LA SÉPTIMA SEMANA.....	78
BIENES Y NECESIDAD DE LA FE.....	78
MARTES DE LA SÉPTIMA SEMANA.....	80
LA VANAGLORIA.....	80
MIÉRCOLES DE LA SÉPTIMA SEMANA.....	81

EL SANTÍSIMO NOMBRE DE DIOS.....	81
JUEVES DE LA SÉPTIMA SEMANA.....	83
EL PECADO SE AGRAVA SEGÚN LA CONDICIÓN DE LA PERSONA CONTRA QUIEN SE PECA.....	83
VIERNES DE LA SÉPTIMA SEMANA.....	84
PERFECCIÓN NECESARIA PARA SALVARSE.....	84
SÁBADO DE LA SÉPTIMA SEMANA.....	85
MODO DE EVITAR LA SOBERBIA.....	85
DOMINGO DE LA OCTAVA SEMANA.....	86
LA BIENAVENTURANZA.....	86
LUNES DE LA OCTAVA SEMANA.....	87
CRISTO DEBIÓ LLEVAR VIDA POBRE.....	87
MARTES DE LA OCTAVA SEMANA.....	89
UTILIDAD DE LOS VOTOS.....	89
MIÉRCOLES DE LA OCTAVA SEMANA.....	90
LA SANTIDAD.....	90
JUEVES DE LA OCTAVA SEMANA.....	91
DOS ACTOS INTERIORES DE LA VIRTUD DE RELIGIÓN: LA DEVOCIÓN Y LA ORACIÓN.....	91
VIERNES DE LA OCTAVA SEMANA.....	93
EL TEMPLO DE DIOS.....	93
SÁBADO DE LA OCTAVA SEMANA.....	94
EXCELENCIA DE LA NATURALEZA DIVINA.....	94
DOMINGO DE LA NOVENA SEMANA.....	95
EL VOTO DE OBEDIENCIA ES EL MÁS EXCELENTE ENTRE LOS TRES VOTOS RELIGIOSOS.....	95
LUNES DE LA NOVENA SEMANA.....	96
GRAVEDAD DE LA SOBERBIA.....	96
MARTES DE LA NOVENA SEMANA.....	97
UTILIDADES DERIVADAS DE LA CONSIDERACIÓN DE DIOS CREADOR.....	97
MIÉRCOLES DE LA NOVENA SEMANA.....	98
LA VIDA ETERNA.....	98
JUEVES DE LA NOVENA SEMANA.....	100

POSIBILIDAD DEL AMOR PERFECTO AL PRÓJIMO.....	100
VIERNES DE LA NOVENA SEMANA.....	101
CAUSA Y EFECTO DE LA DEVOCIÓN.....	101
SÁBADO DE LA NOVENA SEMANA.....	102
LOS PRECEPTOS DE LA CARIDAD.....	102
DOMINGO DE LA DÉCIMA SEMANA.....	103
VOLUNTAD DE LOS CONDENADOS.....	104
LUNES DE LA DÉCIMA SEMANA.....	105
PREPARACIÓN A LA VIDA CONTEMPLATIVA POR LAS VIRTUDES MORALES.....	105
MARTES DE LA DÉCIMA SEMANA.....	106
OBJETO DE LA CONTEMPLACIÓN.....	107
MIÉRCOLES DE LA DÉCIMA SEMANA.....	108
DILIGENCIA PARA ENTRAR EN EL REPOSO.....	108
JUEVES DE LA DÉCIMA SEMANA.....	109
NUEVO MANDATO DEL AMOR.....	110
VIERNES DE LA DÉCIMA SEMANA.....	111
LA MANCHA DEL PECADO.....	111
SÁBADO DE LA DÉCIMA SEMANA.....	112
EL TEMOR DEL SEÑOR.....	112
DOMINGO DE LA UNDÉCIMA SEMANA.....	113
"INAMISIBILIDAD" DE LA PERFECTA BIENAVENTURANZA.....	113
LUNES DE LA UNDÉCIMA SEMANA.....	115
LA BONDAD DE DIOS.....	115
MARTES DE LA UNDÉCIMA SEMANA.....	116
APARICIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.....	116
MIÉRCOLES DE LA UNDÉCIMA SEMANA.....	117
ORACIÓN DEL SEÑOR EN EL HUERTO.....	117
JUEVES DE LA UNDÉCIMA SEMANA.....	118
INTERCESIÓN DE MARÍA AUXILIADORA.....	118
VIERNES DE LA UNDÉCIMA SEMANA.....	120
EL PECADO PUEDE SER PENA DEL PECADO.....	120

SÁBADO DE LA UNDÉCIMA SEMANA.....	121
VOCACIÓN DE LOS HOMBRES.....	121
DOMINGO DE LA DUODÉCIMA SEMANA.....	122
PERFECCIÓN DE CONSEJO.....	122
LUNES DE LA DUODÉCIMA SEMANA.....	123
¿ES LA MISERICORDIA LA MAYOR DE LAS VIRTUDES?.....	123
MARTES DE LA DUODÉCIMA SEMANA.....	125
EL VINO BUENO.....	125
MIÉRCOLES DE LA DUODÉCIMA SEMANA.....	126
TRES CLASES DE VINO.....	126
JUEVES DE LA DUODÉCIMA SEMANA.....	127
NECESIDAD DE TENER EL CORAZÓN AFIRMADO EN DIOS PARA EVITAR LOS PECADOS.....	127
VIERNES DE LA DUODÉCIMA SEMANA.....	128
DEBEMOS SEGUIR AL SEÑOR.....	128
SÁBADO DE LA DUODÉCIMA SEMANA.....	129
FLAGELACIÓN DE CRISTO.....	129
DOMINGO DE LA 13ª SEMANA.....	130
ESTADO DE PERFECCIÓN.....	130
LUNES DE LA 13ª SEMANA.....	131
EL AMOR A DIOS.....	131
MARTES DE LA 13ª SEMANA.....	133
LA PERSEVERANCIA.....	133
MIÉRCOLES DE LA 13ª SEMANA.....	134
AMOR DESORDENADO DE SÍ MISMO.....	134
JUEVES DE LA 13ª SEMANA.....	135
DIFERENCIA ENTRE EL PECADO VENIAL Y EL PECADO MORTAL.....	135
VIERNES DE LA 13ª SEMANA.....	137
CONVERSIÓN DEL APÓSTOL.....	137
SÁBADO DE LA 13ª SEMANA.....	138
REFECCIÓN ESPIRITUAL.....	138
DOMINGO DE LA 14ª SEMANA.....	139

GRADOS DE LA BIENAVENTURANZA.....	139
LUNES DE LA 14ª SEMANA.....	141
LA ESPERANZA.....	141
MARTES DE LA 14ª SEMANA.....	142
UNIÓN CON DIOS POR MEDIO DEL AMOR.....	142
MIÉRCOLES DE LA 14ª SEMANA.....	143
DE QUÉ MODO ES POSIBLE TENER CARIDAD PERFECTA EN ESTA VIDA.....	143
JUEVES DE LA 14ª SEMANA.....	145
EFFECTOS DEL AMOR.....	145
VIERNES DE LA 14ª SEMANA.....	146
LA PRUDENCIA.....	146
SÁBADO DE LA 14ª SEMANA.....	147
LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS.....	147
DOMINGO DE LA 15ª SEMANA.....	149
CAUSAS DEL AMOR.....	149
LUNES DE LA 15ª SEMANA.....	150
LA FORTALEZA.....	150
MARTES DE LA 15ª SEMANA.....	152
LA NECEDAD.....	152
MIÉRCOLES DE LA 15ª SEMANA.....	153
LA SOBERBIA.....	153
JUEVES DE LA 15ª SEMANA.....	153
EL YUGO DE CRISTO.....	153
VIERNES DE LA 15ª SEMANA.....	155
PARA LA PERFECCIÓN RELIGIOSA SE REQUIERE QUE LA POBREZA, LA CASTIDAD Y LA OBEDIENCIA SE PRACTIQUEN POR VOTO.....	155
SÁBADO DE LA 15ª SEMANA.....	156
EL REATO DE LA PENA ES EFECTO DEL PECADO.....	156
DOMINGO DE LA 16ª SEMANA.....	156
ETERNIDAD DE LAS PENAS DE LOS CONDENADOS.....	156
LUNES DE LA 16ª SEMANA.....	158

LA NEGLIGENCIA.....	158
MARTES DE LA 16ª SEMANA.....	160
LA PERFECCIÓN CONSISTE EN LOS PRECEPTOS Y NO EN LOS CONSEJOS.....	160
MIÉRCOLES DE LA 16ª SEMANA.....	161
VIDA DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.....	161
JUEVES DE LA 16ª SEMANA.....	162
LA GRACIA INFINITA DE CRISTO.....	162
VIERNES DE LA 16ª SEMANA.....	164
OBSERVANCIA DE LA PALABRA DE DIOS.....	164
SÁBADO DE LA 16ª SEMANA.....	165
EL PECADO MORTAL OBLIGA A LA PENA ETERNA.....	165
DOMINGO DE LA 17ª SEMANA.....	166
PODER DEL SUMO JUEZ.....	166
LUNES DE LA 17ª SEMANA.....	168
PERMANENCIA EN CRISTO.....	168
MARTES DE LA 17ª SEMANA.....	169
FELICIDAD DE LOS SANTOS.....	169
MIÉRCOLES DE LA 17ª SEMANA.....	170
SAN ANDRÉS.....	170
JUEVES DE LA 17ª SEMANA.....	171
ESTUDIO DE LAS LETRAS.....	171
VIERNES DE LA 17ª SEMANA.....	172
MATERNIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.....	172
SÁBADO DE LA 17ª SEMANA.....	174
LA INTEMPERANCIA.....	174
DOMINGO DE LA 18ª SEMANA.....	176
LA CENA DEL SEÑOR.....	176
LUNES DE LA 18ª SEMANA.....	177
AMOR AL BIEN SUMAMENTE DELEITABLE.....	177
MARTES DE LA 18ª SEMANA.....	178
AMOR DE CRISTO A LOS DISCÍPULOS.....	178
MIÉRCOLES DE LA 18ª SEMANA.....	179

IMPLORACIÓN DE MARÍA A JESÚS.....	179
JUEVES DE LA 18ª SEMANA.....	180
ILUSTRACIÓN INTERIOR DEL ALMA.....	180
VIERNES DE LA 18ª SEMANA.....	182
IMITACIÓN DE CRISTO.....	182
SÁBADO DE LA 18ª SEMANA.....	183
INTERCESIÓN DE LOS SANTOS ANTE DIOS EN FAVOR NUESTRO.....	183
DOMINGO DE LA 19ª SEMANA.....	185
EL PURGATORIO.....	185
LUNES DE LA 19ª SEMANA.....	186
FRUTO DEL CONOCIMIENTO DE DIOS.....	186
MARTES DE LA 19ª SEMANA.....	187
NECESIDAD DE LA HUMILDAD.....	187
MIÉRCOLES DE LA 19ª SEMANA.....	188
LA MUTUA CARIDAD.....	188
JUEVES DE LA 19ª SEMANA.....	189
NECESIDAD DEL JUICIO FINAL.....	189
VIERNES DE LA 19ª SEMANA.....	190
PERFECCIÓN DE LA VIDA CRISTIANA.....	190
SÁBADO DE LA 19ª SEMANA.....	191
PRESENCIA DE DIOS EN TODAS PARTES.....	191
DOMINGO DE LA 20ª SEMANA.....	193
EL MÉRITO DE LA VIDA CONTEMPLATIVA.....	193
LUNES DE LA 20ª SEMANA.....	194
SI SE REQUIERE LA POBREZA PARA LA PERFECCIÓN RELIGIOSA.....	194
MARTES DE LA 20ª SEMANA.....	195
ASUNCIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.....	195
MIÉRCOLES DE LA 20ª SEMANA.....	197
ES PRECISO TRABAJAR EN LA VIÑA DEL SEÑOR.....	197
JUEVES DE LA 20ª SEMANA.....	198
PENAS DE LOS CONDENADOS.....	198

VIERNES DE LA 20ª SEMANA.....	199
CONDICIONES NECESARIAS PARA CUMPLIR EL PRECEPTO DEL AMOR DE DIOS.....	199
SÁBADO DE LA 20ª SEMANA.....	201
RECUPERACIÓN DE LA CARIDAD PRIMERA.....	201
DOMINGO DE LA 21ª SEMANA.....	202
MANIFESTACIÓN DE DIOS AL QUE LE AMA.....	202
LUNES DE LA 21ª SEMANA.....	204
LA MUERTE ETERNA.....	204
MIÉRCOLES DE LA 21ª SEMANA.....	205
LA CONTRICIÓN.....	205
JUEVES DE LA 21ª SEMANA.....	206
LA TEMPLANZA.....	206
VIERNES DE LA 21ª SEMANA.....	208
PURIFICACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA.....	208
SÁBADO DE LA 21ª SEMANA.....	209
INTELIGENCIA DE LOS CONDENADOS.....	209
DOMINGO DE LA 22ª SEMANA.....	210
FIESTA DE LA DEDICACIÓN.....	210
LUNES DE LA 22ª SEMANA.....	211
SACERDOCIO DE CRISTO.....	211
MARTES DE LA 22ª SEMANA.....	213
LLAMAMIENTO DE LA VOZ DE DIOS.....	213
MIÉRCOLES DE LA 22ª SEMANA.....	214
CRISTO NO DEBIÓ LLEVAR VIDA AUSTERA.....	214
JUEVES DE LA 22ª SEMANA.....	215
ADMIRABLE PRIVILEGIO DEL AMOR.....	215
VIERNES DE LA 22ª SEMANA.....	216
MODO DE RECUPERAR LA DULZURA DIVINA PERDIDA.....	216
SÁBADO DE LA 22ª SEMANA.....	218
LA JUSTICIA.....	218

DOMINGO DE LA 23ª SEMANA.....	219
EFFECTOS DE LA CONTEMPLACIÓN.....	219
LUNES DE LA 23ª SEMANA.....	221
LA MUERTE SEGUNDA.....	221
MARTES DE LA 23ª SEMANA.....	222
ENFERMEDADES DEL PECADO.....	222
MIÉRCOLES DE LA 23ª SEMANA.....	224
CARENCIA DE ESPERANZA.....	224
JUEVES DE LA 23ª SEMANA.....	225
CUATRO BIENES DE LA LEY DEL AMOR.....	225
VIERNES DE LA 23ª SEMANA.....	226
LAS VIRTUDES CARDINALES.....	226
SÁBADO DE LA 23ª SEMANA.....	227
LA VID Y LOS SARMIENTOS.....	227
DOMINGO DE LA 24ª SEMANA.....	229
PENAS DEL PURGATORIO.....	229
LUNES DE LA 24ª SEMANA.....	230
INVOCACIÓN A LOS SANTOS.....	230
MARTES DE LA 24ª SEMANA.....	231
EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.....	231
MIÉRCOLES DE LA 24ª SEMANA.....	232
GOZO ESPIRITUAL.....	232
JUEVES DE LA 24ª SEMANA.....	234
DURACIÓN DE LA CONTRICIÓN.....	234
VIERNES DE LA 24ª SEMANA.....	235
LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.....	235
SÁBADO DE LA 24ª SEMANA.....	236
EL PROGRESO EN EL AMOR, BAJO EL SÍMBOLO DEL CARBÓN, LA LLAMA Y LA LUZ.....	236
DOMINGO DE LA 25ª SEMANA.....	238
LA PRECIPITACIÓN.....	238
LUNES DE LA 25ª SEMANA.....	239

LA PUREZA DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.....	239
MARTES DE LA 25ª SEMANA.....	240
VISITACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.....	240
MIÉRCOLES DE LA 25ª SEMANA.....	242
OBRAS DE LOS RELIGIOSOS.....	242
JUEVES DE LA 25ª SEMANA.....	243
VISIÓN INMEDIATA DE DIOS.....	243
VIERNES DE LA 25ª SEMANA.....	244
CÓMO PECA MÁS LEVEMENTE EL RELIGIOSO Y SE LEVANTA MÁS FÁCILMENTE.....	244
SÁBADO DE LA 25ª SEMANA.....	245
PRESENTACIÓN DE CRISTO EN EL TEMPLO.....	245
DOMINGO DE LA 26ª SEMANA.....	247
TRES GRADOS DE CARIDAD.....	247
LUNES DE LA 26ª SEMANA.....	248
SI LA OBEDIENCIA PERTENECE A LA PERFECCIÓN RELIGIOSA.....	248
MARTES DE LA 26ª SEMANA.....	249
ADHESIÓN A CRISTO.....	249
MIÉRCOLES DE LA 26ª SEMANA.....	250
LA PERFECCIÓN RELIGIOSA CONSISTE EN LOS TRES VOTOS.....	250
JUEVES DE LA 26ª SEMANA.....	251
JESÚS LLAMA A LA PUERTA.....	251
VIERNES DE LA 26ª SEMANA.....	253
LA IMPRUDENCIA.....	253
SÁBADO DE LA 26ª SEMANA.....	254
DEBE CREERSE EN LA VIDA ETERNA.....	254
DOMINGO DE LA 27ª SEMANA.....	255
MODO DE CONOCER LOS SECRETOS DIVINOS.....	255
LUNES DE LA 27ª SEMANA.....	256
OTRAS UTILIDADES DE LA LEY DEL AMOR.....	256
MARTES DE LA 27ª SEMANA.....	257

EVITAR LA SOLICITUD EXCESIVA DE LAS COSAS TEMPORALES Y BUSCAR UNA SOLA COSA.....	257
MIÉRCOLES DE LA 27ª SEMANA.....	259
DIOS PADRE NUESTRO.....	259
JUEVES DE LA 27ª SEMANA.....	260
EL SANTÍSIMO ROSARIO.....	260
VIERNES DE LA 27ª SEMANA.....	261
DEBE ORARSE SIN INTERMISIÓN.....	261
SÁBADO DE LA 27ª SEMANA.....	263
REFORMA INTERIOR.....	263
DOMINGO DE LA 28ª SEMANA.....	264
INMUTABILIDAD DE DIOS.....	264
LUNES DE LA 28ª SEMANA.....	265
CUÁDRUPLE VISIÓN DE DIOS.....	265
MARTES DE LA 28ª SEMANA.....	267
LA VERDADERA Y GRAN VIRTUD.....	267
MIÉRCOLES DE LA 28ª SEMANA.....	268
ESTADO DE LOS PECADORES.....	268
JUEVES DE LA 28ª SEMANA.....	269
LA VANAGLORIA ES VICIO CAPITAL.....	269
VIERNES DE LA 28ª SEMANA.....	271
DIOS, GOBERNADOR DE TODAS LAS COSAS.....	271
SÁBADO DE LA 28ª SEMANA.....	272
LOS ÁNGELES CUSTODIOS.....	272
DOMINGO DE LA 29ª SEMANA.....	273
ANUNCIACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.....	273
LUNES DE LA 29ª SEMANA.....	274
COSAS NECESARIAS PARA ADQUIRIR Y ACRECENTAR LA CARIDAD.....	274
MARTES DE LA 29ª SEMANA.....	276
NECESIDAD DE LA VIGILANCIA.....	276
MIÉRCOLES DE LA 29ª SEMANA.....	277

LA GRANDEZA MORAL O SOCIAL DE LA PERSONA QUE PECA AGRAVA EL PECADO.....	277
JUEVES DE LA 29ª SEMANA.....	278
SAN JUAN BAUTISTA.....	278
VIERNES DE LA 29ª SEMANA.....	279
NO DEBE DIFERIRSE LA CONVERSIÓN.....	279
SÁBADO DE LA 29ª SEMANA.....	280
OBLIGACIÓN DE HACER EL BIEN.....	280
DOMINGO DE LA 30ª SEMANA.....	282
"NO TENDRÁS DIOSES EXTRAÑOS DELANTE DE MÍ".	282
LUNES DE LA 30ª SEMANA.....	284
CRISTO VIVIÓ EN ESTE MUNDO DE ACUERDO CON LA LEY (MOSAICA).....	284
MARTES DE LA 30ª SEMANA.....	285
BUEN USO DEL TIEMPO.....	285
MIÉRCOLES DE LA 30ª SEMANA.....	286
LA PUERTA ESTRECHA.....	286
JUEVES DE LA 30ª SEMANA.....	288
FAMILIARIDAD DIVINA.....	288
VIERNES DE LA 30ª SEMANA.....	289
EL QUE PECA POR MALICIA PECA MÁS GRAVEMENTE QUE EL QUE PECA POR PASIÓN.....	289
SÁBADO DE LA 30ª SEMANA.....	290
HAY QUE PRACTICAR LA HUMILDAD, A EJEMPLO DE CRISTO.....	290
DOMINGO DE LA 31ª SEMANA.....	292
EN LA CRUZ HALLAMOS EL EJEMPLO DE TODAS LAS VIRTUDES....	292
LUNES DE LA 31ª SEMANA.....	293
LAS BUENAS ACCIONES.....	293
MARTES DE LA 31ª SEMANA.....	294
LA GRAN CENA.....	294
MIÉRCOLES DE LA 31ª SEMANA.....	295
RENUNCIA DE LAS COSAS TEMPORALES.....	295

JUEVES DE LA 31ª SEMANA.....	296
EXCELENCIA DE LA CARIDAD.....	296
VIERNES DE LA 31ª SEMANA.....	298
EL TEMOR DEL JUICIO FINAL.....	298
SÁBADO DE LA 31ª SEMANA.....	298
EL GOZO ETERNO.....	299
DOMINGO DE LA 32ª SEMANA.....	300
LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS, EL PERDÓN DE LOS PECADOS....	300
LUNES DE LA 32ª SEMANA.....	302
ATRACCIÓN DE LOS ENEMIGOS.....	302
MARTES DE LA 32ª SEMANA.....	303
EL SERVICIO DE DIOS.....	303
MIÉRCOLES DE LA 32ª SEMANA.....	304
DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS	304
JUEVES DE LA 32ª SEMANA.....	306
CÓMO HA DE SERVIRSE A DIOS.....	306
VIERNES DE LA 32ª SEMANA.....	307
HAY QUE VELAR SIEMPRE.....	307
SÁBADO DE LA 32ª SEMANA.....	309
MODO DE ORAR.....	309
DOMINGO DE LA 33ª SEMANA.....	310
LA VIDA ETERNA CONSISTE EN NUESTRA UNIÓN CON DOS.....	310
LUNES DE LA 33ª SEMANA.....	311
TINIEBLAS Y SOMBRA DE MUERTE.....	311
MARTES DE LA 33ª SEMANA.....	313
CUATRO MODOS CON QUE LOS DEMONIOS IMPIDEN LA CONTEMPLACIÓN.....	313
MIÉRCOLES DE LA 33ª SEMANA.....	314
LA PEREZA.....	314
JUEVES DE LA 33ª SEMANA.....	315
LA PAZ.....	315
VIERNES DE LA 33ª SEMANA.....	317

LA SENDA PARA ENCONTRAR A JESÚS.....	317
SÁBADO DE LA 33ª SEMANA.....	318
UTILIDAD DE LA FE EN LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS.....	318
DOMINGO DE LA 34ª SEMANA.....	319
EL JUICIO FINAL.....	319
LUNES DE LA 34ª SEMANA.....	320
SACRIFICIOS QUE HAN DE OFRECERSE A DIOS.....	320
MARTES DE LA 34ª SEMANA.....	321
TIEMPO EN QUE TENDRÁ LUGAR EL ÚLTIMO JUICIO.....	321
MIÉRCOLES DE LA 34ª SEMANA.....	323
EL BIEN DE LAS TRIBULACIONES.....	323
JUEVES DE LA 34ª SEMANA.....	324
NECESIDAD DE CAUTELA.....	324
VIERNES DE LA 34ª SEMANA.....	325
TEMOR AL JUICIO.....	325
SÁBADO DE LA 34ª SEMANA.....	327
LA FIDELIDAD.....	327

Lunes de la primera semana

SÍNTESIS DE LA PREDICACIÓN DE CRISTO

El Verbo del eterno Padre, que comprende en su inmensidad todas las cosas, para volver a llevar a la excelsitud de la gloria divina al hombre empequeñecido por los pecados, quiso hacerse pequeño, tomando nuestra pequeñez, sin deponer su majestad.

Y para que ninguno se excuse de recibir la doctrina de la palabra celestial, que había entregado a los estudiosos amplia y dilucidadamente por medio de los volúmenes de la Santa Escritura, compendió brevemente su doctrina de la salvación humana en favor de los ocupados en los cuidados de la vida.

La salvación humana consiste en conocer la verdad, para que no sea obscurecido el entendimiento humano por los diversos errores; en proseguir su verdadero fin, no sea que, siguiendo fines indebidos, se aparte de la verdadera felicidad; en la observancia de la justicia, para que no se mancille con los diversos vicios. Cristo condensó en algunos breves artículos de la fe el conocimiento de la verdad, necesaria para la salvación humana. De ahí que diga el Apóstol: *Palabra abreviada hará el Señor sobre la tierra* (Rom 9, 28), y *Ésta es la palabra de la fe que predicamos* (Rom 10, 8).

En cuanto a la intención humana, él la rectificó por una breve oración, en la cual, para enseñarnos a orar, nos mostró cómo debe dirigirse nuestra intención y nuestra esperanza. En cuanto a la justicia humana, que consiste en observar la ley, la resumió en el precepto único de la caridad: *Y, así, la caridad es el cumplimiento de la ley* (Rom 13, 10).

El Apóstol enseñó también que toda la perfección de la vida presente consiste en la fe, esperanza y caridad, como en tres capítulos abreviados de nuestra salvación, diciendo: *Ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la esperanza y la caridad* (1 Cor 13, 13). Por eso dice San Agustín que en tres cosas es honrado Dios.

La recta razón requiere este orden, porque el amor no puede ser recto si con anterioridad no se establece el debido fin de nuestra esperanza; y esto no es posible sin el conocimiento de la verdad. Así, la fe, que nos es necesaria para conocer la verdad, ocupa el primer lugar; luego la esperanza,

por la cual se orienta nuestro deseo, al debido fin; y por último, es necesaria la caridad, por la cual se ordena totalmente el amor.

(*Ad Regim.*)

Martes de la primera semana

ESTUDIO DE LA SABIDURÍA, PRINCIPALMENTE DE LA SABIDURÍA ENCARNADA

I. Entre todos los estudios de los hombres, el de la sabiduría es el más perfecto, más sublime, más útil y más delicioso.

El más perfecto, porque cuanto más el hombre se aplica a él, mayor es ya su participación en la verdadera bienaventuranza. Por lo cual dice el sabio: *Bienaventurado el varón que morare en la sabiduría* (Eccli 14, 22).

Más sublime, porque por él el hombre se acerca principalmente a la semejanza de Dios, que lo hizo todo con sabiduría. Y como la semejanza es causa del amor, el estudio de la sabiduría une principalmente a Dios por medio de la amistad. Por eso se dice que *la Sabiduría es un tesoro infinito para los hombres; los que han usado del cual han sido hechos partícipes de la amistad de Dios* (Sab 7, 14).

Es el más útil, porque por medio de la sabiduría se llega al reino de la inmortalidad: *El deseo de la sabiduría conduce al reino eterno* (Sab 6, 21).

Es el más delicioso, porque *ni su conversación tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo* (Sab 8, 16).

(*Contra Gentiles*, lib. I, cap. 2)

II. Existe una diferencia entre el conocimiento de Dios adquirido por las ciencias y el adquirido por la fe. El conocimiento de Dios adquirido por la ciencia ilumina sólo el entendimiento, mostrando que Dios es la causa primera, que es uno y sabio, etc. Mas el conocimiento de Dios por medio de la fe ilustra al entendimiento, y alegra el corazón, pues no solamente dice que Dios es la primera causa, sino que es nuestro salvador, que es redentor, que nos ama y que se ha encarnado por nosotros; las cuales cosas inflaman el corazón. Por eso debe decirse que *por medio de nosotros* manifiesta al creyente *en todo lugar el olor de su conocimiento*, esto es, la noticia de su suavidad, porque ese olor se difunde por todas partes. Y en el libro del

Eclesiástico: *Yo, como, la vid, eché fruto*, etc. (Eccli 24, 23). Y por último en el Génesis: *He aquí el olor de mi Hijo como el olor del campo lleno, que el Señor ha bendecido* (Gen 27, 27).

(In II Cor., II, 14)

III. Es menester adelantar siempre en el estudio de la sabiduría.

Como la perfección del hombre consiste en la unión con Dios, es necesario que el hombre, con todas sus fuerzas y todo lo que hay en él, se esfuerce y tienda a lo divino, para que su entendimiento se aplique a la contemplación y su razón a la búsqueda de las cosas divinas, conforme a aquello del Profeta: *A mí bueno me es el apegarme a Dios* (Sal 72, 28).

Pero como Dios dista infinitamente de la criatura, ninguna criatura se mueve hacia Dios para igualarse a él, ya sea recibiendo de él, ya conociéndolo. La criatura se mueve para asimilarse a Dios más y más en lo posible, y así también el espíritu humano debe tender siempre a conocer a Dios más y más, según su propio modo de ser. Por eso dice San Hilario: "El que piadosamente va tras las cosas infinitas, aunque alguna vez no las alcance, sin embargo, aprovechará progresando."

(In Boet., de Trinit.)

Miércoles de la primera semana

CRISTO ELIGIÓ LA VIDA ACTIVA

I. La vida contemplativa, a la cual corresponde sobremanera la soledad, como dice Oseas (2, 14): *La llevaré al desierto, y le hablaré al corazón*, es absolutamente mejor que la activa, que se ocupa de los actos corporales; pero la vida activa, según la cual se transmite a otros por la enseñanza y la predicación lo que se ha contemplado, es más perfecta que la vida que solamente es contemplativa, porque tal vida presupone la abundancia de la contemplación, y por eso Cristo eligió tal vida y vivió entre los hombres.

II. Sin embargo, algunas veces Cristo buscaba los lugares solitarios, apartándose de las turbas. Por eso dice San Remigio: "Se lee que el Señor tuvo tres refugios, la nave, el monte y el desierto, siempre

que era asediado por las turbas, se refugiaba en alguno de ellos"².

Lo que Cristo ha obrado, lo ha hecho para instrucción nuestra; y por esto, para dar ejemplo a los predicadores de que no siempre se manifestasen en público, el Señor se apartó a veces de las turbas. Lo cual, según se lee, fue hecho por tres motivos: Unas veces para atender al descanso corporal. Por eso se lee que el Señor dijo a sus discípulos: *Venid aparte a un lugar solitario, y reposad un poco; porque eran muchos los que iban y venían; y ni aun tiempo tenían para comer* (Mc 6, 31).

Otras veces por causa de la oración, por lo que se dice (Lc 6, 12): *Aconteció en aquellos días que salió al monte a hacer oración, y pasó toda la noche orando a Dios*. Por lo que dice San Ambrosio que "nos instruye con su ejemplo en los preceptos de virtud".

Y finalmente, para enseñarnos a evitar el favor humano. Así, a propósito de aquello de San Mateo (5, 1): *Viendo Jesús las gentes, subió a un monte*, dice San Juan Crisóstomo: "Al no haberse sentado en la ciudad ni en la plaza, sino en el monte y la soledad, nos enseñó a no hacer nada por ostentación, y a alejarnos de los tumultos, y sobre todo cuando es necesario discutir sobre cosas necesarias"³.

(3^a q. XL, a. 1, ad 2^{um} et ad 3^{um})

Jueves de la primera semana

UTILIDAD DE MEDITAR LOS MISTERIOS DE CRISTO

He meditado en todas tus obras (Sal 152, 5).

I. Las cosas de la Divinidad son por sí mismas las que más excitan el amor y, por consiguiente, la devoción, porque se debe amar a Dios siempre sobre todas las cosas; pero la debilidad del espíritu humano hace que, así como necesita de guía para el conocimiento de las cosas divinas, de la misma manera debe ser conducido al amor por el conocimiento de las cosas sensibles entre las cuales la principal es la humanidad de Cristo, según lo que se dice en el Prefacio⁴: *Para que conociendo visiblemente a Dios, por él*

² En *Catena Aurea*, S. Thomae, c. 5. *Matth.*

³ *Hom. XV in Matth.*

⁴ Prefacio de Navidad: *Ut, dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amorem rapiamur.*

(por Cristo) seamos arrastrados al amor de las cosas invisibles. Por consiguiente, las que pertenecen a la humanidad de Cristo, a modo de cierta guía manual, excitan en nosotros muy particularmente la devoción, y frecuentemente mayor devoción se despierta de la consideración de la Pasión de Cristo y de los otros misterios de la humanidad, que de la consideración de la divina grandeza; a pesar de que la devoción consiste principalmente en los misterios divinos.

(2, 2^{ae}, q. LXXXII, a. 3 ad 2^{um})

II. Cristo decía a los Apóstoles después de lavarles los pies: *¿Sabéis lo que he hecho con vosotros?* (Jn 13, 12); como si dijese: Ciertamente veis mis acciones, pero ignoráis, sin embargo, por qué he hecho esto. Pregunta, por lo tanto, para mostrar la grandeza del hecho, y mover a meditar en él.

Los hechos de Dios deben ser meditados a causa de su profundidad, como dice el salmo (91, 6): *¡Qué magníficas son, Señor, tus obras! Extremadamente profundos son tus pensamientos.* Apenas podemos conocer suficientemente las acciones de Dios, según aquello del Eclesiastés: *Entendí que el hombre no podría hallar ninguna razón de todas las obras de Dios* (Eccles. 8, 17).

Su meditación es agradable: *Porque me has deleitado, Señor, con tus hechos y en las obras de tus manos me regocijaré»* (Sal 91, 5)

Su meditación es útil, porque lleva al conocimiento de su autor: *Porque las obras que el Padre me ha encomendado llevar a cabo, las mismas obras que realizo, dan testimonio de mí* (Jn 5, 36).

(In Joan. XIII)

III. Si alguno considera con intención piadosa la conveniencia de la Pasión y Muerte de Cristo, encontrará tanta profundidad de sabiduría, que siempre se le presentarán cosas nuevas y más elevadas, y por experiencia verá cuánta verdad hay en lo que dice el Apóstol: *Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles; mas para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos, predicamos a Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios* (1 Cor 1, 23-24); y más adelante: *Pues la locura divina es más sabia que la sabiduría de los hombres* (Ibid. 25).

(Contra Saracenos).

Viernes de la primera semana

ES UN BENEFICIO INSIGNE SALIR DEL PECADO

De ningún modo puede el hombre levantarse por sí mismo del pecado sin el auxilio de la gracia.

I. Levantarse del pecado es ser restaurado el hombre a lo que, pecando, perdió. El hombre, pecando, sufre tres clases de daño, a saber: la mancha, la corrupción del bien natural y el reato de pena. Incorre en la mancha, en cuanto es privado del brillo de la gracia por la deformidad del pecado; el bien de naturaleza se corrompe en cuanto que se desordena la naturaleza del hombre, al cesar la voluntad de éste de seguir sometida a Dios; pues la subversión de este orden lleva consigo ese desorden de toda la naturaleza del hombre pecador. El reato de pena consiste en que el hombre, al pecar mortalmente, merece la condenación eterna.

II. Es evidente que ninguna de estas tres pérdidas puede ser reparada más que por Dios.

Porque como la belleza de la gracia proviene del resplandor de la luz divina, tal hermosura no puede ser reparada en el alma, si Dios no la ilustra de nuevo; por lo cual se requiere un don habitual que es la luz de la gracia.

El orden de naturaleza no puede ser reparado de modo que la voluntad del hombre esté sometida a Dios, si Dios no atrae hacia sí la voluntad humana.

Igualmente el reato de pena eterna no puede ser perdonado sino por Dios, contra quien se cometió la ofensa, y que es el juez de los hombres.

Por consiguiente, se requiere el auxilio de la gracia para que el hombre salga del pecado, ya en cuanto al don habitual, ya en cuanto a la moción interior de Dios.

Cuando se dice: *Despierta tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo* (Ef 5, 14), no debe entenderse que el salir del pecado preceda totalmente a la iluminación de la gracia; sino que, cuando el hombre se esfuerza por salir del pecado, mediante el libre albedrío movido por Dios, recibe la luz de la gracia santificante.

La razón natural no es principio suficiente de esta curación que se realiza en el hombre por la gracia santificante, sino que el principio de ésta es la gracia que se quita por el pecado. Y por lo tanto no puede el hombre redimirse por sí mismo, sino que necesita se le infunda de nuevo la luz de la

gracia, como si a un cuerpo muerto se le infundiera de nuevo el alma para resucitarlo. No puede por sí misma restaurarse ni aun al bien que le es connatural, y mucho menos al bien sobrenatural de la justicia.

(1^a 2^{ae}, q. CIX, a. VII)

Sábado de la primera semana

PRINCIPIO DE TODO PECADO

I. *El principio de todo pecado es la soberbia* (Eccli 10, 15).

Algunos dicen que la soberbia puede tomar en tres sentidos: 1º) En su significación de apetito desordenado de la propia excelencia, y según esto resulta pecado especial. 2º) En el sentido que implica desprecio actual de Dios, por el cual produce el efecto de no someterse a sus preceptos y así dicen que es pecado general. 3º) En el sentido que entraña cierta inclinación a este desprecio, por corrupción de la naturaleza; y por eso dicen que es principio de todo pecado. Difiere, empero, de la codicia, porque ésta mira al pecado por parte de la conversión al bien conmutable, por el que el pecado en cierto modo se nutre y fomenta, y así la codicia se llama raíz; pero la soberbia mira al pecado por parte de la aversión de Dios, a cuyos preceptos el hombre rehúsa someterse; y por eso se llama principio, pues de parte de la aversión comienza la razón del mal.

Aun cuando estas cosas sean verdaderas, no están, sin embargo, conformes con la intención del Sabio, quien dice: *El principio de todo pecado es la soberbia*; porque a las claras habla de la soberbia como apetito desordenado de la propia excelencia. Por consiguiente la soberbia, aun considerada como pecado especial, es principio de todo pecado.

En los actos voluntarios se dan dos órdenes: el de la intención y el de la ejecución. Era el primer orden tienen razón de principio y de fin. Mas como el fin en la adquisición de todos los bienes temporales es que el hombre tenga, por medio de ellos, cierta perfección singular y excelencia, por esta parte la soberbia, que es apetito de la excelencia, se asigna como principio de todo pecado. Pero por parte de la ejecución es lo primero aquello que suministra oportunidad de satisfacer todos los deseos del pecado, lo cual tiene razón de raíz, como las riquezas; y así, bajo este aspecto, se afirma que la avaricia es raíz de todos los males.

(1^a 2^{ae}, q. LXXXIV, a. 2)

II. La soberbia es reina y madre de todos los vicios. La soberbia puede considerarse de dos modos: 1º, en sí misma, en cuanto es un pecado especial; 2º, en cuanto tiene influencia universal en todos los pecados. Se consideran capitales aquellos pecados especiales de los que dimanar muchos géneros de pecados. Algunos, considerando de ese modo a la soberbia, la incluyeron entre los otros vicios capitales.

Pero viendo San Gregorio la influencia universal que ejerce en los otros vicios capitales, no la incluyó entre los otros vicios capitales, sino que la puso como reina y madre de todos los vicios; por lo cual dice: "La misma soberbia reina de los vicios, la soberbia, cuando queda plenamente dueña del corazón ya vencido, lo entrega bien pronto a los siete vicios capitales, como a ciertos capitanes suyos para que la devasten, y de éstos, multitudes de vicios"⁵.

(2ª 2ª, q. CLXII, a. 8)

Domingo de la segunda semana

AMISTAD ENTRE DIOS Y EL HOMBRE POR LA CARIDAD

No os llamaré ya siervos... mas a vosotros os he llamado amigos (Jn 15, 15).

I. La caridad es amistad. No cualquier amor tiene razón de amistad, sino el que va acompañado de benevolencia, esto es, cuando amamos a alguno y queremos el bien para él. Si, pues, no queremos el bien para las cosas amadas, sino para nosotros el bien de estas mismas cosas, como cuando decimos que amamos el vino, o el caballo, el amor no es de amistad, sino de concupiscencia, porque es ridículo decir que uno tiene amistad al vino o al caballo.

Tampoco basta la benevolencia para la razón de amistad, sino que se requiere una reciprocidad de amor, porque el amigo debe ser amado del amigo, y esta benevolencia recíproca se funda en alguna comunicación.

Por consiguiente, existiendo alguna comunicación del hombre con Dios, puesto que nos comunica su bienaventuranza, sobre esta comunicación conviene que se funde alguna amistad. De esta comunicación habla el

⁵ *Moral.*, lib. XXXI, cap. 17.

Apóstol (1 Cor 1, 9): *Fiel es Dios, por el que habéis sido llamados a la compañía de su Hijo.* Mas el amor fundado en esta comunicación es la caridad. Luego es evidente que la caridad es una amistad del hombre con Dios.

II. Por la caridad convivimos con Dios como con un amigo. Pues nada es tan propio de la amistad como convivir con el amigo. En el hombre hay dos clases de vida; una exterior, según su naturaleza sensible y corporal, y por ella tenemos comunicación o trato con Dios y los ángeles; otra es la vida espiritual del hombre según su alma, y por ella tenemos comunicación con Dios y con los ángeles, imperfectamente en el estado presente, como dice el Apóstol: *Nuestra morada está los cielos* (Filip 3, 20); pero esta comunicación se perfeccionará en la patria, cuando *sus siervos le servirán, y verán su cara* (Apoc 20, 3-4).

III. Pero el que se tenga caridad también para con los enemigos, quienes no pagan amor con amor, conforme a las palabras del Señor: *Amad a vuestros enemigos* (Mt 5, 44), se explica porque cuando alguien tiene amistad hacia algún hombre, ama por razón de él a todos los que a él pertenecen, sean hijos o siervos, y a todos que de cualquier modo le atañen; y tanto puede ser el amor del amigo que por éste se amen los que pertenecen al amigo, aunque nos ofendan o nos odien. De este modo la amistad de la caridad se extiende también a los enemigos, a quienes amarnos por el amor a Dios, al cual se refiere principalmente la amistad de la caridad.

(2^a 2^{ae}, q. XXIII, a. 1)

Lunes de la segunda semana

LAS BODAS ESPIRITUALES

Y estaba allí la Madre de Jesús. Y fue también convidado Jesús y sus discípulos a las bodas (Jn 2, 1-2).

I. Por las bodas se significa místicamente la unión de Cristo y de la Iglesia, porque, como dice el Apóstol: *Este sacramento es grande, mas yo digo en Cristo y en la Iglesia* (Ef 5, 32). Ese matrimonio se inició en el seno virginal, cuando Dios Padre unió la naturaleza humana al Hijo en unidad de persona, por lo que el tálamo de esa unión fue el seno de la Virgen. En *el sol puso su tabernáculo* (Sal 18, 6). Fue publicado este matrimonio, cuando la Iglesia fue unida a Él por medio de la

fe, como dice Oseas: *Te desposaré conmigo en la fe* (Os 2, 20). Será consumado, cuando la esposa, esto es, la Iglesia, sea introducida en el tálamo del esposo, es decir, en la gloria celestial.

El lugar se armoniza con el misterio, pues Caná quiere decir cielo; y Galilea, transmigración. Así, pues, esas bodas se celebran en el cielo de la transmigración, para dar a conocer que son dignos principalmente de unirse a Cristo los que, ardiendo en celo de piadosa devoción, pasan del estado de culpa a la gracia de la Iglesia, y de la muerte a la vida, esto es, del estado de mortalidad y de miseria al estado de inmortalidad y de gloria.

II. En las bodas espirituales está la Madre de Jesús, la Virgen Bienaventurada, porque por su intercesión se une (el alma) a Cristo por la gracia, conforme a lo que dice la Escritura: *En mí toda esperanza de vida y de virtud* (24, 25).

Cristo es verdadero esposo del alma, como dice el Evangelista: *El que tiene la esposa es el esposo* (Jn 3, 29). Los discípulos son como los padrinos, como los que unen la Iglesia a Cristo, de lo cual dice San Pablo: *Os he desposado con Cristo, para presentaros como virgen pura al único Esposo* (2 Cor 11, 2).

(In Joan., II)

Martes de la segunda semana

CÓMO SE HA DE SERVIR AL SEÑOR EN DOMINGO

Acuérdate de santificar el día de sábado (Ex 20, 8).

El hombre debe santificar el día festivo. Se dice santo de dos maneras, a saber: porque está limpio y porque ha sido consagrado a Dios. Vamos a hablar de qué obras debemos ocuparnos en ese día y de cuáles debemos abstenernos.

I. Debemos ofrecer sacrificios (Num 28, 3). Se dice que Dios ordenó que cada día se le ofreciese un cordero por la mañana y otro por la tarde, pero que en el sábado estos sacrificios debían duplicarse; esto significa que en el sábado debemos ofrecer a Dios sacrificio y de todo lo que poseemos.

1º) Debemos, además, ofrecer nuestra alma, doliéndonos de nuestros pecados y orando por los beneficios recibidos. *Suba derecha mi oración*

como un perfume en tu presencia (Sal 140, 2). Fue por lo tanto hecho el día festivo para procurarnos la alegría espiritual, que da la oración. Por ello deben multiplicarse las plegarias en tales días.

2º) Debemos ofrecer nuestro cuerpo. *Y así os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos a Dios en hostia viva; santa...* (Rom 12, 1). Alabando. *Sacrificio de alabanza me honrará* (Sal 49, 23). Por este motivo se multiplican los cantos en tales días.

3º) Debemos ofrecer nuestros bienes dando limosnas, y esto doble que en los demás días, porque entonces es común la alegría.

II. Es preciso estudiar la palabra de Dios, como hacían los judíos: *Las voces de los profetas, que cada sábado se leen* (Hech 13, 27). De ahí que también los cristianos, cuya justicia debe más perfecta, deban reunirse el domingo para asistir a la predicación y los oficios de la Iglesia. También deben hablar de cosas útiles. Estas dos cosas son útiles al alma del pecador, porque mejoran su corazón. Pues la palabra de Dios instruye al ignorante e inflama al tibio.

III. Es menester aplicarse a las cosas divinas. Mas esto es cosa de los perfectos. *Gustad y ved que el Señor es suave* (Sal 33, 9). Y esto para descanso del alma, pues así como el cuerpo fatigado necesita descanso, así también el alma. Mas el lugar dentro del alma es Dios, como dice el Profeta: *Sé para mí un Dios protector, y una casa de refugio* (Sal 30, 3). Y en la epístola a los Hebreos: *Por lo cual queda el sabbatismo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, él también ha reposado de sus obras, así como Dios de las suyas* (4, 9). *Entrando en mi casa, con ella tendré descanso* (Sab 8, 16).

Pero antes que llegue el alma a ese descanso, es necesario que precedan otros tres descansos. Primero, debe reposar de la inquietud del pecado: *Mas los impíos son como el mar agitado, que no puede estar en calma* (Is 57, 20).

Segundo, de las pasiones de la carne, porque *la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne* (Gal 5, 17).

Tercero, de las ocupaciones mundanas. *Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas* (Lc 10, 41).

Después de esto es cuando el alma descansa libremente en Dios. *Si llamas al sábado delicado⁶... entonces te deleitarás en el Señor* (Is 58, 13-

⁶ Día delicioso para Dios y para ti, por las buenas obras que en él se deben hacer.

14). Por lo cual, los santos dejaron todas las cosas, pues ésta es la preciosa margarita que *cuando la halla un hombre, la esconde; y por el gozo de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo* (Mt 13, 44). Pues este descanso es la vida eterna y el eterno deleite del que dice David: *Éste es mi reposo por siglo de siglo; aquí moraré porque lo he escogido* (Sal 131, 14).

(*In Decalog.*, XVII)

Miércoles de la segunda semana

AMOR DE DIOS

Amas todas las cosas que existen, y ninguna aborreces de aquellas que hiciste (Sab 11, 25).

1. Dios ama todas las cosas existentes, porque todo lo existente es bueno, puesto que existe, y la existencia misma de cada cosa es un bien, lo mismo que cada una de sus perfecciones. La voluntad de Dios es la causa de todas las cosas; así es necesario que en cada una haya tanto de ser y de bien cuanto Dios ha querido que hubiera. Por consiguiente, Dios quiere algún bien para toda cosa que existe, y como amar no es otra cosa que querer el bien para alguno, es evidente que Dios ama todo cuanto existe.

Pero no de la manera que amamos nosotros. Porque nuestra voluntad no es causa de la bondad de las cosas, sino que es movida por ella como por su objeto; el amor nuestro por el que queremos el bien para alguno no es causa de la bondad de éste, sino que, por el contrario, su bondad real o supuesta incita ese amor con que queremos conservar el bien que tiene y añadirle el que no tiene, y para este fin obramos.

Pero el amor de Dios infunde y crea la bondad en los seres.

De este modo el amante sale fuera de sí transportado al amado, en cuanto quiere para éste el bien y por su providencia se lo proporciona, como lo hace para sí. Por eso dice San Dionisio: "Se ha de tener valor y decir con verdad que también él, causa de todas las cosas, sale de sí mismo, en la abundancia de su bondad amativa, proveedora de todo lo existente"⁷.

(1^a, q. XX, a. 2)

⁷ *De div. nom.*, cap. 4.

II. Dios ama con amor admirable a los miembros de su Unigénito: *Para que conozca el mundo que tú me has enviado, y que los has amado, como también me amaste a mí* (Jn 17, 23).

Es preciso saber que Dios ama todas las cosas que hizo, dándoles el ser; pero ama sobre todo a su Hijo Unigénito, a quien dio toda su naturaleza por la generación eterna. Entre estos dos amores está el amor que tiene a los miembros de su Unigénito, es decir, a los fieles de Cristo, dándoles la gracia por la cual Cristo habita en ellos.

Los has amado, como también me amaste a mí; estas palabras no expresan identidad de amor, sino motivo y semejanza, como diciendo: El amor con que me has amado es razón y causa de vuestro amor a ellos; porque, al amarme a mí, amas a los que me aman y que son mis miembros. *El mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis* (Jn 16, 27).

Es lógico que ahora no podamos conocer cuánto nos ama Dios, porque los bienes que Dios ha de darnos exceden nuestro apetito y deseo, y no pueden ser contenidos en nuestro corazón. *Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que preparó Dios para aquellos que le aman* (1 Cor 2, 9). Por tanto el mundo creyente, esto es, los santos, conocerá por experiencia cuánto nos ama; pero los amadores del mundo, es decir, los malos, conocerán esto viendo y admirando la gloria de los santos, como dice el libro de la Sabiduría: *Estos son los que en otro tiempo tuvimos por escarnio, y como ejemplo de oprobio* (5, 3). Y más abajo: *Ved cómo han sido contados entre los hijos de Dios, y entre los santos está la suerte de ellos* (Sab 5, 5).

(In Joan., XVII)

Jueves de la segunda semana

VIDA DE CRISTO ENTRE LOS HOMBRES

Después de esto fue visto en la tierra, y conversó con los hombres (Bar 3, 38).

La manera de vivir de Cristo debió ser tal que conviniese al fin de la Encarnación, según el cual vino al mundo.

1º) Vino a manifestar la verdad, como dice Él mismo: *Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio a la verdad* (Jn 18,

37). Por eso no debía ocultarse, haciendo vida solitaria, sino presentarse en público predicando públicamente. Por lo cual *dice* a los que querían detenerlo: *A las otros ciudades es menester también que yo anuncie el Reino de Dios; pues para esto he sido enviado* (Lc 4, 43).

2º) Vino para librar a los hombres del pecado, según aquello: *Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores* (1 Tim 1, 15). Por eso, dice San Juan Crisóstomo: "Aunque Cristo pudiese, permaneciendo en un mismo lugar, atraer a sí a todos, para que escuchasen su predicación, sin embargo, no hizo esto, dándonos ejemplo, para que andemos y vayamos en busca del que perece, como el pastor busca la oveja perdida, y el médico se acerca al enfermo"⁸.

3º) Vino para que tengamos por Él fácil acceso a Dios, como se dice a los Romanos (5, 2). Y, por lo tanto, conversando familiarmente con los hombres, fue conveniente que diese confianza a los hombres para acercarse a él. Por lo que dice San Mateo: *Y acaeció que, estando él sentado a la mesa en la casa, vinieron muchos publicanos y pecadores y se sentaron a comer con él y con sus discípulos* (Mt 9, 10). Explicando lo cual dice San Jerónimo: "Los pecadores vieron que el publicano, convertido de sus pecados a una vida mejor, encontró medio de hacer penitencia, y por esto ellos mismos no desesperan de su salvación"⁹.

Cristo quiso manifestar la divinidad por medio de su humanidad. Y por consiguiente conversando con los hombres, lo cual es propio del hombre, manifestó a todos su divinidad predicando y haciendo milagros, y viviendo inocente y justamente entre los hombres.

(3ª, q. XL, a. 1)

Viernes de la segunda semana

OBRAS DE LA VIDA ACTIVA

I. Los religiosos que se ocupan en las obras de la vida activa no se apartan del verdadero concepto de religión.

⁸ En *Catena Aurea*, S. Thomae, sobre el pasaje de *Luc IV: Quia et aliis civitatibus*.

⁹ *Codex Alcan.*

Porque el estado de religión se ordena a la perfección de la caridad, que se extiende al amor de Dios y del prójimo; al amor a Dios pertenece directamente la vida contemplativa, que desea consagrarse a sólo Dios; y, al amor del prójimo pertenece directamente la vida activa que atiende a las necesidades del prójimo. Y así como por la caridad se ama al prójimo por Dios, así también el obsequio tributado a los prójimos redundará en Dios, según las palabras del Señor: *En verdad os digo que cuánto hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis* (Mt 25, 40).

Por consiguiente, tales obsequios hechos al prójimo, en cuanto son referidos a Dios, se consideran sacrificios, como se dice a los hebreos: *No olvidéis hacer bien y comunicar con otros vuestros bienes; porque de tales ofrendas se agrada Dios* (13, 16). A la religión corresponde propiamente ofrecer sacrificio a Dios.

II. No son privados del fruto de la vida contemplativa.

La perfección del estado religioso consiste, ciertamente, en la contemplación de las cosas divinas, porque dice San Dionisio: "Los religiosos se denominan así, porque se consagran al puro servicio y dependencia de Dios, que los une a las santas contemplaciones de lo invisible"¹⁰. Mas el servicio y la dependencia de Dios se salvan también en las obras de la vida activa, con las cuales uno sirve al prójimo por Dios, y en las que puede, además, llevar una vida peculiar, que consiste, no en separarse del trato de los hombres, sino en entregarse especialmente a las cosas que atañen al obsequio de Dios. Y como los religiosos se entregan a las obras de la vida activa con miras a Dios, se deduce que en ellas la acción se deriva de la contemplación de las cosas divinas; por lo cual no se privan en absoluto de los frutos de la vida contemplativa.

III. No están en el siglo. De dos maneras puede alguno estar en el siglo: por la presencia corporal y por el afecto del alma. Por eso dijo el Señor a sus discípulos: *Yo os escogí del mundo* (Jn 15, 19); y sin embargo, al dirigirse al Padre hablando de ellos, expresó: *Éstos están en el mundo, y yo voy a ti* (Jn 17, 11). Así, pues, aun cuando los religiosos que se ocupan en obras de la vida activa estén corporalmente en el siglo, no lo están, sin embargo, con el afecto del corazón, porque se dedican a las cosas exteriores, no como buscando algo en el mundo, sino sólo por servir a Dios. *Usan de este mundo, como si no usasen*, como se dice en la 1ª carta a los Corintios (7, 31). Por lo cual, después de haber dicho el Apóstol Santiago: *Religión pura y sin mancha delante de Dios y Padre es ésta: Visitar los huérfanos y*

¹⁰ De eccl, hierarch., cap. 6.

las viudas en sus tribulaciones (Stgo. 1, 27), añade: *y guardarse sin ser inficionado de este siglo.*

(2^a 2^{ac}, q. CLXXXVIII, a. 2)

Sábado de la segunda semana

HUMILDAD Y OBEDIENCIA DE CRISTO

Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz (Filp. 2, 8).

1. Como prueba de humildad quiso Cristo padecer muerte de Cruz. Es verdad que la humildad no cabe en Dios, pues la virtud de la humildad consiste en que uno se contenga dentro de sus propios límites, no extendiéndose a cosas que están sobre sí, sino que se someta al superior; por lo cual es evidente que la humildad no puede convenir a Dios, el cual no tiene superior, sino que Él está sobre todas las cosas. Mas si alguno se somete alguna vez por humildad a un igual o inferior, es porque en alguna cosa estima superior a sí al que es simplemente igual o inferior.

Así, pues, aun cuando a Cristo no le atañe la virtud de la humildad, por razón de su naturaleza divina, le corresponde, sin embargo, según su naturaleza humana, y su humildad es más digna de alabanza a causa de su divinidad; pues la divinidad de la persona se suma para alabanza de la humildad, cuando, por ejemplo, por alguna necesidad, conviene que una persona grande padezca miserias. Ahora bien, ninguna dignidad humana es comparable a la de Dios.

Por consiguiente, la humildad del hombre-Dio es tanto más digna de alabanza, al sufrir la abyección que él juzgó útil padecer por la salvación de los hombres. Los hombres, en efecto, por su soberbia, eran amadores de la gloria mundana. Así, por lo tanto, para despegar el corazón de los hombres de este amor de la gloria mundana y hacerles amar la gloria divina, quiso Cristo padecer la muerte, y no una muerte cualquiera, sino la más abyecta. Pues hay algunos que, aunque no temen la muerte, aborrecen, sin embargo, una muerte ignominiosa; mas para despreciar esta misma muerte vergonzosa, el Señor animó a los hombres con el ejemplo de la suya.

Y aun cuando se podía enseñar la humildad a los hombres con las palabras divinas, sin embargo, los hechos son más eficaces que las palabras

para mover a la acción¹¹; y con tanta mayor eficacia mueven los hechos, cuanto más cierto se está de la excelencia del que los da. De ahí que, aun cuando se encuentren muchos ejemplos de humildad en la vida de otros hombres, fue, sin embargo, muy conveniente que fuesen incitados por el ejemplo del hombre-Dios, del cual consta que no pudo errar, y cuya humildad es tanto más admirable cuanto su majestad es más sublime.

II. El Hijo de Dios, encarnado, sufrió la muerte para obedecer el mandato de su Padre, según la doctrina del Apóstol. Pues existe precepto de Dios a los hombres de practicar la virtud; y cuanto más perfectamente alguno ejecuta un acto virtuoso, tanto más obedece a Dios; mas entre las virtudes la principal es la caridad, a la cual se enderezan todas las otras. Por eso, ejercitando Cristo perfectísimamente el acto de caridad, fue obediente en grado máximo a Dios; pues ningún acto de caridad es más perfecto que sufrir la muerte por amor a alguno, como dice el mismo Señor: *Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos* (Jn 15, 13). Por consiguiente, al sufrir Cristo la muerte por la salvación de los hombres y gloria de su Padre, fue perfectamente obediente ejecutando el acto perfecto de caridad.

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 55)

Domingo de la tercera semana

ADVENIMIENTO DEL CONSUELO DIVINO

Dice San Agustín: "¿Quién me dará que vengas a mi corazón y le embriagues, y que yo olvide los males, y te abrace a ti, mi único bien?" Tres cosas disponen a esa venida.

1º) El desprecio del placer terreno. Por eso se aconseja a los colosenses (Col 3, 2): *Buscad las cosas de arriba*, como diciendo: No podéis buscar a la vez en las cosas celestiales y las terrenas. Y San Bernardo comenta: "Yerra totalmente quien piensa que puede mezclar la dulzura celestial con esta ceniza, el bálsamo divino con este veneno, los carismas del Espíritu Santo con los deleites de este mundo. ¿Crees tú que podrás recibir a este Espíritu purísimo, si no renuncias a los consuelos carnales? Sin duda, al empezar, la tristeza invadirá tu corazón; pero si perseveras, tu tristeza se convertirá en alegría; porque entonces se purificará tu corazón y será

¹¹ *Verba movent, exempla trahunt* (Horat., *Epist, ad Pis*)..

renovada tu voluntad; de suerte que lo que anteriormente te parecía difícil, y hasta imposible, lo harás después con mucha dulzura y avidez".

2º) La meditación piadosa de la voluntad divina: *Me acordé de Dios, y me deleité* (Sal 76, 4). A este propósito dice San Bernardo: "No faltará el consuelo procedente del recuerdo de Dios a los elegidos a los cuales todavía no se les ha concedido la plena refección." Pero principalmente la bondad de Dios, manifestada en el hombre, es la que deleita al que medita en Cristo. Por lo cual, sobre aquello del Salmo (76, 12): *Me acordaré de tus maravillas desde el principio*, dice la Glosa: "las maravillas que Dios concedió al género humano en sus orígenes, esto es, que hizo a Adán a su imagen, que recibió con agrado el sacrificio de Abel y todo lo que hizo en favor de Noé, en cuya arca conservó diversas especies de animales, simbólicas de la Iglesia; y lo que hizo con Abrahán, cuyo sacrificio simbolizaba la Encarnación y Pasión de Cristo, su hijo, y por último, que el mismo Señor vino; he aquí otros tantos motivos de consuelo para el hombre santo".

3º) El deseo fervoroso de la caridad. Exponiendo San Bernardo aquel pasaje del Salmo (96, 3): *Fuego irá delante de él, y abrasará*, escribe: "Es menester que el ardor del deseo santo preceda a su faz en toda alma, a la que Dios ha de visitar; ardor que consume toda la inmundicia de los vicios, y prepara así el lugar al Señor. Entonces conoce el alma que el Señor está cerca, cuando se siente inflamada en este fuego. El mismo espíritu de Dios es quien desea la hermosura de esta alma, que ve caminar en el espíritu con fortaleza, y que no satisface los deseos de la carne, principalmente si la ve toda consumida en su amor. Acude a esta alma que suspira frecuentemente, que ora sin intermisión y se aflige a causa de su deseo, y se llega a ella lleno de piedad. Así, pues, el varón que posea un deseo tal que ambicione vehementemente morir y estar con Cristo, que tenga sed ardiente y medite con asiduidad, ése recibirá efectivamente a Dios."

(De Humanitate Christi.)

Lunes de la tercera semana

LOS PECADOS ESPIRITUALES

Los pecados espirituales son de mayor culpa que los pecados carnales; en lo cual no debe entenderse que cualquier pecado espiritual es de mayor culpa que cualquier pecado carnal; sino que, considerada esta sola diferencia

de espiritualidad y carnalidad, son más graves los espirituales que los carnales en igualdad de circunstancias.

De esto pueden señalarse tres razones:

La primera de parte del sujeto, porque los pecados espirituales pertenecen al espíritu, al cual es propio dirigirse a Dios y apartarse de él; mas los pecados carnales se consuman en el deleite del apetito carnal, al cual corresponde principalmente dirigirse al bien corporal; y por consiguiente el pecado carnal, como tal, tiene más de conversión, por lo que también es de mayor adhesión; pero el pecado espiritual tiene más de aversión, de la cual procede la razón de culpa; y por lo mismo, el pecado espiritual, como tal, es de mayor culpa.

La segunda razón puede tomarse de parte de aquél contra quien se peca; porque el pecado carnal, como tal, va contra el propio cuerpo, lo que es menos de amar, según el orden de la caridad, que Dios y el prójimo, contra los cuales se peca por los pecados espirituales; y así éstos, como tales, son de mayor culpa.

La tercera razón puede sacarse del motivo, porque cuanto más grave es lo que impulsa a pecar, tanto menos peca el hombre; mas los pecados carnales tienen más vehemente incitativo, que es la misma concupiscencia de la carne, innata en nosotros, y por consiguiente los pecados espirituales, como tales, son de mayor culpa.

Es cierto, como dice San Agustín¹², que él diablo se goza mucho del pecado de lujuria, no porque sea más grave, sino porque es de máxima adherencia, y difícilmente puede ser arrancado de él el hombre; pues el apetito deleitable es insaciable.

Pero el que los pecados carnales sean de mayor infamia, no quiere decir que sean más graves. Pues es más torpe ser incontinente de concupiscencia que incontinente de ira, ya que participa menos de la razón; y los pecados de intemperancia son en gran manera reprobables, porque tienen por objeto aquellos deleites que nos son comunes con los brutos; por lo que, en cierto modo, por estos pecados el hombre se torna brutal; y de ahí proviene que, como dice San Gregorio¹³, sean de mayor infamia.

(1^a 2^{ae}, q. LXXIII, a. 5)

¹² *De civitate Dei*, lib. II, cap. 4, y lib. IV, cap. 31.

¹³ *Moral.*, lib. XXXIII, cap. 2.

Martes de la tercera semana

CÓMO HEMOS DE PRESENTARNOS A DIOS

Cuatro cosas son necesarias, las cuales están indicadas místicamente en la oblación de Cristo, a saber: pureza de mente, humildad de corazón, tranquilidad de alma y fecundidad de buenas obras.

1º) En primer lugar, por el tiempo de la oblación, la cual se verificó *una vez que fueron cumplidos los días de la purificación*, se expresa místicamente que no podemos ofrecernos a Dios si no nos purificarnos primero de toda inmundicia del alma y del cuerpo, como se lee en el Eclesiástico: *Los ojos de Dios son mucho más claros que el sol, y no pueden mirar hacia la iniquidad* (28, 28). Y en el Evangelio de San Mateo: *Si no os volviereis, e hiciereis como niños* (18, 3). A esto dice San Beda: "Si no tuviereis inocencia y pureza de alma como los niños, no entraréis en el reino de los cielos". *No entrará en ella cosa contaminada* (Apoc 21, 27). Dos cosas debemos purificar en nosotros mismos: el entendimiento, para que conozca, y la voluntad para que quiera.

2º) Lo segundo, a saber, la humildad de corazón, está señalado por el hecho de que quiso ofrecerse *conforme a la ley*, Él, que no estaba sujeto a esa ley, puesto que el Verbo de Dios se hizo carne por obra del Espíritu Santo. Y quiso ofrecerse de eso modo en señal de humildad, para enseñarnos a hacernos dignos de las miradas de Dios por los méritos de la humildad. *Todo lo precioso vio su ojo* (Job 28, 10), es decir, que ve con la luz de su gracia y de su sabiduría al alma que se humilla, porque nadie vale tanto a los ojos de Dios como el que se tiene por nada ante sus propios ojos: *¿No es verdad que cuando eras pequeñito a tus ojos, fuiste hecho cabeza de los hijos de Israel?* (1 Reyes 15, 17).

3º) Se significa la tranquilidad del alma por el hecho de que fue ofrecido *en Jerusalén*, que se interpreta "pacífica o visión de paz". Por eso dice el Apóstol: *Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual ninguno verá a Dios* (Hebr 12, 14). A este respecto dice San Agustín: "La paz es serenidad del espíritu, tranquilidad del alma, sencillez del corazón, vínculo del amor, consorcio de la caridad. Y quien no quisiere observar el testimonio de la paz no podrá llegar a la herencia del Señor. Ni puede tener concordia con Cristo el que quisiere estar en desacuerdo con el cristiano". *Y será de sábado en sábado*, dice Isaías (66, 23); a lo que añade la Glosa: Porque descansará en el futuro quien aquí se abstiene de malas acciones.

4º) Lo cuarto (la fecundidad de las buenas acciones) se designa por la circunstancia de que Cristo fue ofrecido con dones: *No comparecerás vacío en mi presencia* (Ex 23, 15), esto es, de buenas obras, según añade la Glosa. Si el arca del corazón está repleta de buena voluntad, no estará vacía de dones la mano.

(*De Humanitate Christi*).

Miércoles de la tercera semana

LA SEMILLA

He aquí que salió un Sembrador a sembrar (Mt 13, 3).

I. Celo del sembrador. El que sale es Cristo. Sale de tres maneras: del seno del Padre, sin cambiar de lugar; de Judea a las gentes; de lo profundo de la sabiduría para enseñar en público. Cristo siembra. Porque la semilla es principio del fruto. Por lo cual toda buena acción procede de Dios. ¿Qué siembra? *Su semilla*. Ésta es el Verbo de Dios. ¿Y qué hace? Seres semejantes a aquél de quien procede, porque hace hijos de Dios.

II. Obstáculos a la semilla. Hay tres, porque se requieren tres cosas para su desarrollo, a saber: que se conserve en la memoria, que eche raíces por el amor, que se tenga con ella solicitud.

Esas tres cosas se destruyen por otras tres: la memoria, por la vanidad; el amor o caridad, por la dureza de corazón; la solicitud, por la germinación de los vicios.

1º) *Algunas semillas cayeron junto al camino*. El camino está abierto a todos los caminantes, así también el corazón que está expuesto a todo pensamiento. Por lo cual cuando la palabra de Dios cae en un corazón vano y variable, cae junto al camino y está expuesta a dos peligros. San Mateo sólo señala uno, a saber: *las aves del cielo las comieron*. Pero San Lucas pone dos, a saber: es pisoteada, y además comida por las aves. Del mismo modo, cuando los vanidosos reciben la palabra de Dios, es pisoteada por el pensamiento vano o la mala compañía. Por lo cual se regocija mucho el diablo, cuando puede quitar y pisotear esta semilla.

2º) Dureza de corazón. Esto se opone a la caridad, porque es propio del amor ablandar. Es duro lo que en sí está apretado y estrechado dentro de los propios límites, mientras que el amor transporta al que ama, por lo cual

se difunde. La parábola añade: *Otras cayeron en lugares pedregosos; y Ezequiel: Quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré un corazón, de carne: (36, 26)*. Hay quienes poseen el corazón tan desprovisto de todo amor, que carecen de toda carne; otros, al contrario, tienen buena sensibilidad, pero es pobre y sin profundidad. Es profunda cuando el corazón es profundo. Tiene, amor profundo el que ama todas las cosas por Dios, y nada antepone al amor de Dios. Otros se deleitan bien en Dios, pero más en las otras cosas, y éstos no están ablandados, y los tales no tienen mucha tierra.

Prosigue (el Evangelista): *Y nacieron luego, etcétera*. Los que piensan profundamente, piensan mucho tiempo; pero los que no piensan profundamente, se precipitan a la acción, por lo que salen pronto. Así que escuchan con prontitud, pero la semilla no echa raíces en ellos porque no tienen tierra profunda en amor y caridad.

3º) Destrucción del fruto, porque el que ama más intensamente las riquezas, cuando llega el tiempo de la tribulación, recibe lo que ama más. Por lo cual, *en saliendo el sol se quemaron*, por falta de vigor. *Y porque no tenían raíz, se secaron*, porque Dios no era la raíz. *Otras cayeron sobre las espinas*, que son los cuidados, las iras y otras cosas semejantes. *Y crecieron las espinas, y las ahogaron*.

(In Matth., XIII)

Jueves de la tercera semana

LOS VESTIDOS DE LAS VIRTUDES

Vístete de los vestidos de tu gloria, Jerusalén (Is 52, 1).

I. Estos vestidos son las virtudes con las cuales el hombre se hace bueno. La ley antigua contenía, efectivamente, ciertos preceptos morales y esto con justa razón; porque así como la intención principal de la ley humana es el establecer la amistad de los hombres entre sí, así la intención de la ley divina es la de constituir principalmente la amistad del hombre con Dios; siendo, pues, la semejanza razón de amor, según aquello del Eclesiástico (13, 19): *Todo animal ama a su semejante, es imposible que haya amistad entre el hombre y Dios, que es el mejor, si los hombres no se hacen buenos*. Por eso se dice en el Levítico (19, 2): *Sed santos, porque yo soy santo*. Mas la bondad del hombre es la virtud, que hace bueno al que la

tiene; y por lo tanto era necesario que en la ley antigua fueran dados preceptos sobre los actos de las virtudes, y éstos son los preceptos morales, como: No matarás; no fornicarás; no hurtarás, etc. (Ex XX, 13, 15).

(1^a 2^{ae}, q. XLIX, a. 2)

II. Los santos poseen vestidos de virtudes, de los cuales se glorían, y éstos son: 1º) Vestidos que los protegen. *Me puso vestiduras de salud; y con un manto de justicia me rodeó.* (Is 61, 10). 2º) Vestidos que les dan calor. *No temerá para los de su casa los fríos de la nieve; porque todos sus domésticos vestidos están de ropas dobles* (Prov 31, 21). 3º) Vestidos de adorno: *Y te vistas de ropas blancas, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez* (Apoc 3, 18).

Estos vestidos deben ser blancos por la honestidad de la conducta. *En todo tiempo sean blancos tus vestidos* (Eccl 9, 8); limpios por la rectitud de intención. *La vestidura mezclada con sangre será para la quema, y pábulo del fuego* (Is 9, 5); olorosos por la buena reputación: *El olor de tus vestidos como olor de incienso* (Cant 4, 11).

(In Is., LII)

III. Pero el vestido más glorioso y más precioso es el mismo Cristo. *Vestíos de nuestro Señor Jesucristo* (Rom 13, 14), en él estuvieron abundantísimamente todas las virtudes. Nos vestimos de Jesucristo, 1º, por la recepción del sacramento (del Bautismo): *Todos dos que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo* (Gal 3, 27); 2º, por la imitación: *Despojándoos del hombre viejo con sus hechos; y vistiéndoos del nuevo*, etc. (Col 3, 9-10). Y a los de Éfeso: *Vestíos del hombre nuevo, que fue criado según Dios en justicia* (Ef 4, 24). Se dice que está vestido de Cristo él que imita a Cristo, porque así como el hombre está contenido por el vestido, y es visible por su color, así también aparecen las obras de Cristo en el que lo imita.

(In Rom., XIII)

Y así como el que se viste con algún vestido es protegido y cubierto por él, y aparece bajo el color del vestido, ocultando su propio color, del mismo modo el que se reviste de Cristo es protegido y cubierto por él contra los ataques y contra los calores, y en él no se ven otras cosas sino las que son de Cristo. Y del mismo modo que el leño encendido es vestido por el fuego y participa de su ardor, así también el que recibe las virtudes de Cristo, está revestido de Cristo.

Conviene advertir que algunos se visten exteriormente de Cristo por su buena vida, y también interiormente por la renovación del espíritu, y en ambas cosas por la configuración con su santidad.

(*In Gal.*, III)

Viernes de la tercera semana

ACRECENTAMIENTO DE LA CARIDAD

I. La caridad en esta vida puede acrecentarse, pues se dice que somos viadores, porque nos encaminamos a Dios, que es último fin de nuestra bienaventuranza; mas en esta vida tanto más progresamos cuanto más nos acercamos a Dios; cuya aproximación no tiene lugar por los movimientos del cuerpo, sino por los afectos del alma. Pero la caridad causa esta aproximación, porque por ella se une el espíritu a Dios. Por lo cual es de la razón de la caridad en esta vida el que pueda aumentarse; porque, si no se pudiera, cesaría ya el curso de la vida. Por eso el Apóstol llama vía a la caridad: *Yo os muestro un camino aún más excelente* (1 Cor 12, 31).

II. Siempre puede aumentar más y más la caridad en esta vida, porque de ninguna manera se fija límite al aumento de la caridad en el estado mencionado.

La caridad, conforme a la naturaleza de su propia especie, no tiene límite de crecimiento, porque es una participación de la caridad infinita, que es el Espíritu Santo. Tampoco puede fijarse límite al aumento por parte del sujeto, pues, al crecer siempre la caridad, crece asimismo la capacidad para un crecimiento ulterior. La capacidad de la criatura racional se aumenta por la caridad, porque por ella se dilata el corazón, según el Apóstol: *Nuestro corazón se ha dilatado* (2 Cor 6, 11). De donde resulta que no puede fijarse límite alguno al aumento de la caridad durante la vida presente.

III. La caridad no se aumenta por adición de caridad a caridad, sino porque el sujeto participa más de esta virtud, es decir, según se reduce más el acto de aquella y le está más sometido. No es necesario que por el aumento de la caridad sobrevenga a ella otra forma que antes no existía, sino que esté más intensamente lo que antes estaba en menor grado. Lo que hace Dios al aumentar la caridad, es que ésta sea más intensa en el alma y que el alma participe más perfectamente de la semejanza del Espíritu Santo.

IV. El aumento espiritual de la caridad se asemeja en cierto modo al aumento corporal, que en los animales y en las plantas no es un movimiento continuo, sino que hay un tiempo en que la naturaleza obra para preparar el aumento, aunque no lo realice en el acto; y después produce efecto aquello que había preparado, al dar aumento al animal o a la planta. Del mismo modo, la caridad no se aumenta inmediatamente por cada uno de sus actos, pero cada acto dispone al aumento de caridad, y a medida que ésta aumenta el hombre produce acto de amor más fervoroso, por el cual procura progresar en esta virtud; caso, éste, en que la caridad se aumenta realmente.

Así como todo acto de caridad merece la vida eterna, que no se ha de disfrutar al instante, sino a su tiempo, así todo acto de caridad merece un aumento de caridad, pero no es acrecentada inmediatamente, sino cuando alguno se esfuerza por aumentarla.

(2^a 2^{ae}, q. XXIV, a. 4, 7, 5, 6).

Sábado de la tercera semana

LA PAZ Y LA VICTORIA POR JESÚS

Esto os he dicho, para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis apretura, mas tened confianza, que yo he vencido al mundo (Jn 16, 33).

I. Todo lo que os he dicho de palabra, o cuanto os he hablado en todo el Evangelio, ha sido con el fin de que, volviendo a mí, *tengáis paz en mí*. Pues el fin del Evangelio es la paz en Cristo. *Mucha paz para los que aman tu ley (Sal 118, 165)*. La razón es que la paz del corazón se opone a su perturbación, que procede de los males que sobrevienen y se acrecientan. Mas si alguno llora alguna vez, no obstante el gozo, sobrepujando a aquellos males, hace que no permanezca la perturbación. De ahí es que los hombres mundanos, que no están unidos a Dios por amor, tienen tribulaciones sin la paz; pero los santos, que tienen a Dios en el corazón por el amor, aun cuando padezcan tribulaciones por parte del mundo, tienen paz en Cristo. *El que puso por tus términos la paz (Sal 147, 14)*. Porque nuestro fin debe ser aquí tener paz en Dios. *Rehusó consolarse mi alma, esto es, en las cosas mundanas, pero me acordé de Dios, y me deleité (Sal 76, 3)*.

II. La persecución causada por el mundo es la que hace necesaria esta paz. Por eso dice: *En el mundo tendréis apretura, (Jn 16, 33)*, y en otros

lugares: *No extrañéis, hermanos, si os aborrece el mundo* (1 Jn 3, 13). *Porque no sois del mundo... por eso os aborrece el mundo* (Jn 15, 19).

III. El anuncio anticipado de la tribulación engendra confianza contra ella. *Tened confianza, yo he vencido al mundo* (Jn XVI, 33). Porque él nos libra, como si dijese: *Recurrid a mí, y tendréis paz, y esto precisamente porque yo he vencido al mundo*, que os oprime.

Cristo venció al mundo: 1º) Arrebatándole las armas con que ataca; esas armas son sus cosas codiciables; porque venció a las riquezas por la pobreza: *Desvalido y pobre soy yo* (Sal 85, 1); a los honores, por la humildad y los oprobios; a las voluptuosidades, por los sufrimientos y los trabajos.

El que, pues, así vence esas cosas, vence al mundo, y esto es lo que hace la fe, como dice San Juan: *Ésta es la victoria que vence al inundo, nuestra fe* (1 Jn 5, 4); porque siendo la fe *sustancia de las cosas que se esperan* (Hebr 11, 1), las cuales son espirituales y eternas, nos hace despreciar los bienes carnales y transitorios.

2º) Vence al mundo, excluyendo al príncipe del mundo: *Y despojando los principados y potestades, los sacó confiadamente, triunfando en público de ellos en sí mismo* (Col 2, 15). Por eso nos ofreció al diablo para que lo venciéramos: *¿Por ventura jugarás con él como con un pájaro, o le atarás para tus siervas?* (Job 40, 24). Después de la pasión de Cristo, juegan con él, literalmente, las jovencitas siervas de Cristo y los niños.

3º) Convirtiendo así a los hombres del mundo. El mundo se rebelaba moviendo sediciones por medio de los hombres mundanos, a los cuales Cristo atrajo a sí: *Todo el mundo se va en pos de él* (Jn 12, 19).

Así, pues, no debemos temer las apreturas, porque el mundo ha sido vencido.

(In Joan., XVI)

Domingo de la cuarta semana

EL POZO DELEITOSO

Señor, no tienes con qué sacarla y el pozo es hondo (Jn 4, 11).

I. Por la altura o profundidad del pozo entiende la profundidad de la Sagrada Escritura y de la sabiduría divina: *Es grande su profundidad*,

¿quién la sondeará? (Eccles. 7, 25). La noria con que se saca el agua de la sabiduría salvadora es la oración: *Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, demándela a Dios* (Stgo. 1, 51)

El pozo de la doctrina sagrada se recomienda por tres razones: por su gran autoridad, ya que es dada por el Espíritu Santo; por su dulzura y suavidad: *¡Cuán dulces son tus palabras a mi paladar!* (Sal 118, 103); por su fertilidad y fecundidad, porque no sólo se comunica a los sabios, sino también a los ignorantes.

II. Propiedades de la sagrada doctrina.

Es agua corriente. Cuando dice: *El agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua* (Jn 4, 14), demuestra que su doctrina es agua viva por el movimiento del agua misma. Por eso dice que es fuente que corre: *El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios* (Sal 5, 5).

Es agua ascendente. Uno es el curso del agua material, esto es, hacia abajo; y otro el de esta agua espiritual, pues se dirige hacia arriba. Por ese motivo dice: El agua material no quita la sed; pero el agua que yo doy, no solamente quita la sed, sino que es viva, porque está unida a la fuente. Por eso dice: *se hará en él una fuente*.

Es agua que sube hasta el cielo. *Se hará en él una fuente de agua, que saltará hasta la vida eterna* (Jn 4, 14). Una fuente que lleva a la vida eterna por las buenas obras. Por eso dice: *de agua que saltará*, esto es, que hace saltar harta la vida eterna, donde no hay sed. Y en otro lugar dice el mismo Evangelista: *El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán ríos de agua viva* (es decir, de buenos deseos) (Joan VII, 38). Y el Profeta Daniel: *En ti está la fuente de la vida* (Sal 35, 10), el Espíritu Santo, que es espíritu de vida.

(In Joan., IV)

Lunes de la cuarta semana

HERIDAS DE LA NATURALEZA COMO CONSECUENCIA DEL PECADO

El sentido y el pensamiento del corazón humano son propensos al mal desde su juventud (Gen 8, 21).

Por la justicia original la razón contenía perfectamente a las fuerzas inferiores del alma, y la misma razón era perfeccionada por Dios, estando a él sujeta. Pero esta justicia original se perdió por el pecado del primer padre; y en consecuencia todas las fuerzas del alma quedan en cierto modo destituidas del propio orden con que naturalmente se ordenan a la virtud; y la misma destitución se llama lesión de la naturaleza.

Sin embargo, hay cuatro potencias del alma que pueden ser sujetos de las virtudes: la razón, en la cual está la prudencia; la voluntad, asiento de la justicia; la potencia irascible, en la que se halla la fortaleza; y la concupiscible, sujeto de la templanza. Así, pues, en cuanto la razón es destituida de su orden a lo verdadero, hay lesión de *ignorancia*; en cuanto la voluntad es destituida de su propio orden al bien, hay llaga de *malicia*; en cuanto la potencia irascible es despojada de su orden a lo arduo, hay lesión de *debilidad*; y en cuanto la concupiscencia es destituida de su propio orden a lo deleitable moderado por la razón, tenemos la vulneración de *concupiscencia*.

Así, pues, estas cuatro lesiones son las llagas inferidas a toda la naturaleza humana por el pecado del primer padre, mas, por cuanto la inclinación al bien de la virtud se disminuye en cada uno por el pecado actual, también son, esas mismas cuatro heridas, consecuencias de los otros pecados, en cuanto por el pecado la razón se embota principalmente en el obrar, la voluntad se endurece para el bien, se acrece la dificultad para obrar bien, y se inflama más la concupiscencia.

(1^a 2^{ae}, q. LXXXV, a. 3)

Martes de la cuarta semana

EFFECTOS DE LA FE

I. El temor es efecto de la fe.

Por medio de la fe se verifica en nosotros cierta aprensión de algunos males penales, que se infieren según el juicio divino; y de este modo es la fe causa del temor que uno tiene de ser castigado por Dios; este temor es servil.

La fe es también causa del temor filial, por el que uno evita separarse de Dios, rehúye compararse con él y lo reverencia, pues por la fe tiene este juicio de Dios: que es cierto bien altísimo y que separarse de él constituye un gravísimo mal, lo mismo que el pretender igualarse es malo.

Mas la causa del primer temor, es decir, del servil, es la fe informe; y del segundo temor, el filial, es la fe formada, que por medio de la caridad hace que el hombre se adhiera a Dios y se someta a él.

Y aun cuando se diga en el Eclesiástico (1, 8): *Los que teméis al Señor, creed a él*, el temor del Dios no puede universalmente preceder a la fe; porque, si ignoráramos absolutamente los premios y castigos que ésta nos enseña, de ninguna manera le temeríamos. Pero supuesta la fe de algunos de sus artículos, por ejemplo, la excelencia divina, se sigue el temor respetuoso que más tarde conduce al hombre a someter su entendimiento a Dios, para creer todo lo que le ha sido prometido.

II. La purificación del corazón es efecto de la fe, como se lee en los Hechos de los Apóstoles: *Habiendo purificado con la fe sus corazones* (Hechos 15, 9).

La impureza de una cosa consiste en que se mezcla con cosas más viles; pues no se dice que la plata es impura si se mezcla con oro, ya que con esa mezcla se hace mejor, sino por la mezcla con el plomo o el estaño. Pero es evidente que la criatura racional es la más noble de todas las criaturas temporales y corporales, y por consiguiente se hace impura sometiéndose a éstas por amor.

De esa impureza se purifica, ciertamente, por movimiento contrario, esto es, dirigiéndose a lo que está sobre ella, que es Dios, movimiento cuyo primer principio es la fe, según aquello de la epístola a los Hebreos: *Es necesario que el que se llega a Dios, crea* (11, 6). Y por consiguiente el primer principio de la purificación del corazón es la fe, por la que se purifica la impureza del error; fe que, perfeccionada por la caridad formada, produce la purificación completa.

(2^a 2^{ae}, q. VII, a. 1, 2)

Miércoles de la cuarta semana

DEBERES PARA CON EL VERBO DE DIOS

I. Si el Verbo de Dios es el hijo de Dios, y si todas las palabras de Dios son cierta semejanza del mismo Verbo, debemos ante todo escuchar con agrado las palabras de Dios; pues es señal de que amamos a Dios, si escuchamos con gusto sus palabras.

1º) Debemos creer las palabras de Dios, porque por ello el Verbo de Dios habita en nosotros, es decir, Cristo, que es el Verbo de Dios: *Para que Cristo more por la fe en vuestros corazones* (Ef 3, 17), y *habite su palabra en vosotros* (Jn 5, 38).

2º) Es necesario que meditemos continuamente en el Verbo de Dios, que vive en nosotros, pues no sólo es necesario creer, sino, además, meditar; de otra manera, no nos serviría de nada. Esta meditación es muy eficaz contra el pecado: *En mi corazón escondí tus palabras, para no pecar contra ti* (Sal 118, 11); y en otro lugar se dice del varón justo: *Y en su ley medita día y noche* (Sal 1, 2). Por eso se dice de la Bienaventurada Virgen que *guardaba todas esas cosas en su corazón* (Lc 2, 51).

3º) Es necesario que el hombre comunique a otros la palabra de Dios, aconsejando, predicando e inflamando. Por eso dice el Apóstol: *Ninguna palabra mala salga de vuestra boca; sino sólo la que sea buena para edificación* (Ef 4, 29); *La palabra de Cristo more en vosotros abundantemente en toda sabiduría, enseñándoos y amonestándoos los unos a los otros* (Col 3, 16); y por último: *Que prediques la palabra, que instes a tiempo, y fuera de tiempo; reprende, ruega, amonesta con toda paciencia y doctrina* (2, Tim 4, 2).

4º) La palabra de Dios debe ser llevada a la práctica, como dice la Escritura: *Poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla, engañándoos a vosotros mismos* (Stgo. 1, 22).

II. Estos cinco deberes cumplió en su orden la Bienaventurada Virgen María cuando engendró al Verbo de Dios en sí misma. Porque primero escuchó: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti* (Lc 1, 35). En segundo lugar, consintió por la fe: *He aquí la esclava del Señor* (Lc 1, 38). En tercer lugar, lo tuvo y llevó en sus entrañas. En cuarto lugar, le dio a luz. Por último, lo nutrió y amamantó, como canta la Iglesia: Al Rey de los Ángeles sólo la Virgen amamantó, cuyo pecho llenaba el cielo (Responsorio VIII de la fiesta de la Circuncisión).

(Opusc. VII, In. Symb).

Jueves de la cuarta semana

CONVENIENCIA DEL PRECEPTO DEL AMOR AL PRÓJIMO

L *El segundo* (mandamiento) *semejante es a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mt 22, 39).

Convenientemente se ha dado este mandamiento; pues en él se toca tanto la razón de amar como el modo del amor. La razón de amar, por lo mismo que se designa al prójimo; pues debemos amar por caridad a otros, porque son nuestros prójimos, ya según la imagen natural de Dios, ya porque son capaces de la gloria; y no importa si se dice *prójimo* o *hermano*, como consta en la Epístola (1 Jn 4), o *amigo* (Levit 19, 18), porque por todos estos nombres se designa la misma afinidad.

Indicase el modo del amor, cuando se dice: *como a ti mismo*; lo cual no debe entenderse en el sentido de que alguien debe amar al prójimo igual que a sí mismo, sino de un modo semejante, y esto de tres maneras:

1ª) Por el fin, es decir, que uno ame al prójimo por Dios, como debe amarse a sí mismo por Dios, con el objeto de que sea santo ese amor al prójimo.

2ª) Por la regla del amor, de manera que alguno no condescienda con el prójimo en algún mal, sino sólo en los bienes; como también debe el hombre satisfacer su voluntad sólo en los bienes, para que así sea justo el amor al prójimo.

3ª) Por la razón del amor, es decir, que no ame uno al prójimo por su propia utilidad o deleite, sino porque quiere el bien de ese prójimo, como lo quiere para sí, para que de esta forma sea verdadero el amor; pues cuando alguno ama al prójimo por su propia utilidad o deleitación, no ama verdaderamente a aquél, sino a sí mismo.

(2ª 2ªe, q. XLIV, a. 7)

II. Cuáles son las insignias de Cristo. *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros* (Jn 13, 35). Ha de saberse que quienquiera que se aliste en el ejército de un rey, debe llevar sus insignias. Las insignias de Cristo son las de la caridad. Luego quien quiera contarse en la milicia de Cristo, debe estar adornado con el carácter de la caridad. Eso mismo dice Cristo: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros*, esto es, caridad santa. Y en el

Eclesiástico se lee: *Yo, madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza* (Eccli 24, 24).

Conviene advertir que si los Apóstoles recibieron de Cristo muchos dones, como la vida, el entendimiento y la buena salud del cuerpo, y además dones espirituales, como el poder de hacer milagros: *Yo os daré boca y saber, al que no podrán resistir, ni contradecir todos vuestros adversarios* (Lc 21, 15), ninguno de estos dones es señal de Cristo, ya que pueden ser comunes a los buenos y a los malos. Pues la señal característica de que uno es discípulo de Cristo es la caridad y el amor mutuo. *Nos selló, y dio en nuestros corazones la prenda del Espíritu* (2 Cor 1, 22).

(In Joan., XIII)

Viernes de la cuarta semana

LAS HIJAS DE LA LUJURIA

Se llaman hijas de la lujuria la ceguera de la mente, la inconsideración, la precipitación, la inconstancia, el amor propio, el odio a Dios, el amor al siglo presente y el horror del futuro.

Cuando las potencias inferiores son arrastradas vehementemente a sus objetos, resulta que las fuerzas superiores son obstruidas y desordenadas en sus actos; y pues por el vicio de la lujuria el apetito inferior concupiscible tiende vehementemente a su objeto, que es lo deleitable a causa de la vehemencia de la pasión y del deleite; es lógico que por la lujuria se desordenen las fuerzas superiores, la razón y la voluntad.

En la práctica se distinguen cuatro actos de la razón:

1º) La simple inteligencia que ve un fin como bueno, y este acto es impedido por la lujuria, según aquello: *La hermosura te engañó, y la concupiscencia trastornó tu corazón* (Dan 13, 56); y por esto se pone la *ceguedad de la mente*.

2º) El consejo sobre lo que se debe hacer a causa del fin, y este acto es impedido también por la concupiscencia de la lujuria. Por eso dice Terencio, hablando del amor voluptuoso: "Ésta es una cosa que no tiene consejo ni medida, y no puedes regirla por el consejo"¹⁴; a esto se alude con la palabra precipitación, que importa substracción de consejo.

¹⁴ *Eunuch.*, act. 1, scen. 1.

3º) El juicio sobre lo que se debe hacer, y éste también es impedido por la lujuria, pues se dice en Daniel acerca de los ancianos lujuriosos: *Perdieron el juicio... para no acordarse de los juicios justos* (XIII, 9); y a esto pertenece la inconsideración.

4º) El precepto de la razón sobre lo que se debe hacer, el cual también es obstruido por la lujuria, en cuanto el hombre, por el ímpetu de la concupiscencia, se desvía de ejecutar lo que había determinado hacer, lo cual se ha llamado *inconstancia*; por tal razón Terencio dice de cierto sujeto que prometía que se iba a retirar de su amiga: "Estas palabras las extinguirá una falsa lagrimilla"¹⁵.

Mas por parte de la voluntad se cometen dos actos desordenados, uno de los cuales es el apetito del fin, por lo que se pone *amor propio*, es decir, por la delectación que se apetece desordenadamente, y por oposición se pone el *odio a Dios*, puesto que prohíbe el deleite apetecido.

El otro es el apetito de las cosas que conducen al fin; y en cuanto a esto se pone el *afecto del siglo presente*, en el que alguno quiere gozar del deleite; a éste se le opone la *desesperación de la vida futura*, pues embargado con exceso por los deleites carnales, no se cuida de llegar a los espirituales, antes bien le fastidian.

(2ª 2ªe, q. CLIII, a. 5)

Sábado de la cuarta semana

ES MENESTER BUSCAR LA BIENAVENTURANZA EN LA VIDA CON DIOS

I. Como la bienaventuranza denota cierta última perfección, es menester considerar la bienaventuranza diversamente, según los grados diversos de perfección que se alcanza.

Porque en Dios está la bienaventuranza por esencia, como que su mismo ser es su operación, pues no goza de otra cosa que de sí mismo

En los ángeles la bienaventuranza es su última perfección, mediante cierta operación por la que se unen al bien increado, y esa operación es en ellos única y sempiterna.

¹⁵ Lugar citado.

Pero en los hombres, según el estado de la vida presente, es la última perfección, alcanzada por medio de una operación que los une a Dios; operación que ni puede ser sempiterna ni continua, y, por consiguiente, tampoco única, puesto que se pluraliza por las interrupciones; de aquí que el hombre no pueda obtener la beatitud perfecta en el estado de su vida actual. Pero Dios nos promete la bienaventuranza perfecta para cuando estemos *como los ángeles en los cielos* (Mc 12, 25). Entonces la mente del hombre se unirá a Dios en aquel estado de bienaventuranza con una sola, continua, y sempiterna operación. Mas en la vida presente distamos tanto de la perfecta bienaventuranza cuanto nos falta para persistir en la unidad y continuidad de tal operación. Cabe, no obstante, alguna participación de esa bienaventuranza, y habrá tanta más razón de ella cuanto más continua y única sea la operación.

Por ese motivo, en la vida activa, ocupada en múltiples cosas, se da menos razón de bienaventuranza que en la vida contemplativa, que se concreta a una sola, la contemplación de la verdad; pues aun cuando alguna vez el hombre no ejercite actualmente esta operación, siempre puede, no obstante, practicarla, al tenerla constantemente a la vista. Y como hasta la misma cesación (por causa o razón del sueño o de alguna operación natural) la ordena a la antedicha operación, parece que ésta fuera continua.

(1^a 2^{ae}, q. III, a. 2 ad 4^{um})

II. La vida con Dios o contemplación tiene delectación.

La contemplación puede ser deleitable por razón de la misma operación, puesto que a cada uno resulta deleitable la operación que le conviene según su propia naturaleza. Es también deleitable por razón del objeto, en cuanto alguno contempla la cosa amada; como sucede también en la visión corporal, que se hace agradable, no sólo porque el ver mismo es cosa agradable, sino también porque uno ve a la persona amada.

Consistiendo, pues, la vida contemplativa principalmente en la contemplación de Dios, a la que mueve la caridad, resulta que en la vida contemplativa no sólo hay delectación por razón de la misma contemplación, sino también por razón del amor divino; y en ambos conceptos su delectación supera a todo deleite humano; porque también la delectación espiritual es mejor que la carnal, y el mismo amor con que es amado Dios por caridad, excede a todo amor. Por eso se dice en el Salmo (33, 9): *Gustad y ved qué bueno es el Señor.*

(2^a 2^{ae}, q. CLXXX, a. 7)

Domingo de la quinta semana

EXCELENCIA DE LA VIDA CONTEMPLATIVA

María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada (Lc 10, 42).

La vida contemplativa es absolutamente mejor que la activa.

1º) Conviene al hombre según lo que es mejor en él, es decir: según el entendimiento, y respecto de los propios objetos, esto es, de las cosas inteligibles; mientras que la vida activa se ocupa de las cosas exteriores.

2º) Puede ser más continua, aunque no en cuanto al sumo grado de contemplación, por lo que también María, símbolo de la vida contemplativa, se describe sentada asiduamente a los pies del Señor.

3º) Es mayor el deleite de la vida contemplativa que el de la vida activa; por eso dice S. Agustín que María se fatigaba y María se refocilaba.¹⁶

4º) En la vida contemplativa el hombre se basta mejor a sí mismo, porque para ella necesita de menos cosas; por ese motivo dijo el Señor: *Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas (Lc 10, 41).*

5º) La vida contemplativa es más amada por sí, mientras que la vida activa se ordena a otra cosa, por lo cual se dice en el Salmo (26, 4): *Una sola cosa he pedido al Señor, ésta volveré a pedir, que more yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para ver el deleite del Señor.*

6º) La vida contemplativa consiste en cierta vacación y descanso, según aquello del Salmo: *Cesad y ved que yo soy el Dios (Sal 45, 11).*

7º) La vida contemplativa tiene por objeto las cosas divinas; y la activa, las humanas, por lo cual dice San Agustín: "*En el principio era el Verbo, he aquí lo que María escuchaba; y El Verbo se hizo carne, he aquí a quien servía María*"¹⁷.

8º) La vida contemplativa es conforme a lo que el hombre tiene de más propio, el entendimiento; al paso que en las operaciones de la vida activa participan también las fuerzas inferiores, que son comunes a nosotros y a los brutos.

9º) La novena razón la añade el mismo Señor cuando dice: *María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada (Lc 10, 43).* Exponiendo

¹⁶ *De Verbis Domini, Serm. 26, cap. 2.*

¹⁷ *De Verbis Domini, Serm. 27, cap. 2.*

San Agustín esto, dice: "Tú no has escogido una mala parte, pero ella escogió la mejor. Escucha por qué es la mejor: porque no le será quitada. A ti te será quitada alguna vez la carga de la necesidad; eterna es la dulzura de la verdad"¹⁸.

Sin embargo, *secundum quid*, y en algún caso, es preferible la vida activa a causa de las necesidades de la vida presente; como también dice el Filósofo: Filosofar vale más que enriquecerse; pero para el que padece necesidad, enriquecerse es mejor"¹⁹.

(2^a 2^{ae}, q. CLXXXII, a. 1)

Lunes de la quinta semana

LA VIDA EN CRISTO

Pura mí el vivir es Cristo (Filip 1, 21).

1. Cristo es vida, porque es principio de todas nuestras acciones.

Y en efecto, la vida importa cierta moción. Se dice que viven los seres que se mueven por sí mismo. De ahí que aparece como fuente de la vida del hombre lo que es en él principio de su movimiento. Este principio es aquello a lo cual se une el afecto como a fin, porque por éste se mueve el hombre a todas las cosas. Por lo cual algunos llaman su vida a aquello que los mueve a obrar, como los cazadores a la cacería, y los amigos a la amistad. Así, pues, Cristo es nuestra vida, porque él es principio total de nuestra vida y acción. Por ese motivo, dice el Apóstol: *Para mí el vivir es Cristo*, pues sólo Cristo lo movía.

Y añadía: *y el morir ganancia*, y habla con propiedad, pues cualquiera considera para sí como una ganancia cuando puede perfeccionar la vida imperfecta que posee. Así, el enfermo tiene por lucro la vida sana. Nuestra vida es Cristo: *Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col 3, 3). Pero aquí es imperfecta. *Mientras estamos en el cuerpo vivimos ausentes del Señor* (2 Cor 5, 6), y por eso cuando morimos corporalmente, se perfecciona nuestra vida, es decir, Cristo, al cual entonces estamos presentes.

(*In Phil.*, I)

¹⁸ *De Verbis Domini, loc. cit.*

¹⁹ *Topic.*, lib. III, cap. 2.

II. Cristo es vida, porque en él está todo nuestro afecto. *Y vivo, ya no yo; mas vive Cristo en mí* (Gal 2, 20). Se dice que el hombre vive de aquello en lo cual pone todo su amor y su gozo. Por eso los hombres que se apasionan por el estudio o la caza, dicen que su vida son esas ocupaciones. Mas todo hombre posee cierto afecto particular con el cual busca su bien. Cuando uno vive buscando únicamente su bien, vive para sí solo; pero cuando busca el bien de los demás se dice que también vive para ellos. El Apóstol que había dejado a un lado toda preocupación personal por amor a la cruz de Cristo, decía que estaba muerto para sí mismo, con estas palabras: *Estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo* (Gal 2, 19), esto es: el afecto propio o particular ha sido removido de mí por la cruz de Cristo. Por eso decía: *Y vivo, ya no yo*, como si tuviese en el afecto el propio bien; *mas vive Cristo en mí*, esto es: solamente tengo a Cristo en el afecto, y el mismo Cristo es mi vida.

(In Gal., 2)

III. Cristo es vida, porque es el fin de nuestra vida. *Cristo murió por todos; para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquél que murió por ellos, y resucitó* (2 Cor 5, 15).

Cada cual debe considerarse como si hubiese muerto a sí mismo. *Para que los que viven vida natural, no vivan ya para sí*, esto es, no para sí mismos y para su bien únicamente, *sino para aquél que murió por ellos y resucitó*, es decir, para Cristo; para que ordenen toda su vida al servicio y honor de Cristo.

La razón de estas cosas se funda en que cada uno toma como regla de su conducta el fin de la vida. Ahora bien, si Cristo es el fin de nuestras vidas, debemos regular esa vida, no según nuestra voluntad, sino según la voluntad de Cristo. Advierte que San Pablo dice dos cosas, a saber: que Cristo murió y que resucitó por nosotros. Luego dos cosas se exigen de nosotros: Si Cristo ha muerto por nosotros, también nosotros debemos morir a nosotros mismos, es decir, negarnos a nosotros mismos por él; y si Cristo resucitó por nosotros, también nosotros debemos, de tal modo, morir al pecado, a la antigua vida y a nosotros mismos, para que resucitemos, sin embargo, a la nueva vida de Cristo. Por eso no dijo el Señor únicamente: *niéguese a sí mismo, y tome su cruz* (Mt 16, 24), sino que añadió: *y sígame*, esto es, en la nueva vida, aprovechando en las virtudes.

(In II Cor., V)

Martes de la quinta semana

LA VIRTUD DE RELIGIÓN

I. Ordena al hombre a Dios.

Como dice San Isidoro²⁰, el religioso es llamado así porque dicho vocablo deriva de la voz *relección*, es decir, que vuelve a tratar y como a releer lo que concierne al culto divino; y así la religión parece venir de releer las cosas que son del culto divino, pues se deben frecuentemente recordar en el corazón, según aquello de los Proverbios: *En todos tus caminos, pon tu pensamiento en él* (3, 6).

También puede entenderse la voz de religión en el sentido de que debemos *reelegir* a Dios, a quien habíamos perdido por nuestra negligencia, y también puede derivar de *religando* (volver a atar); por eso dice San Agustín²¹: "La religión nos vuelve a atar a solo Dios Todopoderoso." Pero sea que la religión se llame así porque requiere la frecuente lectura, ya por la reiterada elección de lo que negligentemente se ha perdido, ya proceda de la acción de volver a atar, la religión importa con toda propiedad relación a Dios; puesto que él es a quien principalmente debemos unirnos como a principio indefectible; a quien también debe dirigirse asiduamente nuestra elección como a último fin; a quien también perdemos por una culpable negligencia, y a quien debemos recuperar, creyendo y protestando nuestra fe.

II. La religión es virtud especial.

Donde hay razón especial de bien, allí existe necesariamente virtud especial. Mas el bien a que la religión se ordena es tributar a Dios el debido honor y reverencia. El honor es debido a alguno por razón de su excelencia; y como a Dios compete una singular excelencia, por cuanto excede infinitamente a todo lo que existe, en todos los conceptos, síguese que se le debe un honor especial.

III. La religión es virtud que debe ser preferida a las demás virtudes morales, porque se acerca más a Dios que las otras virtudes morales, en cuanto obra lo que se ordena directa e inmediatamente al honor divino.

IV. La religión tiene actos interiores y exteriores. *Mi corazón y mi carne se regocijaron en el Dios vivo* (Sal 83, 3). Así como los actos

²⁰ *Etymol.*, lib. X, *ad litteram* R.

²¹ *De vera religione, prope finem.*

interiores pertenecen al corazón, así los exteriores pertenecen a los miembros de la carne.

Damos a Dios honor y reverencia no a causa de sí mismo, puesto que por sí mismo está lleno de gloria, a la que nada puede agregar la criatura, sino por nosotros; pues honrando y reverenciando a Dios, nuestro espíritu se somete él; y en esto consiste su perfección; ya que cada cosa es perfeccionada por estar sometida a su superior; como el cuerpo lo es por ser vivificado por el alma, y el aire por ser iluminado por el sol.

Mas la mente humana necesita, para unirse a Dios, ser conducida como por la mano por medio de las cosas sensibles, pues las cosas de él (de Dios) invisibles se ven después de la creación del mundo, considerándolas por las cosas creadas (Rom 1, 20). Por lo tanto, es necesario en el culto divino usar de algunas cosas corporales, para que por ellas, como por ciertos signos, se excite el espíritu del hombre a los actos espirituales por los que se une a Dios. Así, pues, la religión tiene actos interiores, como principales y pertenecientes por sí a la religión; y también actos exteriores, como secundarios y ordenados a los actos interiores.

Por lo tanto, esas cosas exteriores no se ofrecen a Dios como si necesitara de ellas, sino como signos de las cosas interiores y de las obras espirituales, que Dios *per se* acepta. A este respecto dice San Agustín: "*El sacrificio visible es el sacramento (esto es, signo sagrado) del sacrificio invisible*"²².

(2^a 2^{ae}, q. LXXXI, a. 1, 4, 6, 7)

Miércoles de la quinta semana

MODO DE VENCER LA LUJURIA

Conviene saber que para evitar este pecado de lujuria se requiere mucho esfuerzo, ya que es un vicio interno; y es más difícil vencer un enemigo que es nuestro huésped. Sin embargo, se vence de cuatro maneras:

1º) Huyendo de las ocasiones exteriores, por ejemplo, evitando las malas compañías y todos los incentivos que ocasionalmente llevan a este pecado: *No pongas los ojos en la doncella, para que no tropieces en su belleza... No derrames la vista por las calles de la ciudad, ni andes vagando*

²² *De civil. Dei*, lib. X, cap. 5.

por sus plazas. Aparta tus ojos de la mujer ataviada; y no mires curioso la hermosura ajena. Por la hermosura de la mujer se perdieron muchos; y de aquí la concupiscencia se enciende como fuego. (Eccli 9, 5-9). ¿Por ventura, puede el hombre esconder el fuego en su seno, de manera que sus vestidos no ardan? (Prov 6, 27). Por eso le fue ordenado a Lot que huyera de toda la región cercana a Sodoma. (Gen 19, 17).

2º) No dando entrada a los malos pensamientos, porque son ocasión de excitación para la concupiscencia, y esto se obtiene por la mortificación: *Castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre (1 Cor 9, 27).*

3º) Insistiendo en la oración, porque *si el Señor no guardare la ciudad, inútilmente vela el que la guarda (126, 1)*. Y el Señor dice en San Mateo: *Esta casta (de demonios) no se lanza sino por oración y ayuno (17, 20)*. Si dos pelearan y quisieras ayudar a uno, mas no al otro, sería necesario ayudar al primero, y negar auxilio al segundo. Ahora bien, existe una guerra continua entre el espíritu y la carne; si quieres que venza el espíritu, es necesario que le prestes ayuda, y esto se hace por la oración; mas es menester que se la niegues a la carne, y esto se hace con el ayuno; pues la carne se debilita con él.

4º) Insistiendo en ocupaciones lícitas. *Muchos vicios enseñó la ociosidad (Eccli 33, 29)*. En Ezequiel se dice: *Ésta fue la maldad de Sodoma... la soberbia, la hartura de pan, y la abundancia, y la ociosidad de ella (16, 49)*. Y San Jerónimo dice: "Haz siempre algo bueno, para que el demonio te encuentre ocupado. Entre todas las ocupaciones la mejor es el estudio de las Escrituras." En otro lugar dice el mismo escritor: "Ama los estudios de las Escrituras, y no amarás los vicios de la carne."

(In Decalog., c. XXX)

Jueves de la quinta semana

EL HOMBRE DEBE SUJETARSE A TODOS POR HUMILDAD

Teniendo cada uno por superiores a los otros (Filip 2, 3).

En el hombre pueden considerarse dos cosas: lo que es de Dios, y lo que es del hombre. Al hombre pertenece todo lo que es defectuoso; mas a Dios, todo lo que pertenece a la salvación y a la perfección, según aquello de Oseas: *Tu perdición, Israel, de ti; sólo en mí está tu socorro (13, 9).*

Mas la humildad se refiere propiamente a la reverencia con que el hombre se somete a Dios; y por lo tanto todo hombre, según lo que es suyo, debe someterse a su prójimo en cuanto a aquello que en su prójimo es de Dios; mas la humildad no pide que uno someta lo que de Dios hay en sí mismo a lo que en otro parece ser de Dios. Porque los que participan de los dones de Dios conocen que los poseen, según aquello del Apóstol: *Para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado* (1 Cor 2, 12). Y por consiguiente, sin perjuicio de la humildad, pueden preferir los dones de Dios que ellos han recibido a los dones que parecen concedidos a otros, como dice San Pablo a los Efesios: *El cual* (Cristo) *en otras generaciones no fue conocido de los hijos de los hombres, así como ahora ha sido revelado a sus santos Apóstoles* (Ef 3, 5).

Igualmente, tampoco exige la humildad que uno someta lo que en sí mismo es suyo, a lo que es del hombre en el prójimo; de otro modo, sería necesario que cada uno se considerase más pecador que cualquier otro, siendo así que ha dicho el Apóstol sin menoscabo de la humildad: *Nosotros somos judíos de naturaleza, y no pecadores de entre los gentiles* (Gal, 15).

Puede, sin embargo, alguno juzgar que existe en el prójimo algo bueno que él no posee, o que él tiene algo malo que no hay en el prójimo, por lo cual puede someterse a él por humildad.

No sólo debemos reverenciar a Dios en sí mismo, sino también lo que de Dios hay en cualquier otro, pero no en la misma reverencia que prestamos a Dios. Por consiguiente la humildad nos manda someternos a todos los prójimos por Dios, según aquello: *Someteos, pues, a toda humana criatura, y esto por Dios* (1 Pedro, 11, 13). Sin embargo, a solo Dios debemos ofrecer el culto de latría.

La humildad, como las demás virtudes, reside principalmente en el interior, en el alma. Por eso puede el hombre con un acto interior del alma someterse a otro, sin dar ocasión por esto a alguna cosa que pueda poner en peligro la salvación de ese otro. Esto es lo que dice San Agustín en su Regla: "Con temor ante Dios se prosterne el prelado a vuestros pies"²³. Mas en los actos exteriores de humildad, así como en los actos de las demás virtudes, debe guardarse la debida moderación para no perjudicar al prójimo. Por eso advertía San Agustín: "No sea que al observar con exceso la humildad, se quebrante la autoridad necesaria para gobernar."

(2^a 2^{ae}, q. CLXI, a. 3)

²³ *Regula, id est*, epíst. 212, a. 109.

Viernes de la quinta semana

SUAVE EXPERIENCIA DE LA BONDAD DIVINA

Gustad y ved qué suave es el Señor (Sal 33, 9).

El Salmista exhorta a la experiencia de la intimidad divina y para esto hace dos cosas: primero exhorta a esta experiencia y después explica sus efectos.

I. Dice, pues, *gustad*. La experiencia de una cosa se hace por los sentidos; pero de manera distinta para una cosa presente, y para otra ausente; porque las ausentes o distantes son percibidas por la vista, el olfato y el oído; las presentes, por el tacto y por el gusto; por el gusto, la experiencia es extrínseca presente, por el gusto, es íntima. Pero Dios no está lejos de nosotros, ni fuera de nosotros, sino en nosotros. *Tú, Señor, entre nosotros estás* (Jer 14, 9). Por eso la experiencia de la bondad divina se llama degustación: *Si es caso que habéis gustado cuán dulce es el Señor* (1 Pedro 2, 3). *Gustó y vio que su trabajo es provechoso* (Prov 31, 18).

II. El efecto de la experiencia es doble. Uno es la certeza del entendimiento; otro, la seguridad del afecto. En cuanto a lo primero dice: *y ved*. En las cosas corporales primero se ve y después se gusta; pero en las espirituales, primero se gusta y después se ve, porque no se conoce lo que no se gusta; por eso dice primero: *gustad*, y después: *ved*.

En cuanto a lo segundo manifiesta: *Qué suave es el Señor*, como dice la Sagrada Escritura: *¡Oh cuán bueno y suave es, Señor, tu espíritu en todas las cosas!* (Sab 12, 1). *¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura!* (Sal 30, 20), y algo más adelante agrega: *Bienaventurado el hombre que espera en él* (33, 9); *Bienaventurados todos los que le esperan con paciencia* (Is 30, 18).

III. Por consiguiente, cuando se dice: *Gustad, y ved* (Sal 33,9) y: *Para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios buena, y agradable, y perfecta* (Rom 12, 2), no se nos aconseja que experimentemos como dudando, porque hay dos clases de conocimientos acerca de la bondad o voluntad divinas: uno especulativo, y en cuanto a éste no es lícito dudar ni probar si la voluntad de Dios es buena o si Dios es suave; y otro afectivo o experimental de la voluntad o bondad divinas, cuando uno experimenta en sí mismo el gusto de la dulzura divina y la complacencia de la voluntad de Dios, como San Dionisio dice de Hieroteo, que aprendió las cosas divinas

experimentando su suavidad. Y en este sentido se nos aconseja que probemos la voluntad de Dios y gustemos su suavidad.

(2^a, 2^{ae}, q. XCVII, a. 2; ad 2^{um}).

Sábado de la quinta semana

EL MANÁ ESCONDIDO.

Al vencedor daré yo maná escondido (Apoc 2, 17).

1º) Este maná es admirable. De dos maneras puede entenderse: o de la dulzura interna que se da a los santos en esta vida, o de la dulzura eterna que se dará a los santos en la vida futura. Una y otra son tan excelentes que todo el que las siente dice: ¿Qué es esto? Las dos están escondidas, porque en pequeña cantidad y a pocos se da el sentir algo de ella. Muy acertadamente está simbolizada por el maná la dulzura de la contemplación a causa de su suavidad. *Gustad y ved que el Señor es suave; bienaventurado el hombre que espera en él (Sal 33, 9)*, esto es, que pone en él toda su esperanza; porque al tal se concede que guste la suavidad de Dios, de la que por poco que perciba, el alma se admira, hasta el punto de decir con razón: ¿MANHÚ?, que quiere decir: ¿Qué es esto? (Ex 16, 15).

Nadie puede comprender la dulzura interior, por muy encendido que esté su deseo. Razón tenía el salmista cuando dijo: *Desfalleció mi alma por tu salud (Sal 118, 81)*, y en otro lugar (83,3): *Mi alma codicia y desfallece por los atrios del Señor*; como si dijese: “Yo sé que tus tabernáculos, esto es, las mansiones de tu casa, son amables y deseables, porque yo, que todavía estoy fuera en el atrio, sin haber entrado aún en el templo, deseo tan ardientemente morar allí cerca; pero desfallezco deseando, al no poder comprender lo que hay allí. Así, pues, si no puedo soportar la poca dulzura que das en el atrio, ¿quién podrá abarcar la totalidad de la que hay en el templo?”

2º) Dónde se encuentra. *Salga el pueblo, y recoja lo que basta para cada día (Ex 16, 4)*. Quien desee esa suavidad, debe salir del mundo al cielo, de la carne al espíritu, de sí mismo a Dios, y entonces encontrará el maná. *Destilarán los montes dulzura (Joel 3, 18)*. Existen tres montes: el alma, el cielo y Dios. En ellos debe el hombre recoger el maná contemplando cada uno de los bienes de ellos; y debe recoger cada día, porque todos los días debe dedicarse a la oración y meditación.

Debe recoger cuanto sea suficiente. Algunos recogen poco, porque oran y meditan poco. Otros recogen demasiado. Por eso se dice en los Proverbios: *Hallaste miel, come cuanto te basta* (Prov 25, 16).

El lugar en que se encuentra el maná es la soledad. *La llevaré al desierto, y le hablaré al corazón* (Os 2, 14). Pero no se encuentra en la ciudad.

Además, el maná se encontraba por la mañana; frecuentemente por la mañana se da la devoción en la oración. *En la mañana me pondré en tu presencia y veré* (Sal 5, 5). *Los que de mañana velaren a mí, me hallarán* (Prov 8, 17).

Se da asimismo a los que salieron de Egipto, y la devoción a los salidos del pecado.

Algunos encuentran dulce al Señor únicamente en la oración; otros, sólo en la lectura; otros únicamente en la celebración de la santa Misa. Pero los perfectos lo encuentran dulce y suave en todo, en los ayunos y disciplinas, en la enfermedad y en la pobreza, según lo que dice el Eclesiástico (24, 11): *En todos estos busqué reposo*, al modo de la abeja, que extrae miel de casi todas las flores. Por eso dice de estos el Señor: *Me cercaron como abejas, y se enardecieron como fuego en espinas* (Sal 117, 12); porque cuanto más gusta el alma de Dios, más se inflama en su amor

(*In Apoc.*, II)

Domingo de la sexta semana

LA SEÑAL DEL VERDADERO AMOR

1. *Quien tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama* (Jn 14, 21).

El verdadero amor es aquel que se manifiesta y prueba con obras; pues el amor se da a conocer por la acción. Porque, en efecto, amar a uno es querer el bien para él y desear lo que él quiere, por lo mismo no le ama verdaderamente el que no cumple la voluntad del amado, ni realiza lo que sabe que quiere aquél. Así, pues, el que no cumple la voluntad de Dios, no parece que lo ama en verdad, y por eso dice el Señor: *Quien tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama*, esto es, el que me profesa verdadero amor.

Pero advierte que uno tiene los mandamientos de Dios primeramente en el corazón, por la memoria y la constante meditación. Esto no basta, si no los guarda en la práctica. Unos los tienen en la boca, diciendo y exhortando: *¡Cuán dulces son tus palabras a mi paladar, más que la miel a mi boca!* (Sal 118, 103). Esto deben observarlo también en la práctica, porque *quien hiciere y enseñare; éste será llamado grande en el reino de los cielos* (Mt 5, 19). Por lo cual son vituperados por el Señor los que dicen y no hacen. Otros los tienen en el oído, escuchándolos con gusto y diligencia. *El que es de Dios, oye las palabras de Dios* (Jn 8, 47). Tampoco esto es suficiente, si no guardan la ley, pues *no son justos delante de Dios los que oyen la ley* (Rom 2, 13). Luego el que así tiene los mandatos de Dios, los guarda de algún modo, pero todavía se le queda la obligación de observarlos con perseverancia. Por eso dice San Agustín: "El que los tiene en la memoria y los observa en la vida, el que los tiene en las palabras y los guarda en las costumbres, el que los tiene y practica con perseverancia, éste es el que me ama."

II. *Si guardareis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor, así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor* (Jn 15, 10).

Perseverar en su amor es guardar sus mandamientos. La observancia de los mandamientos es fruto del amor divino, no sólo del amor con que nosotros le amamos, sino de aquel amor con que él nos ama. Porque él nos ama, por eso nos excita y ayuda a cumplir sus mandamientos, los cuales no pueden cumplirse sino con su gracia.

Y a continuación pone un ejemplo diciendo: *así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre*. Porque así como el amor con que el Padre lo ama es ejemplo del amor con que él nos ama a nosotros, así quiso que su obediencia fuera ejemplar de nuestra obediencia. En efecto, Cristo muestra que persevera en el amor, porque guardó todos sus mandamientos. Pues sufrió la muerte: *Hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz* (Filip 2, 8). Se abstuvo de todo pecado: *No cometió pecado, ni fue hallado engaño en su boca* (1 Pedro 1, 22). Esas cosas han de entenderse de Cristo en cuanto hombre. *Yo hago siempre lo que a él le agrada* (Jn 8, 29).

(In Joan., XV)

Lunes de la sexta semana

CONMEMORACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

Considerad, pues, atentamente a aquél que sufrió tal contradicción de los pecadores contra su persona; para que no os fatiguéis, desfalleciendo en vuestros ánimos (Hebr 12, 3).

I. El Apóstol nos invita a meditar con diligencia. *Considerad atentamente a aquél*, esto es, pensad dos veces: *En todos tus caminos pon tu pensamiento en él (Prov 3, 6)*. La razón es que, en cualquier tribulación, el remedio se encuentra en la Cruz.

Pues allí se encuentra la obediencia a Dios, como dice el Apóstol: *Se humilló a sí mismo, hecho obediente (Filip 2, 8)*. Allí, la piedad filial para con los padres. Por eso allí se preocupó de su madre. También allí se encuentra la caridad para con el prójimo, por lo cual oró por sus perseguidores: *Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen (Lc 23, 34)*. Hubo allí paciencia en la adversidad: *Enmudecí, y me humillé, y callé razones buenas; y mi dolor se renovó (Sal 33, 3)*. Allí la perseverancia final en todo, por lo cual perseveró hasta la muerte: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Lc 23, 46)*.

Por consiguiente, en la Cruz se encuentra el ejemplo de todas las virtudes. Por eso dice San Agustín: "La Cruz no solamente fue patíbulo de la víctima, sino también cátedra de enseñanza."

II. Mas ¿qué es lo que se ha de meditar? Tres cosas:

1º) El género de la Pasión, porque Jesús *sufrió contradicción*, esto es, aflicción en las palabras. Por eso decían: *¡Ah!, tú que destruyes el templo de Dios (Mt 27, 40)*. *Me sacarás de las contradicciones (Sal 17, 44)*. *Señal a la que se hará contradicción (Lc 2, 34)*. *Y tal contradicción*, esto es, tan grave e ignominiosa. *Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor (Lamen 1, 12)*.

2º) De quienes padeció, pues, fue de parte de los pecadores, por los cuales padecía: *Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos (1 Pedro 3, 18)*.

3º) La persona del paciente. Pues antes de la Pasión, desde el principio del mundo, padeció en sus miembros, pero ahora en su propia persona. Por eso dice: *Contra su persona (Hebr 12, 3)*. Y el Apóstol Pedro dice: *El*

mismo que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (1 Pedro 2, 24).

III. La utilidad de esta consideración se manifiesta cuando dice: *Para que no os fatiguéis* (Hebr 12, 3).

La consideración de la Pasión de Cristo hace que no desfallezcamos. Por eso dice San Gregorio: "Si se trae a la memoria la Pasión de Cristo, nada hay tan duro que no pueda ser tolerado con ecuanimidad. Por lo tanto no desfallezcáis, como fatigados en el ánimo, de la verdad de la fe, ni desfallezcáis tampoco en las obras buenas".

Y da la razón, diciendo: *Pues aún no habéis resistido hasta la sangre* (Hebr 12, 4). Como si dijese: No debéis desfallecer en vuestras tribulaciones por vosotros mismos, porque todavía no habéis sufrido como Cristo, pues él derramó su sangre por nosotros.

(In Hebr., XII)

Martes de la sexta semana

UNOS VEN MÁS PERFECTAMENTE QUE OTROS LA ESENCIA DE DIOS

Aun hay diferencia de estrella a estrella en la claridad (1 Cor 15, 41).

1º) Entre los que ven a Dios en su esencia, uno lo verá más perfectamente que otro. En efecto, esto no se verificará mediante una semejanza de Dios, más perfecta en uno que en otro, pues esta visión no se realizará por medio de semejanza, sino que esta diferencia provendrá de que el entendimiento de uno recibirá mayor capacidad que el de otro. Por lo tanto, la facultad de ver a Dios no es una de las dotes naturales de la inteligencia creada, sino que resulta del *lumen gloriae* (luz de la gloria), que constituye al entendimiento en una especie de deificación.

Por eso, la inteligencia que más participe de ese *lumen gloriae* verá más perfectamente a Dios.

Ahora bien, participará más de ese *lumen gloriae* el que tenga más caridad; porque el que posee mayor caridad posee más intenso deseo; y el deseo da, en cierto modo, más aptitud y capacidad para recibir el objeto deseado. En consecuencia, el que tenga más caridad verá más perfectamente a Dios y será más bienaventurado.

(1^a, q. XII, a. 6)

2º) Como el fin corresponde proporcionalmente a las cosas ordenadas a ese fin, es menester que así como algunas cosas se ordenan de diversa manera a él, también participen de él diversamente. Ahora bien, la visión de la sustancia divina es el fin último de toda sustancia intelectual. Mas no todas las sustancias intelectuales se preparan igualmente para el fin, pues unas son de mayor virtud y otras de menos capacidad. Pero la virtud o capacidad es el medio o la senda para la felicidad. Luego es necesario que exista diversidad en la visión divina, es decir, que unos verán más perfectamente y otros menos perfectamente la sustancia divina.

Por eso, para señalar esta diferencia de felicidad, dice el Señor: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas* (Jn 14, 2). Con esto se condena el error de los que sostienen que todos los premios son iguales. Mas si en el modo de ver hay diversidad de grados de gloria en los bienaventurados, también por razón de lo que se ve, resulta la misma gloria. Pues la felicidad de cualquiera consiste en ver la sustancia de Dios; es el mismo Dios el que hace bienaventurados a todos, pero no todos reciben igualmente de él la bienaventuranza.

Esto no contradice lo que el Señor enseña en San Mateo (20, 1-16), que se ha de dar el mismo jornal, es decir, un denario, a todos los que trabajan en la viña, a pesar de que no todos trabajaron igualmente; porque una sola y misma cosa, Dios, es lo que se da a todos como recompensa: ver a Dios y disfrutar de él.

(*Contra Gentiles*, lib. IV cap. 58)

Miércoles de la sexta semana

LAS RELIQUIAS DEL PECADO

Se lee en San Marcos que el ciego, iluminado por el Señor, recobró primeramente la vista imperfecta. Por eso dijo: *Veo los hombres como árboles que andan* (8, 24); después la recobró perfecta, de modo que veía claramente todas las cosas. (Ibid., 25). La iluminación del ciego significa la liberación del pecador. Luego de la primera remisión de la culpa, por la cual es restituida al pecador la vista espiritual, todavía quedan en él algunas reliquias del pecado pasado.

El pecado mortal, por parte de la *conversión* desordenada al bien mudable, produce en el alma una cierta disposición, o también hábito, si el acto es reiterado frecuentemente. Mas la culpa del pecado mortal se perdona en cuanto que se quita por la gracia la *aversión* de la mente a Dios.

Pero quitado lo que procede de la *aversión*, puede subsistir lo que proviene de la *conversión* desordenada, y sucede que ésta puede estar sin aquélla. Por consiguiente, nada impide que, perdonada la culpa, permanezcan las disposiciones causadas por los actos precedentes, que se dicen reliquias del pecado; permanecen, sin embargo, debilitadas y disminuidas, de modo que no dominen al hombre; y esto más bien como disposiciones que como hábitos, y también queda el fomes de la concupiscencia después del Bautismo.

Dice San Agustín: "Nunca sanó el Señor a alguno, sin haberlo librado totalmente; y así sanó a un hombre por completo en sábado, pues libró su cuerpo de toda enfermedad y a su alma de todo contagio"²⁴. Es cierto que Dios cura perfectamente a todo el hombre; pero unas veces lo hace súbitamente, como restituyó la salud en el acto a la suegra de San Pedro, *de tal modo que ella se levantó luego, y les servía* (Lc 4, 39); pero otras veces lo hace sucesivamente, según lo dicho del ciego iluminado. Del mismo modo toca algunas veces espiritualmente el corazón del hombre en tal forma que consiga instantáneamente la salud espiritual perfecta, no solamente por la remisión de la culpa, sino también quitándole todas las reliquias del pecado, como en el caso de la Magdalena. Mas a veces perdona primero la culpa por la gracia operante, y después, por la gracia cooperante, quita sucesivamente las reliquias del pecado²⁵.

(3^a, q. LXXXVI, a. 5)

²⁴ Parece que la cita es de otro autor, *De Vera et falsa. poemat.*, cap. 9.

²⁵ Qué entiende Santo Tomás por gracia operante y cooperante, nos lo ha dicho ya en otro lugar (1^a, 2^{ae}, q. CXI, a. 2): "La acción de algún efecto no se atribuye al ser movido sino al moviente. Así, pues, en aquel efecto en que nuestra mente es movida y no es moviente, mas sólo Dios es moviente, la acción se atribuye a Dios; y en este sentido se llama gracia *operante*. Pero en aquel efecto en el cual nuestra mente mueve y es movida, la acción no se atribuye solo Dios, sino también al alma; y en este sentido se llama gracia *cooperante*."

Jueves de la sexta semana

EXAMEN DE NUESTRA CAUSA EN EL JUICIO

I. El Señor discutirá con los hombres:

1º) Acerca de la grandeza de su Pasión; por lo cual mostrará todos los instrumentos de su muerte: la cruz, los clavos y la lanza. Mostrará asimismo las llagas: *Le verá todo ojo, y los que le traspasaron* (Apoc 1, 7). Y en el capítulo 19, 13: *Vestía una ropa teñida en sangre*. También aparecerá delante de él el estandarte de la cruz, como dice el Evangelista San Mateo: *Entonces parecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo* (24, 30). ¿Qué dirás? ¿Qué harás, oh pecador? Contra ti hablará la conciencia, te acusarán todos los elementos. Llorará la cruz de Cristo, él mismo alegrará por sus llagas, hablarán las cicatrices y se quejarán los clavos.

De las omisiones: *Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber. Era huésped, y no me hospedasteis; desnudo, y no me cubristeis; y en la cárcel, y no me visitasteis* (Mt 25, 42-43).

3º) *Se hará interrogatorio de los pensamientos del impío* (Sab 1, 9).

4º) De las intenciones: *Discierne los pensamientos e intenciones del corazón* (Hebr 4, 12).

5º) De las palabras ociosas: *De toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio* (Mat 12, 36).

6º) De las malas obras: *Examinará vuestras obras, y escudriñará los pensamientos* (Sab 6, 4).

7º) Acerca de las cosas temporales: *Da cuenta de tu mayordomía*. (Lc 16, 2).

8º) Del cuidado de tu familia. *¿Dónde está la grey que te fue confiada?*

9º) De los años y del tiempo perdidos: *Llamó contra mí al tiempo* (Lamen 1, 15). Y en el libro de Job (24, 23) dice: *Le dio Dios lugar de penitencia, y él abusó de esto para soberbia*.

II. Después de la instrucción de la causa sigue la discusión y vemos quiénes son, los acusadores y testigos.

Los acusadores serán tres: en primer lugar, la conciencia: Dando testimonio a ellos su misma conciencia, y los pensamientos de dentro. .. *En*

el día en que Dios juzgará las cosas ocultas de los hombres (Rom 2, 15-16). También acusará el demonio, a quien fue dado ese oficio, el cual continuamente nos observa, así como a vuestras obras, para acusarnos: *Es ya derribado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche* (Apoc 12, 10). El lugar y la criatura donde pecó: *Descubrirá los cielos la iniquidad de él, y la tierra se levantará contra él* (Job 20, 27). *La piedra desde la pared clamará* (Hab 2, 11). El padre acusará al hijo, y el hijo al padre. El hijo se quejará del mal padre, porque por él está en oprobio. *Los hijos que nacen de inicuos sueños, testigos son de la maldad contra los padres* (Sab 4, 6).

Los testigos serán también tres. El primero será el Creador, a quien ofendimos: *Pues he aquí que mi testigo está en el cielo, y en las alturas el que me conoce* (Job 16, 20). *Yo soy el juez y el testigo, dice el Señor* (Jer 29, 23). El segundo testigo será el ángel bueno, que fue dado al hombre para su custodia, el cual lo acusará de la mucha ingratitud para con su servicio.

Por eso dirá en el juicio aquello de Jeremías: *Hemos medicinado a Babilonia, y no ha sanado* (51, 9). El tercero será la mancha del pecado, que se destacará en el rostro, como dice Jeremías: *Te acusará tu malicia* (2, 19). *Mis arrugas dan testimonio contra mí* (Job 16, 9). Y de este modo serán tres los testigos contra el hombre, como dice el Deuteronomio: *Por el dicho de dos o de tres testigos perecerá el que fuese muerto* (17, 6).

(De Juicio ultimo, XVII, XVIII)

Viernes de la sexta semana

EL GALARDÓN

Mas cada uno recibirá su propio galardón, según su trabajo (1 Cor 3, 8).

I. Este galardón es común a todos y propio de cada uno.

1º) Común, porque será idéntico lo que todos verán y de lo que todos disfrutarán, a saber: Dios. *Entonces en el Todopoderoso abundarás de delicias* (Job 22, 26). *En aquel día será el Señor de los ejércitos corona de gloria, y guirnalda de regocijo al que quedare de su pueblo* (Is 28, 5). Por eso se da un denario a todos los que trabajan en la viña (Mt 28).

2º) El galardón será propio de cada uno porque cada uno verá con más claridad que otro y gozará más plenamente según su capacidad. Por eso dice el Evangelista: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas* (Jn 14, 2). Y el Apóstol: *Cada uno recibirá su propio galardón* (1 Cor 3, 8). Muestra después qué debe entenderse por la medida particular de la merced, cuando añade: *según su trabajo*.

Esto no significa la igualdad del trabajo con respecto a la recompensa, pues, como dice el Apóstol: *Lo que aquí es para nosotros de una tributación momentánea y ligera, engendra en nosotros, de un modo muy maravilloso, un peso eterno de gloria* (2 Cor 17); sino que designa la igualdad de proporción, a saber, que cuanto más sea el trabajo mayor será la recompensa.

II. De tres maneras puede entenderse la mayor intensidad del trabajo.

1ª) Según la forma de la caridad, a la cual responde la recompensa del premio esencial, a saber: el goce y la visión divina. Por lo cual se lee: *El que me ama, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me le manifestaré a mí mismo* (Joan 14, 21). De ahí que quien trabajare con mayor caridad, aunque padezca menor trabajo, recibirá más del premio esencial.

2ª) Según el género de la obra. Así como en las cosas humanas recibe mayor premio el que trabaja en una obra más noble, como el arquitecto con respecto al albañil, aun cuando trabaja corporalmente con menor intensidad, así también en las cosas divinas, el que se ocupa en una acción más noble recibirá mayor recompensa por alguna prerrogativa del premio accidental, aunque tal vez haya trabajado menos corporalmente. De ahí que se dé una aureola a los doctores, vírgenes y mártires.

3ª) Según la cantidad del trabajo, y de dos maneras. A veces un trabajo mayor merece mayor recompensa, principalmente en cuanto a la remisión de la pena, por ejemplo, porque los ayunos son más largos, o la peregrinación es más lejana, y también en cuanto al gozo sentido en un trabajo mayor. A veces, sin embargo, es mayor el trabajo por defecto de la voluntad. Pues en las cosas que hacemos por propia voluntad, sentimos menos trabajo. En este caso el acrecentamiento del trabajo no aumentará la recompensa, sino que la disminuirá. Por eso se dice en Isaías (40, 31): *Tomarán alas como águilas, correrán, y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán*. Allí mismo se dice antes: *Desfallecerán los jóvenes, y se fatigarán* (v. 30).

(In I Cor., III)

Sábado de la sexta semana

TRANSFIGURACIÓN DE CRISTO

Habiendo preanunciado su Pasión a sus discípulos, el Señor los había inducido a que le siguieran en el camino del sufrimiento. Para que uno avance directamente en un camino, es necesario que de alguna manera conozca el fin; del mismo modo que el arquero no disparará rectamente la flecha si no mira primero el blanco a que la dirige. Por eso dijo Santo Tomás: *Señor, no sabemos a dónde vas; entonces ¿cómo podemos saber el camino?* (Jn 14, 5). Y esto es necesario principalmente cuando la senda es difícil y áspera, el camino laborioso, y, el fin agradable.

Mas Cristo por su Pasión llegó a obtener no sólo la gloria del alma, que tuvo desde el principio de su concepción, sino también la del cuerpo, según aquello de San Lucas: *¿Pues qué, no fue menester que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria?* (24, 26). A ella conduce también a los que siguen las huellas de su Pasión, conforme con estas palabras: *Por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios* (Hechos 14, 21).

Y por esto fue conveniente que manifestase a sus discípulos la gloria de su claridad, que es lo mismo que transfigurarse, pues en esta claridad transfigurará a los suyos, como dice él. Apóstol: *Reformará nuestro cuerpo abatido, para hacerlo conforme a su cuerpo glorioso* (Filip 3, 21) De lo cual dice San Beda: "En su piadosa previsión les permitió gozar un tiempo muy corto la contemplación de la alegría, que dura siempre, para hacerles sobrellevar con mayor fortaleza la adversidad"²⁶.

(3^a, q. XLV, a. 1)

Y los lleva aparte a un monte alto (Mt 17, 1). En esto nos enseña que todos los que desean contemplar a Dios no deben dejarse llevar de los bajos deleites, sino que, por el amor de las cosas de arriba, deben elevarse siempre a las «celestiales, y con ello muestra a sus discípulos que no hay que buscar la gloria de la claridad divina en los bajos fondos de este siglo, sino en el reino de la bienaventuranza celestial. Somos conducidos *aparte*, porque los santos están separados de los malos con toda su alma y con las tendencias de su fe, pero después estarán .separados totalmente.

²⁶ *Super Marc.*, c, 77.

Señor, bueno es, que nos estemos aquí (Mt 17, 4). Si San Pedro, al ver la humanidad glorificada quiso no separarse nunca de esta visión; ¿qué pensar de los que merecieron ver su divinidad? Se dice que no sabía lo que decía por el estupor de la fragilidad humana. Pero sabía bien el único bien del hombre es entrar en el gozo de su Señor.

(De Humanit. Christi)

Domingo de la séptima semana

LA PACIENCIA

I. La paciencia es necesaria.

Las virtudes morales se ordenan al bien, en cuanto conservan el bien de la razón contra los ímpetus de las pasiones; y entre las demás pasiones, la tristeza es eficaz para impedir el bien de la razón, según aquello: *La tristeza del siglo engendra muerte* (2 Cor 7, 10). Y en el Eclesiástico se lee: *A muchos mató la tristeza, y no hay utilidad en ella* (30, 25). Por consiguiente, es necesario tener alguna virtud, por la que se conserve el bien de la razón contra la tristeza, para que la razón no sucumba por la tristeza; y esto lo hace la paciencia; por eso dice San Agustín: "La paciencia del hombre es la virtud por la cual soportamos los males con ecuanimidad, es decir, sin la perturbación de la tristeza, para que no abandonemos con ánimo desigual los bienes, por los que lleguemos a cosas mejores."

II. La paciencia no es la principal, de las virtudes.

Tanto más principal y poderosa será una virtud, cuánto más y más directamente dirige al hombre hacia el bien. Pero más directamente dirigen al hombre hacia el bien las virtudes que son constitutivas del bien, que las que son impeditivas de cosas que apartan del bien; y así como entre las que son constitutivas del bien es tanto mejor alguna de ellas cuanto mayor es el bien en que constituye al hombre, como la fe, la esperanza y la caridad respecto de la prudencia y la justicia; así también, entre las que son impeditivas de las cosas que retraen del bien, tanto mejor es alguna, cuanto lo que ella impide aparta más del bien.

Más apartan del bien los peligros de la muerte, que son el objeto de la fortaleza, o los deleites del tacto, que lo son de la templanza, que todas las adversidades, objeto de la paciencia. Por eso la paciencia no es la principal de las virtudes, sino que es inferior, no sólo a las virtudes teologales, y a la

prudencia y a la justicia que directamente consolidan al hombre en el bien, sino también a la fortaleza y a la templanza, que retraen de impedimentos mayores.

(2^a 2^{ae}, q. CXXXVI, a. 1, 2).

III. En qué sentido *contiene la paciencia obra perfecta* (Stgo. 1, 4).

Se dice que la paciencia contiene obra perfecta en la tolerancia de los males, en los que no sólo excluye la venganza injusta, incompatible también con la justicia, ni sólo al odio, cual lo hace la caridad, ni únicamente la ira, lo cual hace la mansedumbre, sino que también excluye a la tristeza desordenada, que es la raíz de todos los vicios mencionados. Por consiguiente, en este sentido es más perfecta y mayor, porque en esta materia extirpa la raíz; mas no es absolutamente más perfecta que todas las otras virtudes, pues la fortaleza, no sólo soporta las molestias sin perturbación, lo cual es propio de la paciencia, sino que también se introduce en ellas cuando es necesario; por lo que todo el que es fuerte, es paciente, pero no al revés. Es, sin embargo, la paciencia cierta parte de la fortaleza.

(1^a 2^{ae}, q. LXVI, a 4, ad 2^{um})

Lunes de la séptima semana

BIENES Y NECESIDAD DE LA FE

La fe produce cuatro clases de bienes.

1º) Por la fe el alma se une a Dios; pues por ella el alma realiza una especie de matrimonio con Dios. *Te desposaré conmigo en fe* (Os 2, 20). De ahí es que cuando el hombre es bautizado, primero hace una confesión de fe cuando se le pregunta: "¿Crees en Dios?", pues el Bautismo es el primer sacramento de la fe. Por eso dice el Señor: *El que creyere y fuere bautizado, será salvo* (Mc 16, 16). Pues el Bautismo sin la fe no sirve de nada. Por consiguiente, debe saberse que ninguno es grato a Dios sin la fe. Y sobre aquello de San Pablo, *Todo lo que no es según fe, es pecado* (Rom 14, 23), dice San Agustín: "Donde no hay conocimiento de la verdad eterna e inmutable, es falsa la virtud aun en las mejores costumbres."

2º) Por la fe se inicia en nosotros la vida eterna; pues la vida eterna no es otra cosa que conocer a Dios. Por eso dice el Señor: *Ésta es la vida*

eterna: Que te conozcan a ti solo Dios verdadero (Jn 17, 3). Este conocimiento de Dios en nosotros comienza por la fe, mas será perfeccionado en la vida eterna, en la cual conoceremos a Dios como es. Y por eso se dice en la Epístola a los Hebreos: *Es, pues, la fe la substancia de las cosas que se esperan* (11, 1). Nadie, pues, puede llegar a la bienaventuranza, que es el conocimiento verdadero de Dios, si primero no conoce aquí a Dios por la fe.

3º) La fe dirige la vida presente; porque para que el hombre viva bien es necesario que sepa las cosas necesarias para vivir bien; mas la fe muestra todas esas cosas; porque enseña que hay un solo Dios, que premia a los buenos y castiga a los malos, que hay otra vida, y otras verdades semejantes, y todo esto nos invita a practicar el bien y evitar el mal. A este respecto dice la Escritura: *Mi justo vive de la fe* (Heb 10, 38). Por donde se ve que ningún filósofo, antes de la venida de Cristo, con todo su esfuerzo no pudo saber de Dios ni de las cosas necesarias para la vida eterna lo que, después de la venida de Cristo, sabe una viejecilla por la fe. Por eso dice Isaías: *La tierra está llena de la ciencia del Señor* (11, 9).

4º) Con la fe vencemos las tentaciones: *Los cuales (los santos) por fe conquistaron reinos* (Hebr 11, 33). Y esto se comprueba porque toda tentación viene del diablo, o del mundo o de la carne. El diablo nos tienta para que no obedezcamos a Dios, ni nos sometamos a él. La fe rechaza esta tentación, pues por ella conocemos que él es Señor de todas las cosas y que por lo mismo debemos obedecerle: *El diablo, vuestro adversario, anda como león rugiendo alrededor de vosotros... resistidle fuertes en la fe* (1 Ped 5, 8-9). El mundo tienta o cautivando en las cosas prósperas o aterrando en las adversas; pero nosotros las vencemos con la fe, que nos hace creer en otra vida mejor que ésta, pues nos enseña a creer en otros bienes y en otros males; y por lo tanto a despreciar los bienes de este mundo, y a no temer las cosas adversas. *Ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe* (1 Jn 4, 4). La carne tienta incitándonos a los deleites momentáneos y caducos de la vida presente; pero la fe nos muestra que si nos adherimos a ellos indebidamente, por ellos perdemos las alegrías eternas.

(In Symb.)

Martes de la séptima semana

LA VANAGLORIA

I. Se designa propiamente con el nombre de gloria al hecho de que lo bueno de un individuo llegue al conocimiento y a la aprobación de muchos. Tomada en un sentido más amplio, la gloria no sólo consiste en el conocimiento de la multitud, sino también en el de un pequeño número, o de uno solo, o de sí mismo, cuando alguno considera su propio bien como digno de alabanza. El que uno conozca y apruebe su propio bien no es pecado; pues se dice: *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado* (1 Cor 2, 12). Tampoco es pecado que uno quiera que sus buenas obras sean aprobadas; por estas palabras: *Ha de brillar vuestra luz delante de los hombres* (Mt 5, 16). Por lo tanto, el apetito de la gloria no indica, por sí algo vicioso, pero el apetito infundado o vanagloria importa vicio; porque apetecer algo vano es vicioso, según aquello: *¿Por qué amáis la vanidad, y buscáis la mentira?* (Sal 4, 3).

La gloria puede llamarse vana de tres maneras: 1ª, por parte de la cosa, por ejemplo, cuando uno busca gloria en aquello que no es digno de ella, como en alguna cosa frágil y caduca; 2ª, por parte de aquél de quien uno busca la gloria, por ejemplo, de un hombre, cuyo juicio no es cierto; 3ª, por parte del mismo que aparece la gloria, el cual no refiere el apetito de su gloria al fin debido, esto es, al honor de Dios o a la salvación del prójimo.

II. El pecado de vanagloria puede ser mortal, es decir, contrario a la caridad, de dos maneras:

1ª Por razón de la materia, de que uno se gloría, como cuando uno se gloria de alguna cosa falsa que es contraria a la reverencia divina, según aquello del profeta Ezequiel: *Se ha engraido tu corazón, y dijiste: Yo soy Dios* (28, 2). Y el Apóstol dice: *¿Qué tienes tú, que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?* (1 Cor 4, 7). O también cuando uno prefiere a Dios un bien temporal de que se gloría; lo cual se prohíbe en Jeremías: *No se gloríe el sabio en su saber, ni se gloríe el fuerte en su fuerza, y no se gloríe el rico en su riqueza; mas en esto se gloríe el que se gloría, en saberme y conocerme* (9, 23-24). O también cuando uno prefiere el testimonio de los hombres al testimonio de Dios, como aquéllos contra los cuales se dice en Juan (12, 43): *Amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.*

2ª Por parte del mismo que se gloria, quien refiere su intención a la gloria como a último fin, al cual fin ordena también las obras de virtud, y por conseguirlo no omite hacer aun lo que está contra Dios. Y en estos casos es pecado mortal.

Así, pues, la vanagloria es pecado peligroso, no sólo a causa de su misma gravedad, sino también porque es una disposición para los pecados graves, en cuanto por ella el hombre se hace presuntuoso y demasiado confiado en sí mismo; y de este modo también dispone poco a poco a que el hombre se prive de los bienes interiores.

(2ª 2ª, q. CXXXII, a. 1, 3)

Miércoles de la séptima semana

EL SANTÍSIMO NOMBRE DE DIOS

1º) El nombre de Dios es admirable porque obra maravillas en todas las criaturas: *Lanzarán demonios en mi nombre; hablarán nuevas lenguas; quitarán serpientes, y si bebieren alguna cosa mortífera, no les dañará* (Mc 16, 17).

2º) Es un nombre amable. *No hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, por el que podamos salvarnos* (Hech 4, 12). La salvación debe ser amada por todos. Tenemos el ejemplo de San Ignacio, el cual amó tanto el nombre de Cristo que, habiéndole pedido Trajano renegar del nombre de Cristo, respondió que no podía apartarlo de su boca; y como Trajano le amenazase que le haría cortar la cabeza para arrancar así ese nombre de su boca, replicó: “Aun cuando lo quites de la boca, jamás empero podrás arrancarlo del corazón; pues tengo impreso ese nombre en mi corazón, y por eso no puedo cesar de invocarlo.” Oyendo esto Trajano y deseando probar, mandó cortar la cabeza del siervo de Dios y extraerle el corazón, y se encontró que tenía escrito el nombre de Cristo con letras de oro. Pues había colocado este nombre como un sello sobre su corazón.

3º) Es un nombre venerable. *Para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra, y en los infiernos* (Filip 2, 10). *En el cielo*, es decir, los ángeles y bienaventurados; *en la tierra*, esto es, los hombres, que le veneran por el deseo de la gloria eterna o por temor del infierno; *en los infiernos*, es decir, los condenados, que lo

hacen por temor.

4º) Es un nombre inefable, inexplicable, porque todas las lenguas desfallecen; y por eso a veces es explicado por las criaturas. Así por razón de su firmeza, se le llama piedra; *Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mt 16, 18); se le dice fuego, porque purifica, pues así como el fuego limpia los metales, del mismo modo Dios purifica los corazones de los pecadores; también se le llama luz, porque ilumina, pues así como la luz disipa las tinieblas, del mismo modo el nombre de Dios alumbra las tinieblas del espíritu.

(*Orat. Domini*).

Debemos saber que en el nombre de Dios se ha de andar, orar, hablar, obrar y esperar, como dice la Sagrada Escritura: *Éstos confían en sus carros, y aquéllos en sus caballos, mas nosotros invocaremos el nombre del Señor Dios nuestro* (Sal 19, 8); *Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, yo lo haré* (Jn 14, 13); *Cualquier cosa que hagáis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo* (Col 3, 17); *Bienaventurado el varón que pone su esperanza en el nombre del Señor* (Sal 39, 5).

Consideremos también que el nombre de Jesús debe ser retenido en el corazón, porque es alegría; pronunciado con los labios, porque es júbilo; escuchado con el oído, porque es melodioso; llevado en la mano, porque es fuerza; y escrito en la frente, como un honor.

Advirtamos asimismo que el nombre de Dios tiene mucho poder. Pues en él todo es creado, en él son ahuyentados los demonios, curadas todas las enfermedades, en él se justifican los pecadores, se alegran los tristes, son ayudados los tentados; en él se acrecienta la gracia de los justos, en él se salvan todos los que han sido llamados.

(*Serm*).

Jueves de la séptima semana

EL PECADO SE AGRAVA SEGÚN LA CONDICIÓN DE LA PERSONA CONTRA QUIEN SE PECA

En la Sagrada Escritura se vitupera especialmente el pecado que se comete contra los siervos de Dios; también el pecado cometido contra los parientes; y por último el pecado que se comete contra las personas constituidas en dignidad.

La persona contra la cual se peca es, en cierto modo, objeto del pecado. La primera gravedad del pecado se considera por parte del objeto; y en atención a éste se computa tanto mayor la gravedad en el pecado, cuanto más principal sea el fin de su objeto. Mas los fines principales de los actos humanos son Dios, el mismo hombre, y el prójimo; ya que todo lo que hacemos lo referimos a alguno de estos tres, aunque también cada uno de estos tres esté subordinado al otro. Puede, pues, considerarse mayor o menor la gravedad en el pecado, según la condición de la persona contra quien se peca.

1º) Por parte de Dios, a quien tanto más se une el hombre cuanto más virtuoso sea y más consagrado a Dios esté; y por tanto, la injuria inferida a tal persona redundará más, en contra de Dios, según aquello: *El que os tocaré, toca la niña de mis ojos* (Zac 2, 8). Por consiguiente, el pecado se hace más grave cuando se peca contra una persona más unida a Dios por su virtud o por razón de su oficio.

2º) De parte de uno mismo es manifiesto que uno peca tanto más gravemente cuanto más pecare contra persona a él unida, o por razón de parentesco natural, o por beneficios o por cualquier otra unión, porque parece que peca más contra sí mismo, y por tanto peca más gravemente, según consta en el Eclesiástico: *Quien parca sí mismo es malo, ¿para qué otro será, bueno?* (Eccl 14, 5).

3º) Por parte del prójimo, se peca tanto más gravemente cuanto mayor sea el número de los que afecte el pecado, y por tanto el pecado que se comete contra persona pública, por ejemplo, contra el rey o el príncipe, que representan en su persona a toda la multitud, es más grave que el pecado que se comete contra una sola persona privada. Por lo que se dice especialmente: *Ni maldecirás al príncipe de tu pueblo* (Éxodo 22, 28). Y del mismo modo

la injuria que se hace a alguna persona insigne, parece ser más grave porque redundando en escándalo y perturbación de muchos.

(1^a 2^{ae}, q. LXXIII, a. 9)

Viernes de la séptima semana

PERFECCIÓN NECESARIA PARA SALVARSE

La criatura racional debe amar a Dios con todas sus fuerzas, pues se dice en el Deuteronomio: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza* (Deut 6, 5). Amamos a Dios con todo el corazón, la mente, el alma y la fuerza, si nada nos falta, para el amor divino, que actual o habitualmente no ordenemos a Dios. La perfección de este amor divino se impone al hombre bajo precepto:

1º) Que el hombre ordene todas las cosas a Dios como a fin, como dice el Apóstol: *Si coméis, o si bebéis, o hacéis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios* (1 Cor 10, 31). Esto se cumple efectivamente cuando alguno ordena su vida al servicio de Dios; y por consiguiente, todas las cosas que ejecuta por sí mismo se ordenan virtualmente a Dios, si no son tales que aparten de Dios, como los pecados, y de este modo el hombre ama a Dios con todo el corazón.

2º) Que el hombre sujete su entendimiento a Dios, creyendo las cosas reveladas por Dios, según aquello del Apóstol: *Reduciendo a cautiverio todo entendimiento para que obedezca a Cristo* (2 Cor 10, 5); y de este modo se ama a Dios con toda la mente.

3º) Que cuantas cosas ama el hombre, las ame en Dios, y ordene universalmente a ese amor todos sus afectos, según aquello del Apóstol: *Porque si estáticos nos enajenamos, es para Dios; y si somos sobrios, es para vosotros. Porque el amor de Cristo nos estrecha* (2 Cor 5, 14). De este modo Dios es amado con toda el alma.

4º). Que todas nuestras cosas exteriores, las palabras y las obras se fundamenten en la caridad divina, como se lee en la primera epístola a los Corintios: *Todas vuestras cosas sean hechas en caridad* (16, 14); y así Dios es amado con toda fortaleza.

Éste es el modo del perfecto amor divino, al cual todos están obligados por necesidad de precepto.

Sábado de la séptima semana

MODO DE EVITAR LA SOBERBIA

I. Algún pecado se precave difícilmente por dos motivos:

1º) Por la vehemencia de la impugnación, como la ira que ataca vehementemente a causa de su ímpetu. Pero es aún más difícil resistir a la concupiscencia, por sernos connatural; y tal dificultad de evitar el pecado disminuye su gravedad, puesto que cuanto menor sea el ímpetu de la tentación por que cae tanto más gravemente peca.

2º) Es difícil evitar algún pecado porque está oculto; y de este modo es difícil evitar la soberbia, porque toma ocasión de las mismas cosas buenas. Por eso dice expresamente San Agustín que "pone asechanzas a las obras buenas", y el Salmo (CXL 141, 4): *En este camino, por donde yo andaba, me escondieron lazo.*

Por consiguiente, el movimiento de la soberbia que se desliza ocultamente no tiene la mayor gravedad antes de que el juicio de la razón se percate de él; pero luego que ha sido conocido por la razón, entonces se evita fácilmente, ya por la consideración de la propia debilidad, según aquello del Eclesiástico (10, 9): *¿Por qué se ensoberbece la tierra y la ceniza?*; ya también por la consideración de la grandeza divina, como dice el libro de Job: *¿Por qué te hincha contra Dios tu espíritu?* (15, 13); ya también por la imperfección de los bienes, de que el hombre se ensoberbece, según aquello de Isaías: *Toda carne heno, y toda su gloria como flor del campo* (40, 6), y más adelante: *Como un paño de menstruosa son todas nuestras justicias* (64, 6).

II. Para poner de manifiesto la soberbia de los hombres, Dios castiga a algunos, permitiéndoles caer en pecados carnales; que, aunque sean menores, sin embargo, contienen una fealdad más manifiesta; por lo cual dice San Isidoro: "La soberbia es más detestable que todo vicio, ya porque se encuentra por personas más elevadas y principales, ya porque nace de la obra de la justicia y de la virtud, y se siente menos su culpa; mas la lujuria de la carne es notoria a todos, porque es por sí misma deforme; y sin embargo, por dispensación de Dios, es menor que la soberbia. Mas el que

está dominado por la soberbia y no lo siente, cae en la lujuria de la carne, para que, humillado, salga de su confusión"²⁷.

Por esto también resulta evidente la gravedad de la soberbia misma. Porque así como el médico sabio hace caer al enfermo en otra enfermedad más leve, para remediar la más grave; así también el pecado de la soberbia se muestra como más grave, por lo mismo que para su remedio Dios permite que los hombres caigan en otros pecados.

(2^a, 2^{ae}, q. CLXII, a. 6, ad 1^{um}, ad 3^{um})

Domingo de la octava semana

LA BIENAVENTURANZA

Seremos colmados de los bienes de tu casa (Sal 64, 5).

I. No solamente se llama casa de Dios aquella en que habita, sino también él mismo, porque él está en sí mismo. Y nos congrega en esta casa. Que el mismo Dios es casa, se dice en la 2^a carta a los Corintios (5, 1): *Tenemos de Dios un edificio, casa no hecha de mano, que durará siempre en los cielos*. Y esta casa es de gloria, que es el mismo Dios. Mas el hombre permanece en este lugar, es decir, en Dios, por la voluntad y el amor en el goce de la caridad, como dice San Juan en su Epístola (4, 16): *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él*; y por la inteligencia en el conocimiento de la verdad: *Voy a prepararos el lugar* (Jn 14, 2). Este lugar es el mismo Dios, en el cual reside la excelencia de todas las perfecciones. Un lugar está preparado cuando se da a alguno la facultad de entrar.

(*In Joan.*, XIV)

II. *Seremos colmados*, porque se dará la verdadera bienaventuranza: Dios. Es imposible que la bienaventuranza del hombre esté en algún bien creado. La bienaventuranza es un bien perfecto, que aquietta totalmente el apetito; y no sería último fin, si aún dejase algo que desear. El objeto de la voluntad, que es el apetito humano, es el bien universal, como el de la inteligencia es la verdad universal; esto hace evidente que nada puede aquietar la voluntad del hombre si no es el bien universal, que no se encuentra en cosa alguna creada, y sí sólo en Dios, porque toda criatura tiene sólo una bondad participada.

²⁷ *De summo bono*, lib. VII, cap. 38.

Según esto, sólo Dios puede llenar la voluntad del hombre, como dice el Salmista: *Él llena de bienes tu deseo* (Sal 102 5).

Por consiguiente, la bienaventuranza del hombre consiste sólo en Dios, que es fuente del bien universal, objeto universal de la felicidad de todos los bienaventurados, como bien infinito y perfecto.

(1ª 2ª, q. II, a. 8)

Cuanto más perfectamente se posea este bien sumo, tanto más se ama, y se desprecian las otras cosas; en razón a que cuanto más se tiene, más se conoce; por eso se dice en el Eclesiástico: *Los que me comen, aún tendrán hambre* (24, 29). Pero lo contrario sucede con el apetito de las riquezas y de los otros bienes temporales, los cuales, por lo mismo que ya se tienen se desprecian, y se apetecen otros. Se comprenden así estas palabras del Señor: *Todo aquel que beba de esta agua, por la cual son significadas las cosas temporales, volverá a tener sed* (Jn 4, 13); y esto ocurre porque la insuficiencia de éstas es más conocida cuando se tienen, lo cual revela claramente su imperfección y que no consiste en ellas el sumo bien.

(1ª 2ª, q. II, a. 1)

III. La divina bienaventuranza encierra toda otra bienaventuranza. Porque todo lo que en cualquiera de ellas, sea verdadera o falsa, puede excitar el deseo, preexiste de un modo eminentísimo en la bienaventuranza divina. En efecto, si se trata de la felicidad contemplativa, en ella la poseerá incesante y ciertísima por la contemplación de sí mismo y de toda la creación; y si se trata de la felicidad activa, gozará de ella gobernando todo el universo. De la felicidad terrena, que consiste en el placer, las riquezas, el poder, los honores y la gloria, gozará plenamente por la delectación de sí mismo y de todos los otros seres; las riquezas, por la omnímoda satisfacción de cuanto ellas prometen; el poder, por su omnipotencia; la dignidad, por el régimen de la creación; y la fama, por la admiración de todas las criaturas.

(1ª, q. XXVI, a. 4)

Lunes de la octava semana

CRISTO DEBIÓ LLEVAR VIDA POBRE

Se lee en San Mateo: *El Hijo del hombre no tiene en dónde recueste la cabeza* (8, 20), como si dijese, según Jerónimo: "¿Por qué deseas seguirme a

causa de las riquezas y lucros del siglo, siendo tanta mi pobreza que no tengo siquiera un pequeño albergue, y uso de techo ajeno?"²⁸. Y sobre aquello de San Mateo (17, 26): *Mas porque no los escandalicemos, ve al mar*, dice San Jerónimo: "Esto entendido; sencillamente edifica al oyente, cuando oye que el Señor fue tan pobre que no tuvo con qué pagar el tributo por sí y por el apóstol (Pedro)".

I. Fue conveniente que Cristo llevase vida pobre en este mundo:

1º) Porque esto era favorable al ministerio de la predicación, para la cual se dice haber venido: *Vamos a las aldeas y ciudades más cercanas, para predicar también allí; porque para esto he venido* (Mc 1, 38). Es necesario que los predicadores de la palabra de Dios estén totalmente libres de los cuidados de las cosas mundanas, para entregarse totalmente a la predicación; lo cual no pueden hacer los que poseen riquezas. Por esta razón el mismo Señor, al enviar a sus apóstoles a predicar, les dice: *No poseáis oro ni plata, ni dinero* (Mt 10, 9). Y los mismos apóstoles dicen: *No es justo que dejemos nosotros la palabra de Dios para que sirvamos a las mesas* (Hech 6, 2).

2º) Porque así como tomó la muerte corporal para darnos vida espiritual, así soportó la pobreza corporal para darnos las riquezas espirituales, según aquello del Apóstol: *Sabéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro, a fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza* (2 Cor 8, 9).

3º) Por temor a que, si poseyera riquezas, se atribuyese la predicación a codicia. Por eso dice San Jerónimo acerca de las palabras: *No poseáis oro* (Mt 10, 9), "si sus discípulos hubiesen tenido riquezas, parecería que no predicaban por causa de la salvación de los hombres, sino por causa de lucro", y la misma razón vale para Cristo.

4º) Para que se manifestase tanto mayor la virtud de su Divinidad, cuando más abyecta parecía por su pobreza. Por lo cual se dice en cierto sermón del concilio de Éfeso²⁹: "Eligió todo lo pobre y vil, todo lo mediocre y, muchas veces, oscuro, para que se conociese que su Divinidad había transformado el mundo; por eso eligió una madre pobre, una patria más pobre, y careció de dinero, y esto te lo enseña el pesebre".

(3ª, q. XL, a. 3)

²⁸ *Super illud, Matth., VIII: Accedens unus scriba.*

²⁹ *A med. et habetur in eo conc. part. 3, c. 9.*

II. No fue conveniente que Dios, encarnado, llevase en este mundo vida opulenta y sublimada por los honores y dignidades.

1º) Porque había venido para apartar de lo terreno y elevar hacia lo divino las mentes de los hombres entregadas a las cosas terrenas. Fue, por consiguiente, necesario arrastrar con su ejemplo a los hombres al desprecio de las riquezas y de las demás cosas que ambicionan los mundanos, y para que aquéllos llevasen en este mundo vida de escasez y de privaciones.

2º) Porque si hubiese abundado en riquezas y se hubiese situado en alguna dignidad suprema, se habría atribuido lo que hizo divinamente más al poder mundano que a la virtud de la divinidad. Por ese motivo fue prueba eficacísima de su divinidad el haber mejorado todo el mundo sin el concurso del poder secular.

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 54)

Martes de la octava semana

UTILIDAD DE LOS VOTOS

Haced votos, y cumplidlos al Señor Dios vuestro (Sal 75, 12).

Hacer una misma obra por voto es mejor y más meritorio que hacerla sin voto, por tres razones:

1ª) Porque el hacer voto equivale a un acto de latría, que es la principal entre las virtudes morales; y la obra de la virtud más noble es la mejor y más meritoria. Por consiguiente, el acto de la virtud inferior es mejor y más meritorio por cuanto está bajo el imperio de una virtud superior, cuyo acto se realiza por mandato; como el acto de la fe o de la esperanza es mejor si está bajo el imperio de la caridad; y por esto los actos de las otras virtudes morales (como el ayuno, que es acto de abstinencia, y la continencia, que es acto de castidad) son mejores y más meritorios, si se ejecutan por voto, porque de este modo pertenecen ya al culto divino, como ciertos sacrificios.

Por eso dice San Agustín³⁰ que ni la misma virginidad se honra por ser virtud, sino por estar dedicada a Dios, que es la continencia fomentada y conservada por la continencia de la piedad.

2ª) El que hace voto y lo cumple, se sujeta más a Dios que el que sólo lo ejecuta, pues se somete más a Dios, no sólo en cuanto al acto, sino

³⁰ *De virginitate*, cap. 8.

también en cuanto a la potestad, ya que en adelante no puede hacer otra cosa; así como daría más a un hombre el que regalase un árbol con su fruto, que el que le diera solamente el fruto.

De ahí nace el que también se den gracias, no sólo a los que dan, sino también a los que prometen.

3ª). Porque por el voto la voluntad se fija de un modo inmóvil en el bien, y el hacer algo por una voluntad confirmada en el bien pertenece a la perfección de la virtud; como también el pecar con la voluntad obstinada agrava el pecado; pecado que se comete contra el Espíritu Santo.

(2ª 2ae, q. LXXXVIII, a. 6)

Miércoles de la octava semana

LA SANTIDAD

Se dice en San Lucas: *Le sirvamos sin temor, en santidad y en justicia* (1, 74-75). Servir a Dios pertenece a la religión. Luego la religión es lo mismo que la santidad.

El nombre de santidad parece significar dos cosas: 1ª, pureza, y este significado corresponde al nombre griego ἅγιος, sin tierra; 2ª, firmeza, por lo que entre los antiguos se llamaban santas las cosas que estaban protegidas por la ley, para que no se violasen. Por eso se dice también que una cosa ha sido sancionada porque se halla confirmada por una ley. Uno u otro sentido compiten a que se atribuya santidad a las cosas que se dedican al culto divino, de modo que no sólo los hombres, sino también el templo, los vasos y otras cosas semejantes se dice que son santificadas, por aplicarse al culto divino.

La pureza es necesaria para que el espíritu se dedique a Dios; porque el espíritu humano se mancha cuando se apega a las cosas inferiores, como una cosa se mancilla por mezclarse con otra peor, por ejemplo: la plata al mezclarse con el plomo. Es necesario que el espíritu se desprenda de las cosas inferiores, para poder unirse al Ser Supremo; pues un espíritu manchado no puede unirse a Dios. Por eso: *Seguir la paz con todos y la santidad, sin la cual ninguno verá a Dios* (Hebr 12, 14).

Se exige también la firmeza para que el espíritu se aplique a Dios; porque se aplica a él como a último fin y primer principio, y tales cosas

deben ser inmóviles. Por eso decía San Pablo: *Por lo cual estoy cierto que ni muerte, ni vida... nos podrá apartar del amor de Dios* (Rom 8, 38-39).

Así, pues, se dice santidad (a aquella virtud) porque el espíritu del hombre se une a sí mismo, y sus actos a Dios. Por lo cual no se diferencia esencialmente de la religión, sino solamente por una diferencia de razón; porque se dice religión en cuanto tributa a Dios el servicio debido a aquellas cosas que pertenecen especialmente al culto divino, como los sacrificios, oblaciones y otras semejantes, al paso que se dice santidad en cuanto el hombre refiere a Dios, no sólo estas cosas, sino también las obras de las demás virtudes, o el hombre se dispone por ciertas obras buenas al culto divino.

(2^a 2^{ae}, q. LXXXI, a. 8)

Jueves de la octava semana

DOS ACTOS INTERIORES DE LA VIRTUD DE RELIGIÓN: LA DEVOCIÓN Y LA ORACIÓN

I. La devoción.

La palabra devoción se deriva de *devorendo*, votar o consagrar por voto; por lo cual se llaman devotos los que en cierto modo se consagran a Dios, para estarle totalmente sometidos. Por consiguiente, la devoción no parece ser otra cosa que cierta voluntad de entregarse prontamente a las cosas que pertenecen al servicio de Dios. Por eso se dice en el Éxodo: *Luego que salió toda la multitud de los hijos de Israel... ofrecieron al Señor con voluntad muy pronta y devota las primicias* (XXXV, 20, 21).

La devoción es un acto de religión. Porque a la misma virtud pertenece querer hacer algo y tener la voluntad pronta para hacerlo, pues ambos actos tienen el mismo objeto. Pero es evidente que el hacer lo que pertenece al culto o servicio divino es propio de la virtud de la religión; luego también pertenece a ella la voluntad pronta para ejecutar estas cosas, lo cual es ser devoto.

La devoción, sin embargo, no es acto de caridad, porque pertenece inmediatamente a la caridad que el hombre se entregue por sí mismo a Dios adhiriéndose a él mediante cierta unión del espíritu; mas que el hombre se entregue por sí mismo a Dios para algunas obras del culto divino pertenece

inmediatamente a la religión, y mediatamente a la caridad, que es el principio de la religión.

Ciertamente parece que la devoción debe preceder a la caridad, porque la caridad en las Escrituras es simbolizada por el fuego, mas la devoción lo es por la grasa que es incentivo del fuego. Sin embargo, no constituye acto de caridad. Porque la grasitud corporal se produce por el calor natural digestivo, y este mismo calor natural la tiene como su nutrimento. Asimismo la caridad causa la devoción, en cuanto por amor se hace uno pronto para servir al amigo; y también se nutre la caridad por la devoción, del mismo modo que toda amistad se conserva y acrecienta por el ejercicio y meditación de las obras amigables.

(2^a 2^{ae}, q. LXXXII, a. 1, 2)

II. La Oración.

La oración es acto de religión. *Suba derecha mi oración como un perfume* (Sal 140, 2).

A la religión pertenece propiamente dar culto y veneración a Dios; y por consiguiente todas aquellas cosas por las que se da veneración a Dios pertenecen a la religión. Por la oración, pues, presta el hombre reverencia a Dios, en cuanto se somete a él y reconoce, al pedirle, que necesita de él, como autor de sus bienes. Resulta evidente, entonces, que la oración es propiamente, un acto de religión.

Si se dijere que pertenece a la religión el que uno dé a la naturaleza divina culto y ceremonia, pero que la oración no parece que dé algo a Dios, sino que más bien le pidiera algo para obtenerlo, debe responderse que el hombre, al orar, entrega su alma a Dios, la que somete a él por respeto y en cierto modo presenta. Por lo tanto, así como el alma humana es superior a los miembros exteriores o corporales, y a las cosas exteriores, que se aplican al culto divino, así también la oración aventaja a los otros actos de religión.

La voluntad mueve las demás potencias del alma hacia su fin; y por lo tanto la religión, que reside en la voluntad, ordena los actos de las otras potencias a la reverencia de Dios. Mas entre las otras potencias del alma, el entendimiento es la más elevada y más próxima a la voluntad; por lo tanto, después de la devoción, que pertenece a la misma voluntad, la oración, que pertenece a la parte intelectual, es la principal entre los actos de religión, pues por ella ésta mueve el entendimiento del hombre a Dios.

(2^a 2^{ae}, q. LXXXIII, a. 3).

Viernes de la octava semana

EL TEMPLO DE DIOS

Y luego vendrá a su templo el Dominador, a quien vosotros buscáis (Malaq 3, 1).

Estas palabras pueden entenderse de la venida al seno de la Virgen. Pues ella es templo admirable de Dios sobre todos los santos.

I. Porque es admirablemente grande por la longitud y latitud de la caridad. Pues así como tuvo más fe, esperanza y caridad que cualquier criatura; así también tuvo más grandeza. *La casa que edificaba el rey Salomón al Señor tenía sesenta codos de largo* (3 Reyes 6, 2).

II. Porque es codiciosamente hermoso. *No había parte alguna en el templo que no estuviese cubierta de oro* (3 Reyes 6, 22); pues nada había en la Virgen que no estuviese lleno de santidad: *Hermosa eres, amiga mía* (Cant. 6, 3).

III. Porque está pintado con figuras variadas, esto es, decorado con las virtudes de todos los ángeles y santos. *E hizo en ellas* (en las paredes del templo) *querubines... y diversas figuras* (3 Reyes 6, 29).

IV. Porque está adornado con grandes y maravillosas columnas. *La sabiduría edificó casa para sí, cortó siete columnas* (Prov 9, 1). Por las siete columnas pueden entenderse las siete virtudes que se advierten en la Bienaventurada Virgen en el Evangelio de la fiesta de la Purificación.

V. Consagrado por la intervención de la Santísima Trinidad. *Santificó su tabernáculo el Altísimo* (Sal 45, 5). *El Espíritu Santo vendrá sobre ti* (Lc 1, 35).

VI. Porque a causa de su gran dignidad goza del privilegio de que se salven todos los reos y malhechores que se refugien en él, y de que sean escuchadas todas las oraciones que se derramen en él.

VII. Porque fue edificado para que en él se hiciese hombre el Hijo de Dios.

Acudamos, pues, con confianza al templo de la gracia, para que encontremos misericordia en tiempo oportuno.

(Serm., XXIII)

Sábado de la octava semana

EXCELENCIA DE LA NATURALEZA DIVINA

1º) Dios no está abarcado en el tiempo; es eterno. Se dice eterno, porque carece de principio y de fin, y porque su ser escapa de las variaciones del pasado y del futuro. Nada se le subtrae, nada, además, puede sobrevenirle de nuevo. Por eso dice a Moisés: *Yo soy el que soy* (Ex 3, 14); pues su ser no conoce pasado ni futuro, sino que siempre está en el presente.

2º) Su grandeza sobrepasa incomparablemente a la grandeza de todas las criaturas, porque es inmenso.

Un ser puede ser medido por otro si, excediéndole en magnitud, guarda en su exceso alguna proporción. Así, el número dos mide al seis, por cuantos tres treces dos son seis. El seis, pues, excede al dos en alguna proporción según la cual el dos mide al seis, que es triple de aquél. Pero Dios excede infinitamente a toda criatura por la grandeza de su dignidad. Y, por consiguiente, se dice inmenso, porque no existe ninguna medida o proporción entre él y una criatura. Por eso dice el Salmo 144, 3: *Grande es el Señor, y, muy loable; y su grandeza no tiene límite*, y en Baruc (3, 25): *Grande es y no tiene fin; excelso e inmenso*.

3º) Dios excede toda mutabilidad, porque es inmutable, ya que en él no existe ninguna variación, según aquello de Santiago: *En el cual no hay mudanza, ni sombra de variación* (Stgo. 1, 17).

4º) Su poder sobrepuja a todas las cosas, porque es omnipotente: lo puede todo absolutamente. Por eso dice el Génesis: *Yo soy el Dios Todopoderoso* (17, 1).

5º) Excede la razón y la inteligencia de todos, porque es incomprendible. Comprender es penetrar hasta el fondo, es agotar todo lo que hay de cognoscible en un ser. Ahora bien, ninguna criatura puede conocer a Dios en ese grado; luego ninguna criatura puede comprenderlo. De ahí estas palabras del libro de Job (11, 7): *¿Darás, acaso, alcance a las huellas de Dios, y encontrarás perfectamente al Todopoderoso?*, que es como si dijese: "no". *El Señor de los ejércitos es tu nombre. Grande en consejo e incomprendible en pensamiento* (Jer 32, 18, 19).

6º) Excede a todo lo que pueda decirse, porque es inefable; es decir, ninguno puede expresar una alabanza que iguale a su excelencia. Por eso

dice el Eclesiástico: *Ensalzadlo cuanto podéis; porque mayor es que toda alabanza* (43, 33).

(*In I Decret.*)

Domingo de la novena semana

EL VOTO DE OBEDIENCIA ES EL MÁS EXCELENTE ENTRE LOS TRES VOTOS RELIGIOSOS

Dice San Gregorio: "La obediencia es con razón preferida a las víctimas, porque por medio de las víctimas se sacrifica la carne ajena, mas por la obediencia, la voluntad propia"³¹. Los votos religiosos son ciertos holocaustos; luego el voto de obediencia es el principal entre todos los votos de religión. Y esto por tres razones:

1º). Porque por el voto de obediencia el hombre ofrece a Dios una cosa mayor, esto es, la misma voluntad, más excelente que el propio cuerpo, que el hombre ofrece a Dios por la continencia, y que las cosas externas, ofrecidas por el voto de pobreza. Por eso, lo que se hace como obediencia es más acepto a Dios que lo que se hace por propia voluntad, conforme con lo que dice San Jerónimo al monje Rústico: "La oración tiene por objeto enseñarte a no seguir tu propio arbitrio", y poco después añade: "No hagas lo que quieras; come lo que te mandaren, ten cuanto recibieres, y vístete de lo que se te da." Según todo esto aún el ayuno no es acepto a Dios cuando se practica por propia voluntad, como se deduce de las palabras de Isaías: *He aquí que en el día de vuestro ayuno se descubre vuestra voluntad* (58, 3).

2º) Porque el voto de obediencia contiene en sí los demás votos, pero no al contrario; pues el religioso, aunque esté obligado por voto a guardar continencia y pobreza, sin embargo, éstas se comprenden también bajo la obediencia, a la que pertenece observar muchas otras cosas además de la continencia y de la pobreza.

3º) Porque el voto de obediencia se extiende propiamente a los actos más cercanos al fin de la religión; y cuanto más próximo está algo al fin, tanto mejor es.

³¹ *Moral*, lib. XXXV, cap. 10.

Lunes de la novena semana

GRAVEDAD DE LA SOBERBIA

1º) La soberbia es pecado mortal.

Dice San Gregorio que "la soberbia es seña evidentísima de los réprobos, y, por el contrario, la humildad lo es de los elegidos"³². Mas los hombres no se hacen réprobos por los pecados veniales; luego la soberbia es pecado mortal.

La soberbia se opone a la humildad, y ésta se refiere propiamente a la sumisión del hombre a Dios; y así, por el contrario, la soberbia consiste propiamente en la falta de esta sujeción, esto es, en el engreimiento sobre lo que a uno le está prefijado de acuerdo a la regla o medida divina: *Nosotros, pues, no nos gloriaremos fuera de medida, sino según la medida de la regla con que Dios nos ha medido* (2 Cor 10, 13). Y por eso se dice en el Eclesiástico: *El principio de la soberbia del hombre es apostatar de Dios* (10, 14), porque se considera la raíz de la soberbia el hecho de que el hombre no se someta igualmente ni a Dios ni a su regla. Pero es evidente que el solo hecho de no someterse a Dios tiene razón de pecado mortal, pues es apartarse de Dios. Luego la soberbia es pecado mortal. Mas ocurre que algunos movimientos de la soberbia son pecados veniales, cuando la razón no consiente en ellos.

2º) La soberbia es pecado gravísimo. ..

Dos cosas se consideran en el pecado: la conversión a un bien mudable, que es lo material en el pecado; y la aversión del bien inmutable, que es la formal y completiva razón del pecado. Por parte de la conversión la soberbia no es el mayor, de los pecados; porque la elevación que apetece desordenadamente el soberbio, no tiene, según su razón, la mayor repugnancia al bien de la virtud.

Pero por parte de la aversión la soberbia tiene la mayor gravedad, puesto que en los otros pecados el hombre se aparta de Dios, ya por ignorancia, ya por debilidad, ya por el deseo de algún otro bien; y en efecto, la soberbia tiene a versión a Dios, por lo mismo que no quiere someterse a él ni a su regla. Por eso dice Boecio que "huyendo todos los vicios de Dios, sólo la soberbia se opone a Dios". De ahí que se diga especialmente: *Dios resiste a los soberbios* (Stgo. 4, 6). Por lo tanto, apartarse de Dios y de sus

³² *Moral.*, lib. XXIV, cap. 18.

preceptos, que es como la consecuencia en los demás pecados, corresponde de por sí a la soberbia, cuyo acto es el desprecio de Dios. Y puesto que lo que es de por sí siempre lo es en mayor grado que lo que es *por otro*, se sigue que la soberbia es el más grave de los pecados según su género, porque excede en la aversión que completa formalmente el pecado.

Por parte de la aversión es también el pecado mayor, en cuanto comunica a los demás su gravedad; porque, por esto mismo, el pecado de infidelidad se hace más grave si procede del desprecio de la soberbia que si resulta de la ignorancia o de la debilidad.

(2^a 2^{ae}, q. CLXII, a. 5, 6)

Martes de la novena semana

UTILIDADES DERIVADAS DE LA CONSIDERACIÓN DE DIOS CREADOR

1º) Por esa meditación, el hombre se dirige al conocimiento de la majestad divina; porque el artífice descuella sobre sus obras. Y como Dios es artífice de todas las cosas, se sigue que él es más eminente que todas ellas. Por consiguiente, cualquier cosa que puede ser conocida o pensada, es menor que el mismo Dios. *Ciertamente Dios es grande, que sobrepuja nuestro saber* (Job 36, 26).

2º) Por ello el hombre se inclina a darle gracias. Pues siendo Dios creador de todas las cosas, es cierto que todo lo que somos y cuanto poseemos procede de Dios, como dice el Apóstol: *¿Qué tienes tú, que no hayas recibido?* (1 Cor 4, 7). Y el Real Profeta: *Del Señor es la tierra y su plenitud; la redondez de la tierra y todos sus habitantes* (Sal 23, 1). Por consiguiente, debemos darle acciones de gracias.

3º) El hombre es inducido a la paciencia en las adversidades. Porque, aunque toda creatura proceda de Dios, y por eso sea buena según su naturaleza, sin embargo, si en algo nos perjudica o causa pena, debemos creer que esa pena procede de Dios, mas no la culpa; pues ningún mal procede de Dios, sino el que se ordena al bien. Y por lo tanto, si toda pena que el hombre sufre procede de Dios, debe soportarse pacientemente. Las penas purifican los pecados, humillan a los reos, provocan a los buenos al amor de Dios. Por eso decía Job: *Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no recibimos los males?* (Job 2, 10).

4º) Esta meditación nos lleva a usar rectamente de las cosas creadas. Porque debemos emplear las creaturas para lo que han sido hechas por Dios. Mas las cosas han sido hechas con dos fines: para gloria de Dios, pues *todas las cosas las ha hecho el Señor por sí mismo* (Prov 16, 4), esto es, para su gloria; y para utilidad nuestra: *Aquellas cosas que el Señor Dios tuyo creó para servicio de todas las gentes que están debajo del cielo* (Deut 4, 19). Debemos, por tanto, usar de las cosas para gloria de Dios, a fin de agradarle con ello, y para utilidad nuestra, es decir, de modo que, usando de ellas, no cometamos pecado. *Tuyas son todas las cosas; y lo que hemos recibido de tu mano, eso te hemos dado*. Luego todo lo que tienes, ciencia, hermosura, todo debes referirlo y usarlo para gloria de Dios.

5º) Nos lleva al conocimiento de la dignidad humana. Porque Dios hizo todas las cosas por el hombre, como se dice en el Salmo (8, 8): *Todas las cosas sujetaste debajo de sus pies*, y el hombre es más semejante a Dios que todas las creaturas, exceptuados los ángeles. Por eso se lee en el Génesis (I, 26): *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*. Esto no lo ha dicho del cielo, ni de las estrellas, sino del hombre; pero no en cuanto al cuerpo, sino en cuanto al alma, que posee voluntad libre y es incorruptible, en lo cual se asemeja a Dios más que las demás criaturas.

Debemos, pues, considerar al hombre, después de los ángeles, Más digno que las demás creaturas, y no aminorar de ninguna manera nuestra dignidad por el pecado y por el apetito desordenado de las cosas corporales, que son más viles que nosotros y han sido creadas para nuestro servicio; antes bien debemos conducirnos del modo que Dios nos ha hecho. Porque Dios creó al hombre para que presidiese a todas las cosas que están en la tierra, y para que se sujetase a él. Debemos, por lo tanto, dominar y presidir a las cosas, pero someternos a Dios, obedecerle y servirle, y con ello llegaremos al goce de Dios.

(In Symbol.)

Miércoles de la novena semana

LA VIDA ETERNA

1º) Lo primero en la vida eterna es que el hombre se une a Dios; porque el mismo Dios es el premio y el fin de todos nuestros trabajos.

Pero esta unión consiste en la visión perfecta; y en segundo lugar, en un amor muy fervoroso; puesto que cuanto mejor se conoce una cosa, tanto más perfectamente se ama. En tercer lugar, viene la suprema alabanza. Por eso dice San Agustín: "Veremos, amaremos y alabaremos." Y el profeta Isaías: *Gozo y alegría se hallarán en ella, acción de gracias, y voz de alabanza* (51,3).

2º) En ella existe plena y perfecta saciedad del deseo; porque allí poseerá el bienaventurado mucho más de lo que puede desear y esperar. La razón de esto es que ninguno puede en esta vida llenar su deseo, ni jamás cosa alguna creada sacia el deseo del hombre. Sólo Dios harta y excede infinitamente; de ahí resulta que sólo se encuentra hartura en Dios. Por eso dice San Agustín: "Tú, oh Dios, nos has creado para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti"³³.

Y porque los santos en el cielo poseerán perfectamente a Dios, es evidente que será saciado el deseo de ellos y que todavía excederá la gloria.

Por esa razón dice Cristo: *Entra en el gozo de tu Señor* (Mt 25, 21). A este respecto escribe San Agustín: "No todo el gozo entrará en los gozosos, sino todos los gozosos entrarán en el gozo." *Seré saciado, cuando apareciere tu gloria* (Sal 16, 15). *Él llena de bienes tu deseo* (Sal 102, 5).

Todo lo que es deleitable está allí y de manera sobreabundante. Pues si se apetecen los deleites, allí habrá sumo y perfectísimo deleite, ya que se gozará del sumo bien, que es Dios: *Entonces en el Todopoderoso abundarás de delicias* (Job 22, 26). *Deleites en tu derecha para siempre* (Sal 15, 11).

Asimismo, si se apetecen honores, allí habrá todo honor. Los hombres, si son laicos, desean preferentemente ser reyes, y si son clérigos, desean ser obispos. Allí habrá ambas cosas: *Nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes* (Apoc 5, 10).

Si se desea la ciencia, allí será perfectísima; pues conoceremos todas las naturalezas de las cosas y toda verdad, y cuanto queramos saber y tener, lo sabremos y tendremos en la vida eterna:

Me vinieron todos los bienes juntamente con ella (Sab 7, 11). *A los justos se lo concederá su deseo* (Sal 10, 24).

3º) Allí hay perfectísima seguridad. En este mundo no hay seguridad plena, pues cuantas más cosas tenga uno, y cuanto mayor sea su familia tanto más temerá y necesitará. Pero en la vida eterna no hay ninguna tristeza, ningún trabajo, ningún temor: *Se sentará mi pueblo en hermosura*

³³ *Confess.*, libr. III, cap. 1.

de paz (Is 32, 18). *Gozará de abundancia, quitado el miedo de males* (Prov 1, 33).

4º) Hay allí agradable compañía de todos los buenos, y esta compañía resulta muy deliciosa a las personas buenas. Así, pues, los santos tendrán todos estos bienes y otros inefables, y cada cual amará al otro como a sí mismo. Por ese motivo gozará del bien ajeno como del propio; pues ocurre que la alegría y el gozo de cada uno se acrecientan más, cuando son más los que los disfrutan: *Todos los que moran en ti viven en alegría* (Sal 86, 7).

(In Symbol.)

Jueves de la novena semana

POSIBILIDAD DEL AMOR PERFECTO AL PRÓJIMO

Así como el estado de la vida presente no permite que el hombre se refiera siempre en acto a Dios, así tampoco que se refiera en acto a todos los prójimos en particular, sino que basta se refiera comúnmente a todos en general, y a cada uno habitualmente y según la disposición del ánimo.

Puede, sin embargo, considerarse por relación al amor del prójimo como por relación al amor de Dios una doble perfección: una, en efecto, sin la cual no puede existir la caridad, es decir, que el hombre nada debe tener en su corazón que sea contrario al amor del prójimo; la otra, sin la cual no es posible encontrarse caridad, puede considerarse de tres modos: 1º, según la extensión del amor, es decir, que uno no solamente ame a los amigos y conocidos, sino también a los extraños y aun a los enemigos, pues esto, como dice San Agustín, "es propio de los hijos perfectos de Dios"³⁴; 2º, según la intensidad, que se manifiesta por aquellas cosas de que el hombre se priva por causa del prójimo, hasta el punto de no tener en nada no sólo los bienes exteriores, sino también las aflicciones corporales y aun la misma muerte, según aquello: *Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos* (Jn 15, 13); 3º, en cuanto al efecto del amor, es decir, que el hombre sacrifique por sus prójimos no sólo los beneficios temporales, sino también los espirituales y aun a sí mismo, según aquello: *Yo de buena gana daré lo mío, y me daré a mí mismo por vuestras almas* (2 Cor 12, 15).

(2ª 2ªe, q. CLXXXIV, a. 2, ad 3ªm)

³⁴ *Enchirid*, cap. 73.

Viernes de la novena semana

CAUSA Y EFECTO DE LA DEVOCIÓN

Causa de la devoción. *En mi meditación se inflamará fuego* (Sal 38, 4).

La causa extrínseca y principal de la devoción es Dios. Mas la causa intrínseca por nuestra parte es necesario que sea la meditación o contemplación; pues la devoción es un acto de la voluntad para que el hombre se entregue prontamente al obsequio divino. Mas todo acto de la voluntad procede de alguna consideración, porque el bien conocido es objeto de la voluntad. Por esto dice San Agustín que "la voluntad nace de la inteligencia"³⁵. En consecuencia, es menester que la meditación sea causa de la devoción, en cuanto el hombre concibe por la meditación el entregarse al obsequio divino.

A ello le mueve, en efecto, una doble consideración: Una por parte de la bondad divina y de sus beneficios, según aquello del Salmo (72, 28): *A mí bueno me es el apegarme a Dios; el poner en el Señor Dios mi esperanza*. Esta consideración excita el amor, causa próxima de la devoción,

Y otra, por parte del hombre, que considera sus defectos, por causa de los cuales necesita apoyarse en Dios, como dice la Escritura: *Levánté mis ojos a los montes, de donde me vendrá el auxilio. El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo, y la tierra* (Sal 120, 1). Esta consideración excluye la presunción, que impide al hombre someterse a Dios, en tanto que se apoya en sus propias fuerzas.

La ciencia, en efecto, y todo cuanto revela grandeza, es una ocasión de que el hombre confíe en sí mismo y por eso no se entregue totalmente a Dios. De ahí es que tales cosas impidan a veces ocasionalmente la devoción, y la devoción abunde en las personas sencillas y en las mujeres, cuyo orgullo comprime. Pero si el hombre somete perfectamente a Dios la ciencia y toda otra perfección, por esto mismo se acrecienta la devoción.

II. Efecto de la devoción es la alegría³⁶.

³⁵ *De Trinitate*, lib. XIV, cap. 8; lib. X, cap. I.

³⁶ Santo Tomás en este mismo artículo cita la hermosísima oración del Breviario Romano (Laudes, viernes de la cuarta semana de Cuaresma) que transcribo al castellano en obsequio a los lectores seculares: "Concede, te rogamos, Dios omnipotente, que a aquéllos a quienes castigan los ayunos votivos (los prescritos por

La devoción causa de por sí, y principalmente, alegría espiritual de la mente; mas como consecuencia y sólo accidentalmente produce tristeza.

La devoción procede de dos consideraciones; principalmente de la consideración de la bondad divina, pues tal consideración pertenece como al término del movimiento de la voluntad del que se entrega a Dios, y de ella procede *per se* la delectación, según aquello del Salmo (76, 4): *Me acordé de Dios, y me deleité*. Pero accidentalmente esta consideración causa cierta tristeza en quienes todavía no gozan plenamente de Dios, como dice el Profeta: *Sedienta está mi alma del Dios fuente viva*³⁷, y después sigue: *Mis lágrimas fueron para mí panes* (Sal 41, 3,4).

La consideración de los defectos propios ocasiona secundariamente la devoción; porque esta consideración pertenece al término, del que el hombre se separa por el movimiento de la voluntad devota para que ya no exista en sí mismo, sino que se someta a Dios. Esta consideración es de índole opuesta a la primera; porque le es natural producir *per se* la tristeza, al pensar en los propios defectos, pero accidentalmente causa alegría, por la esperanza en el auxilio divino.

Y de este modo se evidencia que el deleite sigue de por sí y primariamente a la devoción pero secundaria y accidentalmente sigue la tristeza, que es según Dios.

(2ª 2ªe, q. LXXXII, a. 3, 4)

Sábado de la novena semana

LOS PRECEPTOS DE LA CARIDAD

I. Ha sido conveniente que se diera un precepto sobre el amor de caridad, que es el amor a Dios.

El fin de la vida espiritual es que el hombre se una a Dios, lo cual se verifica por la caridad; y a esto se ordena como a su fin todo lo que pertenece a la vida espiritual. Por eso dice el Apóstol: *El fin del mandamiento es la caridad de corazón puro, y de buena conciencia, y de fe no fingida* (1 Tim 1,5); pues todas las virtudes de cuyos actos se dan las leyes de la Iglesia) regocije asimismo la devoción santa, para que atenuados los afectos terrenos, más fácilmente alcancemos las cosas celestiales."

³⁷ Santo Tomás sigue aquí una versión anterior a la corrección de Clemente VIII, pues después de ésta el texto dice: *fuerte, vivo*, en lugar de *fuelle viva*.

preceptos se enderezan a purificar el corazón de los torbellinos de las pasiones, Como las virtudes que a ellas se refieren; o a tener al menos buena conciencia, como las virtudes que se refieren a las acciones; o a tener una fe recta, como las que pertenecen al culto divino; y estas tres cosas se requieren para amar a Dios; porque el corazón impuro se aparta del amor de Dios, por causa de la pasión que lo inclina a las cosas terrenas; la mala conciencia produce el horror a la justicia divina por temor de la pena; la fe fingida arrastra el afecto a lo que se finge acerca de Dios, separándolo de la verdad de Dios.

Mas en todo género lo que es de por sí es anterior a lo que es por otro; y por lo tanto, el mayor precepto es sobre la caridad.

II. No sólo es necesario que se den preceptos acerca del amor de Dios, sino también sobre el amor del prójimo, por razón de los menos capaces, que no ven fácilmente que uno de estos preceptos está contenido en el otro.

(2^a 2^{ae}, q. XLIV, a. 1, 2)

Estos dos preceptos acerca de la caridad son suficientes, pues como dice el Apóstol: *El que ama a su prójimo, cumplió la ley* (Rom 13, 8), y todos los preceptos de la ley, ordenados principalmente al prójimo, parecen tener por objeto que los hombres se amen mutuamente.

(1^a 2^{ae}, q. CV, a. 2, ad 1^{um})

Por consiguiente, según el Apóstol (1 Tim 1, 5): *El fin del mandamiento es la caridad*; porque toda la ley tiende a consolidar la amistad de los hombres entre sí o del hombre con Dios; y en este concepto toda la ley se encierra en este único mandamiento: *Amarás al prójimo, como a ti mismo*, como en cierto fin de todos los mandamientos; porque en el amor del prójimo se incluye también el amor de Dios, cuando se ama al prójimo por Dios. Por eso el Apóstol reduce a este solo los dos preceptos que tienen por objeto el amor de Dios y del prójimo, de los cuales dice el Señor: *De estos dos mandamientos depende toda la ley, y los profetas* (Mt 22, 40).

(1^a 2^{ae}, q. XCIX, a. 1, ad 2^{um})

Domingo de la décima semana

VOLUNTAD DE LOS CONDENADOS

1º) Los condenados no se arrepienten del mal que hicieron. Podemos arrepentirnos del pecado de dos modos: uno absoluto y otro accidental. Arrepentirse del pecado absolutamente es arrepentirse del pecado porque es pecado; y arrepentirse accidental o relativamente es arrepentirse del pecado por alguna circunstancia, como la de la pena o cosa parecida. Los malos no se arrepentirán de los pecados en el primer sentido, porque la voluntad de la malicia del pecado subsiste en ellos; pero se arrepentirán accidentalmente, por cuanto serán afligidos con la pena que sufren por el pecado.

2º) Querrían que todos fueran condenados.

Así como en el cielo los bienaventurados tienen el amor perfecto, así los condenados poseen el odio perfecto. Y así como los santos se alegrarán de todos los bienes, del mismo modo los impíos se dolerán de todo bien. Por eso la felicidad de los santos, considerada por ellos, les aflige muchísimo. Esto es lo que dice el profeta Isaías: *Vean y sean confundidos los que envidian a tu pueblo, y fuego devore a tus enemigos* (26, 11). Por lo cual querrían que todos los buenos estuviesen condenados.

Y aun cuando por la multitud de los condenados se acrecienta la pena de cada uno, sin embargo el odio y la envidia serán tan grandes que preferirían ser atormentados con otros muchos antes que sufrir menos estando solos.

Será tal la envidia en los condenados que envidiarán la gloria de los parientes, mientras ellos están en suma miseria, porque aun en la vida sucede tal cosa, cuando crece la envidia.

3º) Los condenados tendrán odio a Dios, como dice el Salmo (73, 23): *La soberbia de aquéllos que te aborrecen sube continuamente.*

Dios es conocido o en sí mismo, como por los bienaventurados que le ven por esencia; o en sus efectos, como lo conocemos nosotros y los condenados. En sí mismo es la bondad por esencia y no puede desagradar a ninguna voluntad; por lo cual nadie que lo ve por esencia puede odiarlo.

Pero existen algunos efectos de Dios que desagradan a una voluntad desordenada, como la imposición de pena, y la prohibición de los pecados por la ley divina, que repugnan a la voluntad depravada por el pecado. De este modo, no en sí mismo, sino por razón de sus efectos, Dios puede ser

odiado. Y así los condenados, percibiendo a Dios en el efecto de justicia, que es la pena, le tienen odio, lo mismo que a las penas que soportan.

(4, *Dist.*, 50, q. II, a. 1)

4º) Los condenados blasfeman siempre, como dice la Escritura: *Ardieron los hombres de grande ardor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas* (Apoc 16, 9).

A la naturaleza de la blasfemia pertenece la detestación de la bondad divina. Mas los que están en el infierno conservarán la voluntad perversa, enemiga de la justicia de Dios, en el sentido de que amarán las cosas por las que se les castiga, querrían usar de ellas, si pudiesen, y odian las penas que se les infligen por tales pecados.

Sin embargo, también se duelen de los pecados que cometieron, no porque los aborrezcan, sino porque son castigados por ellos.

Así, pues, tal detestación de la justicia divina es en ellos blasfemia interna del corazón. Es de creer que, después de la resurrección, existirá también en ellos la blasfemia verbal, como en los santos la alabanza vocal de Dios.

Es cierto que los hombres en la vida presente desisten de la blasfemia por temor de las penas que creen poder eludir. Pero los condenados en el infierno no esperan poder evadirse de ellas, y por consiguiente, como desesperados, se entregan a todo lo que les sugiere su perversa voluntad.

(2ª 2ª, q. XIII, a. 4)

Lunes de la décima semana

PREPARACIÓN A LA VIDA CONTEMPLATIVA POR LAS VIRTUDES MORALES

I. Las virtudes morales no pertenecen esencialmente a la vida contemplativa, porque el fin de la vida contemplativa es la consideración de la verdad, pero sí dispositivamente; pues se impide el acto de la contemplación, en el que consiste esencialmente la vida contemplativa, ya por la vehemencia de las pasiones, por la que se abstrae la intención del alma de las cosas inteligibles a las sensibles, ya por los tumultos exteriores... Las virtudes morales impiden la vehemencia de las pasiones y calman los tumultos de las ocupaciones exteriores.

Dice San Gregorio que “menospreciando todos los cuidados, se enardece el ánimo para ver la faz de su Creador.”

Nadie puede llegar a esto sino por la pureza que causa la virtud moral: *Bienaventurados lo limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5, 8). Y el Apóstol dice a los Hebreos: *Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual ninguno verá a Dios* (Hebr 12, 14). Efectivamente, la santidad o pureza es producida por las virtudes que tienen por objeto las pasiones que impiden la pureza de la razón, mientras que la paz es engendrada por la justicia, que versa acerca de las acciones, según aquello de Isaías: *Obra de la justicia será la paz* (32, 17); esto es, en cuanto el que se abstiene de injuriar a otros, sustrae las ocasiones de los litigios y de los tumultos; y así las virtudes morales disponen a la vida contemplativa, por cuanto causan la paz y la santidad.

(2^a 2^{ae}, q. CLXXX, a. 2)

II. Quiénes son aptos para la vida contemplativa.

Los que están inclinados a las pasiones por consecuencia de su impetuosidad para la acción, son absolutamente más aptos para la vida activa a causa de la inquietud de su espíritu. Por lo cual dice San Gregorio que "hay algunos tan turbulentos, que si les llega a faltar el trabajo, trabajarán más gravemente; porque soportan tanto menos la agitación tumultuosa de-su alma, cuanto más libertad tienen para entregarse a sus pensamientos"³⁸.

Pero otros tienen naturalmente pureza y tranquilidad de ánimo, por lo que son aptos para la contemplación; los cuales, si se consagraran totalmente a la acción, padecerían daño. Por eso dice San Gregorio que "entre los hombres hay algunos de espíritus tan ociosos, que, si les es preciso trabajar, sucumben al principio de sus trabajos"³⁹, Pero el mismo autor añade después: "muchas veces el amor excita a trabajar a los espíritus perezosos, y el temor obliga a la contemplación a los turbulentos".

Por lo cual los que son más aptos para la vida activa pueden prepararse para la contemplativa por el ejercicio de la activa; y los que son más aptos para la contemplativa, pueden, no obstante, someterse a los ejercicios de la activa, para hacerse por esto más dispuestos a la contemplación.

(2^a 2^{ae}, q. CLXXXII, a. 4, ad 3^{um})

³⁸ *Moral.*, lib. VI, cap. 17.

³⁹ *Ibíd.*, *loc.cit.*

Martes de la décima semana

OBJETO DE LA CONTEMPLACIÓN

Lo que ves, escríbelo en un libro (Apoc 1, 11).

I. Muchas cosas debe considerar el hombre en la contemplación, a saber: sus pecados, los suplicios del infierno, las alegrías del paraíso, los beneficios de Cristo, las necesidades del prójimo, y todo esto debe escribirlo en el libro de su corazón.

Acerca de los pecados debe considerar el hombre cuán breve es en ellos el deleite, y que la pena es eterna. Momentáneo es lo que deleita, dice San Gregorio, y eterno lo que atormenta. Además, cuán grosero es, como dice el profeta Jeremías: *¡Cuán vil te has hecho en demasía, reiterando tus caminos!* (Jer 2, 36). Cuán perjudicial, porque disminuye la bondad natural, priva de los bienes de gracia, y quita los bienes de gloria. *De la hija de Sión se fue toda su hermosura* (Lam 1, 6).

Acerca de los suplicios del infierno debe considerar la diversidad, la acerbidad, la eternidad. Sobre lo primero dice el Salmo: *Fuego y azufre, y viento tempestuoso es la porción del cáliz de ellos* (Sal 10, 7). Acerca de lo segundo consta en el Evangelio: *Allí será el llanto y el crujir de dientes* (Mt 8, 12). Sobre lo tercero: *El fuego de ellos no se apagará* (Is 66, 24). *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno* (Mt 25, 41).

Acerca de los goces del paraíso debe considerar la pureza, la plenitud, la duración. Acerca de lo primero rezan los Proverbios: *En su gozo no se mezclará extraño* (Prov 14, 10); de lo segundo dice el Evangelio: *Para que vuestro gozo sea cumplido* (Jn 16, 24), y acerca de lo tercero: *Otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón, y ninguno os quitará vuestro gozo* (Jn 16, 22).

En cuanto a los beneficios de Cristo debe considerar la multitud de ellos: *¿Qué retomaré al Señor, por todas las cosas que me ha dado?* (Sal 115, 12); la magnitud: *Me ha hecho cosas grandes el que es poderoso* (Lc 1, 49); y la gratuidad de los mismos: *gratis lo habéis recibido, dadlo gratis* (Mt 10, 8).

Acerca de las necesidades del prójimo debe pensar qué querría hiciesen con él en semejante estado y cuánta es la fragilidad del hombre: *Todo lo que queréis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos. Porque ésta es la ley y los profetas* (Mt 7, 12).

Además lo que ves en Cristo, en el mundo, en tus prójimos, escríbelo en tu corazón.

(In Apoc., I)

II. Acerca de las palabras: *contempla en una atalaya* (Is 21, 5), advierte lo que el hombre debe contemplar en la atalaya de su espíritu:

1º) Los pecados que cometió, para arrepentirse: *Hazte una atalaya, pon delante de ti amarguras; endereza tu corazón al camino derecho* (Is 31, 21).

2º) Los suplicios que mereció, para que los tema. *Viene el día de tus centinelas, tu visita* (Miq 7, 4).

3º) Los beneficios recibidos de Dios, para agradecerlos.

4º) Los mandatos prescritos, para observarlos.

5º) Las recompensas prometidas, para conseguirlas: *Contemplamos con nuestros propios ojos su majestad* (2 Pedro 1, 16).

(In Is., XXI)

Miércoles de la décima semana

DILIGENCIA PARA ENTRAR EN EL REPOSO

Apresurémonos, pues, a entrar en aquel reposo (Hebr 4, 11).

I. Como en la ley antigua el sábado representaba el descanso de Dios en sus obras (de la creación), así los santos tendrán descanso eterno en sus obras: *Desde hoy, dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos porque las obras de ellos los siguen* (Apoc 14, 13). Por eso dice el Apóstol: *El que ha entrado en su reposo* (Hebr 4, 10), pues Dios trabajó durante seis días y descansó en el día séptimo; esos seis días simbolizan el tiempo presente. Luego quien trabaja perfectamente, también reposa de sus obras, así como Dios de las suyas (Ibid., 10); pero no de toda obra, porque existen allí algunas que son perpetuas, como ver, amar y alabar, según consta en el Apocalipsis: *No cesaban día y noche de decir: Santo, Santo, Santo* (Apoc 4, 8), sino únicamente de las obras laboriosas.

II. Es menester apresurarse. *Apresurémonos, pues, a entrar en aquel reposo*. Expresamente dice: *a entrar*, porque no ha de ser en los bienes exteriores de los cuales ha salido, sino en los bienes interiores. *Los introducirás, y los plantarás en el monte de tu heredad*, etc. (Ex 15, 17).

Existen muchas razones para apresurarse a entrar.

Una es porque el camino es largo. *Un hombre noble fue a una tierra distante* (Lc 19, 12). Se dice distante a causa de la lejanía de nuestro estado, pues allí hay plenitud de todo bien e inmunidad de todo mal; también el que desea tiene allí visión y retención perfectas, pero aquí todo es contrario a eso.

Es menester apresurarse también porque el tiempo es muy breve; según el libro de Job: *Breves son los días del hombre* (14, 5).

Asimismo, porque el tiempo, además de breve y poco, es incierto, como se lee en el Eclesiastés: *No sabe el hombre su fin* (9, 12).

Por otra parte, el llamamiento es urgente. El llamamiento interior nos urge por el estímulo de la caridad. *Cuando viniere como río impetuoso, a quien el espíritu del Señor impele* (Is 59, 19). *Porque el amor de Cristo nos estrecha* (2 Cor 5, 14). *Corrí el camino de tus mandamientos* (Sal 118, 32).

A causa del peligro de la tardanza, como se observa en las vírgenes necias, que llegando tarde no pudieron entrar. Por eso dice: *Para que ninguno caiga en igual ejemplo de incredulidad* (Hebr 4, 11), como si dijese: los antiguos no pudieron entrar a causa de su incredulidad. Por lo tanto guardémonos, por el ejemplo de la culpa ajena, de ser incrédulos, y por su castigo no nos exponamos a ser excluidos como ellos.

III. Cómo apresurarse.

Enseña cómo hemos de apresurarnos diciendo: *Todo aquél que corre y ha de lidiar, de todo se abstiene*. (1 Cor 9, 25). Es menester, pues, apresurarse dejando los impedimentos, es decir, no sólo absteniéndonos de los pecados, sino también evitando las ocasiones de pecar: *Te guiaré por las sendas de la equidad... y corriendo no tendrás tropiezo* (Prov 4, 11-12).

Sin embargo, se dice: *Quien presuroso es de pies, tropezará* (Prov 19, 2). A ello respondo: Hay un doble apresuramiento: el de la precipitación, que es reprobable, y el de la celeridad, que es digna de alabanza. Es necesario, como dice el Filósofo, que todos los hombres reflexionen largo tiempo, pero deben ejecutar prestamente las cosas resueltas. Cuando el apresuramiento impide el consejo, entonces hay precipitación viciosa, mas la celeridad en las cosas ya pensadas es virtuosa y laudable; a esto exhorta el Apóstol.

(In Hebr., IV)

Jueves de la décima semana

NUEVO MANDATO DEL AMOR

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros (Jn 13, 34).

Ya existía ciertamente en el Antiguo Testamento o Ley el mandamiento del amor al prójimo. Interrogado Cristo por un doctor de la ley acerca del primer mandamiento, respondió: *Amarás al Señor tu Dios* (Mt 22, 37), y después añadió: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Ibid., 39). Esto ya se encuentra en el Levítico: *Amarás a tu amigo como a ti mismo* (19, 18).

Sin embargo, se dice especialmente que este mandamiento es nuevo por tres motivos:

1º) Por la innovación que produce. *Despojándoos del hombre viejo con sus hechos, y vistiéndoos del nuevo, de aquel que se renueva por el conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó* (Col 3, 9). Esta novedad se verifica por la caridad, a la cual nos exhorta Cristo.

2º) Se llama nuevo este mandamiento por la causa que produjo este resultado, porque procede de un espíritu nuevo. Existe un doble espíritu: el viejo y el nuevo. El viejo es el espíritu de servidumbre; el nuevo es el espíritu de amor; aquél engendra siervos; éste, hijos de adopción. A ellos hace referencia San Pablo: *No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos* (Rom 8, 15). Y Ezequiel dice: *Os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros* (36, 26).

Y este espíritu inflama para la caridad, *porque la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo* (Rom 5, 5).

3º) Por el efecto que estableció, es decir, el Nuevo Testamento. Porque la breve diferencia entre el Nuevo y el Antiguo Testamento son el temor y el amor; como se desprende de estas palabras: *Haré nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá* (Jer 31, 31). Este mandamiento procedía en el Antiguo Testamento del temor y de un santo amor, pero pertenecía al Nuevo Testamento; por lo cual este mandamiento existía en la ley antigua, mas no como cosa propia suya, sino como una preparación de la ley nueva.

(In Joan., XIII)

Viernes de la décima semana

LA MANCHA DEL PECADO

I. Se dice propiamente que un cuerpo tiene mancha cuando de brillante que era se torna sin brillo por el contacto con otro cuerpo, como el vestido y el oro, la plata u otros semejantes; y por analogía se puede decir que hay mancha en las cosas espirituales. Ahora bien, el alma del hombre posee un doble brillo, ya por la refulgencia de la luz de la razón natural, por la que se rige en sus actos; ya por la de la luz divina, es decir, de la sabiduría y de la gracia, por la que también se perfecciona el hombre para obrar bien y decentemente. Pero existe como cierto contacto del alma, cuando se adhiere a algunas cosas por el amor. Cuando peca, se adhiere a algunas cosas contra la luz de la razón y de la ley divina; por lo que el detrimento del brillo, proveniente de tal contacto, se llama metafóricamente mancha del alma.

(1^a 2^{ae} q. LXXXVI, a. 1)

Una cosa se dice manchada cuando padece detrimento en la hermosura que debe tener; por lo cual la mancha, en ese sentido, no tiene algo positivo, sino que, con respecto al daño que causa a la belleza, se dice que produce algún efecto; igual que una cosa colocada en el rostro quita o tapa el candor del mismo. Ahora bien, la belleza del alma consiste en la semejanza que debe tener con Dios, por la claridad de la gracia recibida de él. Y así como la claridad corporal del sol es interceptada ante nosotros por un obstáculo interpuesto, así también la claridad de la gracia es substraída al alma por el pecado cometido, que se interpone entre Dios y nosotros.

La luz de la gracia dirige la inteligencia y mueve la voluntad, pero el pecado introduce un defecto en ambas facultades: en la inteligencia, porque todo pecado procede del error; en la voluntad, porque todo pecado está en la voluntad. Y por consiguiente la mancha afecta a la inteligencia y a la voluntad, pero principalmente a ésta.

(4, *Dist.*, 18, q. I, a. 2)

II. La mancha del pecado permanece en el alma, después del acto de pecado, porque la mancha importa cierto defecto de resplandor, a causa del receso de la luz de la razón o de la ley divina; y por tanto, mientras el hombre permanece fuera de esa luz, queda en él la mancha del pecado; mas después que retorna a la luz de la razón y a la luz divina, lo cual se verifica por la gracia, entonces cesa la mancha. Pero aunque cese el acto del pecado,

por el cual el hombre se alejó de la luz de la razón o de la ley divina, el hombre no retorna, sin embargo, inmediatamente al estado en que se hallaba, sino que se requiere algún movimiento de la voluntad, contrario al primer movimiento; como cuando uno, distante de otro por algún movimiento, no se aproxima a él inmediatamente después de cesar el movimiento, sino que es necesario que se le acerque volviendo por el movimiento contrario.

(1^a 2^{ae}, q. LXXXI, a. 2)

Sábado de la décima semana

EL TEMOR DEL SEÑOR

1. *El principio de la sabiduría es el temor del Señor* (Sal 110, 10).

De dos modos se puede decir que algo es principio de sabiduría: 1º, porque es principio de la misma sabiduría en cuanto a su esencia; 2º, en cuanto a su efecto.

Siendo la sabiduría el conocimiento de las cosas divinas, es considerada por nosotros de un modo distinto que por los filósofos; porque como nuestra vida se ordena al goce de Dios y es dirigida según cierta participación de la naturaleza divina por medio de la gracia, la sabiduría es considerada por' nosotros, no sólo como cognoscitiva de Dios, forma en que también la consideran los filósofos, sino además como directiva de la vida humana, la que no sólo es dirigida según las razones humanas, sino también según las; divinas.

Así, pues, el principio de la sabiduría según su esencia son los primeros principios de la sabiduría, que son los artículos de la fe, y por esto la fe se llama principio de la sabiduría.

Pero en cuanto al efecto, el principio de la sabiduría es la operación por donde ella comienza, y de este modo el temor de Dios es el principio de la sabiduría; sin embargo, uno es el temor servil y otro el filial. Porque el temor servil es como principio que dispone exteriormente a la sabiduría, en cuanto uno se aparta del pecado por temor del castigo, y se hace apto, por esto, para el efecto de la sabiduría, según aquello del Eclesiástico: *El temor de Dios expele el pecado* (1, 27).

El temor casto o filial es principio de la sabiduría, como primer efecto de ella. Pues perteneciendo a la sabiduría el que la vida humana se regule según las razones divinas, es necesario tomar por principio que el hombre tema a Dios y se someta a él. Porque de este modo se regulará en todo según Dios.

Respecto a lo que se dice en el libro de Job (28, 28): *El temor del Señor, ésa es la sabiduría*, debe entenderse en el sentido de que el temor de Dios se compara a toda la vida humana regulada por la sabiduría de Dios, como la raíz al árbol. Por eso: *La raíz de la sabiduría es temer al Señor; y sus ramas son de larga duración* (Eccli I, 25). En consecuencia, así como se dice que la raíz es virtualmente todo el árbol, también se dice que el temor de Dios es la sabiduría.

II. Al temor corresponde propiamente la pobreza de espíritu. Pues perteneciendo al temor filial manifestar respeto a Dios y estarle sometido, aquello que es consecuencia de esta sumisión pertenece al don del temor. Pero por el hecho de someterse uno a Dios, cesa de pretender engrandecerse en sí mismo o en otro que no sea Dios; porque este sentimiento repugnaría a la perfecta sumisión a Dios. Así, pues, desde que uno teme perfectamente a Dios, es consiguiente que no pretenda engrandecerse en sí mismo por la soberbia, ni en los bienes exteriores, tales como los honores y las riquezas, cosas que pertenecen a la pobreza de espíritu, en cuanto por pobreza de espíritu puede entenderse el anonadamiento del espíritu orgulloso y soberbio o también el desprecio de las cosas temporales, que es producido por el espíritu, esto es, por la voluntad propia movida por inspiración del Espíritu Santo.

(2^a 2^{ae}, q. XIX, a. 7, 12)

Domingo de la undécima semana

"INAMISIBILIDAD" DE LA PERFECTA BIENAVENTURANZA

Ha escogido la mejor parte, que no le será quitada (Lc 10, 42).

Orígenes supuso que después de la última bienaventuranza el hombre puede hacerse desventurado. Pero esto es a todas luces falso.

1º) Por la misma noción común de la bienaventuranza; pues siendo ésta el bien perfecto y suficiente, no puede menos de satisfacer el deseo del

hombre y eximirle de todo mal. El hombre desea naturalmente retener el bien que posee, y obtener la seguridad de conservarle; de lo contrario, le afligirá el temor de perderlo o la pena de la certeza de su privación. Mas para la verdadera bienaventuranza se requiere que el hombre abrigue la opinión cierta de que nunca ha de perder el bien que posee; y si esta idea es verdadera, claro está que nunca perderá la bienaventuranza; mas si es falsa, esto mismo es ya un mal, el de tener una opinión falsa; porque el error es un mal intelectual, como lo verdadero es un bien del entendimiento. Por consiguiente, ya no sería verdaderamente feliz suponiendo algún mal en él.

2º) Lo mismo resulta si se considera la razón de bienaventuranza en especial. La perfecta bienaventuranza del hombre consiste en la visión de la esencia divina; y es imposible que quien ve la esencia divina quiera no verla; porque todo bien poseído, que se rechace, o es insuficiente y se desea reemplazar por otro más suficiente que él; o lleva anejo algún inconveniente, que viene a producir hastío. Mas la visión de la divina esencia llena al alma de todos los bienes, uniéndola a la fuente de toda bondad, conforme con lo que se dice: *Seré saciado cuando apareciere tu gloria* (Sal 16, 15); y en el de la Sabiduría: *Me vinieron todos los bienes juntamente con ella* (7, 11), esto es, con la contemplación de la sabiduría. Por otra parte, no lleva adjunto inconveniente alguno, pues de la contemplación de la sabiduría se ha escrito: *Ni su conversación tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo* (Sab 8, 16). Y así resulta evidente que el bienaventurado no puede querer abandonar, por su parte, la bienaventuranza.

3º) No es admisible que pueda perderse la bienaventuranza porque Dios la retire, pues sería ésta una pena que tan justo juez no podría aplicar sin mediar culpa alguna, culpa en que no puede caer quien ve la esencia de Dios, ya que esta visión no puede menos de llevar implícita la rectitud de la voluntad.

4º) Por otra parte, mucho menos puede arrebátarsela algún otro agente; porque el alma unida a Dios se eleva sobre todo otro ser, y así nada ni nadie puede separarla de tal unión. Por lo cual parece inadmisibile que el hombre pase de la bienaventuranza a la miseria y viceversa por cualesquiera alternativas de tiempos, vicisitudes temporales que no pueden tener cabida sino en lo que es mudable a través del tiempo y del movimiento.

(1ª 2ª, q. V, a. 4)

Lunes de la undécima semana

LA BONDAD DE DIOS

El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos donó también con él todas las cosas? (Rom 8, 32).

I. Habiendo el Apóstol hecho mención de muchos hijos, con las palabras: *Habéis recibido el espíritu de adopción de hijos* (Rom 8, 15), separa a este Hijo de todos aquéllos, diciendo: *A su propio Hijo*, esto es, no adoptivo sino por naturaleza y coeterno, del cual dice el Padre: *Éste es mi Hijo el amado* (Mat 3. 17).

Cuando dice: *No perdonó*, debe entenderse que no lo eximió de la pena... Porque en él no hubo culpa que perdonar. Sin embargo, Dios Padre no perdonó a su Hijo para acrecentarse él en algo, pues Dios es perfecto en todas las cosas, sino que lo sujetó a la Pasión para utilidad nuestra.

Y esto es lo que añade: *Sino que lo entregó por todos nosotros*, esto es, lo expuso a la Pasión para expiar nuestros pecados, como dice el Apóstol en otro lugar: *El cual fue entregado por nuestros pecados* (Rom 4, 25); y el profeta Isaías: *Cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros* (53, 6). Dios Padre lo entregó a la muerte, decretando que se encarnara y padeciera, e inspirando en su voluntad humana amor de caridad, con que espontáneamente sufriese la Pasión. Por lo cual se dice que él se entregó a sí mismo: *Se entregó a sí mismo por nosotros* (Ef 5, 2). También lo entregaron Judas y los judíos, haciendo algo exteriormente. Debe advertirse que dice: *El que ama a su propio Hijo*, como si dijese: no solamente expuso a la tribulación a los otros santos por la salvación de los hombres, sino también a su propio Hijo.

II. Por lo que, habiendo entregado a su Hijo por nosotros, se nos dieron todas las cosas, cuando agrega: *¿Cómo también con él*, esto es, una vez dado a nosotros, *no nos donó todas las cosas*; para que todas ellas cedan en nuestro bien, las cosas superiores, a saber, las personas divinas para gozarlas, los espíritus racionales para vivir en su compañía; todas las cosas inferiores para usar de ellas, no solamente las favorables, sino también las adversas? *Todas las cosas son vuestras; y vosotros de Cristo; y Cristo de Dios* (1 Cor 3, 22, 23). De lo cual resulta evidente, como se dice en el Salmo 33, 10: *No están en necesidad los que le temen*.

(In Rom., VIII)

Martes de la undécima semana

APARICIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Ha aparecido la bondad del Salvador nuestro Dios, y su amor para con las hombres (Tit 3, 4).

I. La bondad y humanidad del Salvador apareció en el mismo Salvador y en la Bienaventurada Virgen, pues María fue llena de gracia.

1º) El desbordamiento de su alma llegó hasta su carne, hasta su cuerpo. Es mucho para los santos poseer gracia bastante para santificar su alma; pero el alma de la Bienaventurada Virgen fue tan llena que se derramó en su carne, para que pudiese concebir al Hijo de Dios. Por eso dice Hugo de San Víctor: "Porque en su corazón ardía singularmente el autor del Espíritu Santo, por eso hacía maravillas en su carne, en tal medida que de ella naciese Dios y hombre". *Lo Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios (Lc 1, 35).*

2º) Su plenitud llegó a todos los hombres. Es mucho para un santo tener una gracia que le baste para salvarse. Pero es más tener una suficiente para su salvación personal y la de otros muchos; pero si tuviese una gracia suficiente para su salvación y la de todos los hombres del mundo, esto sería perfecto. Esto ocurre en Cristo y en la Bienaventurada Virgen; porque en todos los peligros puedes obtener la salvación de manos de la misma Virgen gloriosa. Por eso dice el Cantar de los Cantares: *Mil escudos, esto es, remedios contra los peligros, cuelgan de ella (Cant 4, 4).* Además, puedes contar con su ayuda en toda obra de virtud, como dice ella misma: *En mí toda esperanza de vida y de virtud (Eccli 24, 25).* (*Exp. Salut. Angel*).

II. *Saldrá una vara de la raíz de Jesse (Is 11, 1).* La Virgen es dadivosa por seis utilidades que nos proporciona.

1ª) Porque nos dividió el mar, es decir, el mundo, para que pasemos. *Tú alza la vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídele (Ex 14, 16).*

2ª) Porque de la piedra, que es Cristo, nos sacó el agua de la gracia para que bebamos. *Toma la vara. . . y hablad a la peña delante de ellos (Num 20, 8).*

3ª) Porque nos da la miel de la devoción, a fin de fortalecernos. *Alargó la punta de una vara que tenía en la mano, y la mojó en un panal de miel* (1 Reyes 14, 27).

4ª) Porque por ella vencemos al diablo. *Y habiendo ido a él con una vara, arrancó por fuerza la lanza de la mano del egipcio, esto es, del diablo* (2 Reyes 23, 21).

5ª) Porque, gracias a su mediación, impetramos la clemencia divina. *Y él alargó hacia ella el cetro de oro* (Est 5, 2), con lo cual se mostraba la señal de la clemencia.

6ª) Porque ella nos libra de las manos de todos los enemigos. *De Sión hará salir el Señor el cetro de tu poder* (Sal 109, 2).

(Serm. in Annuntiat. B. Mariae).

Miércoles de la undécima semana

ORACIÓN DEL SEÑOR EN EL HUERTO

I. *Y habiendo dado algunos pasos, se postró sobre su rostro, e hizo oración y dijo: Padre mío* (Mt 26, 39).

Se recomiendan aquí tres condiciones del que ora.

1ª) Soledad, porque *habiendo dado algunos pasos*, y porque además se separó de los que había elegido. *Cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto* (Mt 6, 6). Pero advertid que no dice muchos sino algunos pasos, para mostrar que no está lejos de los que lo invocan, y además para que los Apóstoles lo vean orar y reciban ejemplo.

2ª) Humildad: *se postró sobre su rostro*, dando así ejemplo de humildad. En primer lugar, porque la humildad es necesaria para la oración y porque San Pedro había dicho: *Aunque sea menester morir yo contigo, no te negare* (Mt 26, 35). Por eso se postra el Señor, para indicar que no debía confiar en su propia fuerza.

3ª) Devoción, cuando dice: *Padre mío*. Pues es necesario, al que ora, orar con devoción. Por eso dice *Padre mío*, pues él es singularmente Hijo único por naturaleza, y nosotros por adopción (*In Matth., XXVI*).

II. *Si es posible, pase de mí este cáliz. Mas no como yo quiero, sino como tú* (Mt 26, 39). En este lugar se pone el contenido de la oración. Cristo

oró según su naturaleza sensible, es decir, en el sentido de que su oración expresaba el deseo de su naturaleza sensible, como abogada de ésta, proponiendo a Dios, al orar, lo que había en el deseo de su sensibilidad. Y esto para enseñarnos tres cosas:

1ª) Para demostrar que había recibido verdadera naturaleza humana con todos los afectos naturales.

2ª). Para enseñar que es lícito al hombre querer algo según el afecto natural, que Dios no quiere.

3ª) Para enseñarnos que debe el hombre someter su propio afecto a la voluntad divina. Por eso dice San Agustín: "Cristo, en cuanto hombre, muestra una voluntad particular de hombre, cuando dice: *Pase de mí este cáliz*; pues era ésta la voluntad humana, que deseaba una cosa propia y como privada. Mas porque quiere que sea el hombre de corazón recto y que se dirija a Dios, añade: *Mas no como yo quiero, sino como tú*"⁴⁰.

(3ª q. XXI, a. II)

Con esto nos da ejemplo de cómo debernos ordenar los afectos, a saber, de modo que no estén en desacuerdo con la regla divina. Por lo cual no es un mal rehuir lo que es pesado a la naturaleza, con tal que lo ordene a la voluntad divina.

Cristo poseía dos voluntades; una que tenía del Padre, en cuanto Dios, y otra en cuanto hombre. A esta segunda voluntad la sometía en todo al Padre, dándonos con ello ejemplo de que sometamos nuestra voluntad a la voluntad del Padre. Por eso dice: *Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquél que me envió* (Jn 6, 38).

(In Matth., XXV, 1)

Jueves de la undécima semana

INTERCESIÓN DE MARÍA AUXILIADORA

Debe colocarse la esperanza en la Bienaventurada Virgen.

Se cuenta en la Escritura cómo el rey Asuero, por una falsa sugestión del traidor Amán, promulgó una sentencia de condenación y de muerte contra todo el pueblo judío que vivía en su reino. Ya estaba dictada la sentencia, ya estaba sellada con el anillo del rey, ya publicada por los

⁴⁰ In Psal., XXXII, conc., I.

pregoneros y señalado el día; no restaba sino llevar a cabo la matanza. Pero fue revocada por la intercesión de la reina Esther, por la extensión del cetro de oro y el ósculo de la extremidad del mismo.

La realidad correspondiente a esta figura es la siguiente: a causa del pecado de los primeros padres, perpetrado por la falsa sugestión del traidor Amán, fue dictada por el rey Asuero, es decir por Dios, sentencia de condenación contra todo el género humano. Ya había sido dictada la sentencia, ya había sido consignada en la sagrada Escritura, ya había sido promulgada por los pregoneros, esto es, por los profetas, ya estaba señalado el día. Pues apenas moríamos, descendíamos a los infiernos.

Pero, gracias a la reina Esther, es decir, a la intercesión de la bienaventurada Virgen María, la sentencia fue revocada por la extensión del cetro de oro y el ósculo de la extremidad del mismo.

En el libro de Esther, capítulo VIII, se refiere que la reina Esther fue grata a los ojos del rey, y que éste extendió hacia ella el cetro de oro, y que la reina besó la extremidad del cetro. Y el rey le dijo: *¿Qué petición es la tuya, Esther, para que se te conceda; y qué quieres que se haga? Aunque pidas la mitad de mi reino, la alcanzarás. Al cual ella respondió: Si he hallado gracia en tus ojos; oh rey, y si a ti place, concédeme la vida, por la que te ruego, y a mi pueblo, por quien intercedo. Porque hemos sido entregados, yo y mi pueblo, a ser destruidos, degollados, y a perecer* (Esther, 7, 2-4), a causa del pecado original contraído y de nuestros pecados actuales sobreañadidos.

Pero la reina Esther, es decir, la Bienaventurada Virgen, fue grata a los ojos del rey para la restauración del género humano, y encontró gracia ante él, no solamente para sí, sino para todos los hombres.

El rey alargó el cetro de oro. El Señor Dios Padre nos alargó ese cetro de oro, cuando, por la máxima caridad que nos tenía, expuso a su Hijo a la Pasión. La Bienaventurada Virgen tocó la extremidad del cetro, cuando concibió en su seno al Hijo de Dios, y después le dio a luz.

Y así alcanzó la mitad del reino de Dios, de modo que sea reina de misericordia aquélla cuyo Hijo es rey de justicia. De ese modo fue también revocada la sentencia de nuestra condenación. Esa revocación fue promulgada por mensajeros, los Apóstoles, enviados especialmente para ello.

*(Del prólogo de la exposición
a las siete Epístolas Canónicas)*

Viernes de la undécima semana

EL PECADO PUEDE SER PENA DEL PECADO

Sobre el pecado podemos hablar de dos modos: *per se* y *per accidens*. Del primer modo, el pecado no puede ser de ningún modo pena del pecado, porque el pecado se considera *per se* como procedente de la voluntad, y en este concepto tiene razón de culpa; al paso que la pena es de suyo contraria a la voluntad. Por lo cual es evidente que el pecado, propiamente hablando, de ningún modo puede ser pena del pecado.

Mas *per accidens* el pecado puede ser pena del pecado de tres modos:

1º) Por parte de la causa, que es la remoción del obstáculo; pues son causas incitativas al pecado las pasiones, la tentación del diablo y otras semejantes; las cuales causas se neutralizan por el auxilio de la gracia divina, que se subtrae por el pecado, y así, siendo la misma substración de la gracia cierta pena, y procedente de Dios, de aquí el llamarse también pena *per accidens*, aun el pecado que de esto se sigue. En ese sentido habla el Apóstol al decir: *Por lo cual los entregó Dios a los deseos de su corazón* (Rom 1, 24), que son las pasiones del alma, por cuanto desamparados los hombres del auxilio de la gracia divina, son vencidos por las pasiones. De este modo el pecado se dice ser siempre pena del pecado precedente.

2º) Por parte de la substancia del acto que produce aflicción; ya sea el acto interior, como se ve en la misma ira y en la envidia; ya exterior, como cuando algunos afrontan grave trabajo o daño para realizar el acto pecaminoso, conforme a aquello: *Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición* (Sab 5, 7).

3º) Por parte del efecto, y así algún pecado se llama pena respecto del efecto consiguiente. Mas de estos dos últimos modos un pecado no sólo es pena de otro precedente, sino también de él mismo.

Ciertamente las penas han sido impuestas para que por ellas se reduzcan los hombres al bien de la virtud. El ser algunos castigados aun por Dios, al permitirles éste que caigan en otros pecados, se ordena al bien de la virtud, y a veces también al bien de los mismos que pecan, cuando después del pecado se levantan más humildes y más cautos. Pero siempre para enmienda de los otros, que, al ver a algunos rodar de pecado en pecado, temen más el pecar. Mas en los otros dos modos es evidente que la pena se

ordena a la enmienda; porque el hecho mismo de padecer el hombre trabajo y detrimento al pecar, naturalmente retrae a los hombres del pecado.

(1^a 2^{ae}, q. LXXXVII, a. 2)

Sábado de la undécima semana

VOCACIÓN DE LOS HOMBRES

Dios quiere que todos los hombres se salven (1 Tim 2, 4).

Dios quiere tres cosas de nosotros:

1º) Que poseamos la vida eterna: Pues el que hace alguna cosa con cierto fin, quiere para esa cosa aquello para lo cual la hizo. Mas Dios creó al hombre de la nada, pero no para la nada, como se dice en el Salmo (88, 48); *¿Acaso criaste en vano a todos los hijos de los hombres?* Luego hizo al hombre para algo; mas no para las voluptionsidades, porque también las poseen los brutos; sino para que poseyesen la vida eterna.

Cuando un ser alcanza el fin para el que ha sido hecho, se dice que se salva; pero cuando no lo consigue, se dice que está perdido. Cuando el hombre consigue la vida eterna, se dice que se salva; y esto lo quiere el Señor, como dice el Evangelista: *La voluntad de mi Padre, que me envió, es ésta: que todo aquel que vea al Hijo, y crea en él, tenga vida eterna* (Jn 6, 40).

Esa voluntad está ya cumplida en los ángeles y en los santos que están en el cielo, porque ven a Dios y lo conocen, y disfrutan de él; pero nosotros deseamos que, así como se ha cumplido la voluntad de Dios en los bienaventurados que están en los cielos, se cumpla igualmente en nosotros, que estamos en la tierra; y esto lo pedimos, cuando oramos: *Hágase tu voluntad* en nosotros que estamos en la tierra, como en los santos que están en el cielo.

2º) Que guardemos sus mandamientos. Pues cuando alguien desea una cosa, no solamente quiere lo que desea, sino también todas las cosas por las cuales puede obtenerla, del mismo modo que el médico quiere la dieta, la medicina y otras cosas semejantes para conseguir la salud. Como por la observancia de los mandamientos llegamos a la vida eterna, Dios quiere que guardemos los mandamientos.

3º) Que el hombre sea repuesto en el estado y dignidad en que fue creado el primer hombre, la cual dignidad fue tanta, que el espíritu y el alma no sentían ninguna rebelión ni resistencia de parte de la carne y de la sensualidad. Porque mientras el alma estuvo sometida a Dios, de tal modo estuvo también la carne sometida al espíritu que no sintió ninguna corrupción de la muerte o de las enfermedades y de los otros padecimientos; pero desde el momento en que el espíritu y el alma, que estaba situada entre Dios y la carne, se rebeló contra Dios por el pecado, se rebeló entonces el cuerpo contra el alma, y comenzó a sentir la muerte y las enfermedades, y la continua rebelión de la sensualidad contra el espíritu. Así se desencadenó esta continua lucha entre la carne y el espíritu, y el hombre se envilece continuamente por el pecado. Es, por consiguiente, voluntad de Dios que el hombre sea restituido a su estado primitivo, esto es, que no haya en la carne cosa alguna que repugne al espíritu, como dice el Apóstol: *Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación... que cada uno de vosotros sepa poseer su cuerpo con santidad y honor* (1 Tes 4, 3-4).

(In oration. Dominic,)

Domingo de la duodécima semana

PERFECCIÓN DE CONSEJO

I. La perfección que cae bajo consejo es aquella que tiende a la semejanza de la perfección de los bienaventurados. Se dice en el Deuteronomio: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza* (6, 5), y San Lucas añade: *y de todo tu entendimiento* (10, 27), así el corazón se dirige a la intención, la mente al pensamiento, el alma al afecto, y la fortaleza a la ejecución. El todo y lo perfecto es aquello a lo cual nada falta, por consiguiente se ama a Dios de todo corazón, alma, fortaleza y mente, cuando no nos falta nada en todas esas cosas, sino que todo se endereza actualmente a Dios; pero este modo de amor perfecto no es propio de los que viven en este mundo, sino de los bienaventurados.

En aquella celestial bienaventuranza el entendimiento y la voluntad de la criatura racional tienden siempre y totalmente a Dios, ya que la bienaventuranza consiste en el goce de Dios; mas la bienaventuranza no está en hábito, sino en acto. Y puesto que la criatura racional ha de unirse a Dios,

verdad suma, como a fin último; dado que, por otra parte, todo se ordena por la intención a ese último fin y, además, todas las cosas se ejecutan de acuerdo con él, se sigue que en aquella perfecta bienaventuranza la criatura racional amará a Dios *de todo corazón*, ya que toda su intención la llevará a Dios en todo lo que piensa, ama y ejecuta; *con todo el entendimiento*, ya que éste siempre tenderá actualmente a Dios, en una visión continua, y juzgará todo conforme con su verdad; *con toda el alma*, ya que todo su afecto se dirigirá a amar a Dios continuamente y por él a todas las cosas; *con toda fortaleza y con todas las fuerzas*, ya que la razón de todos los actos exteriores será el amor de Dios.

II. Aun cuando esta perfección de los bienaventurados no nos es posible en esta vida, debemos, sin embargo, estimularnos para realizar una semejanza de aquella perfección, en cuanto sea posible. Y en esto consiste principalmente la perfección de esta vida, a la que nos invitan los consejos. Porque es evidente que el corazón humano es arrastrado tanto más intensamente a una sola cosa, cuanto más se aparta de muchas. Así, pues, el ánimo del hombre tanto más perfectamente es llevado a amar a Dios, cuanto más se apartare del afecto a las cosas temporales. Por eso dice San Agustín que el veneno de la caridad es la esperanza de alcanzar o retener las cosas temporales; pero su crecimiento es la disminución de la ambición, y la perfección, de la misma es carecer de todo deseo de ellas.

Por consiguiente, todos los consejos con que somos invitados a la perfección se ordenan a apartar el corazón del hombre del afecto a las cosas temporales, para que pueda así dirigirse más libremente a Dios, contemplando, amando y cumpliendo su voluntad.

(De perfectione vitae spir., c. IV, VI)

Lunes de la duodécima semana

¿ES LA MISERICORDIA LA MAYOR DE LAS VIRTUDES?

I. Una virtud puede ser la mayor de todas en dos conceptos: 1º, en sí misma, y 2º, por comparación con el que la tiene. En sí misma, la misericordia es la mayor, porque a ella corresponde difundirse a los demás y, lo que es más, sobrellevar sus defectos, lo cual es propio de una virtud superior; y así la misericordia es propia de Dios, y por ella, sobre todo, se

dice que manifiesta su omnipotencia. Pero respecto del que tiene misericordia no es la mayor, a no ser que quien la posee sea el Ser Supremo, que no tiene superior a sí, sino que todos le están sometidos; pues para el que tiene alguno sobre sí, mayor y mejor cosa es el unirse al superior que tolerar el defecto del inferior. Y por eso, en cuanto al hombre, que tiene a Dios como superior, la caridad por la cual se une a Dios es mejor que la misericordia, por la cual tolera los defectos de sus prójimos. Pero entre todas las virtudes que se refieren al prójimo, la misericordia es la más excelente, como también lo es su acto; puesto que tolerar el defecto de otro en cuanto tal, es propio del superior y del mejor.

Ciertamente es preferida la misericordia al culto divino, según aquello de Oseas: *Misericordia quiero, y no sacrificio* (6, 6), porque no damos culto a Dios por sacrificios exteriores, u ofrendas, a causa de él mismo, sino para utilidad nuestra y de los prójimos: porque él no necesita de nuestros sacrificios, sino que quiere se los ofrezcamos para excitar nuestra devoción y para provecho del prójimo. Por consiguiente, la misericordia con que socorremos las necesidades de otros es el sacrificio más grato a él, ya que de manera más inmediata nos induce al servicio y utilidad de nuestros prójimos, como se dice en la Epístola a los Hebreos: *No olvidéis hacer el bien y comunicar con otros vuestros bienes; porque de tales ofrendas se agrada Dios* (13, 16).

Aun cuando la suma de la religión cristiana consista en la misericordia en cuanto a los actos exteriores, el efecto interior de la caridad, por la cual nos unimos a Dios, supera al amor y a la misericordia para con los prójimos.

Y de esto resulta mayor semejanza con Dios, pues por la caridad nos asemejamos a Dios, en nuestra unión con él por el afecto; y por consiguiente es mejor que la misericordia, por la cual nos asemejamos a Dios según la semejanza de la acción.

(2^a 2^{ae}, q. XXX, a. 4)

II. Tres motivos deben movernos sobre todo a practicar la misericordia.

1º) La necesidad, pues quien no practica la misericordia, tampoco encontrará misericordia. *Se hará juicio sin misericordia a aquel que no usó de misericordia* (Stgo. 2, 13).

2º) La utilidad, porque quien practica la misericordia hallará misericordia, como dice Cristo, según el Evangelio de San Mateo: *Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia* (5, 7).

3º) La conveniencia, pues, recibiendo nosotros misericordia de todas las criaturas, es bastante conveniente que tengamos misericordia con otros. Estamos llenos de miserias, y si las criaturas no se compadecen de nosotros, dándose ellas mismas, y sus beneficios, a nosotros, no podríamos subsistir. Si el sol y el fuego retirasen su luz y calor, y la tierra negase sus frutos, ¿qué haría el hombre miserable? Es, por lo tanto, conveniente que, necesitando el hombre de misericordia, la tenga él con los demás.

(*Serm. Dom. IV post Pentecost.*)

Martes de la duodécima semana

EL VINO BUENO

Todo hombre sirve primero el buen vino... mas tú guardaste el buen vino hasta ahora (Jn 2, 10).

I. Aquí hay misterio. Porque figuradamente se dice que primero pone buen vino el que, pretendiendo engañar a otros, no propone primero el error que pretende, sino que cautiva a los oyentes, para, una vez embriagados y arrastrados al consentimiento de su intención, manifestar la perfidia. Así obra el tentador. De este vino se lee en los Proverbios: *Entra blandamente, mas al fin morderá como culebra* (Prov 23, 31, 32).

También se dice que uno pone primero el buen vino, cuando, habiendo comenzado a vivir santa y espiritualmente desde el principio de su conversión, degenera al fin en vida carnal. A este respecto dice el Apóstol: *¿Tan necios sois, que habiendo comenzado por espíritu, acabáis por carne?* (Gal 3, 3).

II. Mas Cristo no pone primero el buen vino, porque al principio propone cosas amargas y duras: *¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino, que lleva a la vida!* (Mt 7, 14). Pero cuanto más adelanta el hombre en su fe y doctrina, tanto más es endulzado y experimenta mayor suavidad. *Te guiaré por las sendas de la equidad; en las cuales después que hubieres entrado, no se estrecharán tus pasos* (Prov 4, 11-12).

Además, todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo padecen amarguras y tribulaciones en este mundo: *En verdad, en verdad os digo: Que vosotros lloraréis y gemiréis* (Jn 16, 20). Pero en el futuro

recibirán deleites y alegrías, por lo cual se añade: *Mas vuestra tristeza se convertirá en gozo*. Y San Pablo dice: *Porque entiendo que no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros* (Rom 8, 18).

(In Joan., II)

Miércoles de la duodécima semana

TRES CLASES DE VINO

No tienen vino (Jn 2, 3).

Antes de la Encarnación de Cristo llegaron a faltar tres clases de vino, a saber: el vino de la justicia, el de la sabiduría y el de la caridad o de la gracia.

I. Puesto que el vino rasca el paladar, por eso la justicia se llama vino. El samaritano echó vino y aceite en las heridas del maltratado, esto es, la severidad de la justicia con la dulzura de la misericordia (Lc 10, 34). En el Salmo (49, 5) se lee: *Nos diste a beber vino de compunción*.

El vino, además, alegra el corazón, conforme a aquello del Salmo: *Y el vino que alegra el corazón del hombre* (103, 15). Por esto se dice vino a la sabiduría, cuya meditación alegra sobremanera, como dice la Escritura: *Ni su conversación tiene amargura* (Sab 8, 16).

El vino, por otra parte, embriaga: *Comed, amigos, y bebed, embriagaos, los muy amados* (Cant 5, 1). Por esta razón se llama vino a la caridad: *He bebido mi vino con mi leche* (Cant 1). También se llama vino a la caridad por razón del hervor: *El vino que engendra vírgenes* (Zac 9, 17).

Faltaba, efectivamente, el vino de la justicia en la ley antigua, en la cual la justicia era imperfecta. Pero Cristo la perfeccionó. *Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos* (Mat 5, 20).

Faltaba también, en ella, el vino de la sabiduría, pues todo era enigmático y figurativo, como dice el Apóstol: *Todas estas cosas les acontecían a ellos en figura* (I Cor 10, 11). Pero Cristo la manifestó: *Porque les enseñaba como quien tiene potestad* (Mt 7, 29).

Carecía asimismo del vino de la caridad, pues habían recibido únicamente el espíritu de servidumbre en el temor. Pero Cristo convirtió el agua del temor en el vino de la caridad, cuando dio *el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba (Padre)*, (Rom 8, 15); y cuando *la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones* (Rom 5, 5).

(In Joan II)

Jueves de la duodécima semana

NECESIDAD DE TENER EL CORAZÓN AFIRMADO EN DIOS PARA EVITAR LOS PECADOS

I. En el estado de naturaleza corrompida necesita el hombre de la gracia habitual que cura la naturaleza para abstenerse totalmente del pecado.

Esa curación se verifica primero en la vida presente en cuanto al espíritu, aun antes que el apetito carnal esté todavía reparado totalmente. Por eso el Apóstol en persona dice del hombre reparado: *Yo mismo con el espíritu sirvo a la ley de Dios; y con la carne a la ley del pecado* (Rom 7, 25).

En ese estado puede el hombre abstenerse de todo pecado mortal, que consiste en la razón, mas no de todo pecado venial, a causa de la corrupción del apetito inferior de la sensualidad, cuyos movimientos pueden reprimirse uno a uno por la razón, y de esto proviene que tengan razón de pecado y de voluntario; aunque no todos; pues cuando se esfuerza por resistir a uno, tal vez surja otro, y también porque la razón no puede estar siempre alerta para evitar estos movimientos.

II. Del mismo modo, antes que la razón del hombre, en la que está el pecado mortal, sea reparada por la gracia santificante puede evitar cada uno de los pecados mortales durante algún tiempo, porque no es necesario que peque continuamente en acto; pero no puede ser que permanezca durante mucho tiempo sin pecado mortal, por lo cual dice San Gregorio: "el pecado que no es borrado prontamente por la penitencia, atrae a otro por su propio peso".

Porque así como el apetito inferior debe estar sometido a la razón, igualmente ésta debe someterse a Dios y poner en él el fin de su voluntad. Y pues es necesario que todos los actos humanos sean regulados por el fin,

como por el dictamen de la razón los movimientos del apetito inferior, se infiere de aquí que, no estando la razón del hombre totalmente sujeta a Dios, es lógico que ocurran muchos desórdenes en los mismos actos de la razón; porque como el hombre no tiene afirmado su corazón en Dios, de modo que no quiera separarse de él por conseguir algún bien o por evitar algún mal, ocurren muchas cosas. Para conseguir o evitar éstas, el hombre se aparta de Dios despreciando sus preceptos, y así peca mortalmente; sobre todo porque “en las cosas repentinas el hombre obra según un fin preconcebido y conforme con el hábito preexistente”⁴¹, si bien es cierto que por la premeditación de su razón el hombre puede obrar algo fuera del fin preconcebido y de la inclinación del hábito.

Mas como el hombre no puede insistir siempre en tal premeditación, no puede suceder que permanezca mucho tiempo sin obrar según la conveniencia de su voluntad desordenada con respecto a Dios, si la gracia no lo devuelve pronto al orden debido.

(1ª 2ª, q. CIX, a. 8)

Viernes de la duodécima semana

DEBEMOS SEGUIR AL SEÑOR

Y le seguía una grande multitud de gente (Jn 6, 2).

Debemos seguir a Cristo por tres motivos: porque nada hay más fácil antes de la muerte, nada más seguro en la muerte, nada más provechoso después de la muerte.

1º) Nada más fácil antes de la muerte, porque él mismo nos enseñó el camino: *Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas* (1 Pedro 2, 21). Y he aquí su camino. Que *no hizo pecado*: he aquí el camino de la pureza; *ni fue hallado engaño en su boca*: he aquí el camino de la verdad; *padeciendo no amenazaba*: he aquí el camino de la paciencia final (Ibid. 22, 23). Pues poco sería seguirle hasta el término del estado de la vida por la penitencia, y retroceder después por la reincidencia.

2º) Nada más seguro en la muerte. Porque quienes se unieron a él en vida, serán protegidos por él en la muerte. Porque el peregrino bueno y fiel

⁴¹ Aristóteles, *Ethic.*, 1. 3, c. 8.

no abandona a su compañero en la enfermedad, sino que lo asiste diligentemente. Por eso dice San Juan: *Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mi mano* (Jn 10, 27, 28).

El diablo es como el lobo que acecha a las ovejas que entran y salen del aprisco; pero el Señor es como el buen pastor, que, cuando saca a las ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, y él las lleva a los pastos. Porque precede a las almas que salen del mundo, para abrirles la puerta e introducir las en la vida eterna. Por eso se lee en el Evangelio: *Cuando ha sacado fuera sus ovejas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no le siguen, antes huyen de él* (Jn 10, 4, 5).

3º) Nada más provechoso después de la muerte. Por eso se dice: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme* (Mt 19, 21). Por eso, sobre aquello de San Mateo (19, 28)⁴²: *Vosotros que habéis abandonado todas las cosas, y me habéis seguido, recibiréis ciento por uno*, exclama San Bernardo: "¿Qué infamia es que vacilen los hombres en abandonar lo simple por lo céntuplo? ¿Dónde está el codicioso? ¿Dónde está el ambicioso? ¿Dónde está el rebuscador de este siglo? ¿Por qué la avaricia desprecia, y se duermen los hombres ante un negocio seguro y unos mercados tan lucrativos? Pues si le seguís, recibiréis el ciento por uno y poseeréis la vida eterna."

(Serm.)

Sábado de la duodécima semana

FLAGELACIÓN DE CRISTO

Y después de haber hecho azotar a Jesús, se lo entregó para que lo crucificasen (Mt 27, 26).

¿Por qué lo entregó para que fuese azotado? San Jerónimo dice que era costumbre de los romanos que primero fuese azotado el condenado a muerte. Por lo cual se cumple en él lo que está escrito: *Porque aparejado estoy para los azotes* (Sal 37, 18). Algunos dicen que Pilatos lo azotó para que (los judíos) se moviesen a piedad y lo despidiesen así, azotado.

⁴² La cita no responde a la Vulgata, y por lo tanto tampoco la traducción castellana.

Pilatos, pues, tomó entonces a Jesús, y le azotó (Jn 19, 1). No lo azotó con sus propias manos, sino por medio de los soldados. Y esto para que, saciados los judíos de injurarlo, se ablandasen y desistiesen de ensañarse en él hasta la muerte. Pues es natural que se apacigüe la ira, si ve humillado y castigado a aquél contra quien se irrita. Lo cual es, efectivamente, verdadero en la ira que busca con medida el daño del prójimo, pero no en el odio, que busca totalmente el exterminio del odiado, como se lee en el Eclesiástico: Tiene las lágrimas el enemigo en sus ojos; mas si halla la ocasión, no se hartará de sangre (Eccli 12, 16). Pero éstos se movían por odio hacia Cristo, y por lo tanto no bastaba la flagelación. Por eso dicen los profetas: He sido azotado todo el día (Sal 72, 14). Mi cuerpo di a los que me herían (Is 50, 6).

Mas por ventura ¿esta intención excusa a Pilatos de la responsabilidad de la flagelación? No, ciertamente; porque en todo lo que de suyo es malo, no puede llegar a ser totalmente bueno por la buena intención. Afligir al inocente y principalmente al Hijo de Dios es en sí sumamente malo, y por tanto no puede excusarse por ninguna intención.

(In Joan., XIX)

Domingo de la 13ª semana

ESTADO DE PERFECCIÓN

I. La vida religiosa es estado de perfección. Lo que comúnmente conviene a muchos, se atribuye por antonomasia a aquél a quien conviene por excelencia; así, la virtud que consiste en conservar la firmeza del alma ante las situaciones más difíciles reivindica para sí el nombre de "fortaleza"; y la virtud que atempera los mayores deleites, el de templanza. La religión es una virtud por la que uno hace algo en servicio y culto de Dios; y así se dicen religiosos por antonomasia los que se dedican totalmente al servicio divino, como ofreciéndose a Dios en holocausto. Por eso dice San Gregorio: "Hay algunos que nada reservan para sí mismos, sino que inmolan al Dios omnipotente sus sentidos, su lengua, su vida y todos los bienes que han recibido"⁴³. La perfección del hombre consiste en unirse totalmente a Dios, y según esto la religión designa un estado de perfección. Ofrecer alguna cosa al culto de Dios es de necesidad para la salvación; pero

⁴³ *Super Ezech., hom. XX.*

el que alguno se dedique totalmente a sí mismo y sus cosas al culto divino pertenece a la perfección.

Y ha de saberse que no solamente corresponden a la religión las oblações de los sacrificios y otras cosas análogas, propias de la religión, sino también los actos de todas las virtudes, los que cuando se refieren al servicio y honor de Dios, se convierten en actos de religión. Así, pues, si alguno consagra toda su vida al servicio divino, toda su vida pertenece a la religión; y en tal concepto, por la vida religiosa que llevan, se llaman religiosos los que se hallan en estado de perfección.

Y aunque sea estado de perfección, es también lugar aptísimo para la penitencia. Porque el estado de religión ha sido instituido principalmente para alcanzar la perfección por determinados ejercicios, con los que se destruyen los obstáculos a la caridad perfecta. Mas removidos estos impedimentos, se destruyen mucho mejor las ocasiones del pecado. Por lo cual, perteneciendo a la penitencia extirpar las causas de los pecados, se deduce que el estado religioso es un lugar muy conveniente de penitencia.

II. No se requiere, sin embargo, que el religioso sea, de hecho, perfecto. Porque la religión da nombre al estado de perfección por la intención del fin. Por lo tanto no es necesario que el que está en la religión sea ya perfecto, sino que tienda a la perfección. Pues el que entra en religión no profesa ser perfecto, sino que profesa trabajar para adquirir la perfección; como también aquel que entra en las escuelas no declara ser sabio, sino que promete estudiar para adquirir la ciencia. Por consiguiente, no es transgresor de la profesión el religioso si no es perfecto, sino únicamente cuando no tiende a la perfección.

(2^a 2^{ae}, q. CLXXXVI, a. 1, 2, ad 1^{um})

Lunes de la 13^a semana

EL AMOR A DIOS

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento (Lc 10, 27).

I. Este precepto se encuentra expresado diversamente en distintos lugares de la Sagrada Escritura. Porque en el Deuteronomio (6, 5) se ponen tres cosas: *con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza*. En San Mateo (22, 37) se ponen dos de aquéllas: *con todo tu corazón, y con*

toda tu alma, y se omite *con toda tu fuerza*; pero en cambio se añade: *y con todo tu entendimiento*. Pero en San Marcos se ponen cuatro: *con todo tu corazón*, *y con toda tu alma*, *y con todo tu entendimiento*, *y con todas tus fuerzas* (12, 30), que es lo mismo que fortaleza; y estas cuatro se expresan también en San Lucas (10, 27), pero en lugar de fortaleza y virtud, se pone: *con todas tus fuerzas*.

II. Es preciso, pues, asignar la razón de estas cuatro cosas; dado que si en algún lugar se omite alguna, es porque la una se entiende por las otras. Luego puede considerarse que el amor es un acto de la voluntad, que aquí se expresa por el corazón; porque así como el corazón corporal es el principio de todos los movimientos corporales, así también la voluntad, y principalmente respecto a la intención del fin último que es el objeto de la caridad, es el principio, de todos los movimientos espirituales. Y como son tres los principios de los actos, que son movidos por la voluntad, a saber: el entendimiento significado por *la mente*, la fuerza apetitiva interior, significada por *el alma*, y la fuerza ejecutiva exterior, expresada por *la fortaleza o virtud o las fuerzas*.

Se nos manda, pues, que toda nuestra intención se dirija a Dios, lo cual es amarlo *con todo el corazón*; que nuestro entendimiento se someta a Dios, lo que es amarlo *con toda la mente*; que nuestro apetito se regule según Dios, lo cual es amarlo *con toda el alma*; y que nuestros actos exteriores obedezcan a Dios, lo cual es amarlo *con toda fortaleza, virtud o fuerzas*.

Sin embargo, San Juan Crisóstomo toma las palabras *corazón* y *alma* en sentido contrario al que se ha dicho. San Agustín refiere *el corazón* a los pensamientos; *el alma*, a la vida; *la mente*, al entendimiento. Algunos dicen que *con todo corazón*, significa con el entendimiento; *con toda el alma*, con la voluntad; *con la mente*, con la memoria; o, según San Gregorio Niseno, por el *corazón* se significa el alma vegetativa; por el *alma*, la sensitiva; por la *mente*, la intelectual; puesto que debemos referir a Dios aquello por lo que vivimos, sentirnos y entendemos.

(2^a 2^{ae}, q. XLIV, a. 5)

III. En el amor divino no debe haber modo. Pues el fin de todas las acciones y afectos humanos es el amor de Dios, por el cual alcanzamos el último fin, y por lo tanto en el amor de Dios no puede haber modo, como en la cosa medida, de tal suerte que se pueda recibir más o menos, o como se encuentra el modo en la medida, en la que no puede haber exceso, sino que cuanto más alcanza su regla, tanto mejor es; y así, cuanto más se ama a Dios, tanto mejor es el amor.

Martes de la 13ª semana

LA PERSEVERANCIA

El que perseverare hasta el fin, éste se salvará (Mt 24, 13).

1º) La perseverancia es virtud. Porque la virtud tiene por objeto lo difícil y lo bueno; y por lo tanto, donde ocurre una razón especial de dificultad y de bien, allí hay virtud especial.

Una acción virtuosa puede tener bondad y dificultad por dos motivos: o por la misma especie del acto, o por la larga duración del tiempo. Pues el hecho mismo de insistir mucho tiempo en algo difícil tiene una dificultad especial, y por lo tanto, el persistir mucho tiempo en algún bien hasta terminarla pertenece a una virtud especial. Luego, así como la templanza y la fortaleza son virtudes especiales porque la primera modera los deleites del tacto, lo cual ofrece en sí dificultad, y la fortaleza modera los temores y audacias acerca de los peligros de muerte, lo cual también es difícil, así también la perseverancia es una virtud especial, pues le corresponde persistir largo tiempo en tales o cuales acciones virtuosas, según lo que sea menester.

La perseverancia y la constancia se diferencian según la dificultad que se ofrezca para persistir en el bien; pues la virtud de la perseverancia hace que el hombre persista firmemente en el bien contra la dificultad que proviene de la misma larga duración del acto; mientras que la constancia hace que persista firmemente en el bien en contra de la dificultad que proviene de cualesquiera otros obstáculos exteriores.

(2ª 2ª, q. CXXXVII, a. 1, 3)

2º) El hombre en estado de gracia necesita del auxilio de la gracia para perseverar.

La perseverancia tiene tres distintas acepciones. Unas veces significa el hábito del alma, por el que el hombre se mantiene firme para no separarse de lo que está de acuerdo con la virtud por las tristezas que le asedian. De otro modo puede decirse que la perseverancia es cierto hábito según el cual el hombre tiene el propósito de perseverar en el bien hasta el fin. En uno y otro concepto, la perseverancia se infunde juntamente con la gracia, como también la continencia y las demás virtudes.

Se dice también perseverancia cierta continuación del bien hasta el fin de la vida; y para poseer tal perseverancia, el hombre constituido en gracia no necesita en verdad de otra gracia habitual, sino del auxilio divino, que le dirija y proteja contra los ataques de las tentaciones.

Y por consiguiente, después que alguno es santificado por la gracia, tiene necesidad de pedir Dios el don mencionado de la perseverancia para que sea preservado del mal hasta el fin de la vida; porque a muchos se da la gracia, pero no el perseverar en ella.

(1ª 2ª, q. CIX, a. 10)

3º) El don de la perseverancia no es objeto de merecimiento, sino que uno lo alcanza de Dios pidiéndolo para sí o para otro. Pues orando conseguimos aun lo que no merecemos; porque Dios oye también a los pecadores, que le piden el perdón de sus pecados, que no merecen, como hace ver San Agustín⁴⁴ cuando comenta estas palabras: *Sabemos que Dios no oye a los pecadores; mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a éste oye* (Jn 9, 31); pues de otra manera, en vano habría dicho el publicano: *Dios, muéstrate propicio a mí, pecador* (Lc 18, 13).

(1ª 2ª, q. CXIV, a. 9, ad 1^{um})

Miércoles de la 13ª semana

AMOR DESORDENADO DE SÍ MISMO

Aquél que ama la iniquidad, aborrece su alma (Sal 10, 6).

I. Se dice que el hombre es alguna cosa según su principalidad; mas lo principal en el hombre es el espíritu racional; lo secundario es la naturaleza sensitiva y corporal. A lo primero llama el Apóstol hombre interior; a lo segundo, exterior. (2 Cor 4). Los hombres buenos creen que lo principal en ellos es la naturaleza racional, o sea el hombre interior, por lo que piensan, según esto, ser lo que son; al paso que los malos consideran como principal en ellos naturaleza sensitiva y corporal, esto es, el hombre exterior; por lo cual como no se conocen rectamente a sí mismos, no se aman verdaderamente; sino que amán lo que ellos opinan ser ellos mismos.

II. Pero los buenos, conociéndose verdaderamente a sí mismos, se aman también verdaderamente.

⁴⁴ *Tract. 44 in Joan.*

Y esto se prueba por cinco cosas, que son propias de la amistad.

1º) Todo amigo quiere ante todo que su amigo exista y viva; 2º) quiere bienes para él; 3º) ejecuta cosas buenas para él; 4º) vive con él agradablemente; 5º) concuerda con él, compartiendo por igual sus penas y sus alegrías. Según esto, los buenos se aman a sí mismos en cuanto al hombre interior, puesto que quieren conservarlo en toda su integridad, y le desean bienes, que son los bienes espirituales; dedican su actividad a conseguirlos y con gusto vuelven a su propio corazón, porque en él encuentran buenos pensamientos para el presente, el recuerdo de las buenas acciones pasadas y la esperanza de las futuras, por las cuales se produce la deleitación. Igualmente no toleran en sí mismos la disensión de la voluntad, porque toda su alma tiende hacia un mismo fin.

III. Por el contrario, los malos no quieren conservarse en la integridad del hombre interior, ni apetecen los bienes espirituales, ni trabajan con ese fin, ni les agrada vivir con él volviendo a su corazón, porque allí encuentran males tanto presentes como pasados y futuros, que aborrecen; ni aun concuerdan con él porque su conciencia les remuerde, según aquello del Salmo (49, 21): *Te argüiré, y te pondré delante de tu cara*. De la misma manera puede probarse que los malos se aman a sí mismos según la corrupción del hombre exterior; pero no es así como los buenos se aman a sí mismos.

Así, pues, el amor de sí mismo, que es el principio del pecado, es el que es propio de los malos y llega hasta el desprecio de Dios; porque los malos desean los bienes exteriores hasta el punto de despreciar los espirituales.

(2ª 2ª, q. XXV, a. 7)

Jueves de la 13ª semana

DIFERENCIA ENTRE EL PECADO VENIAL Y EL PECADO MORTAL

I. La diferencia del pecado venial y mortal es consecuencia de la diversidad del desorden que completa la razón de pecado; porque hay dos clases de desorden: una por la substracción del principio del orden, y otra por la que, aun salvo el principio de orden, hay desorden acerca de lo posterior al principio; como en el cuerpo del animal a veces el desconcierto

de la complexión llega hasta la destrucción del principio vital, que es la muerte; pero otras, salvo el principio de la vida, hay cierto desorden en los humores, constitutivo de la enfermedad.

II. El principio de todo orden en lo moral es el fin último, que en las cosas operativas es como el principio indemostrable en las especulativas; y por consiguiente, cuando el alma se desordena por el pecado hasta apartarse del último fin, que es Dios, a quien se une por la caridad, entonces hay pecado mortal; pero cuando el desorden no llega hasta la aversión a Dios, entonces hay pecado venial. Pues así como en los cuerpos el desorden de la muerte, que se verifica por la remoción del principio de vida, es irreparable por naturaleza, pero el desorden de la enfermedad puede repararse por aquellos medios con que se salva el principio de la vida; así también sucede en las cosas que atañen al alma, puesto que, en las cosas especulativas, al que yerra acerca de los principios no se le puede persuadir, pero al que yerra salvando los principios, por los mismos principios se le puede sacar de su error.

Del mismo modo ocurre en las cosas prácticas; el que pecando se aparta del último fin, por cuanto es de la naturaleza del pecado, tiene una caída irreparable, y por eso se dice que peca mortalmente, y debe ser castigado eternamente. Mas el que peca sin apartarse del todo de Dios, por la misma razón de pecado se desordena pero se salva el principio; y por tanto se dice que peca venialmente, es decir, porque no peca de modo que merezca pena interminable.

(1^a 2^{ae}, q. LXXII, a. 5)

III. El pecado mortal es, por un lado, semejante a la muerte, y por otro, semejante a la enfermedad. En cuanto separa de Dios, que es la vida, tiene semejanza de muerte, y ésta es muerte primera. Pero por cuanto deja una posibilidad de retornar a la vida, tiene semejanza de enfermedad, la cual conduce a la muerte de la condenación, que es la muerte segunda. Ésta tiene semejanza absoluta con la muerte, ya que por ella el hombre se separa de Dios, y es imposible el regreso a la vida de la gracia. Pues así como en las enfermedades corporales unas son curables y otras no (en cuanto depende de la naturaleza de la enfermedad) y estas últimas se llaman enfermedades mortales, así también los pecados, unos son mortales porque de por sí son irremisibles. Se dice que el pecado es mortal por razón de la muerte primera; y también pecado para la muerte, por razón de la muerte segunda.

(2, *Dist.* 43, q. I, a. 3)

Viernes de la 13ª semana

CONVERSIÓN DEL APÓSTOL

Este es el vaso que he escogido para llevar mi nombre a todas las naciones (Hechos 9, 15).

I. Qué clase de vaso pudo haber sido el Bienaventurado Pablo se deduce de lo que dice el Eclesiástico: *Como vaso de oro macizo, adornado de toda piedra preciosa* (Eccli 10). Fue vaso de oro por el fulgor de su sabiduría. *Y el oro de aquella tierra es muy bueno* (Gen 2, 12). Fue sólido por la virtud de la caridad, como dice él mismo: *Estoy cierto de que ni muerte ni vida nos podrá apartar del amor de Dios* (Rom 9, 38-39). Estuvo adornado de toda piedra preciosa, esto es, de todas las virtudes.

También se deduce qué clase de vaso fuera por todo lo que derramó, pues enseñó los misterios de la excelentísima divinidad que pertenecen a la sabiduría. Recomendó de modo acabado la caridad, e instruyó a los hombres en las diversas virtudes.

II. Los vasos están destinados de ordinario para conservar líquidos. Hay diversidad de vasos; unos son para el vino, otros para el aceite, y otros para otros líquidos; así también los hombres han sido llenados de gracias distintas, como de diversos licores.

Mas este vaso, de que ahora se trata, estuvo lleno de licor precioso, es decir, del nombre de Cristo, del cual se lee en los Cantares: *óleo derramado es tu nombre* (Cant, 2). Por eso se dice: *Para llevar mi nombre* (Hech 9, 15). En efecto, parece que San Pablo estuvo todo lleno de este nombre; pues su inteligencia estuvo llena de él, según aquello: *No quise saber entre vosotros, sino a Jesucristo* (1 Cor 2, 2). También su corazón estuvo lleno de él, como se lee en la epístola a los Romanos: *¿Quién nos separará del amor de Cristo?* (Rom 8, 35). Toda su vida estuvo impregnada de él, por eso decía: *Vivo, ya no yo, es Cristo quien vive en mí* (Gal 2, 20).

III. En cuanto al uso, sabemos que todos los vasos tienen un destino más o menos honroso, o más o menos vil. Pero este vaso de que hablamos fue destinado a un uso noble, pues es portador del nombre divino: *para que lleve mi nombre*.

San Pablo llevó el nombre de Cristo: 1º, en su cuerpo, imitando su vida y pasión: *Yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús* (Gal 6, 17); 2º, en la boca: nombra en sus epístolas con mucha frecuencia a Cristo,

porque de la abundancia del corazón habla la boca. Por lo cual puede simbolizarse por la paloma del arca: *Ella volvió a él por la tarde, trayendo un ramo de olivo con las hojas verdes en su pico* (Gen 8, 11). La oliva significa la misericordia, y por eso adecuadamente el ramo de olivo simboliza el nombre de Jesús que simboliza también la misericordia: *Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo* (Mt 1, 21). Pablo llevó ese ramo de hojas verdes al arca, es decir, a la Iglesia, cuando ejecutó frecuentemente su poder y su misión, predicando la gracia y la misericordia de Cristo.

IV. En cuanto a la utilidad, unos vasos son inútiles por el pecado o por el error. Pero San Pablo estuvo exento de pecado y de error. Por lo cual fue vaso útil de elección. La utilidad o fruto de este vaso se expresa cuando se dice: *Ante las naciones, y los reyes, y los hijos de Israel* (Hech 9, 15).

(In Prolog. ad Rom).

Sábado de la 13ª semana

REFECCIÓN ESPIRITUAL

La refección espiritual consiste en dos cosas: en los dones de Dios y en su dulzura.

1º) Lo primero se advierte en esta frase: *Serán embriagados en la abundancia de tu casa* (Sal 35, 9). La casa es la Iglesia. Y esta casa que ahora está en la tierra, será un día trasladada al cielo. En ambas hay abundancia de los dones de Dios, con la diferencia de que aquí la iglesia es imperfecta, mas en el cielo habrá abundancia perfecta de todos los bienes, y de ésta se sacian los varones espirituales. *Seremos colmados de los bienes de tu casa* (Sal 64, 5). Y lo que es más, son embriagados, en cuanto sus deseos son colmados más allá de sus merecimientos; pues la embriaguez es un exceso. *Ojo no vio, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió, lo que preparó Dios para aquellos que le aman* (1 Cor 2, 9). Y en el Cantar de los Cantares (5, 1) se dice: *Embriagaos, los muy amados*. Los que están ebrios no están en sí, sino fuera de sí. De ese modo han sido llenos de carismas espirituales, y toda su intención se dirige a Dios. *Nuestra morada está en los cielos*. (Filip 3, 20).

2º) No solamente serán fortalecidos con los dones de Dios, sino también con la dulzura de Dios. *Entonces en el Todopoderoso abundarás de*

delicias, y abrazarás a Dios tu rostro (Job 22, 26). Por eso dice el profeta David, en cuanto a lo segundo (la dulzura): *y les darás de beber en el torrente de tu deleite* (Sal 35, 9). Éste es el amor del Espíritu Santo que obra impetuosamente en el alma, como un torrente. A esto se refiere Isaías (59, 19): *Como río impetuoso, a quien el Espíritu del Señor impele*. Y se dice *de deleite*, porque produce en el alma delicia y dulzura. *¡Oh cuán bueno y suave es, Señor, tu espíritu en nosotros!* (Sab 12, 1).

Y con esta bebida son abrevados los buenos. *Bebieron una misma bebida espiritual* (1 Cor 10, 4). O *en el torrente de tu deleite*, es decir, de Dios, a quien se le llama torrente, *La fuente de la sabiduría arroyo que inunda* (Prov 18, 4), porque su voluntad es tan eficaz que no se la puede resistir, como tampoco al torrente.

3º) *Porque en ti está la fuente de la vida* (Sal 35, 10). Tal es la materia de esta refección, porque así como los que se llegan al manantial y aplican sus labios a la fuente del vino son embriagados, así también los que aplican su boca, es decir, su deseo, a la fuente de la vida y de la dulzura. Y son embriagados, porque *en ti está la fuente de la vida*. Si se refiere a Cristo, la expresión *en ti* significa: Tú eres la fuente de vida. Si se refiere al Padre, el sentido de las palabras *en ti está la fuente de la vida* quiere decir: Tu Verbo, que vivifica todas las cosas, está en ti. *Me dejaron a mí, que soy fuente de agua viva* (Jer 2, 13). Él es, en verdad, fuente de vida, esto es, de los bienes espirituales, con los cuales todas las cosas son vivificadas.

(*In Psal., XXXV*)

Domingo de la 14ª semana

GRADOS DE LA BIENAVENTURANZA

En la casa de mi Padre hay muchas moradas (Jn 14, 2)

I. Las diversas participaciones de la bienaventuranza, esto es, de conocer a Dios y gozar de él, son mansiones diversas.

La perfección absoluta de la bienaventuranza es exclusiva de Dios, porque solo él se conoce y se ama a sí mismo infinitamente, pues conoce y ama infinitamente su verdad y su bondad. En este sentido el soberano bien, que es el objeto y la causa de la bienaventuranza, no puede ser mayor y menor; porque no hay más que un soberano bien: Dios.

Mas la perfección de la bienaventuranza puede considerarse según las condiciones de tiempo, de naturaleza y de gracia, y desde este punto de vista uno puede ser más bienaventurado que otro, conforme con la adquisición de ese bien y la capacidad de cada uno; porque cuanto mayor es la capacidad de un hombre, más participa de ella, si está mejor dispuesto y ordenado a gozar de ella. De dos maneras se dispone uno a ello, pues la bienaventuranza consiste en dos cosas: en la visión de Dios, a la cual dispone la pureza y, en consecuencia, cuanto más elevada de las cosas terrenas tenga el corazón más perfectamente verá a Dios; y en el goce de Dios, a lo cual dispone el amor. Por consiguiente, aquel que tenga el corazón más fervoroso en el amor de Dios más se deleitará en el goce divino,

H. Pero ¿qué significa lo que se dice en San Mateo (20, 1-16), que se da un denario a todos los que trabajan? Si este denario no es otra cosa.: .que la morada en la casa del Padre, no existen en ella muchas moradas.

Debe responderse que la recompensa de la vida eterna es a la vez una y muchas. Son muchas según la diversa capacidad de los participantes en la bienaventuranza, y en este sentido son diversas las mansiones en la casa del Padre. Pero es una por tres motivos:

1º) Por la unidad del objeto. Todos los bienaventurados ven el mismo objeto y todos disfrutan de él; por eso es un denario; pero este mismo objeto es diversamente visto y amado. Es como si fuese una fuente en la que todos bebieran lo que quisieran. El que tuviere un vaso mayor, recibirá más; el que lo tuviere más pequeño, participará menos. La fuente es una sola, pero no es una misma la medida de los recipientes.

2º) Por la misma medida de eternidad, como dice San Agustín; porque todos poseerán la bienaventuranza eterna, ya que los justos irán a la vida eterna; pero son diversas por razón de la capacidad.

3º) Por la caridad, que une a todos, haciendo comunes los goces de cada uno, y viceversa: *Gozaos con los que se gozan* (Rom 12, 15).

(In Joan., XIV)

Lunes de la 14ª semana

LA ESPERANZA

I. El objeto propio de la esperanza es la bienaventuranza eterna.

La esperanza llega hasta Dios, apoyándose en su auxilio para conseguir el bien esperado. Pero conviene que el efecto sea proporcionado a la causa; por lo tanto, el bien que propia y principalmente debemos esperar de Dios es el bien infinito, proporcionado a la virtud de Dios que nos ayuda: porque es propio de la virtud infinita producir hasta un bien infinito. Mas este bien es la vida eterna que consiste en el goce del mismo Dios; pues lo que debemos esperar de Él no es menos que Él mismo, ya que no es menor su bondad, por la que comunica los bienes a la criatura, que su esencia.

II. La esperanza es una virtud teológica distinta de las demás virtudes teologales. Una virtud se dice teologal porque tiene por objeto a Dios al cual se adhiere. De dos maneras puede uno adherirse a otro: o por sí mismo, o porque por él se llega a otro. La caridad, pues, hace que el hombre se una a Dios por causa de sí mismo, uniendo su espíritu a Dios por el afecto de amor.

Mas la esperanza y la fe hacen que el hombre se una a Dios como a cierto principio, del cual nos llegan algunas cosas. De Dios nos viene el conocimiento de la verdad y el logro de la bondad perfecta. Luego la fe hace que el hombre se adhiera a Dios, en cuanto es para nosotros el principio de conocer la verdad, pues creemos que son verdaderas las cosas que Dios nos dice. Mas la esperanza hace que nos adhiramos a Dios, como que es en nosotros el principio de la bondad perfecta, ya que por la esperanza nos apoyamos en el auxilio divino para obtener la bienaventuranza.

III. En la vía (u orden) de la generación (espiritual), la esperanza es anterior a la caridad. Pues así como alguno es conducido a amar a Dios porque, temiendo ser castigado por él, cesa de pecar, así también la esperanza introduce a la caridad, en cuanto alguno, esperando ser recompensado por Dios, es inducido a amarle y observar sus preceptos. Pero según el orden de la perfección, la caridad es anterior naturalmente; por lo cual desde el momento en que existe la caridad, la esperanza se torna más perfecta, porque uno espera más de los amigos. En este sentido dice San Ambrosio que "la esperanza proviene de la caridad".

IV. La esperanza tiene certeza, porque la esperanza es la expectación cierta de la bienaventuranza futura, como dice el Maestro⁴⁵. Lo cual puede tomarse de aquello que dice el Apóstol: *Porque sé a quién he creído, y estoy cierto de que es poderoso para guardar mi depósito* (2 Tim 1, 12).

Ciertamente no podemos saber con certeza, en esta vida, si poseemos la gracia. Mas la esperanza no se basa principalmente en la gracia ya recibida, sino en la omnipotencia y misericordia divinas, por las que, aun aquél que no posee la gracia, puede conseguirlas y llegar así a la vida eterna. Mas de la omnipotencia de Dios y de su misericordia está cierto todo aquel que posee la fe. El que algunos, teniendo esperanza, se vean faltos de la consecución de la bienaventuranza, sucede por defecto del libre albedrío que les pone el obstáculo del pecado, pero no por defecto del poder divino o misericordia en que se apoya la esperanza. Por consiguiente, esto no perjudica a la certeza de la esperanza.

(2^a 2^{ae}, q. XVII, a. 2, 6, 8; q. XVIII, a. 4).

Martes de la 14^a semana

UNIÓN CON DIOS POR MEDIO DEL AMOR

Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él (1 Jn 4, 16).

Este efecto de la mutua inherencia puede entenderse ya en cuanto a la fuerza aprensiva, ya en cuanto a la fuerza apetitiva.

I. Respecto de la primera, se dice estar el amado en el amante, por cuanto el amado mora en la aprensión del amante, según aquello de la Epístola a los Filipenses: *Porque os tengo en el corazón* (1, 7). Se dice que el amante está en el amado según la aprensión, en cuanto el amante no se contenta con una aprensión superficial del amado, sino que se esfuerza por investigar y profundizar cada una de las cosas que pertenecen a la persona amada, y penetrar hasta su interior, como se dice del Espíritu Santo que es amor de Dios: *El Espíritu Santo lo escudriña todo, aun las profundidades de Dios* (1 Cor 2, 10).

II. Por lo que hace a la potencia apetitiva, se dice estar el amado en el amante, en cuanto está en su afecto, por cierta complacencia; de modo que,

⁴⁵ Alberto Magno, *Sent.*, III, dist., 26.

estando presente, se deleita en él o en sus bienes, y, estando ausente, tiende al mismo por amor de concupiscencia o desea los bienes para ese amado, por el amor de amistad; no ciertamente por alguna causa extrínseca, como cuando uno desea algo en pro de otro o quiere el bien para otra persona por algún otro motivo, sino por la complacencia íntima y radical del objeto amado; y de aquí es que este amor se llame íntimo y entrañas de caridad.

Pero, recíprocamente, el amante está en el amado de una manera por el amor de concupiscencia, y de otra por el amor de amistad; porque el amor de concupiscencia no descansa en una extrínseca o superficial posesión o goce del amado, sino que trata de poseerlo perfectamente penetrando, por decirlo así, en sus interioridades, al paso que en el amor de amistad, el amante está en el amado, por cuanto estima como suyos los bienes o los males del amigo, y así también su voluntad, de modo que le parece que sufre los mismos males o que posee los mismos bienes que él. Es, pues, propio de los amigos querer las mismas cosas y entristecerse o alegrarse de lo mismo; por eso el que ama, juzgando como suyo todo lo que pertenece al amigo, parece hallarse en el objeto que ama y no formar más que una sola cosa con el amado; y al contrario, en cuanto quiere y obra por el amigo como por sí mismo, como conceptuándolo uno consigo mismo, el objeto amado está en el amante.

La adhesión mutua puede entenderse de un tercer modo en el amor de amistad por vía de reciprocidad del amor, tal es el de dos amigos que se aman mutuamente, y se desean y hacen mutuamente el bien.

(1^a 2^{ae}, q. XXVIII, a. 2)

Miércoles de la 14^a semana

DE QUÉ MODO ES POSIBLE TENER CARIDAD PERFECTA EN ESTA VIDA

1. De dos maneras puede entenderse la perfección de la caridad en esta vida: por parte de la cosa amada, y por parte del que ama.

Por parte de la cosa amada, la caridad es perfecta cuando se ama una cosa en la medida en que es amable. Pero Dios es tan digno de amor cuanto bueno; y, siendo su bondad infinita, es, por lo mismo, infinitamente digno de ser amado, y como ninguna criatura puede amarlo infinitamente, puesto que toda virtud creada es finita, en consecuencia por este modo no puede ser

perfecta la caridad de criatura alguna sino únicamente la caridad de Dios, por la que se ama a sí mismo.

II. Por parte del que ama, la caridad es perfecta cuando ama tanto cuanto puede; lo cual acontece de tres maneras:

1ª) Cuando el corazón del hombre, todo entero, está siempre consagrado en acto a Dios; y ésta es la perfección de la caridad celestial, que no es posible en esta vida; pues, por la debilidad de la naturaleza humana, resulta imposible pensar siempre en acto acerca de Dios y ser movido por amor a él.

2ª) Cuando el hombre pone todo su empeño en dedicarse a Dios y a las cosas divinas, omitiendo todas las demás, a no ser aquellas que requiere la necesidad de la vida presente; y ésta es la perfección de la caridad que es posible en esta vida; sin embargo, no es común a todos los que tienen caridad.

3ª) Cuando habitualmente pone uno todo su corazón en Dios, de tal suerte que no piense ni quiera nada que sea contrario al amor divino, y esta perfección es común a todos los que tienen caridad.

(2ª 2ªe, q. XXIV, a. 8)

Por lo tanto, la caridad perfecta es posible en esta vida, pero no obstante, la perfección de esta vida no es perfección absoluta y por consiguiente siempre puede acrecentarse.

La perfección de la caridad a la que se ordenan los consejos, consiste en que el hombre, en cuanto le es posible, se abstraiga de las cosas temporales, aun las lícitas, las cuales, ocupando el ánimo, impiden el movimiento actual del corazón hacia Dios.

(2ª 2ªe, q. XLIV, a. 4)

El Señor intenta con el precepto: *Amarás al Señor*, etc., que el hombre se le una totalmente, lo cual se verificará en la patria, cuando *Dios sea todo en todos* (1 Cor 15, 28). Y por lo tanto, este precepto se cumplirá plena y perfectamente en el cielo; mas en esta vida, si se cumple, será imperfectamente. Sin embargo, en la tierra uno lo cumple tanto más perfectamente que otro cuanto más se acerca, por cierta semejanza, a la perfección de la patria celestial.

(2ª 2ªe, q. XLIV, a. 6)

Jueves de la 14ª semana

EFECTOS DEL AMOR

I. El amor significa cierta adaptación de la virtud apetitiva a un bien. Mas nada de lo que se adapta a una cosa que le es conveniente, se perjudica por esta unión, sino que más bien, a ser posible, se mejora y perfecciona; en cambio, lo que se une a algo que no le es conveniente, se perjudica y deteriora. Luego, el amor del bien conveniente es perfectivo y mejorativo del amante; pero el amor del bien no conveniente al amante le daña y deteriora.

Por consiguiente, el hombre se mejora y perfecciona, sobre todo, por el amor de Dios; y se daña y deteriora por el amor al pecado, según aquello de Oseas: *Se hicieron abominables, como aquellas cosas que amaron* (Os 9, 10).

Todo lo que acabamos de decir se refiere a lo que hay de formal en el amor por parte del apetito.

II. Pero en cuanto a lo que hay de material en la pasión del amor, que es alguna alteración corporal, el amor hierde accidentalmente, por el exceso de inmutación, como acontece en el sentido y en todo acto de alguna potencia del alma, ejercido por alguna alteración de un órgano corporal.

III. A cuanto pueda oponerse en contrario debe decirse que pueden atribuirse al amor cuatro efectos inmediatos, a saber: la liquefacción, la fruición, la languidez y el fervor. Lo primero es la liquefacción, que se opone a la congelación, pues las cosas congeladas son compactas en sí mismas, de modo que no pueden fácilmente ser penetradas por otro. Mas al amor pertenece que el apetito se haga adecuado para recibir al bien amado, puesto que el amado está en el amante. De ahí es que la congelación o dureza de corazón es una disposición que repugna al amor, pero la *liquefacción* o derretimiento importa cierto ablandamiento del corazón, que le hace hábil para que penetre en el objeto amado. Así, pues, cuando el objeto amado está presente y se lo posee, se produce la delectación o *fruición*; mas estando ausente, resultan otras dos pasiones: la tristeza de la ausencia, que se manifiesta por la *languidez*, y el deseo ardiente de conseguir el objeto amado, expresado por el *fervor*.

Tales son, en verdad, los efectos del amor considerados formalmente, según la aptitud de la potencia apetitiva respectó de su objeto; pera en la

pasión del amor surgen algunos efectos proporcionados a éstos según la alteración del órgano.

(1^a 2^{ae}, q. XXVIII, a. 5)

Viernes de la 14^a semana

LA PRUDENCIA

I. *La sabiduría le es al hombre prudencia* (Prov 10, 23).

Es sabio en algún género quien considera la causa suprema en ese mismo género. En el género de los actos humanos la causa suprema es el fin común de toda la vida humana, y a este fin se dirige la prudencia; por lo cual así como el que razona bien por relación a algún fin particular; por ejemplo, a la victoria, se dice ser prudente, no absolutamente, sino en este género, esto es, en asuntos bélicos, así también el que razona bien acerca de todo el bien vivir, se dice ser prudente en absoluto. Luego es evidente que la prudencia es la sabiduría en las cosas humanas.

II. La prudencia no puede existir en los pecadores. La prudencia se entiende de tres maneras. Existe una falsa o llamada así por semejanza, porque siendo prudente el que dispone bien las cosas que deben ejecutarse para un fin bueno, cuando alguien que se propone un fin malo dispone algunas cosas adecuadas para lograr ese fin, se dice que posee una prudencia falsa, pues lo que acepta por fin no es verdaderamente bueno, sino por semejanza, como se dice de alguien que es buen ladrón. En este sentido puede, por semejanza, llamarse prudente el ladrón que emplea medios convenientes para robar.

De esta prudencia dice el Apóstol a los Romanos (8, 6): *La prudencia de la carne es muerte*, aludiendo a la que constituye el último fin en el deleite carnal.

La segunda prudencia es verdadera porque encuentra los medios adecuados al fin verdaderamente bueno, pero es imperfecta por dos razones: primera, porque el bien que toma por fin no es el fin común de toda la vida humana, sino de algún negocio especial; por ejemplo, cuando uno encuentra los medios acomodados para negociar o para navegar, se dice prudente negociante o navegante; segunda, porque es deficiente en el acto principal de la prudencia, por ejemplo, cuando uno da un buen consejo y juzga bien

aun de las cosas que corresponden a toda la vida, pero no da un precepto eficaz.

La tercera prudencia, verdadera y perfecta, es la que aconseja rectamente para el buen fin de toda la vida, y además juzga y manda. Ésta es la única que se llama prudencia en absoluto, la cual no puede hallarse en los pecadores. En cambio, la primera prudencia se da únicamente en los pecadores; la prudencia imperfecta es común a los buenos y a los malos, principalmente la que es imperfecta por razón de algún fin particular; y la que es imperfecta por defecto del acto principal, tampoco se da sino en los malos.

(2^a 2^{ae}, q. XLVII, a. 2, 13)

III. Cicerón acertadamente divide la prudencia en memoria de las cosas pasadas, inteligencia de las presentes y previsión de las futuras⁴⁶. Porque la prudencia versa acerca de las acciones particulares, es necesario tomar los principios del mismo género, a fin de que la persona prudente razone rectamente sobre las cosas que es necesario obrar, por la experiencia de otros hechos. Por consiguiente, necesita de la experiencia y del tiempo, a fin de prever las cosas futuras por aquéllas que existieron y que retiene en la memoria, y por las cosas que al presente contempla la inteligencia; pues por la memoria evoca el ánimo las cosas que fueron; por la inteligencia contempla las que son, y por la previsión se ve una cosa futura antes de realizarse.

(3, *Disl.*, XXIII, q. III, a. 1)

Sábado de la 14^a semana

LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS

El alma se endulza con los buenos consejos del amigo (Prov 27, 9).

Porque lo mejor para el hombre es unirse con su alma a Dios y a las cosas divinas; pero es imposible que el hombre que se ocupa intensamente en cosas diversas, pueda con bastante libertad de espíritu tender hacia Dios. Por eso, en la ley cristiana se dan los consejos evangélicos, por los cuales

⁴⁶ *Rhet.*, lib. II, *De invent.*

los hombres se apartan, en cuanto es posible, de las ocupaciones de la vida presente.

La solicitud humana se dirige comúnmente a tres cosas: a la propia persona, a lo que hará y dónde vivirá; a las personas que están más cercarías, como la esposa y los hijos, y a procurar las cosas exteriores, de las cuales necesita el hombre para sustentar su vida. Así, pues, para desarraigar del hombre la preocupación por las cosas exteriores, la ley divina ha dado el consejo de la pobreza, a fin de que se desembarace de las cosas de este mundo, cuya solicitud puede conturbar el alma. Por eso dice el Señor: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme* (Mt 19, 21). Para cortar la preocupación de la esposa y de los hijos, se da al hombre el consejo de la virginidad o continencia. *Acerca de la virginidad no tengo precepto del Señor. Doy, no obstante, un consejo, como quien, por la misericordia de Dios, es digno de crédito. Por tanto, pienso que es cosa buena, a causa de la necesidad presente, quedarse el hombre así* (1 Cor 7, 25-26). Para cortar la solicitud del hombre sobre sí mismo, se da el consejo de la obediencia, por la cual el hombre confía al superior la ordenación de sus actos: *Obedeced a vuestros superiores y estadles, sumisos; porque ellos velan, como que han de dar cuenta de vuestras almas* (Hebr 13, 17).

Mas porque la suma perfección de la vida humana consiste en que el alma del hombre se ocupe de Dios, esos tres consejos parecen disponer, sobre todo, a dicha dedicación, y también parecen pertenecer convenientemente al estado de perfección; no como perfecciones en sí mismos, sino como disposiciones a la perfección; la cual consiste en que el hombre se ocupe de Dios. Pueden también (los consejos) llamarse efectos y signos de perfección. Si el espíritu del hombre es atacado con vehemencia por el amor y el deseo de alguna cosa resulta comprensible que posponga todo lo demás. De aquí proviene que, cuando el hombre es llevado con fervor a las cosas divinas, por el amor y el deseo, en lo cual evidentemente consiste la perfección, es lógico que rechace de sí todo lo que pueda retardar su encuentro con Dios, es decir, no sólo el afán por los negocios del mundo y el afecto a la esposa y a los hijos, sino también a sí mismo.

Siendo los tres consejos mencionados disposiciones para la perfección; y también efectos y señales de ella, se dice convenientemente que están en estado de perfección los que de esos consejos hacen voto a Dios. Pero la perfección, a la que los consejos disponen, reside en la ocupación del alma en Dios. Por eso se llaman religiosos los que profesan dichos consejos;

como si se dedicaran a sí mismos y sus cosas a Dios a modo de sacrificio: sus bienes, por la pobreza, el cuerpo por la continencia, y la voluntad, por la obediencia. Así, pues, la religión consiste en el culto divino.

(*Contra Gentiles, lib. III, cap. 131*).

Domingo de la 15ª semana

CAUSAS DEL AMOR

1. Eres amigo del hombre, porque está presente. Pero Dios tiene mayor ventaja porque está presente íntimamente, siempre y en todas partes.

El hombre está presente, porque está junto a ti; pero Dios está más presente, porque está dentro de ti, como explica San Agustín: "Está en el interior del corazón, pero éste se alejó de él." El hombre está unas veces presente y otras ausente por necesidad, pero Dios nunca se ausenta de ti aunque tú a veces te alejes y te ausentes. San Agustín agrega: "Tú estabas dentro y yo fuera; yo te buscaba afuera, y deforme irrumpía en estas cosas hermosas que hiciste; conmigo estabas y yo no estaba contigo."

Además, el hombre de quien eres amigo, está presente a ti en algunos lugares, y en otros está ausente; pero Dios está presente a ti en todas partes. Por lo cual, como al morir no podrás gozar de la presencia de los amigos, de la que necesitarás en gran manera entonces, disfrutarás con mucho consuelo de la presencia de este amigo.

Aun cuando ande en medio de sombras de muerte, no temeré males; porque tú estás conmigo (Sal 22, 4).

II. Eres amigo del hombre, porque te es útil. Pero en esto lleva Dios la ventaja de tres maneras; porque la utilidad que él te proporciona es mayor, más abundante y más duradera.

El amigo te hace partícipe de sus bienes. Pero Dios da sus cosas y se da a sí mismo. *El que aun su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las costas?* (Rom 8, 32). ¿Qué amigo te dará a su propio hijo y su espíritu como hizo Dios? Da sus cosas. Obsequia dones más dignos, mayores, más numerosos, más permanentes en duración y en tiempo, mejores con relación al fin. Muchas y grandes cosas donó en el pasado, da y no cesa de dar en el presente, pero en el futuro dará muchísimas y mayores.

III. Eres amigo del hombre; porque es amable. *El hombre amable en el trato será amigo, más que un hermano* (Prov 18, 24). Tres cosas hacen amable a una persona: la gracia el rostro, la afabilidad en el trato y en las palabras, la mansedumbre en el gusto y en las acciones.

Pero Dios supera a todos en esas tres cosas.

Porque, en efecto, *engañosa es la gracia, y vana la hermosura* (Prov 31, 30) que confieren la salud, el buen temperamento y la juventud; la prueba es que la enfermedad quita la salud; la vejez disipa la juventud, y la muerte quita el temperamento. Pero cuán amable es aquél *cuyo rostro está lleno de gracias*, aquél *en quien desean mirar los ángeles* (1 Pedro 1, 12), cuya hermosura no se marchita, sino que salva a los que la miran; no envejece, antes bien, hace rejuvenecer; no muere, antes vivifica eternamente.

También es deseable por la dulzura de sus palabras. *El Señor hablaba a Moisés cara a cara, como suele un hombre hablar a su amigo* (Ex 33, 11). Afable no sólo para los justos, sino también para los injustos, como los publicanos, y es amigo de los pecadores.

Por último, es amable, porque es manso en sus acciones. *Yo como cordero manso* (Jer 11, 19).

(*De dilectione Dei*, X, XI, XII)

Lunes de la 15ª semana

LA FORTALEZA

I. El nombre de fortaleza puede considerarse de dos modos:

1º) Según que importe en absoluto cierta firmeza del ánimo, y en este sentido es una virtud general, o más bien, condición de toda virtud; porque para la virtud se requiere obrar firme e inmutablemente. 2º) Según que implique solamente la firmeza necesaria para sobrellevar y repeler las cosas, en que es sumamente difícil tener esta firmeza, es decir, en algunos graves peligros. Por eso dice Cicerón que la fortaleza es considerada aceptación de los peligros y sufrimiento de los trabajos. En este sentido la fortaleza es una virtud especial.

II. La fortaleza se manifiesta ante todo en los peligros de muerte.

Pertenece a la virtud de fortaleza defender la voluntad del hombre para que no le retraiga del bien de la razón por el temor de un mal corporal. Es necesario, sin embargo, mantener firmemente el bien de la razón contra cualquier mal, pues ningún bien corporal equivale al bien de la razón; y por tanto es menester se llame fortaleza del alma la que sostiene firmemente la voluntad del hombre en el bien de la razón contra los más grandes males, porque el que persiste firme contra los males mayores se sostiene, por tanto, fuerte contra los menores, pero no viceversa; y también pertenece a la razón de la virtud atender a lo último. Entre todos los males corporales, la muerte es principalmente el más terrible, porque quita todos los bienes corporales. Por consiguiente, la virtud de la fortaleza es acerca de los peligros de muerte.

Así, pues, la fortaleza consiste en que el hombre no retroceda del bien de la virtud ante los peligros de la muerte, que parecen amenazarle por seguir algún bien, por ejemplo: cuando un juez, o también una persona privada, no se aparta de un juicio justo por temor de la espada que le amenaza, o de cualquier otro peligro, aunque sea mortal; o cuando un hombre, por amor a la virtud, soporta el peligro de cualquier muerte; tal es el caso en que uno no se retrae de prestar sus obsequios al amigo enfermo por temor de un contagio mortal, o en que no rehúsa emprender un viaje en pro de algún negocio piadoso por temor de un naufragio o de ladrones. Porque los mártires sufren ataques personales por el sumo bien, que es Dios, y por eso es recomendada su fortaleza.

(2^a 2^{ae}, q. CXXIII, a. 4 .y 5)

Mas aunque la fortaleza se dé principalmente contra las molestias de la muerte, también sé da, no obstante, secundariamente contra todas las otras molestias, pues el fuerte en todas las cosas se conduce bien.

(3, *Dist.*, 33, q. II, a. 3)

III. El acto principal de la fortaleza no es acometer cosas difíciles, sino más bien resistirlas, esto es, permanecer inmutable en los peligros, sin la perturbación del temor inmoderado, pues es más difícil resistir que acometer: 1^o, porque el resistir supone un ataque de otro más fuerte que lo acomete; 2^o, porque el que resiste siente ya los peligros inminentes, mas el que acomete los considera como futuros; 3^o, porque el resistir implica una prolongación de tiempo.

(2^a 2^{ae}, q. CXXIII, a. 6, *ad* 1^{um})

Martes de la 15ª semana

LA NECEDAD

I. La necedad lleva consigo embotamiento del corazón y estupidez de los sentidos. El embotamiento es contrario a la penetración del espíritu, pues dicese por analogía que el entendimiento es agudo cuando puede penetrar lo más profundo de las cosas que se le proponen. De ahí que el embotamiento de la mente sea lo que impide que ésta penetre hasta lo íntimo de las cosas. Se llama necio al hombre porque juzga mal del fin común de la vida, razón por la cual se opone propiamente a la sabiduría; que forma un juicio exacto de la causa universal.

(2ª 2ª, q. VIII, a. 6, ad 1^{um})

II. La necedad es pecado; porque importa cierto estupor del sentido en el juzgar, y principalmente respecto a la causa altísima, que es el fin último y el sumo bien, acerca del cual puede alguno experimentar estupor en su juicio, de dos maneras: 1º, por indisposición natural, como se ve en los dementes, y tal necedad no es pecado; 2º, porque el hombre sumerge su sentido en las cosas terrenas, lo cual hace incapaz al sentido para percibir las cosas divinas, como dice el Apóstol: *El hombre animal no percibe aquellas cosas que son del Espíritu de Dios* (1 Cor 2, 14); así como también al hombre que tiene el gusto corrompido por los malos humores no le saben bien las cosas dulces; y tal necedad es pecado.

(2ª 2ª, q. XLVI, a. 2)

III. La necedad es hija de la lujuria; porque la necedad, en cuanto es pecado, proviene de que el sentido espiritual está embotado, hasta el punto de que no es apto para juzgar de las cosas espirituales. El sentido del hombre se entrega principalmente a las cosas terrenas por la lujuria, la cual tiene por objeto los grandes deleites, que absorben sobre todo el alma; y por lo tanto, la necedad, que es pecado, nace principalmente de la lujuria.

A la necedad pertenece que el hombre se disguste de Dios y de sus dones. Por lo cual San Gregorio enumera entre las hijas de la lujuria a dos que pertenecen a la necedad, es decir, el odio de Dios y la desesperación del siglo futuro, como dividiendo a la necedad en dos partes.

(2ª 2ª, q. XLVI, a. 3)

Miércoles de la 15ª semana

LA SOBERBIA

El pecado de soberbia puede considerarse de dos maneras:

1ª) Según su propia especie, la que posee por razón de su objeto particular, y de este modo la soberbia es pecado especial, porque tiene objeto especial, ya que es el apetito desordenado de la propia excelencia, el cual no está de acuerdo con la recta razón. Y en efecto, la razón es la que ordena las cosas que el hombre apetece naturalmente, y de este modo, si alguno se aparta más o menos de la regla de la razón, tal apetito será vicioso, como se ve en el apetito de la comida que naturalmente se desea. Mas la soberbia apetece la excelencia excediéndose de lo que dicta la recta razón.

2ª) Según cierta redundancia en otros pecados, y en este sentido tiene cierta generalidad, puesto que de la soberbia pueden originarse todos los pecados de dos modos:

1º) De por sí, esto es, en cuanto los demás pecados se ordenan al fin de la soberbia, que es la propia excelencia a la que puede ordenarse todo lo que el hombre apetece desordenadamente.

2º) Indirectamente y como *per accidens*, es decir, separando el obstáculo, en cuanto el hombre desprecia por la soberbia la ley divina, por la que se le prohíbe pecar, según aquello: *Quebraste mi yugo, rompiste mis ataduras, y dijiste: No serviré* (Jer 2, 20).

(2ª 2ªe, q. CLXII, a. 2)

Jueves de la 15ª semana

EL YUGO DE CRISTO

1º) *Traed mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que manso soy y humilde de corazón* (Mt 11, 29). *Traed mi yugo*, es decir, la doctrina del Evangelio. Toda ley nueva consiste en dos cosas: en la mansedumbre y en la humildad. Por la mansedumbre el hombre se ordena al prójimo. Por la humildad, a sí mismo y a Dios. Con relación a esto dice Isaías: *¿Sobre quién descansará mi espíritu sino sobre el tranquilo y el humilde?* (65, 2). De ahí que la humildad haga al hombre capaz de Dios.

2º) De la utilidad de llevar el yugo había dicho: *Venid a mí... y yo os aliviaré* (Mt 11, 28). ¿Qué alivio es éste? *Hallaréis reposo para vuestras almas* (Ibid. 29). Pues el cuerpo no se alivia mientras está agotado; mas cuando desaparece el agotamiento, entonces se dice que está aliviado. Como es el hambre en el cuerpo, así es el deseo en la mente; por lo cual es un alivio la satisfacción de los deseos. Por eso dice el Profeta: *Él llena de bienes tu deseo* (Sal 102, 5). Y éste es el descanso del alma. En el Eclesiástico se dice: *¡Trabajé poco, y hallé para mí mucho reposo!* (51, 35). Así, los mansos no se sosiegan en el mundo; por lo cual *hallaréis reposo eterno*, es decir, el cumplimiento de los deseos.

3º) *Porque mi yugo suave es y mi carga ligera* (Mt 11, 30).

En todas las cosas la doctrina de Cristo es una carga ligera porque cambia el corazón, y no nos hace amar las cosas temporales, sino las espirituales. Pues para el que ama las cosas temporales es más pesado perder lo módico que perder lo mucho para el que ama las espirituales. La ley antigua no prohibía las cosas temporales, por eso les era penoso perderlas. Pero ahora, aun cuando al principio es algo pesado, después, sin embargo, es poco molesto. *Te guiaré por las sendas de la equidad; en las cuales después que hubieres entrado, no se estrecharán tus pasos* (Prov 4, 11-12).

Además, en cuanto a la acción, la ley agobiaba con actos externos. Mas nuestra ley está únicamente en la voluntad. Por eso se dice: *El reino de Dios no es comida ni bebida* (Rom 14, 17).

Asimismo, la ley de Cristo es agradable, y por ello añade el Apóstol: *sino justicia y paz, y gozo en el Espíritu Santo*.

Ciertamente las adversidades son muchas, porque: *Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecución* (2 Tim 3, 12). Pero esas persecuciones no son pesadas, porque están condimentadas con amor; y cuando uno ama a alguien, no le es pesado lo que sufre por él. Por eso el amor hace ligeras las cosas pesadas e imposibles. Si, pues, alguno ama bien a Cristo, nada le es pesado, y por consiguiente la ley nueva no agobia.

(In Matth cap. XI)

Viernes de la 15ª semana

PARA LA PERFECCIÓN RELIGIOSA SE REQUIERE QUE LA POBREZA, LA CASTIDAD Y LA OBEDIENCIA SE PRACTIQUEN POR VOTO

Pertenece a los religiosos vivir en el estado de perfección.

Mas para el estado de perfección se requiere la obligación con respecto a las cosas de perfección, obligación que se contrae por el voto hecho a Dios.

Es evidente que la pobreza, la continencia y la obediencia pertenecen a la perfección de la vida cristiana; y por eso el estado de religión requiere que uno se obligue con voto a esas tres virtudes. Por lo cual dice San Gregorio: "Cuando uno promete por voto a Dios omnipotente todo lo que posee, toda su vida, todo lo que sabe, es holocausto"⁴⁷, y después agrega que todo esto pertenece a los que abandonan el siglo presente.

El Señor dijo pertenecer a la perfección de la vida el que uno le siga, no de cualquier manera, sino sin mirar nunca atrás. Por eso dice él mismo: *Ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás, es apto para el reino de Dios* (Lc 9, 62). Esa firmeza de resolución en seguir a Cristo se confirma por el voto.

Además, como dice San Gregorio, la perfección religiosa exige que uno cumpla todo lo que ofrece a Dios con voto. Pero el hombre no puede dar a Dios en acto toda su vida, porque no existe toda a la vez, sino que es sucesiva; luego el hombre no puede dar a Dios toda su vida de otro modo que por la obligación del voto.

Entre las cosas que nos es permitido no dar se cuenta nuestra propia libertad, que es lo más caro al hombre entre todas las demás cosas. Por consiguiente, cuando alguno por propia voluntad se quita por el voto la libertad de abstenerse de las cosas que pertenecen al servicio de Dios, esto resulta gratisimo a Dios. A esto se refiere San Agustín: "No te arrepientas de haber hecho voto; es más, alégrate de que ya no te sea lícito lo que sería para tu daño. Feliz necesidad la que impele a cosas mejores"⁴⁸.

(2ª 2ª, q. CLXXXVI, a. 6)

⁴⁷ *Super Ezech., hom. XX.*

⁴⁸ *Epist. ad Armentar. et Paulinum, 127, a 45.*

Sábado de la 15ª semana

EL REATO DE LA PENA ES EFECTO DEL PECADO

Se dice en la epístola a los Romanos: *Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obre el mal* (2, 9). Obrar mal es pecar. Luego el pecado lleva aneja la pena que se designa con el nombre de tribulación y angustia.

De las cosas naturales se deriva a las cosas humanas la ley siguiente: lo que actúa contra algo sufre detrimento de ello. Vemos, en efecto, en las cosas naturales, que un contrario reacciona con mayor vehemencia cuando sobreviene otro contrario; de ahí que en los hombres se halle por inclinación natural que cada uno abata al que le contraría. Pero es evidente que cuantas cosas se contienen dentro de un orden, son en cierto modo una sola en orden al principio de orden; así, pues, lo que contrarresta a algún orden, es consecuente que sea deprimido por aquel orden y por el principio del orden.

Por lo tanto, siendo el pecado un acto desordenado, es manifiesto que todo el que peca obra contra algún orden; y por lo tanto es consecuente que sea abatido por el mismo orden, el cual abatimiento, ciertamente, es una pena. Así, pues, según los tres órdenes a que está sometida la voluntad humana, puede ser castigado el hombre con tres penas; porque la naturaleza humana está sometida: 1º, al orden de la propia razón; 2º, al orden de un hombre exterior, que gobierna espiritual o temporalmente, política o económicamente; 3º, al orden universal del régimen divino; y cada uno de estos tres órdenes se subvierte por el pecado, pues el que peca obra contra la razón, contra la ley humana y contra la ley divina, y por ello incurre en tres penas: una, por sí mismo, que es el remordimiento de la conciencia; otra por el hombre; y la tercera, de parte de Dios.

(1ª 2ª, q. LXXXVII, a. 1)

Domingo de la 16ª semana

ETERNIDAD DE LAS PENAS DE LOS CONDENADOS

E irán éstos al suplicio eterno (Mt 25, 46).

1. La misma relación existe entre el premio y el mérito que entre la pena y la culpa. Pero según la justicia divina, a un mérito temporal se debe un premio eterno. Luego, según la justicia divina, a una culpa temporal se debe una pena eterna.

Pero toda pena tiene una doble cantidad, a saber: la intensidad de su acerbidad y la duración del tiempo; la cantidad de la pena corresponde a la cantidad de la falta por la intensidad de la aflicción de suerte que, cuanto más gravemente peque uno, tanto más grave será la pena que se le dará. Por eso dice el Apocalipsis: *Cuanto ella se ha glorificado y vivido en deleites, tanto daréis de tormento y pena* (18, 7).

Mas la duración de la pena no responde a la duración de la culpa; pues no se castiga con una pena momentánea el adulterio que se comete en un instante de tiempo, aun por las leyes humanas; sino que la duración de la pena está en relación con la disposición del que peca; y a veces el que peca en una ciudad, por el mismo pecado merece que lo separen por completo de la vida social, ya con el destierro perpetuo, ya con la muerte. En ocasiones, sin embargo, no merece esta separación radical; y entonces, para que pueda ser miembro soportable de la sociedad se le prolonga o abrevia la pena, según conviene a su enmienda, de modo que pueda vivir conveniente y pacíficamente en la sociedad.

Esto mismo hace la justicia divina: uno, por su pecado, merece que se le separe por completo del consorcio de la ciudad de Dios, y esto se verifica por todo pecado que se comete contra la caridad, vínculo que une la ciudad de los elegidos; y así por el pecado mortal, que es contrario a la caridad, uno es condenado a la pena eterna, y excluido para siempre de la compañía de los santos.

Mas para los que pecan de tal modo que no merecen ser separados por completo del consorcio de la ciudad santa, como los que pecan venialmente, la pena ha de ser más breve o más duradera, según el grado de purificación que necesiten y según la mayor o menor adhesión a los pecados; lo cual se cumple en las penas de esta vida y del purgatorio, por la divina justicia.

II. Las penas de los impíos, que han de durar eternamente, son útiles para dos fines: 1º, para que en ellas se cumpla la divina justicia, que es grata a Dios por sí misma; 2º, para que de ellas se gocen los elegidos, cuando en las mismas contemplan la justicia de Dios, y conozcan que han logrado evadirse de ellas. Esto es lo que dice San Gregorio: Todos los inicuos destinados al suplicio eterno serán ciertamente castigados por su iniquidad, y sin embargo arderán para algún fin, es decir, para que todos los justos

vean en Dios los goces de que participan y perciban en ellos los suplicios que evitaron; para que conozcan más que son eternamente deudores de la gracia divina, cuando vean que son eternamente castigados los males que ellos vencieron con la ayuda de Dios.

(4, *Dist.*, 46, q. I)

No hay esperanza en los condenados: *Mis siervos cantarán alabanzas por la alegría del corazón, y vosotros daréis gritos por el dolor del corazón, y por el quebrantamiento del espíritu aullaréis* (Is 65, 14).

Así como es esencial a la bienaventuranza que la voluntad repose en ella, así es esencial a la pena que aquello que se aplica como tal pena, repugne a la voluntad. Pero no puede aquietar la voluntad o repugnar a ella lo que se ignora. Y por consiguiente dice San Agustín⁴⁹ que los ángeles no podían ser perfectamente bienaventurados en su primer estado antes de su confirmación o caída, ya que no sabían lo que les iba a suceder.

Porque para la perfecta y verdadera bienaventuranza se requiere que uno esté cierto de la perpetuidad de su bienaventuranza; en caso contrario, la voluntad no estaría tranquila.

Del mismo modo, como la perpetuidad de la condenación corresponde a la pena de los condenados, no tendría verdaderamente razón de castigo si no repugnara a la voluntad, lo cual sería imposible, si ignoraran la perpetuidad de su condenación. Por consiguiente, corresponde a la condición miserable de los condenados que ellos sepan que de ningún modo pueden evadirse de la condenación y llegar a la bienaventuranza. Por eso se dice en Job: *No cree que puede volver de las tinieblas a la luz* (15, 22).

(2^a 2^{ae}, q. XVIII, a. 3)

Lunes de la 16^a semana

LA NEGLIGENCIA

1º) La negligencia es pecado.

La negligencia implica falta de la debida solicitud; y todo defecto del acto debido tiene razón de pecado; luego, la negligencia tiene razón de pecado; y como la solicitud es acto de virtud especial, necesariamente la negligencia es pecado especial.

⁴⁹ *Super Gen. ad litt.*, lib. XI, cap. 17, 19.

En todo pecado necesariamente debe haber defecto acerca de un acto de la razón, como el defecto del consejo y otros semejantes; por lo cual, así como la precipitación es un pecado especial a causa del acto especial de la razón, del que se prescinde, esto es, el consejo, aunque pueda hallarse en cualquier género de pecados, así la negligencia es pecado especial por el defecto del acto especial de la razón, que es la solicitud, aun cuando se halle de algún modo en todos los pecados.

Son propiamente materia de la negligencia las obras buenas que alguien debe practicar; no porque las mismas sean buenas cuando se hacen negligentemente, sino porque a causa de la negligencia se produce en ellas el defecto de bondad, ya se omita totalmente el acto debido por falta de solicitud, ya también alguna circunstancia debida del acto.

2º) La negligencia se opone a la prudencia.

La negligencia se opone directamente a la solicitud, mas la solicitud pertenece a la razón; y su rectitud, a la prudencia. Luego la negligencia pertenece a la imprudencia por oposición. La negligencia no es lo mismo que pereza o indolencia, que pertenece a la acidia, pues la negligencia consiste en el defecto del acto interior, al que también pertenece la elección; mas la pereza y el entorpecimiento más bien corresponden a la ejecución, de tal modo, sin embargo, que la pureza implica tardanza en ejecutar, y la indolencia cierta remisión en la misma ejecución.

Se dice en el Eclesiastés: *El que teme a Dios, nada desprecia* (7, 19), pues el temor de Dios conduce a evitar todo pecado, como se lee en los Proverbios: *Por el temor de Dios todos se desvían del mal* (Prov 15, 27). Por esto, el temor hace evitar la negligencia, no porque la negligencia se oponga directamente al temor, sino en cuanto el temor excita al hombre a los actos de la razón. Por lo cual se ha dicho que el temor incita a tomar consejo.

3º) La negligencia puede ser pecado mortal. Esto se deduce de estas palabras: *Quien menosprecia su camino, incurrirá en la muerte* (Prov 19, 16).

La negligencia proviene de cierto relajamiento de la voluntad, por el cual ocurre que la razón no es inducida a mandar lo que debe. Si lo que se omite por negligencia es de necesidad para la salvación, será pecado mortal. De otro modo puede también ser pecado mortal por parte de la causa; si la voluntad es tan remisa en las cosas de Dios que carezca totalmente de la caridad de Dios, tal negligencia es pecado mortal, principalmente cuando la negligencia es efecto del desprecio. En cambio, si la negligencia consiste en la omisión de algún acto o circunstancia que no son necesarios para la

salvación, y esto no se hace por desprecio, sino por falta de fervor, entonces no es mortal sino venial.

(2^a 2^{ae}, q. LIV, a. 1-3).

Martes de la 16^a semana

LA PERFECCIÓN CONSISTE EN LOS PRECEPTOS Y NO EN LOS CONSEJOS

Puede aludirse a las dos formas en que consiste la perfección: una, por sí misma y esencialmente; otra, secundaria y accidentalmente.

I. Por sí misma y esencialmente la perfección de la vida cristiana consiste en la caridad, principalmente del amor de Dios, y secundariamente del amor al prójimo que son el objeto de los preceptos principales de la ley divina. Pero el amor de Dios y del prójimo no caen bajo el precepto según alguna medida por la que lo que es más quede bajo consejo, como se ve por la forma misma del precepto, que demuestra la perfección; por ejemplo, cuando se dice: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón*, pues todo y perfecto son una misma cosa; y cuando se dice: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*, pues cada cual se ama mucho a sí mismo.

Y esto es así porque *el fin del mandamiento es la caridad* (Tim, 5). Para el fin no se emplea ninguna medida, sino únicamente para los medios, como el médico no mide cuánto cura, sino qué cantidad de medicina o dieta debe ordenar para curar.

Así, es evidente que la perfección consiste esencialmente en los preceptos. Por eso dice San Agustín: "¿Por qué, pues, no se ha de prescribir al hombre esta perfección, aunque nadie la tenga en esta vida?"

II. Secundaria e instrumentalmente la perfección consiste en los consejos; los cuales, todos, lo mismo que los preceptos, se ordenan a la caridad, aunque de manera distinta. En efecto, los otros preceptos se ordenan, por los preceptos de la caridad, a remover lo que es contrario a esta virtud, es decir, aquello con lo que la caridad es incompatible; al paso que los consejos se ordenan a remover los obstáculos de los actos de la caridad, que sin embargo no la contrarían, como el matrimonio, la ocupación de los negocios seculares y otras cosas semejantes.

Por eso en las "Conferencias de los Padres" dice el abad Moisés: "Los ayunos, las vigiliias, la meditación de las Escrituras, la desnudez y la privación de todos los bienes no son la perfección, sino instrumentos de ella, ya que en ellos no consiste el fin de aquella enseñanza, sino que por ellos se llega al fin"; y más arriba había dicho que procuráramos por estos grados ascender a la perfección de la caridad.

Ciertamente es de precepto la perfección del amor divino, de suerte que de él no se excluye la perfección de la patria; y sólo se evade de la transgresión del precepto el que de cualquier modo alcanza la perfección del amor divino.

El grado ínfimo de ese amor consiste en no amar nada más que a él, ni contra él, ni tanto como a él, de modo que quien faltare a ese grado de perfección de ninguna manera cumplirá el precepto. Pero hay otro grado de amor perfecto que no puede cumplirse en esta vida; quien faltare a él no será transgresor del precepto. Y así tampoco quebranta el precepto el que no llega a los grados intermedios de la perfección, con tal que llegue al ínfimo.

(2^a 2^{ae}, q. CLXXXIV, a, 3)

Miércoles de la 16^a semana

VIDA DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Mis flores son frutos de honor y de riqueza (Eccli 24, 23).

I. Nuestra Señora fue llena de gracia durante toda su vida. Por eso, usando una figura, se dice de Esther: *Era hermosa en extremo y de increíble belleza; y parecía a los ojos de todos graciosa y amable* (Est 2, 15). Ésta es aquella Rebeca, *joven de muy buen parecer, y virgen muy hermosa, a quien varón no ha conocido* (Gen 24, 16). Se comprenden así las palabras del Cantar de los Cantares: *Toda eres hermosa, amiga mía* (Cant 4, 7). Dice *toda*, porque fue tan hermosísima en su alma y en su cuerpo, que nadie la podrá igualar jamás.

Por lo cual, sobre aquellas palabras del Cantar de los Cantares, *Toda eres hermosa*, dice San Bernardo: "Hermosísima en su rostro, integérrima en su carne, y santísima en su alma. Si miras diligentemente, no hay preciosidad, ni candor, ni gloria, que no resplandezca en ella." Así, pues, a causa de esta plenitud de vida, tuvo la virtud del imán, porque así como el imán atrae a sí al hierro, así también la Virgen santa atrajo a sí de lo alto al

Verbo de Dios. Por eso la Bienaventurada Virgen María, adornada con la diadema real de las dobles virtudes del alma y del cuerpo, resplandeciente de belleza, conocida en los cielos por su hermosura, atrajo a sí las miradas de los ciudadanos del cielo hasta inclinar a sí el corazón del Rey, y atraer a sí al mensajero celestial.

Por lo tanto, aun cuando no podamos imitarla totalmente, debemos seguirla, en lo posible, en esa gracia de vida santa, y trabajar con ella para adquirir la castidad de alma y cuerpo, la firmeza de su paciencia en las adversidades, la longanimidad de su perseverancia en el bien; porque, como dice San Bernardo: "Si quieres alcanzar su ayuda en las adversidades de la vida, no dejes de seguir el ejemplo de su vida".

(*Salut. angel. exp.*, II)

II. La Bienaventurada Virgen María ejercitó las obras de todas las virtudes; mientras que los demás santos, sólo algunas especiales; pues uno fue humilde; otro, casto; otro, misericordioso; por ese motivo son presentados como ejemplares de virtudes particulares, como San Nicolás, ejemplo de misericordia, etc.; mas la Bienaventurada Virgen María es presentada como ejemplar de todas las virtudes; pues en ella encuentras un ejemplo de humildad: *He aquí la esclava del Señor* (Lc 1, 38); Miró la bajeza de su esclava (Ibid., 48); de virginidad: porque *no conozco varón* (Ibid., 34); y de todas las virtudes, como es sobradamente conocido.

(*Sal. angel. exp.*, I)

Jueves de la 16ª semana

LA GRACIA INFINITA DE CRISTO

Dios le da el espíritu sin medida (Jn 3, 54).

Una cosa se da a alguien para que la posea. Poseer al Espíritu Santo conviene a Cristo en cuanto Dios y en cuanto hombre. En cuanto hombre, porque él santifica; en cuanto Dios, sólo manifestando que el Espíritu Santo procede de él; y de los dos modos Cristo posee al Espíritu Santo sin medida.

En Cristo se da una triple gracia: gracia de unión, gracia habitual, que es personal al individuo, y gracia capital, que es un poder de influencia; y Cristo las recibió todas sin medida.

La gracia de unión se da a Cristo, por cuanto la naturaleza humana de Cristo está unida a la persona del Hijo de Dios. Y como la naturaleza divina es infinita, se sigue que por la misma unión recibió un don infinito.

La gracia habitual se entiende por cuanto el alma de Cristo estuvo llena de gracia y de sabiduría. Se dice que Cristo la recibió sin medida por tres razones:

1º) Por parte del que la recibe. Cuando a una naturaleza no se le da el bien divino según la capacidad natural de su especie, se dice que se le dio sin medida; pero aun cuando es llenada toda su capacidad natural, no parece que se le da con medida; porque aunque existe medida por parte del recipiente, no la hay, sin embargo, por parte del donante, si está dispuesto a darlo todo. Si uno va a sacar agua del río con una vasija, encuentra agua sin medida, aunque la saque con medida a causa de la capacidad limitada de la vasija.

2º) Por parte del don recibido. La gracia habitual de Cristo, finita según su esencia, se dice haber sido recibida sin término ni medida, porque Cristo recibió todo lo que puede pertenecer a la esencia de la gracia. Ningún otro recibe todo, sino uno de una manera y otro de otra.

3º) Por parte de la causa. Una causa contiene en cierto modo el efecto. Luego todo ser que tiene una causa de un poder infinito de influencia, se dice que posee sin medida aquello que él influye, de algún modo, infinitamente. Si alguno, por ejemplo, poseyese una fuente que pudiera dar agua en cantidad infinita, se podría decir que tiene agua infinitamente y sin medida. Del mismo modo el alma de Cristo posee gracia infinita y sin medida, porque posee al Verbo unido a ella, el cual Verbo es principio infinito e inagotable de toda emanación de las criaturas.

Aquí se ve que la gracia de Cristo llamada capital es infinita en cuanto al poder de influencia. Por lo mismo que posee el principio de efusión sin medida, de los dones del Espíritu Santo, recibió virtud de derramarlos sin medida, de modo que la gracia de Cristo basta, no sólo para la salvación de algunos hombres, sino para los hombres del mundo entero, y aun de muchos mundos, si existieren.

(In Joan III).

Viernes de la 16ª semana

OBSERVANCIA DE LA PALABRA DE DIOS

I. *Si alguno oyere mis palabras y no las guardare, no le juzgo yo* (Jn 12, 47).

Debe advertirse que son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan, creyéndola interiormente en el corazón y practicándola exteriormente con las obras. Mas los que la oyen y no procuran practicarla, se hacen por ello más culpables: *no son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen: éstos serán justificados* (Rom 2, 13). Y Santiago: *Poned por obra la Palabra y no os contentéis sólo con oírla* (Stgo. 1, 22).

Si alguno oyere mis palabras y no las guardare, no le juzgo yo (Jn 12, 47). De dos maneras puede decirse que alguien condena a otro; o como juez o como causa de condenación. Pues no solamente condena al homicida el juez que dicta la sentencia, sino también le condena el mismo homicidio perpetrado, que es causa de su condenación. Así, pues, dice (Jesús): *No le juzgo yo*, es decir, no soy yo causa de su condenación, sino él mismo. Por ello dice Oseas: *Tu perdición, Israel, de ti; sólo en mí está tu socorro* (Os 13, 9). Y esto, precisamente, porque *no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo* (Jn 12, 47), esto es, no he sido enviado para condenar, sino para salvar.

II. *El que me desprecia, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue* (Jn 11, 48). Como si dijese: Los que no guardan mis palabras, creyendo y practicando, no quedarán impunes, quienesquiera que sean. La razón se funda en que, si no reciben la palabra de Dios, desprecian lo dicho por Dios, cuyo Verbo es él mismo, como el que no obedece el mandato de su Señor. Y dice Job: *Huid, pues, de la vista de la espada, porque espada hay vengadora de iniquidades; y tened entendido que hay juicio* (Job 19, 29).

III. *La palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrimero* (Jn 12, 48). Lo que equivale a decir, según San Agustín: Soy Yo el que juzgare. Porque Cristo aludió a sí mismo en sus discursos, y se anunció a sí mismo. Pues Él es la palabra que habló, ya que habló de sí mismo, como dice San Juan: *Si yo doy testimonia de mí mismo, verdadero es mi testimonio; porque*

sé de dónde vine, y adónde voy (Jn 8, 14). Como si dijese: Lo mismo que les he hablado y que, sin embargo, ellos despreciaron, eso mismo les juzgará.

(*In Joan.*, XII)

Sábado de la 16ª semana

EL PECADO MORTAL OBLIGA A LA PENA ETERNA

Irán estos al suplicio eterno (Mt 25, 46).

1. Por tres razones se dice que el pecado mortal obliga a la pena eterna.

1º) Por parte de aquél contra el cual se peca, que es infinitamente grande, Dios. Por consiguiente, la ofensa contra él merece pena infinita, pues cuanto más digno es aquél contra quien se peca, más gravemente debe ser castigado el pecado.

2º) Porque parte de la voluntad del pecador. Pues consta que quien peca mortalmente pone su fin en el objeto de su pecado y del placer que en él busca, hasta el punto de despreciar a Dios por ello: Mas es evidente que quien ama sumamente una cosa como fin de su voluntad, querría, por lo mismo, adherirse siempre a ella. Y por lo tanto quien mortalmente peca, con aquel acto de la voluntad con que eligió el pecado mortal, eligió asimismo adherirse siempre al pecado, a no ser que accidentalmente se retraiga, ya por el temor de la pena, ya por otra cosa parecida. Pero, si pudiera adherirse infinitamente, se adheriría siempre, y por consiguiente, quien peca eternamente merece una pena eterna.

3º) Por parte del estado del que peca mortalmente, el cual es privado de la gracia por el pecado. Por lo cual, como sin la gracia no podría tener lugar el perdón de la culpa, si muere en pecado mortal, siempre permanecerá en la culpa, pues ulteriormente no será ya capaz de recibir la gracia. Al subsistir la culpa, siempre queda sujeto a la pena, ya que, en caso contrario, permanecería una cosa desordenada en el universo.

(2, *Dist.*, 42, q. I, a. 5).

II. De que el pecado haya sido una cosa temporal no se deduce que sólo deba ser castigado con pena temporal. Porque la pena es proporcionada al pecado en cuanto al rigor, tanto en el juicio divino cuanto en el humano. Pero, como dice San Agustín (*De civit. Dei*, 1. 21, cap. 111), en ningún

juicio se requiere que la pena iguale a la culpa en duración; pues no porque el adulterio o el homicidio se cometan en un momento, se castigan con pena momentánea, sino que unas veces con cárcel perpetua o destierro, y otras veces con la muerte; en la que no se considera la duración del asesinato, y sí más bien el ser perpetuamente arrancado de la sociedad de los vivientes; y así representa a su modo la eternidad de la pena divinamente impuesta.

Es justo, según San Gregorio (*Dialog.*, 1, 4, c. 44), que quien pecó en su eterno contra Dios, sea castigado en lo eterno de Dios; y se dice uno peca en su eterno no sólo por la continuación del acto durante toda la vida del hombre, sino porque en el hecho mismo de cifrar su fin en el pecado, tiene voluntad de pecar eternamente. Por lo cual dice San Gregorio que "los pecadores habrían querido vivir sin fin, para poder perseverar sin fin en sus iniquidades". (*Moral*, 1. 4).

(1^a 2^{ae}, q. LXXXVII, a. 3 ad 1^{um}).

Domingo de la 17^a semana

PODER DEL SUMO JUEZ

Vendrá en las nubes del cielo con grande poder y majestad (Mt 24, 30). Sobre estas palabras dice la Glosa: "Con gran poder y majestad han de ver al que no quisieron escuchar cuando estaba en la humildad, y tanto más rigurosamente sentirán entonces su virtud cuanto más rehúsen ahora inclinar la cerviz del corazón ante su poder." Vendrá efectivamente con grande poder, *porque las virtudes de los cielos serán conmovidas* (Mt 21, 26). San Gregorio dice: "¿A qué llama virtudes de los cielos sino a los ángeles, a las dominaciones, a las potestades y a los principados, los cuales en la venida del juez aparecerán visiblemente ante los ojos, para que entonces se nos exija con rigor lo que ahora nos sufre ecuánimemente el Creador invisible?" Y San Juan Crisóstomo comenta: "Sí un rey terreno que va a la guerra ordena una expedición a su pueblo, se agitan los dignatarios, los ejércitos se ponen en pie y todo el estado está en efervescencia, ¿cuánto más no se conmoverán las virtudes angélicas, ministros terribles, al preceder a un Señor aún más terrible, cuando el rey celestial se levante a juzgar a los vivos y a los muertos?"

Debe saberse que el poder de Cristo Juez será insuperable, inexplicable, interminable.

Acerca de lo primero dice San Juan Crisóstomo: "Entonces no habrá poder para resistir, facultad para huir, lugar de penitencia, ni tiempo de satisfacción." En esta angustia universal sólo queda el llanto.

Respecto a lo segundo escribe San Agustín, comentando aquel pasaje de San Juan: *Luego, pues, que les dijo "Yo soy", volvieron atrás, y cayeron en tierra* (18, 6): "Una voz sin ningún dardo hirió, rechazó y prosternó, con la virtud de la divinidad escondida, a la turba, feroz por sus odios y terrible por sus armas. ¿Qué hará cuando venga a juzgar, si hizo esto cuando iba a ser juzgado? ¿Qué podrá en el momento de reinar cuando pudo aquello, en el momento de morir?" Como si dijese: "no puede explicarse el poder de tal juez".

Por lo que hace a lo tercero se dice en Daniel: *Miraba yo, pues, en la visión, y he aquí que venía como Hijo de hombre... su potestad es potestad eterna* (7, 13), esto es, que no está limitada. Por consiguiente, debe ser temido el poder de tal juez.

Así como el poder de Cristo Juez será insuperable, así también será inefable su sabiduría, e inflexible su justicia. Por lo cual explica San Bernardo: "Vendrá el día del juicio, en el que más valdrán los corazones puros que las palabras astutas, la buena conciencia que las bolsas llenas, porque el juez no será engañado con palabras, ni doblegado con dádivas." Tres cosas se requieren para la celebración del juicio: celo de justicia para proceder al juicio; luz de sabiduría, para dictar la sentencia; y poder para ejecutar la sentencia dictada. Todo esto se encuentra excelentemente en Cristo Juez, pues por el testimonio de la Escritura y de los santos se comprueba que su justicia es inflexible, su sabiduría inefable, y su poder insuperable.

Dice San Gregorio: ¡Cuán estrechos serán entonces los caminos de los réprobos! Arriba el juez airado, abajo el caos horrendo, a la derecha los pecados que acusan, a la izquierda legión infinita de demonios que arrastran al suplicio; dentro, la conciencia que quema; fuera, el mundo que arde. ¿Adónde huirá el pecador miserable de tal manera cercado? Ocultarse será imposible; mostrarse, intolerable.

(De Humanitate Christi.)

Lunes de la 17ª semana

PERMANENCIA EN CRISTO

1. *Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid; así vosotros, si no estuviereis en mí* (Jn 15, 4).

Se demuestra en este lugar que la permanencia en Cristo es necesaria para fructificar. Como si dijere: Debéis permanecer en mí para que fructifiquéis, porque *así como el sarmiento*, el sarmiento material, *no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid*, desde cuya raíz sube la savia para vivificar los sarmientos, *así también vosotros* no podéis llevar *fruto, si no estuviereis en mí*. Luego la permanencia en Cristo es la condición de la fructificación. Por eso se dice de los que no permanecen en Cristo: *¿Y qué fruto tuvisteis entonces en aquellas cosas de que ahora os avergonzáis?* (Rom 6, 21); y Job: *Será estéril la congregación del hipócrita* (15, 34).

Esta semejanza es conveniente, porque *yo soy la vid, y vosotros los sarmientos*. Como si dijese: Vosotros estáis con relación a mí, como los sarmientos con respecto a la vid. Se dice de estos sarmientos: *Extendió sus sarmientos hasta el mar* (Sal 79, 12).

II. *El que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto.*

Aquí se demuestra que la permanencia en Cristo es eficaz; pues no sólo es necesaria la permanencia del hombre en mí para que fructifique, sino que también es eficaz; porque *el que está en mí*, creyendo, obedeciendo, perseverando, *y yo en él*, ilustrándolo, socorriéndolo, dándole perseverancia, éste, no otro, *lleva mucho fruto*. Lleva triple fruto en esta vida. El primero de ellos es abstenerse de los pecados; el segundo, dedicarse a obras de santidad; el tercero, vacar a la edificación de los otros: *Del fruto de tus obras se saciará la tierra* (Sal 103, 13). Lleva, además, un cuarto fruto en la vida eterna. Éste es el fruto último y perfecto de nuestros trabajos.

La razón de esta eficacia es porque *sin mí no podéis hacer nada*. Dice, pues, el Señor que sin él no solamente no podemos hacer cosas grandes, sino que ni siquiera las mínimas; y más aún, nada. Esto no es de maravillar, porque ni Dios hizo cosa alguna sin él: *Nada de lo que fue hecho, se hizo sin él* (Jn 1, 3). Pues nuestras obras provienen de la naturaleza, o de la gracia divina. Si de la naturaleza, como quiera que todos los movimientos de la naturaleza proceden del mismo Verbo de Dios, ninguna naturaleza puede moverse a hacer algo sin él. Si de la gracia, como él es autor de la gracia,

pues *la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo* (Jn 1, 17), es evidente que sin él no puede hacerse ninguna obra meritoria. Por eso dice el Apóstol: *No que seamos suficientes de nosotros mismos para pensar algo, como de nosotros; mas nuestra suficiencia viene de Dios* (2 Cor 3, 5). Sí, pues, ni siquiera podemos pensar algo si no es por Dios, mucho menos hacer otras cosas.

(In Joan., XV)

Martes de la 17ª semana

FELICIDAD DE LOS SANTOS

Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo (Mt 25, 34).

El reino de los cielos es la gloria del paraíso; y no es de admirar, porque reino no quiere decir otra cosa sino régimen, gobierno. El mejor gobierno es aquél donde no se hace nada contra la voluntad del que gobierna. La voluntad de Dios es la salvación de los hombres, porque *quiere que todos los hombres sean salvos* (1 Tim 2, 4); y esto tendrá lugar principalmente en el paraíso, donde nada se opondrá a la salvación de los hombres, como se lee en San Mateo: *Recogerán de su reino todos la escándalos* (13, 41). Así, pues, cuando pedimos: *venga tu reino*, pedimos ser participantes del reino celestial de la gloria del paraíso.

Este reino es muy deseable por tres motivos:

1º) Por la justicia soberana que reina, en él: *Todos los pueblos serán justos* (Is 60, 21). En la tierra están los malos mezclados con los buenos, pero en el cielo no habrá ni malo ni pecador.

2º) Por la libertad perfectísima. Aquí no hay libertad, aun cuando todos la desean naturalmente; pero allí habrá libertad absoluta contra toda servidumbre: *La misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción* (Rom 8, 21). Y los hombres no sólo serán libres, sino también reyes, como dice el Apocalipsis: *Nos has hecho reino para nuestro Dios* (5, 10). La razón de esto es que todos serán una voluntad con Dios, y Dios querrá todo lo que los santos quieran, y los santos lo que Dios quisiere; por lo cual con la voluntad de Dios se hará su voluntad; y en consecuencia reinarán todos, pues se hará la voluntad de todos, y Dios será corona de

todos. *En aquel día será el Señor de los ejércitos corona de gloria y guirnalda de regocijo al que quedare de su pueblo* (Is 28, 5).

3º) A causa de la admirable abundancia: *Nunca se oyó. No se oyó decir, ni se escuchó, ni ojo vio, salvo tú, ¡oh Dios!, lo que has preparado para aquéllos que esperan en ti* (Is 64, 4). *Él llena de bienes tu deseo* (Sal 102, 5).

Y advierte que en Dios solo el hombre encontrará todas las cosas más excelente y perfectamente que todo lo que se busca en el mundo. Si buscas deleite, lo encontrarás sumo en Dios. *Otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón* (Jn 16, 22). El profeta Isaías dice: *Alegría perdurable sobre las cabezas de ellos* (35, 10); si buscas duración, allí está la eternidad: *Mas los justos para siempre vivirán* (Sab 5, 16); si riquezas, allí encontrarás todo lo que pueden procurar las riquezas, y así de las demás cosas.

San Agustín agrega: "Todo lo que puede desear santamente tu alma, todo está allí: Dios".

(In orat. Domine.)

Miércoles de la 17ª semana

SAN ANDRÉS

Éste halló primero a su hermano Simón, y le dijo: hemos hallado al Mesías... Y le llevó a Jesús (Jn 1, 41-42).

I. La señal evidente de una perfecta conversión es que el convertido no cesa hasta que ha llevado a Cristo a aquéllos que le son más cercanos. Por eso San Andrés, perfectamente convertido, no retuvo para sí solo el tesoro hallado, sino que se apresura y corre aprisa hacia su hermano, para comunicarle los bienes que había recibido. Así, pues, dice: *Éste halló primero*, esto es, primeramente a su hermano Simón a quien buscaba, para hacer de él su hermano en la fe, como ya era su hermano en la sangre. *El que lo oye, diga: Ven* (Hech 22, 17).

II. Le dice Andrés: *Hemos hallado al Mesías*. Jesús lo había instruido hasta hacerle conocer que él era el Cristo, y por eso dice: *Hemos hallado*. Con lo cual insinúa que lo había buscado con deseo durante mucho tiempo. *Bienaventurado el hombre que halló la sabiduría* (Prov 3, 12).

Se señala luego el fruto que consiguió, porque *lo llevó a Jesús*, esto es, llevó a Pedro hacia Jesús. En lo cual se recomienda la obediencia de Pedro; porque al instante acudió sin tardanza.

Considera la devoción de Andrés, pues lo condujo a Jesús, no a sí mismo, porque se reconocía débil. Por consiguiente, lo conduce a Cristo para que éste lo instruya; enseñando al mismo tiempo con esto que el predicador no debe atribuirse a sí mismo los frutos de la predicación, ni hacerlos servir para su propia honra y provecho, sino llevar las almas a Cristo, para honra y gloria suya, como dice el Apóstol: *Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo* (2 Cor 4, 5).

(In Joan., I)

Jueves de la 17ª semana

ESTUDIO DE LAS LETRAS

Compete a los religiosos el estudio de las letras, de tres modos:

I. En cuanto a lo que es propio de la vida contemplativa, a la cual ayuda de dos maneras el estudio de las letras: primero, directamente, es decir, ilustrando el entendimiento, pues la vida contemplativa se ordena principalmente a la consideración de las cosas divinas, en la cual el estudio dirige al hombre. Por eso se dice en alabanza del varón justo: *En su ley* (en la ley del Señor) *medita día y noche* (Sal °, 2). También consta en el Eclesiástico (39, 1): *La sabiduría de todos los antiguos indagará el sabio, y se empleará en los profetas.*

Segundo, indirectamente, pues el estudio de las letras ayuda a la vida contemplativa, removiéndole los peligros de la contemplación, es decir, los errores que ocurren frecuentemente en la contemplación de las cosas divinas a los que ignoran las Escrituras, como se lee en las "Colaciones de los Padres"⁵⁰ que ocurrió al abad Serapión, quien cayó por candidez en el error de los antropomorfistas, esto es, de los que creen que Dios tiene forma humana. Así dice San Gregorio: "Algunos, traspasando en la contemplación los límites de su capacidad, llegan hasta los errores más perversos, y mientras descuidan ser humildemente discípulos de la verdad, se hacen maestros de errores"⁵¹. Por lo cual se lee en el Eclesiastés (2, 3): *Pensé en*

⁵⁰ *Collet.*, 10, cap. 3.

⁵¹ *Moral.*, lib. VI, cap. 17.

mi corazón apartar mi carne del vino, para trasladar mi corazón a la sabiduría, y evitar la necesidad.

II. El estudio de las letras es necesario a los religiosos, instituidos para predicar y ejercer otros ministerios análogos. Por eso dice el Apóstol: *Que abrace firme la palabra de fe, que es según la doctrina; para que pueda exhortar según la sana doctrina, y convencer a los que contradicen* (Tit 1, 9). Y no se puede argüir que los Apóstoles hayan sido enviados a predicar sin haber estudiado las letras, porque, como dijo San Jerónimo: "El Espíritu Santo les inspiraba todo lo que los demás adquieren de ordinario por el ejercicio y diaria meditación de la ley de Dios"⁵².

El estudio de las letras conviene a la religión en cuanto a lo que es común a toda religión; puesto que sirve para evitar la lascivia de la carne; y por este motivo aconseja San Jerónimo al monje Rústico: "Ama la ciencia de las Escrituras, y no amarás los vicios de la carne"⁵³. Porque aparta el ánimo de los pensamientos lascivos, y mortifica la carne por el trabajo del estudio, conforme con lo que dice el Eclesiástico (31, 1): *El desvelo por la honestidad hará repodrir las carnes.*

Sirve también para extirpar la ambición de riquezas; y así consta en la Escritura: *Juzgué que las riquezas nada son en comparación de ella* (de la sabiduría). [Sab 7, 8.]

Nosotros no teníamos necesidad de esto, es decir de los auxilios exteriores, teniendo para nuestro consuelo los santos libros, que están en nuestras manos (1 Macch., 12, 9).

Es útil también como documento de obediencia. A esto se refiere San Agustín: "*¿Qué perversidad es ésta, no querer obedecer a la lectura, cuando quiere dedicarse a ella?*"

(2^a 2^{ac}, q. CLXXXVIII, a. 5).

Viernes de la 17^a semana

MATERNIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

I. Fue conveniente que Cristo naciese de mujer:

⁵² *Epist. ad Paulinum.*

⁵³ Circa mead.

1º) Porque con ello fue ennoblecida toda la naturaleza humana; por lo cual dice San Agustín⁵⁴: "La liberación del hombre debió manifestarse en uno y otro sexo; luego, puesto que convenía que Cristo tomase el sexo del hombre, que es el más noble, convenía que la liberación del sexo femenino se manifestase en haber nacido de una mujer." Mas, para que no pareciese que era despreciado el sexo femenino, fue conveniente que tomase carne de la mujer. Por eso aconseja San Agustín: "Varones, no os despreciéis a vosotros mismos; el Hijo de Dios tomó forma de varón. Mujeres, no os despreciéis a vosotras mismas; el Hijo de Dios nació de mujer"⁵⁵.

2º) De este modo se completa toda la diversidad de la generación humana; pues el primer hombre fue hecho del barro de la tierra, sin varón y sin mujer; Eva fue hecha del varón sin la mujer, mas los demás nacen de hombre y de mujer." Por consiguiente, quedaba este cuarto modo propio de Cristo, cual era el nacer de mujer, sin varón.

(3ª, q. XXXI, a. 4)

II. La Bienaventurada Virgen María es Madre de Dios.

Concebir y nacer se atribuye a la persona. Luego, como la persona divina en el principio mismo de la concepción tomó naturaleza humana, se sigue que puede decirse verdaderamente que Dios fue concebido y nació de la Virgen. Mas una mujer se llama madre de alguno por haberlo concebido y engendrado; por lo cual síguese que la Bienaventurada Virgen se llama en verdad Madre de Dios.

(3ª, q. XXXI, a. 4)

San Ignacio mártir emplea un ejemplo hermosísimo. En la generación de los hombres la mujer se llama madre, aunque la mujer no da el alma racional, que procede de Dios, sino que suministra la substancia para la formación del cuerpo. Así, pues, la mujer se llama madre de todo el hombre, porque lo que de ella ha sido tomado se une al alma racional. Del mismo modo, habiendo sido tomada de la Bienaventurada Virgen la humanidad de Cristo, aquélla se llama no solamente madre del hombre, sino también de Dios, a causa de la unión (de la humanidad) a la divinidad; aun cuando de María no sea tomada la divinidad, como tampoco en los otros el alma racional es tomada de la madre.

Esto manifiesta la dignidad de María. Porque a ninguna criatura, ni hombre ni ángel, le ha sido concedido ser padre o madre de Dios. Fue

⁵⁴ *Lile 83 Quaest.*, q. 11.

⁵⁵ *De agone christiann*, c. 11.

privilegio de gracia singular, no solamente ser madre del hombre, sino también Madre de Dios, y por eso se dice en el Apocalipsis (12, 1): *Una mujer cubierta del sol*, como toda llena de la divinidad.

(*In Matth.*, I)

III. La Madre de Dios posee cierta dignidad infinita. Así como en todo bien creado, por el hecho de ser finito, puede haber otro mejor, así también el bien increado, por el hecho de ser infinito, no puede tener otro mejor que él.

Por consiguiente, la bondad de una criatura puede considerarse de dos maneras: con respecto a lo que es en sí misma absolutamente, y en este sentido puede haber otra mejor, o con relación al bien increado, y en este caso, la dignidad de la criatura recibe algo de lo infinito, por razón de lo infinito con que se compara, como la naturaleza humana en cuanto está unida a Dios, la Bienaventurada Virgen en cuanto es Madre de Dios, y la gracia en cuanto une a Dios (I *Dist.* 44, *q.* I). Desde este punto de vista una cosa no puede ser hecha mejor, como nada puede ser mejor que Dios.

(1^a, *q.* XXV, *a.* 6)

Sábado de la 17^a semana

LA INTEMPERANCIA

1º) La intemperancia es pecado pueril.

Porque la intemperancia es un pecado de concupiscencia superflua que se asemeja a un niño en tres cosas:

Primero, en cuanto a lo que ambos apetecen; pues del mismo modo que el niño, la concupiscencia apetece algo torpe.

La razón de esto es que en las cosas humanas lo bello se considera según que algo esté ordenado conforme a la razón. Pero el niño no atiende a la orden de la razón, y de la misma manera la concupiscencia no escucha a aquélla.

Segundo, en cuanto al resultado; pues el niño crece en la propia voluntad, si se condesciende con ella; por lo cual se dice en el Eclesiástico: *El caballo no domado sale duro, y el hijo dejado saldrá precipitado* (Eccles 30, 8). También la concupiscencia adquiere mayor energía si se le da satisfacción. Por eso dice San Agustín: "Cuando se sirve al capricho,

degenera en costumbre; y cuando no se resiste a la costumbre, se hace necesidad"⁵⁶.

Tercero, en cuanto al remedio que a ambos se aplica; puesto que el niño se enmienda porque se le cohibe. Y así se dice en los Proverbios: *No escasees al muchacho la corrección; ...tú le sacudirás con vara, y librarás su alma del infierno* (23, 13, 14). Del mismo modo, cuando se resiste a la concupiscencia, concluye por reducirse a los límites de la honestidad; y esto es lo que dice San Agustín: "cuando el espíritu está unido de una manera fija y permanente a las cosas espirituales, la impetuosidad de la costumbre, es decir, de la concupiscencia carnal, se destruye y apaga después de haber sido paulatinamente reprimida, porque era mayor cuando la seguíamos, y si no la anulamos, por lo menos disminuye cuando la refrenamos"⁵⁷. Y el Filósofo opinaba al respecto: "Así como es preciso que el niño viva con arreglo a las órdenes del pedagogo, también lo es que lo concupiscible se conforme con la razón."⁵⁸.

2º) La intemperancia es pecado en gran manera reprehensible, por dos motivos:

1º) Porque repugna en alto grado a la dignidad del hombre, por cuanto se refiere a los deleites que son comunes a nosotros y a los brutos. Por lo cual se lee en el Salmo (48, 21): *El hombre, cuando estaba en honor, no lo entendió; ha sido comparado a las bestias insensatas, y se ha hecho semejante a ellas.*

2º) Porque repugna en alto grado a su nobleza y hermosura, por cuanto en los deleites a que se refiere la intemperancia se ve brillar menos la luz de la razón, a la cual la virtud presta todo su esplendor y hermosura; de ahí que tales deleites se llamen señaladamente serviles.

(2ª 2ªe, q. CXLII, a. 2, 4)

⁵⁶ *Confess.*, lib. VIII, cap. 5.

⁵⁷ *Musicae*, lib. VII, cap. 2.

⁵⁸ *Ethic.*, lib. III, cap. último.

Domingo de la 18ª semana

LA CENA DEL SEÑOR

Podemos distinguir tres cenas de Cristo: sacramental, espiritual y eterna.

De la primera se dice en el Apocalipsis (19, 9): *Bienaventurados los que han sido llamados a la cena de las bodas del Cordero*. Verdaderamente son bienaventurados, en el presente por la gracia, y en el futuro por la gloria. *Y me vinieron todos los bienes juntamente con ella* (Sab 7, 11). A esto añade la Glosa: "El que recibe a Cristo en el corazón, o percibe la noticia de todas las cosas, éste tiene aquí igualmente la virtud y la gracia, y en el futuro la vida eterna." Ésta es la cena en la cual lavó Cristo los pies de sus discípulos, esto es, la parte afectiva de nuestra alma de los pecados veniales, porque en este sacramento se verifica la transformación del hombre en Cristo, por el amor. Y porque los pecados veniales son contrarios al fervor del amor, fervor que es excitado en este sacramento, por eso se perdonan, en consecuencia, los pecados veniales. Y así explica San Bernardo: "El alma se embriaga de celestial dulzura en el sacramento del altar, el pecado venial es destruido y el hombre se robustece en la gracia."

De la segunda se dice también en el Apocalipsis (3, 20): *He aquí que estoy a la puerta, y llamo, a las puertas cerradas del corazón, según la Glosa; si alguno oye mi voz, y me abre la puerta, entrare en él, y cenaré con él, y él conmigo*, esto es, como se entiende por la Glosa: "me deleitaré en su fe y sus obras". Esta cena está expresada místicamente en el Evangelio de San Juan, donde se dice: *Jesús, seis días antes de la Pascua, vino a Betania... y le dieron allí una cena, y Marta servía* (Jn 12, 1-2). Por lo cual explica Alcuino que místicamente la cena del Señor es la fe de la Iglesia, que obra por amor. Marta sirve con fe, cuando el alma ejecuta las obras de su devoción. Lázaro es uno de los que estaban sentados, cuando aquellos que resucitaron a la justicia después de la muerte de los pecados, juntamente con los que permanecieron en su justicia, se regocijan de la presencia de la verdad y se sustentan con los dones de la gracia celestial. Y bien se dice en "Betania", que significa "casa de obediencia".

De la tercera cena dice el Señor en San Lucas, 14, 16: *Un hombre hizo una gran cena*, lo que la Glosa explica así: "porque nos preparó la saciedad de la dulzura interior". Ésta es la cena en la cual Juan, esto es, todo elegido en quien reside la gracia, está sentado, libre del estrépito de la vida presente;

porque, como dice San Bernardo: Allí está el descanso de los trabajos, la paz sin enemigos, la amenidad de la novedad, la seguridad de la eternidad, la suavidad y la dulzura de la visión de Dios.

(De Humanitate Christi.)

Lunes de la 18ª semana

AMOR AL BIEN SUMAMENTE DELEITABLE

Me acordé de Dios, y me deleité (Sal 76, 4).

Así como Dios sobrepasa todo lo apetecible, así da más alegría que ningún otro; porque lo hace de manera más universal, más íntima y más duradera.

I. Unas cosas producen un deleite particular, como las sabrosas deleitan sólo al gusto pero no al oído; las sonoras al oído, pero no a la vista, y así de las demás. Pero Dios da un deleite general, porque es el bien universal y causa de todo bien particular. A este respecto dice San Anselmo: "Si los bienes particulares son deleitables una vez conocidos diligentemente, cuán deleitable será aquel bien que contiene en sí la delectación de todos los bienes; y no según la experiencia que hacemos de las cosas creadas, sino tanto más diferente cuanto se diferencia el criador de la criatura.

II. Otras cosas deleitan superficialmente y como exteriormente; mas Dios, íntimamente y, por lo tanto, profundamente; porque sólo Dios penetra substancialmente en la substancia del alma, y por consiguiente deleita deliciosamente hasta lo más íntimo. San Agustín dice: "Cuando llegue a unirme a ti con toda mi alma, no tendré ni trabajo ni dolor, sino que mi vida estará segura y toda llena de ti".

El mismo autor agrega: "¡Oh Señor Dios! ¿Qué es lo que amo cuando te amo? No la hermosura del cuerpo, ni la hermosura del tiempo, ni el brillo de la luz amiga de estos ojos, no las dulces melodías, ni la suavidad de las flores y de los perfumes, no el maná ni la miel, no las caricias gratas a los abrazos de la carne. No es esto lo que amo cuando amo a mi Dios, y sin embargo, amo cierta luz, cierta voz, cierto olor, cierto manjar y cierto abrazo.

"No amo a mi Dios como a la luz, a la voz, al olor, al manjar, al abrazo del hombre exterior; es todo mi hombre interior, allí donde brilla para mi

alma aquello que no puede encerrar el lugar, una música que el tiempo no puede arrebatarse, un perfume que el viento no puede disipar, y un sabor que no puede agotar la voracidad, allí donde la saciedad es inseparable de mí mismo; esto es lo que yo amo cuando amo a mi Dios."

III. Otras deleitan transitoria y temporalmente. Pero Dios, eternamente. San Agustín expresa: "Es miserable toda alma aprisionada por la amistad de las cosas inferiores, y se desgarrar cuando las pierde; pero a ti ninguno te pierde, sino el que te despide." La razón se funda en que toda criatura es mudable de por sí. Mas porque *el alma harta pisará el panal* (Prov 27, 7), aquella alma que, amando a las criaturas, las desea ardientemente, tanto menos hambre tiene del bien increado cuanto más llena está del bien creado, pues, al conseguir las y alcanzarlas, goza y se deleita en ellas. Por consiguiente hemos de abstenernos de éstas para tener ansias de aquél. *Rehusó consolarse mi alma* (Sal 76, 3).

San Agustín dice: "Baje la estima de las demás criaturas para que el Creador endulce el corazón."

(*De dilectione Dei*. IV)

Martes de la 18ª semana

AMOR DE CRISTO A LOS DISCÍPULOS

Como el Padre me amó, así también yo os he amado. Perseverad en mi amor (Jn 15, 9).

I. El término *como* denota a veces igualdad de naturaleza, pero a veces semejanza en la acción. Aquí el *cómo* denota semejanza de gracia y de amor. Porque el amor con que el Hijo ama a los discípulos es cierta semejanza del amor con que el Padre ama al Hijo. Pues como amar a alguno es querer el bien para él, el Padre ama al Hijo según la naturaleza divina en cuanto quiere para él el bien infinito que él mismo posee. *El Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace* (Jn 5, 20).

También le ama según la naturaleza humana, para que simultáneamente sea Dios y hombre.

Para nada de esas cosas amó el Hijo a los discípulos. Porque no los amó para que fuesen Dios por naturaleza, ni para que se uniesen a Dios en persona; sino que los amó para algo semejante a esas cosas, esto es, para que

fuesen dioses por la participación de la gracia: *Yo dije: Dioses sois* (Sal 81, 6). *Por el cual nos ha dado muy grandes y preciosas promesas; para que por ellas seáis hechos participantes de la naturaleza divina* (2 Pedro 1, 4). Para elevarlos, además, a la unidad de afecto, porque *el que se allega al Señor, un espíritu es* (1 Cor 6, 17). *Porque los que conoció en su, presciencia, a éstos también predestinó para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos* (Rom 8, 29).

Así, pues, mayor bien puso Dios Padre en el Hijo según las dos naturalezas, que el Hijo en los discípulos, aunque, sin embargo, puso un bien semejante.

II. *Perseverad en mi amor* (Jn 15, 9), como si dijese: Puesto que habéis recibido tan grande beneficio de mi amor, *permaneced en él* para que me améis. O permaneced en mi amor, porque: yo os amo, es decir, en mi gracia, para que no os apartéis de los bienes que os he preparado. Esta exposición es más adecuada, de modo que su sentido es: perseverad en este estado para que seáis amados por mí por un efecto de la gracia. *Cada uno en la vocación en que fue llamado, ella permanezca* (1 Cor 7, 20). *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él* (1 Jn 4, 16).

(In Joan., XV)

Miércoles de la 18ª semana

IMPLORACIÓN DE MARÍA A JESÚS

Y llegando a faltar el vino, la Madre de Jesús le dice: No tienen vino (Jn 2, 3).

Tres cosas deben considerarse en la imploración de la madre:

1º) Su piedad y misericordia. Es propio de la misericordia considerar como suya la desgracia de otro; pues se llama misericordioso el que tiene puesto su corazón compasivo sobre la miseria de otro: *¿Quién enferma, que yo no enferme?*, dice San Pablo (2 Cor 11, 29). Si pues la Bienaventurada Virgen estaba llena de misericordia, quería remediar los defectos de los otros, y por eso dice: *llegando a faltar el vino, la Madre de Jesús se lo dice*.

2º) Su reverencia hacia Cristo. Pues por la reverencia que

tenemos para con Dios, nos basta tan sólo exponerle nuestros defectos, según aquello del Salmo (37, 10): *Señor, delante de ti está todo mi deseo*. Pero a nosotros no nos corresponde preguntar cómo ha de socorrernos Dios, pues como se dice a los Romanos: *No sabemos lo que hemos de pedir como conviene* (Rom 8, 26). Por eso su madre expuso sencillamente la necesidad de los otros: *No tienen vino*.

3º) La solicitud y diligencia de la Virgen, porque no lo difirió hasta la extrema necesidad, sino que *llegando a faltar el vino*, es decir, cuando comenzaba a faltar, conforme a aquello que se dice de Dios en el Salmo: *Ayudador al tiempo oportuno, en la tribulación* (9, 10).

Mas ¿por qué no había incitado anteriormente a Cristo a hacer milagros? Porque estaba instruida por el Ángel acerca de la virtud de Cristo y había sido confirmada en ello por muchas cosas que había visto hacerse en torno a Él, y que ella había guardado en su corazón. La razón era porque anteriormente (Jesús) vivía como todo el mundo, y pues no había visto un momento oportuno, sabiamente difirió hacerlo. Pero ahora, después del testimonio de Juan y de la conversión de los discípulos, provocó confiadamente a Cristo a que obrase milagros, haciendo el oficio de la sinagoga, que es madre de Cristo; pues es familiar a los judíos pedir milagros, como dice San Pablo: *Los judíos piden milagros* (1 Cor 12, 22).

(In Joan., II)

Jueves de la 18ª semana

ILUSTRACIÓN INTERIOR DEL ALMA

Os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre (Jn 15, 15).

I. ¿En qué consiste esa ilustración? La verdadera señal de la amistad es que el amigo descubra a su amigo los secretos del corazón. No teniendo los amigos más que un solo corazón y una sola alma, el que cuenta sus cosas al amigo no parece que las derrame fuera de sí. Por eso dice el libro de los Proverbios: *Trata tu causa con tu amigo* (25, 9). Mas Dios, haciéndonos participantes de su sabiduría, nos revela sus secretos: *Por las naciones se difunde en las almas santas, forma amigos de Dios y profetas* (Sab 7, 27).

¿Pero cómo es esto verdad? Si todas las cosas las ha dado a conocer a los discípulos, ¿se sigue que sabían tanto como el Hijo?

Hay que decir con San Juan Crisóstomo: "todas las cosas que he oído, es decir, las que convenía que vosotros escucharais, os he hecho conocer, mas no todas absolutamente". *Aún tengo que deciros muchas cosas; mas no las podéis llevar ahora* (Jn 16, 12).

Según San Agustín, el Señor, a causa de la certeza de las cosas que iba a decir, usa del pretérito en lugar del futuro, de modo que el sentido es éste: *os he hecho conocer todas las cosas*, esto es, lo haré plenamente, como dice el Apóstol: *Entonces conoceré cómo soy conocido* (1 Cor 13, 12). *En aquel día os anunciaré claramente de mi Padre* (Jn 16, 25), cuando nos introduzca en la visión del Padre; pues todo lo que sabe el Hijo, lo sabe el Padre. Cuando revele al Padre, nos revelará todas las cosas que sabe.

San Gregorio explica más claramente: Hay dos conocimientos de las cosas divinas. Uno imperfecto, y éste se tiene por la fe; que es anticipación de aquella futura bienaventuranza y del conocimiento que tendremos en el cielo. Por lo cual Cristo dice de este conocimiento: *Os he hecho conocer todas las cosas*, a saber, en la fe, como cierta anticipación, del modo que las conclusiones se contienen virtualmente en los principios. San Gregorio expresa: "Todas las cosas que da a conocer a sus siervos son gozos de la caridad interior y fiestas de la patria celestial, que diariamente imprime en las almas por la aspiración de su amor; porque cuando oímos hablar de las cosas celestiales, las amamos, y amándolas, las conocemos, pues el amor es un conocimiento".

(*In Joan.*, XV)

II. Existen disposiciones para la iluminación interior del alma:

Primero, el desasimiento de las alegrías transitorias. Por eso dice Isaías: *¿A quién enseñará ciencia, y a quién hará entender lo oído? A los destetados de la leche, a los arrancados de los pechos* (28, 9), esto es del consuelo y delectación terrena. Por lo cual sobre aquello "*El mundo no le conoció*" (Jn 1, 10), dice San Juan Crisóstomo: "Llama mundo a los hombres que están apegados exclusivamente al mundo, y que sólo gustan de las cosas del mundo. Nada perturba y enerva tanto al alma como el amor de las cosas presentes."

Segundo, la aproximación a la misma fuente de la luz, como dice el Profeta: *Llegaos a él, y seréis iluminados* (Sal 33, 6). Y San Agustín: "Colocada el alma entre Dios y las criaturas, es iluminada, mejorada,

perfeccionada al volverse a Dios; pero es obscurecida, deteriorada y muerta al volverse a las criaturas.”

Tercero, la expansión interior del alma que requiere un esfuerzo del hombre mismo. Por lo cual se dice en el Salmo (80, 11): *Ensanchar tu boca*, esto es, como añade la Glosa: del corazón; *y yo la llenaré* con pan de vida y de entendimiento. Por eso dice San Agustín que así como Dios, por su eterna liberalidad, llena a todas las criaturas, según su capacidad, así por Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, nos vienen todos los bienes, cuando con su venida somos favorecidos en nuestro ser y somos consolados en el modo de vivir, e ilustrados en la actividad de la inteligencia.

(*De Humanit. Christi*, LXII)

Viernes de la 18ª semana

IMITACIÓN DE CRISTO

Porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho a vosotros, vosotros también hagáis (Jn 13, 15).

I. En los actos humanos más mueven los ejemplos que las palabras; pues el hombre ejecuta y elige lo que le parece bueno. Por eso más eficazmente demuestra lo que es bueno eligiéndolo él mismo, que enseñando lo que debe ser elegido. De ahí que cuando alguien dice una cosa pero hace otra, mejor persuade a los demás por lo que hace, que por lo que enseña. Por consiguiente, es absolutamente necesario dar ejemplo con los hechos.

Mas el ejemplo de un simple hombre no era suficiente para arrastrar al género humano a imitarlo; ya porque la razón humana desfallece en la reflexión, ya porque es engañada en el examen mismo de las cosas.

Y por ese motivo se nos da el ejemplo del Hijo de Dios, que es infalible y suficiente para todo. Por eso dice San Agustín: "¿Que soberbia no será sanada, si es sanada por la humildad divina? Del mismo modo ¿qué avaricia, y así en lo demás?"

Pero advierte cómo es conveniente que el Hijo de Dios sea para nosotros un ejemplo de virtudes. Él es el arte del Padre, de suerte que, así como, fue el ejemplar de la creación, conviene que sea también ejemplar de la justificación. *Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que*

sigáis sus pisadas (1 Pedro 2, 21). *Sus pisadas siguió mi pie, su camino guardé, y no me desvié de él* (Job 23, 11).

(In Joan XIII)

II. Cristo es un ejemplo infalible, pues de ninguna manera pudo pecar. Puede ser considerado como viador, como comprensor y como Dios.

Como viador, parece ser el guía que nos conduce por el camino derecho. Pues es necesario en cada género que el primer regulador no pueda torcerse; porque, en caso contrario, existiría error en todas las cosas que se regulan por él. Por ello poseyó Cristo tanta plenitud de gracia, que no podía pecar, aun como viador. Por la misma razón, fueron también confirmados los que estuvieron próximos a él, para que tampoco pudiesen pecar mortalmente los apóstoles aun como viadores, aunque pudieron pecar venialmente.

En cuanto fue comprensor⁵⁹, su mente estuvo totalmente unida al fin, de modo que no podía obrar sino en orden al fin.

En cuanto Dios, su alma y su cuerpo fueron como órgano de la Divinidad, por cuanto la Divinidad regulaba al alma, y ésta al cuerpo. Por lo cual no podía el pecado tocar a su alma, del mismo modo que Dios no puede pecar.

También podemos nosotros participar de algún modo de esta impecabilidad, si seguimos el camino de nuestro guía, si procuramos unir nuestra mente al fin, si dejamos a Dios regir nuestra alma.

(3, *dist.* 12, *q.* II, *a.* 1)

Sábado de la 18ª semana

INTERCESIÓN DE LOS SANTOS ANTE DIOS EN FAVOR NUESTRO

L Los santos ruegan por nosotros.

Como dice San Jerónimo, "el error de Vigilancio fue concebir que mientras vivimos, podemos rogar unos por otros; pero que después de la muerte, no es escuchada la oración por otro". Mas esto es completamente

⁵⁹ Nota del editor: COMPRESOR, RA. adj. y s. I. Que comprende o abraza alguna cosa. II. Teol. Dícese del que goza la eterna bienaventuranza.

falso, porque como la oración hecha en favor de otros procede de la caridad, cuanto más perfecta sea la caridad que tienen los santos que están en la patria, tanto más oran por los viadores, a quienes pueden ayudar con oraciones; y cuanto más unidos estén a Dios, tanto más eficaces serán sus oraciones; porque según el orden divino la excelencia de los seres superiores redundan en los inferiores, como la claridad del sol en el aire. Por eso se dice también de Cristo: *Puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios; viviendo siempre para interceder por nosotros* (Hebr 7, 25). Por eso dice San Jerónimo: "Si los Apóstoles y los mártires, cuando todavía vivían en cuerpo mortal, cuando aún debían preocuparse por sí mismos, oraban por otros, ¿cuánto más, después de las coronas, las victorias y los triunfos?"

(2^o 2^{ae}, q. LXXXIII, a. 11)

II. Las oraciones que los santos dirigen a Dios por nosotros son siempre escuchadas.

Los santos ruegan por nosotros de dos maneras: 1^a, con oración expresa, cuando conmueven los oídos de la clemencia divina con sus súplicas por nosotros; 2^a, con oración interpretativa, es decir, por medio de sus merecimientos, que no sólo están presentes siempre a los ojos de Dios, sino que son también sufragios y oraciones para nosotros, así como la sangre de Cristo, derramada por nosotros, se dice que pide perdón.

Los santos oran de ambos modos, y sus oraciones, en cuanto tales, son eficaces para alcanzar lo que piden. Pero por nuestra parte puede haber un defecto, que nos impide recibir el fruto de sus oraciones en cuanto se dice que sus merecimientos nos aprovechan por ser éstos como oración en favor nuestro. Pero en cuanto ruegan por nosotros, pidiendo para nosotros alguna cosa con sus oraciones, siempre son escuchados, porque no quieren sino lo que Dios quiere, ni piden sino lo que puede hacerse. Ahora bien, lo que Dios quiere, se cumple siempre, a no ser que hablemos de la voluntad antecedente, con la cual *Dios quiere que todos los hombres se salven*, y que no se cumple siempre. Por eso no es de admirar que no se cumpla, a veces, lo que también quieren los santos con esta voluntad antecedente.

(4, *Dist.* 45, q. III, a. 3)

Domingo de la 19ª semana

EL PURGATORIO

Si alguno construye sobre este cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja..., la calidad de la obra de cada cual, la probará el fuego (1 Cor 3, 12-13).

Por el oro se significa la contemplación de Dios, como dice San Agustín⁶⁰; por la plata, el amor al prójimo; por las piedras preciosas, las obras buenas; mas por la madera, el heno y la paja se significan los pecados veniales que se mezclan en las obras de los que procuran las cosas terrenas; porque así como estas cosas se acopian en la casa y no pertenecen a la substancia del edificio; mas pueden quemarse y permanecer el edificio; del mismo modo también los pecados veniales se multiplican en el hombre, y queda el edificio espiritual; por ellos sufre el fuego o de la tribulación temporal en esta vida o del purgatorio en la otra, pero puede lograr, no obstante, la salvación eterna.

(1ª 2ª, q. LXXXIX, a. II)

Los pecados veniales, unidos a la caridad, pueden ser consumidos por otra pena; por eso, es una metáfora apropiada la de designarlos por-esas materias que el fuego consume, y puesto que cuanto más grave es un pecado tanto más difícilmente es expiado, y entre los pecados veniales hay unos más graves que otros; por eso convenientemente se significa su diferencia por la diversidad de las materias que más fácil y tardíamente son consumidas por el fuego.

(4, Dist. 21, q. I, a. 2)

Mas porque todas las cosas se incluyen en tres, que son principio, medio y fin, conforme con esto todos los grados de los pecados veniales se reducen también a tres: a la madera, que permanece más tiempo en el fuego; a la paja, que rapidísimamente se consume, y al heno que guarda un promedio; porque, según que los pecados veniales sean de mayor o menor adherencia o gravedad, así se purificarán por el fuego más rápidamente o con más tardanza.

(1ª 2ª, q. LXXXIX, a. 2, ad 4^{um}).

Algunos pecados veniales son de mayor adherencia que otros, según que la voluntad se incline más hacia ellos o se fije más fuertemente en ellos.

⁶⁰ *De fide et operibus*, c. 15.

Y como los que son de mayor adherencia tardan más tiempo en purificarse, por eso unos serán atormentados en el purgatorio durante más tiempo que otros, según el grado en que la voluntad haya estado unida a ellos.

Pero como la acerbidad de la pena corresponde propiamente a la cantidad de la culpa, y la duración a la radicación de la culpa en el sujeto, por eso puede ocurrir que uno permanezca más tiempo, aunque con menos penas, y viceversa.

(4, *Dist.* 21, *q.* I, *a.* 3)

Lunes de la 19ª semana

FRUTO DEL CONOCIMIENTO DE DIOS

Juan, el precursor de Cristo, decía: *De quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos* (Lc 3, 16), como si hubiese querido decir: no entendáis que yo lo tengo por superior a mí en dignidad, al modo con que un hombre está sobre otro hombre; sino de modo tan excelente que nada soy en comparación con él. Y esto es manifiesto, porque *el no soy digno de desatar la correa de sus zapatos*, es el obsequio más pequeño que puede ofrecerse a los hombres.

De esto resulta que Juan se había acercado mucho al conocimiento de Dios, en cuanto que por la consideración de la grandeza infinita de aquél se vilipendiaba totalmente, y decía no ser nada. Del mismo modo Abrahán, habiendo conocido a Dios, manifestaba: *Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza* (Gen XVIII, 27). Así también Job, habiendo visto al Señor, dijo: *Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto y me arrepiento en el polvo y la ceniza* (Job 42, 7). Después que Isaías vio la gloria de Dios, exclamó: *Todas las naciones son como nada ante él* (40, 17). Por eso dice San Gregorio: "Cuanto más perfectamente conoce el espíritu humano los bienes celestiales, tanto más se humilla en sí mismo. Y todo varón santo, cuanto más alto se eleva a contemplar la divinidad, tanto más se abisma en su nada dentro de sí mismo."

Según San Gregorio, por el calzado, que se hace con pieles de animales muertos, se entiende la naturaleza humana mortal que tomó Cristo. *Sobre la Idumea extenderé mi calzado* (59, 10). La correa del zapato es la unión de la divinidad y la humanidad, unión que ni Juan ni otra persona alguna puede desatar, ni nadie pudo penetrar plenamente, puesto que hace

un Hombre-Dios, y un Dios-Hombre, y por eso dice: *no soy digno de desatar la correa de sus zapatos*, que equivale a "explicar el misterio de la Encarnación". Debe entenderse plena y perfectamente, porque tanto Juan como los otros predicadores desatan de algún modo la correa de su zapato, aunque imperfectamente.

(In Joan., I)

Martes de la 19ª semana

NECESIDAD DE LA HUMILDAD

Si no os volviereis e hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos (Mt 18, 3).

I. El Señor nos enseña cómo se llega a la gloria celestial, esto es, por el camino de la humildad. *Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos* (Ibid., 2). ¿Quién es este niño? Se explica de tres maneras. San Juan Crisóstomo dice que fue un verdadero niño, que estaba inmune de pasiones. Otros dicen que Cristo habla de sí mismo comparándose a un niño, y colocándose en medio de ellos...: *Si no os hicieréis como este niño*, etc. Hay, por fin, quien entiende por el niño al Espíritu Santo, el cual hace niños, porque es espíritu de humildad.

Decía, pues: *Si no os hicieréis como niños*, no en la edad, sino en la sencillez. *No seáis niños en el sentido, mas sed pequeñitos en la malicia* (1 Cor 14, 20).

Muchas son las cualidades de los niños. No ambicionan cosas grandes. Están inmunes de la concupiscencia. *Todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometido adulterio en su corazón* (Mt 5, 28). Tal codicia no la tienen los niños. Además, no se acuerdan de la enemistad. Por lo cual, *si no os hicieréis como niños*, esto es, imitadores de las cualidades de los niños, *no entraréis en el reino de los cielos*. Pues nadie entrará si no es humilde. *La gloria recibirá al humilde de espíritu* (Prov 29, 23). *El que recibiere a un niño tal* (Mt 18, 5), esto es, quienquiera que sea imitador de la inocencia de los niños, *éste es mayor*; porque cuanto más humilde, tanto más elevado es; *y quien se humilla, será ensalzado* (Lc 18, 14).

II. Mas parece que esto no es verdad, porque la perfección consiste en la caridad. Luego donde hay mayor caridad, allí hay mayor perfección.

Hay que decir que la humildad acompaña necesariamente a la caridad. Y esto podéis verlo si consideráis qué es la humildad. Porque así como en la soberbia hay dos cosas: afecto desordenado y estimación desordenada de sí mismo, ocurre lo contrario en la humildad, porque no cuida de la propia excelencia; y además no se considera digno. Esto sigue necesariamente a la caridad. Todo hombre toma la excelencia que ama; luego cuanto más humildad posee el hombre, tanto más ama a Dios y más desprecia su propia excelencia, y tanto menos se la atribuye a sí. Por eso cuanto más caridad tiene el hombre, más humildad tiene también.

(In Matth., XVIII)

Miércoles de la 19ª semana

LA MUTUA CARIDAD

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado (Jn 13, 31).

I. El tenor de este mandamiento es el amor mutuo. Por eso dice: *Que os améis los unos a los otros*. Porque es natural que la amistad no sea oculta; de lo contrario, no sería amistad, sino benevolencia. Es menester, para la verdadera y firme amistad, que los amigos se amen mutuamente, pues entonces la amistad es justa y firme, como duplicada. Por lo tanto, queriendo el Señor... que entre sus fieles y discípulos existiese perfecta amistad, les dio este precepto de amor recíproco. *El que terne a Dios, igualmente tendrá buena amistad (Eccli 6, 17).*

II. Cristo presenta un modelo cuando dice: *Así como yo os he amado*. Porque de tres maneras nos amó Cristo: gratuita, eficaz y rectamente.

Gratuitamente, porque él comenzó y no esperó que nosotros comenzáramos a amarle, como explica San Juan: *No que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó primero a nosotros (1 Jn 4, 10)*. Así, pues, nosotros debemos también amar primero al prójimo, y no esperar a que él se nos adelante o nos beneficie.

Nos amó eficazmente, lo que es manifiesto por sus obras; pues la prueba del amor son las obras. Lo más grande que un hombre puede hacer por su amigo es darse a sí mismo por él; y esto hizo Cristo: *Nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros (Ef 5, 2)*. Siguiendo nosotros su ejemplo,

amémonos unos a otros eficaz y fructuosamente. *No amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y de verdad* (1 Jn 3, 18).

Rectamente, porque como toda amistad se funda sobre alguna comunicación o semejanza (pues la semejanza es causa de amor), será amistad recta la que tiene por causa la semejanza o comunicación en el bien. Mas Cristo nos amó en cuanto somos semejantes a él por la gracia de adopción. Y nos amó conforme a esta semejanza para llevarnos a Dios. Por consiguiente nosotros debemos también amar en la persona amada, no tanto por el beneficio o alegría que nos viene de ella como lo que en ella es de Dios. Y en este amor se incluye también el amor de Dios.

(*In Joan.*, XIII)

Jueves de la 19ª semana

NECESIDAD DEL JUICIO FINAL

La palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrimero (Jn 12, 48).

No puede juzgarse perfectamente de una cosa mutable antes de su consumación; como no puede juzgarse perfectamente de alguna acción, cualquiera que ella sea, antes de que esté consumada en sí y en sus efectos, puesto que parecen ser útiles muchas acciones que demuestran ser nocivas por sus efectos, y de la misma manera, no puede juzgarse perfectamente a hombre alguno hasta que se termine su vida; porque puede, por muchos modos, pasar de bueno a malo y recíprocamente, o de bueno ir a mejor, o de malo, a peor. Por eso dice el Apóstol: *Está establecido a los hombres que mueran una sola vez, y después el juicio* (Hebr 9, 27).

No debe ignorarse, sin embargo, que aunque por la muerte termine la vida temporal del hombre considerada en sí misma ella subsiste dependiente, en cierta manera, de las cosas futuras.

1º) Porque todavía vive en la memoria de los hombres, en los cuales, a veces, falsamente perdura con buena o mala fama.

2º) En los hijos, que son como algo del padre, según el Eclesiástico: *Muerto es el padre de él, y como si no fuera muerto; porque dejó en pos de sí un su semejante* (30, 4), y sin embargo, hay hijos malos de muchos padres buenos, y al contrario.

3º) Por el efecto de sus obras, como por la decepción de Arrio y de otros sectarios, pulula la infidelidad hasta el fin del mundo; y hasta entonces progresa la fe por la predicación de los Apóstoles.

4º) En cuanto al cuerpo, que a veces recibe honrosa sepultura, a veces se deja insepulto, y al fin se resuelve totalmente en ceniza.

5º) En cuanto a las cosas en las que el hombre puso su afecto, tales como las cosas temporales, de las cuales unas acaban rápidamente, y otras perduran mucho tiempo. Todas esas cosas están sometidas a la estimación del juicio de Dios.

Por consiguiente, no puede formarse de todas ellas un juicio perfecto y evidente mientras dura el curso de esta vida. Y por eso es menester que tenga lugar el juicio final en el último día, en que se juzgue perfecta y manifiestamente lo que de algún modo pertenece a cada hombre.

Después de la muerte, el hombre alcanza realmente cierto estado inmutable según las cosas que pertenecen al alma; y por eso no es menester diferir más allá el juicio en cuanto al premio del alma. Mas porque hay otras cosas pertenecientes al hombre, que se hacen en todo el curso del tiempo, y no son ajenas al juicio divino, es necesario que todas esas cosas sean llevadas otra vez a juicio al fin del tiempo; porque, aunque el hombre según ellas no merezca ni desmerezca, pertenecen, no obstante, a algún premio o castigo suyo. Por lo cual conviene que todas ellas sean apreciadas en el juicio final.

(3ª, q. LIX, a. 5)

Viernes de la 19ª semana

PERFECCIÓN DE LA VIDA CRISTIANA

Mas sobre todo esto tened caridad, que es el vínculo de la perfección (Col 3, 14).

I. Se dice que una cosa es perfecta cuando alcanza el fin propio que es su última perfección. Así, la caridad es la que nos une a Dios, último fin del alma humana, porque *quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él* (1 Jn 4, 16). Luego la perfección de la vida cristiana se considera especialmente según la caridad.

Se dice que el hombre es perfecto, simplemente y sin restricción, por razón de aquello en que principalmente consiste la vida espiritual; y se dice perfecto relativamente por razón de aquello por lo que está unido a la vida espiritual. Mas la vida espiritual consiste principalmente en la caridad, y quien no la posee, no es nada espiritualmente. Por eso dice el Apóstol; *Si tuviere profecía, y supiere todos los misterios, y cuanto se puede saber; y si tuviere toda la fe, de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy* (1 Cor 13, 2). También el apóstol San Juan afirma que toda la vida espiritual consiste en el amor, diciendo: *Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida en que amamos a los hermanos. El que no ama, está en muerte* (1 Jn 3, 14). Así, pues, hablando absolutamente, es perfecto en la vida espiritual el que es perfecto en la caridad.

II. Pero de un modo relativo puede ser llamado perfecto por razón de aquello que se añade a la vida espiritual. Esto puede demostrarse evidentemente por las palabras de la Sagrada Escritura. Porque dice el Apóstol (Col 3, 14) que la perfección se atribuye principalmente a la caridad; ya que después de enumerar muchas virtudes, como la misericordia, la benignidad, la humildad, etc., añade otra vez: *Mas sobre todo esto tened caridad, que es el vínculo de la perfección*, porque en cierto modo ella une a todas las virtudes en una unidad perfecta.

Pero también algunos se llaman perfectos en atención al conocimiento de la inteligencia: *Antes sed perfectos en un mismo ánimo y en un mismo parecer* (1 Cor 1, 10); pero, sin embargo, es considerado como nada el que tiene una ciencia perfecta sin caridad.

Del mismo modo también puede alguno ser llamado perfecto según la paciencia, que *contiene obra perfecta* (Stgo. 1, 4), y según cualesquiera otras virtudes.

(*De perfectione vitae spir.*, c. I)

Sábado de la 19ª semana

PRESENCIA DE DIOS EN TODAS PARTES

1º) Dios está en todas las cosas, no como parte de su esencia o como accidente, sino como un agente está en aquello, donde obra. Siendo Dios ser por esencia, es necesario que el ser creado sea su efecto más propio, como

quemar es el efecto propio del fuego. Dios produce ese efecto en las cosas, no sólo en el primer momento de su existencia, sino mientras las conserva en el ser, como la luz es producida en el aire por el sol, mientras el aire está iluminado. Por tanto, mientras una cosa tiene existencia, es necesario que Dios esté presente a ella, conforme con su modo de existir. Y como el existir es lo que hay de más íntimo en cada cosa y lo más profundamente unido, puesto que es formal respecto de todo lo que hay en la cosa, se deduce que Dios está íntimamente en todas las cosas.

2º) Está en todo lugar, es decir, en todas partes, como dice la Escritura: *¿Acaso no lleno, yo el cielo y la tierra, dice el Señor?* (Jer 23, 24).

Así como Dios está en todas las cosas, dándoles el ser, la virtud y la acción, del mismo modo está en todo lugar, dándole el ser y la virtud locativa. Es más, llena todos los lugares porque da el ser a todos los objetos colocados, los cuales llenan todos los lugares. Estar en todas partes conviene por sí y primariamente a Dios y es cosa propiamente suya, porque, sean cuales fueren los lugares que se pongan, es necesario que Dios esté en cada uno de ellos, no como parte, sino según su propio ser.

3º) Dios está en todo lugar por esencia, presencia y potencia. .

Se dice que Dios está en alguna cosa de dos maneras: 1ª, como causa agente, y así está en todas las cosas creadas por él; 2ª, como objeto de operación en el operante; lo cual es propio de las operaciones del alma, por cuanto el objeto conocido está en el cognoscente, y el deseado en el que desea. De esta segunda manera es como Dios está especialmente en la criatura racional, que lo conoce y ama actual y habitualmente. Y como la criatura racional obtiene esto por la gracia, se dice, en este sentido, que está por gracia en los santos.

Mas para saber cómo está en las otras cosas creadas por él, es preciso examinarlo por analogía con las cosas humanas. Se dice que un rey está en todo el reino por su poder, aunque no esté presente en todas partes. Se dice que una cosa está presente en todas las cosas que están ante su mirada, igual que de todas las cosas que están en una casa se dice que están presentes a alguno; el cual, sin embargo, no está sustancialmente en cada parte de la casa. Se dice que una cosa está esencial o sustancialmente en un lugar en el cual su sustancia existe.

Por consiguiente, Dios está por potencia en todo, porque todo está sometido a su poder; está en todo por presencia, porque todo está descubierto a sus ojos; y está en todo por esencia, porque se halla presente en toda cosa como causa de su ser.

Domingo de la 20ª semana

EL MÉRITO DE LA VIDA CONTEMPLATIVA

La raíz de merecer es la caridad: Consistiendo ésta en el amor de Dios y del prójimo, es más meritorio amar a Dios en sí mismo que amar al prójimo; y por esto aquello que pertenece más directamente al amor de Dios es más meritorio por su género que lo que pertenece directamente al amor del prójimo por Dios.

Mas la vida contemplativa pertenece directa e inmediatamente al amor de Dios, pues dice San Agustín que "el amor de la verdad, es decir, la verdad divina, que es el objeto principal de la vida contemplativa, busca el santo reposo, que es el de la vida contemplativa"⁶¹, en tanto que la vida activa se ordena más directamente al amor del prójimo, puesto que *se afana de continuo en las haciendas de la casa* (Lc 10, 40); y en consecuencia, por su género la vida contemplativa es más meritoria que la activa. Esto mismo dice San Gregorio⁶²: "La vida contemplativa es más meritoria que la activa, porque ésta trabaja en el uso de la obra presente, con que es necesario ayudar a los prójimos; al paso que aquélla gusta interiormente del descanso futuro", esto es, en la contemplación de Dios.

Puede ocurrir, sin embargo, que alguno merezca más en las obras de la vida activa que otro en las de la contemplativa; por ejemplo, si por su gran amor divino, para que se cumpla la voluntad de Dios y para su gloria, soporta a veces el separarse por un tiempo de las dulzuras de la contemplación divina, como decía el Apóstol: *Deseaba yo mismo ser anatema por Cristo, por amor de mis hermanos* (Rom 9, 3). Exponiendo San Juan Crisóstomo este pasaje, escribe: "Tales raíces había echado en su alma el amor de Cristo, que hasta lo que le era más amable, el estar con Cristo, eso mismo abandonaba, siempre que así agradase más a Cristo"⁶³.

Se ofrece a Dios espiritualmente un sacrificio cuando se le brinda alguna cosa; y entre todos los bienes del hombre, Dios acepta principalmente el bien del alma humana, para que éste le sea ofrecido en sacrificio.

⁶¹ *De civit. Dei*, lib. XIX, cap. 19.

⁶² *Super Ezech.*, hom. III.

⁶³ *De compunctione*, lib. 1, cap. 7.

Uno debe ofrecer a Dios, en primer lugar, su alma; y en segundo lugar, las almas de otros, según aquello del Apocalipsis: *El que lo oye diga: Ven. (22, 17)*. Mas cuanto más de cerca el hombre une su alma, o la de otro, a Dios, tanto más acepto a Dios es el sacrificio, por lo cual más grato es a Dios el que uno aplique su alma y la de los otros a la contemplación que a la acción.

Respecto a las palabras: "ningún sacrificio es más grato a Dios que el celo de las almas"⁶⁴ debe decirse que no se prefiere el mérito de la vida activa al mérito de la vida contemplativa, sino que sólo se manifiesta que es más meritorio si alguno ofrece a Dios su alma y las de otros que cualesquiera otros bienes exteriores.

(2^a 2^{ae}, q. CLXX XII, a. 2)

Lunes de la 20^a semana

SI SE REQUIERE LA POBREZA PARA LA PERFECCIÓN RELIGIOSA

Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres. ..., y ven, sígueme (Mt 19, 21).

I. El estado religioso es ejercicio y disciplina, por los que se llega a la perfección de la caridad; para esto es necesario que uno abstraiga totalmente su afecto de las cosas mundanas; pues dice San Agustín, hablando a Dios: "Menos te ama quien juntamente contigo ama alguna cosa, y la ama por tu causa"⁶⁵ Y el mismo santo agrega: "Aumento de la caridad es la disminución de la codicia; y su perfección, la ninguna codicia"⁶⁶. Y puesto que cuando alguien posee las cosas mundanas siente su ánimo atraído por el amor de ellas, añade también San Agustín: "Las cosas terrenas se aman más vivamente cuando se poseen que cuando se desean, pues ¿por qué se dice que aquel joven se marchó triste, sino porque poseía grandes riquezas? En efecto, una cosa es no querer incorporarse lo que no se tiene, y otra, apartarse de las ya incorporadas; aquéllas se desechan como extrañas, de éstas se aparta uno como de sus propios miembros"⁶⁷. Y San Juan Crisóstomo-

⁶⁴ *Super Ezech., hom. XII.*

⁶⁵ *Confess. lib. X, cap. 29.*

⁶⁶ *Quaest., lib. LXXXIII, 9, 36.*

⁶⁷ *Epist. ad Paulinum et Therasiam, 31 al 34.*

mo dice: "El allegamiento de riquezas enciende mayor llama, y el deseo se hace más vehemente"⁶⁸.

Por consiguiente, el primer fundamento para adquirir la perfección de la caridad es la pobreza voluntaria, de modo que uno viva sin bienes propios; por eso dice el Señor: *Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes*.

II. Y aun cuando la limosna sea obra sumamente grata a Dios, sin embargo, la pobreza por la cual se excluye la dádiva de limosnas pertenece a la perfección de la religión; pues la renuncia de las riquezas se compara a la dádiva de limosnas como lo universal a lo particular, y el holocausto al sacrificio. A esto se refiere San Gregorio en las palabras siguientes: "Los que socorren a los necesitados con lo que poseen ofrecen sacrificio por el bien que hacen, pues inmolan a Dios una parte y se reservan otra; pero los que nada reservan para sí, ofrecen holocausto, que es mayor que el sacrificio"⁶⁹. Por eso San Jerónimo dice contra Vigilancio: "A lo que tú aseguras cuando dices que obran mejor los que hacen uso de sus bienes y van distribuyendo poco a poco sus frutos a los pobres, no me toca a mí responderte; pero si te contestará el mismo Señor: *Si quieres ser perfecto, etc.*"⁷⁰. Y añade: "Bueno es distribuir directamente los bienes entre los pobres; pero mejor es darlos de una vez con intención de seguir al Señor; y lo perfecto, vivir sin cuidado con Cristo"⁷¹.

(2^a 2^{ae} q. CLXXXVI, a. 3)

Martes de la 20^a semana

ASUNCIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

I. *Me he exaltado como cedro sobre el Líbano* (Eccli 24, 17). Los seis árboles a los cuales es comparada la exaltación de la Bienaventurada Virgen en la Epístola de esta festividad pueden simbolizar los seis órdenes de bienaventurados.

⁶⁸ *Super Matth.*, hom. LXIV.

⁶⁹ *Super Ezech.*, hom XX.

⁷⁰ Cap. V.

⁷¹ *De Eccl. dogmatibus*, cap. 71.

El cedro representa a los ángeles por la sublimidad de su naturaleza. El ciprés simboliza a los patriarcas y profetas por la suavidad de su olor. Por lo cual se dijo de uno de ellos: *He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno* (Gen 27, 27).

La palma simboliza a los Apóstoles por su triunfo glorioso sobre todo el mundo, y también la victoria.

La rosa representa a los mártires por la efusión de sangre, que tiene color rojo. *Como rosal plantado* (Eccli 39, 17).

El olivo simboliza a los confesores por el aceite. *Mas, yo, como oliva fructífera en la casa de Dios* (Sal 51, 10).

El plátano significa a las vírgenes, por la frialdad que apaga el incendio de la liviandad, pues crece junto a las aguas.

II. El sentido es, pues, que la Virgen fue exaltada como los ángeles, los patriarcas, los profetas, los Apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes; aún más, sobre los coros de los ángeles y sobre todos los santos. Y es de maravillar:

Porque tuvo los merecimientos de los ángeles, viviendo angelicalmente. San Jerónimo dice: "Vivir en la carne como si no se tuviese carne no es vida terrena, sino celestial." El mismo autor dice también: "La virginidad es hermana de los ángeles."

Poseyó también los merecimientos de los profetas, profetizando: *Me dirán bienaventurada todas las generaciones* (Lc I, 48). Efectivamente, vio en espíritu profético y profetizó que había de ser beatificada por todos los pueblos y que todos ellos debían recibir al Hijo de Dios y suyo.

Tuvo los méritos de los Apóstoles y Evangelistas, enseñando; pues fueron escritas y predicadas muchas cosas que los santos no pudieron saber sino por revelación de ella, como la aparición del ángel en la concepción y otras muchas.

Poseyó el mérito del mártir, padeciendo con su Hijo muerte de cruz. *Una espada te traspasará el alma* (Lc 2, 35).

Tuvo el mérito de los confesores, confesando devotamente al Señor. *Mi alma engrandece al Señor* (Lc 1, 46).

Poseyó el merecimiento de las vírgenes, incoando y conservando la virginidad. *Fue enviado el ángel Gabriel a María Virgen.* (Lc 1)

Y como poseyó el mérito de todos, asimismo fue conveniente que fuese exaltada sobre todos.

Miércoles de la 20ª semana

ES PRECISO TRABAJAR EN LA VIÑA DEL SEÑOR

Y saliendo cerca de la hora de tercia, vio otros en la plaza que estaban ociosos, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo (Mt 20, 3 y 4).

Cuatro cosas se advierten en estas palabras:

I. La bondad del Señor. *Saliendo*, es decir, para la salvación de su pueblo. El haber salido Cristo para conducir a los hombres a la viña de la justicia fue un acto de bondad infinita. De cinco modos se dice que sale: al principio del mundo, como un sembrador, que siembra las criaturas: *Salió el sembrador para sembrar su semilla*. En su nacimiento, iluminando al mundo: *Hasta que salga su justo como resplandor (Is 62, 1)*. *Salí del Padre, y vine al mundo (Jn 26, 28)*. En su Pasión, salvando a los suyos del poder del demonio y de todos los males. *Cercano está mi Justo, ha salido mi Salvador (Is 51, 5)*. Sale, como padre de familias, proveyendo a su familia y cosas. *Semejante es el reino de los cielos a un hombre padre de familias, que salió muy de mañana a ajustar trabajadores para su viña (Mt 20, 1)*. Saldrá también en el juicio, como un visitador, para hacer estrecha averiguación sobre los impíos; como esforzadísimo luchador que vence a sus rebeldes; y como juez, que castiga a los malhechores según sus crímenes.

II. La necedad del hombre. Nada más necio que el hombre que vive en la ociosidad durante la vida presente, cuando debería trabajar para sí a fin de vivir en la eternidad. *Los encontró ociosos en la plaza*. Esta plaza es la vida presente. Se llama plaza (o foro) el lugar donde se litiga y donde se compra y se vende; y significa la vida presente, que está llena de litigios, de compras y ventas, y en la cual también se venden el provecho de la gracia y la gloria celestial, a cambio de obras buenas. Y aquéllos estaban ociosos, porque ya habían perdido parte de su vida. Y se llaman ociosos no solamente los que obran mal, sino también los que no practican el bien. Y así como los ociosos no alcanzan el fin, tampoco éstos. El fin del hombre es la vida eterna. El que obra como debe, lo alcanzará, si no es ocioso.

Es, por consiguiente, necedad pasar la vida presente en la ociosidad, porque de la ociosidad, como de mala maestra, se aprende la mala ciencia; pues se incurre en la pobreza del bien eterno por medio del ocio; y en cambio el trabajo eterno se adquiere a cambio del breve ocio.

III. Necesidad de trabajar en la viña del Señor. Esta viña, a la cual son enviados a trabajar, es la justicia en la cual hay tantos sarmientos cuantas son las virtudes. Debemos trabajar en esta viña de cinco modos: plantándola con buenas obras y virtudes; arrancando y extirpando las espinas, es decir, los vicios; cortando los sarmientos superfluos. *Y todo aquél (sarmiento) que diere fruto, lo limpiará para que dé más fruto* (Jn 15, 2); alejando de ella las raposas, a saber, los demonios; custodiándola de los ladrones, es decir, de las alabanzas y detracciones de los hombres.

IV. Utilidad del trabajo: *y os daré lo que fuere justo*. El precio de los que trabajan en esta viña es el denario que vale mil monedas de plata. Esto es lo que se dice en el Cantar de los Cantares: *Una viña tuvo el pacífico, su hombre entregó por ella mil monedas de plata*. Mil de plata son los mil gozos de la eternidad simbolizados por el denario.

(Serm. in Dom. Septuages).

Jueves de la 20ª semana

PENAS DE LOS CONDENADOS

1º) *Fuego y azufre y viento tempestuoso es la porción del cáliz de ellos* (Sal 10, 7). *A un calor extremo pase desde aguas de nieve* (Job 24, 19). En la última purificación de este mundo se hará la separación de los elementos; lo que es puro y noble permanecerá arriba para gloria de los bienaventurados; pero lo que es innoble y fétido será arrojado infierno para castigo de los condenados; de suerte que toda criatura será materia de gozo para los bienaventurados; y los condenados encontrarán un aumento de tormento en todo lo creado, como dice el libro de la Sabiduría: *Peleará con él todo el universo contra los insensatos* (5, 21). Conviene así a la justicia divina que los que se apartaron de una parte por el pecado y pusieron su fin en las cosas materiales, que son muchas y variadas, sean afligidos de mil maneras y por muchas cosas.

2º) *El gusano de ellos no morirá* (Is 66, 24). No se trata de un gusano corporal, sino espiritual, que es el remordimiento de la conciencia, y que se

llama gusano, porque nace de la podredumbre del pecado y aflige al alma, del mismo modo que el gusano corporal nace de la corrupción y aflige royendo.

3º) *Arrojadle en las tinieblas exteriores* (Mt 22, 13). Sobre aquello del Salmo (28, 7): *Voz del Señor que corta llama de fuego*, dice San Basilio que, por el poder de Dios, será separada la claridad del fuego de su calor, de modo que la claridad cederá en alegría de los bienaventurados y su actividad quemante en tormento de los condenados. La disposición del infierno será tal cual corresponde a la miseria de los condenados. Por lo cual habrá allí luz y tinieblas, de manera que contribuirán lo más posible al castigo de los condenados. La visión misma es deleitable de por sí; pero a veces sucede que hiere, cuando las cosas vistas son nocivas y contrarias a nuestra voluntad. El infierno debe estar dispuesto de tal modo que, nada pueda verse allí claramente, sino en penumbra solamente, lo que aflige nuestro corazón. El lugar es tenebroso, pero por disposición divina hay en él alguna luz, la suficiente para ver las cosas que pueden atormentar el alma.

4º) *Le devorará fuego que no se enciende* (Job 20, 26). San Gregorio dice: "El fuego corporal tiene necesidad de incentivos corpóreos, necesita ser encendido y no dura si no es reanimado. Con el fuego del infierno ocurre lo contrario, porque a pesar de ser fuego corpóreo y quemar corporalmente a los réprobos arrojados en él, ni es encendido con industria humana, ni es alimentado con madera, sino que, una vez encendido perdura inextinguible, no necesita incentivo, y su ardor no disminuye." Aquel fuego no necesita de leña para ser alimentado, porque o existe en materia especial, o en materia extraña, no por violencia sino por naturaleza, procedente de un principio intrínseco. Por lo cual no lo encendió el hombre, sino Dios, que creó aquella naturaleza, y esto es lo que se dice en Isaías (30, 33): *El aliento del Señor, como torrente de azufre, es el que lo enciende*

(4 Dist., 50)

Viernes de la 20ª semana

CONDICIONES NECESARIAS PARA CUMPLIR EL PRECEPTO DEL AMOR DE DIOS

Habiéndose preguntado a Cristo, antes de la Pasión, cuál era el mayor y primer mandamiento, contestó: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu*

corazón y con toda tu alma, y con todo tu entendimiento. Éste es el mayor y el primer mandamiento (Mt 22, 37.)

Verdaderamente éste es el mayor mandamiento, el más notable y el más útil. En él se cumplen todos los demás; pero para cumplirlo perfectamente se requieren cuatro condiciones:

1ª) El recuerdo de los beneficios divinos; pues cuanto tenemos, el cuerpo, los bienes exteriores, todo lo tenemos de Dios; y por lo tanto es menester que le sirvamos con todo ello y que lo amemos con corazón perfecto. En efecto, es muy ingrato recordar los beneficios de alguno, y no amarlo. Recordando David los beneficios de Dios, manifestaba: *Tuyas son todas las cosas; te hemos dado las cosas que recibimos de tu mano.* Por eso en alabanza de David dice el Eclesiástico: *Con todo su corazón alabó al Señor, y amó al Dios que le hizo (47, 10).*

2ª) Consideración de la excelencia divina. *Porque mayor es Dios que nuestro corazón (1 Jn 3, 20.)* Por lo cual, si le servimos con todo el corazón y con todas las fuerzas, todavía nos quedarnos cortos. *Glorificad al Señor cuanto más pudiereis, que aún sobrepujará... Bendecid al Señor, ensalzadle cuanto podéis; porque mayor es que toda alabanza (Eccli 43, 32.)*

3ª) La renuncia a las cosas del mundo y de la tierra. Pues hace gran injuria a Dios el que equipara alguna cosa a él. *¿A quién, pues, habéis asemejado a Dios? (Is 40, 18.)* Equiparamos las cosas con Dios cuando amamos las cosas temporales y corruptibles juntamente con Dios; pero esto es absolutamente imposible. Por lo tanto se dice: *Estrecha es la cama, de modo que uno de los dos ha de caer; y una manta corta no puede cubrir al uno y al otro (Is 28, 20.)*

En ese pasaje el corazón del hombre es comparado al lecho estrecho y a la manta corta. Pues el corazón humano es estrecho en relación con Dios; por lo cual cuando recibes otras cosas en tu corazón, lo expulsas a él. Él no permite compañeros en el alma, como tampoco el esposo a la esposa, y por eso dice el mismo Señor: *Yo soy el Señor tu Dios fuerte, celoso (Ex 20, 5);* porque no quiere que amemos cosa alguna como a él o fuera de él.

4ª) Es menester evitar todo pecado; porque nadie puede amar a Dios estando en pecado. Por consiguiente, si vives en pecado, no amas a Dios. Le amaba el que decía: *Acuérdate, te suplico, de cómo he andado delante de ti con verdad y con corazón perfecto (Is 38, 3.)* Y el profeta Elías: *¿Hasta cuándo cojeáis por ambos lados? (3 Reyes 18, 21.)* Así como el cojo se inclina ya a un lado ya a otro, así también el pecador, que unas veces peca, y

otras trata de buscar a Dios. Por eso dice el Señor: *Convertíos a mí de todo vuestro corazón* (Joel 2, 12).

(*In Decalog.*, c. V)

Sábado de la 20ª semana

RECUPERACIÓN DE LA CARIDAD PRIMERA

1º) *Tengo contra ti que has dejado tu primera caridad* (Apoc 2, 4).

Tu primera caridad, es decir, el estado de tu primer amor, de cuando eras fervoroso, has abandonado por la tibieza y te has dejado invadir del tedio excesivo. Así muchos, que deberían progresar de bien a mejor, desfallecen y caen de lo alto a lo bajo, como la estatua de Nabucodonosor (Dan 2, 32), cuya cabeza era de oro, el pecho de plata, el vientre de cobre, las piernas de hierro, una parte de los pies también de hierro y la otra de barro.

2º) *Acuérdate, pues, de dónde has caldo* (Apoc 2, 5), esto es, de qué estado y dignidad, y cómo has cedido a un ligero empuje del viento, a una pequeña tentación. *Caímos todos como hoja* (Is 64, 6). Todo el que peca, considere de dónde ha caído, a dónde y por qué. *De dónde*, es decir, del cielo donde estaba con la esperanza, el pensamiento y el mérito. *Adónde*, es decir, a la tierra, porque no piensa más que en cosas terrenas. *Por qué*, por soberbia. *¿Cómo caíste del cielo, oh Lucifer, que nacías por la mañana? ¿Cómo caíste en tierra?* (Is 14, 12). Por eso se dice al pecador: *¿Cómo es, Israel, que estás en tierra de enemigos? Has envejecido en tierra ajena; te has contaminado con los muertos; contado .estás con los que descienden al sepulcro* (Baruc 3, 10-11).

3º) *Arrepiéntete, y haz las obras primeras* (Apoc 2, 5). *Mira tus caminos en el valle, conoce lo que has hecho* (Jer 2, 23), *haz penitencia doliéndote de corazón, confesando con la boca, satisfaciendo con las obras*; las cuales cosas son tres remedios de los penitentes que vuelven a Dios y huyen de Egipto. *El Dios de los Hebreos nos ha llamado para que vayamos camino de tres días por el desierto* (Ex 5, 3) *Los tres sarmientos son aún tres días, al cabo de los cuales Faraón se acordará de tu ministerio, y te restituirá a tu antiguo grado* (Gen 40, 12-13).

Se ve aquí cómo por medio de la verdadera penitencia se devuelven las cosas perdidas. Dice: *Arrepiéntete* y no solamente recibe. Porque mu-

chos reciben, pero no hacen nada; son buenos prometedores, pero malos pagadores.

La penitencia nos acerca al reino de los cielos. Hace que los ángeles se regocijen. También es poderosa para recuperar la amistad de Dios. Así, pues, es preciso hacerla sin pérdida de tiempo; porque ni obra para merecer, ni razón para excusar, ni ciencia para conversar, ni la sabiduría para deleitar habrá en los infiernos, hacia donde te apresuras, si no con la intención, a lo menos con tus obras.

4º) *Porque, si no, vengo a ti, y moveré tu candelabro de su lugar* (Apoc 2, 5).

Si no, esto es, si no te arrepintieres y volvieres a tu anterior estado, vengo con la muerte o con el juicio. A ti, para castigarte en el cuerpo y en el alma. Dice que vendrá pronto, para que la celeridad e imprevisión de la venida infundan temor y solicitud. Cuando digan paz y seguridad, entonces les sobrecogerá una muerte repentina (1 Tes 5, 3). *Y moveré tu candelabro, que quiere decir: "te quitaré los dones y virtudes, por los cuales fueron establecidos los candelabros; o te separaré de la Iglesia, y colocaré a otro en tu lugar". Moveré de su lugar, es decir, del lugar de tu virtud, y te apartaré de la compañía de los fieles.*

(*In Apoc., II*)

Domingo de la 21ª semana

MANIFESTACIÓN DE DIOS AL QUE LE AMA

Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él (Jn 14, 23).

I. Dos cosas hacen apto al hombre para la manifestación de Dios: la caridad y la obediencia. En cuanto a lo primero dice: *Si alguno me ama*. Ahora bien, tres cosas son necesarias al hombre que quiere ver a Dios. 1º) Que se acerque a Dios. 2º) Que eleve hacia él los ojos para verlo, como dice el profeta Isaías: *Alzad a lo alto vuestros ojos, y ved quién creó estas cosas* (40, 26). 3º) Que se dedique a la contemplación; porque sólo pueden ver las cosas espirituales aquellos que se desligan de las cosas terrenas: *Gustad y ved qué bueno es el Señor*. (Sal XXXIII, 9).

La caridad cumple estas tres condiciones porque une el alma del hombre a Dios: *Quien permanece en caridad, en Dios permanece* (1 Jn 4, 16); la eleva a ver a Dios, pues, como se lee en Mateo: *En donde está tu tesoro, allí está también tu corazón* (6, 21); por eso se dice: *donde está tu amor, allí está tu ojo*. Y le hace también abandonar las cosas mundanas: *Si alguno ama al mundo, la caridad del Padre no está en él* (1 Jn 2, 15).

Por el contrario, quien ama perfectamente a Dios, no tiene en sí el amor del siglo.

De caridad se sigue la obediencia; por eso dice: *guardará mi palabra*. Como explica San Gregorio: "La prueba del amor son las obras. El amor de Dios nunca está, ocioso; si es real, ejecuta grandes cosas; pero si se resiste a obrar, no es amor"⁷². Cuando la voluntad está fuertemente dirigida a Dios, que es su fin, mueve todas las fuerzas para obrar todo lo que lleva a él. Por la caridad nos dirigimos a Dios, luego la caridad es la que nos hace guardar los mandamientos; y por la obediencia el hombre se hace apto para ver a Dios: *Por tus mandamientos* (es decir, observados por mí) *he tenido inteligencia* (Sal 118, 104).

II. Tres condiciones obran la manifestación de Dios al hombre:

1º) El amor divino, y en cuanto a esto dice: *Mi Padre le amará*. Amará, en futuro, en cuanto al efecto del amor, aunque este amor sea eterno en cuanto a la voluntad de hacer el bien.

2º) La visita divina, y en cuanto a esto dice: *y vendremos a él*. Pero viene a alguno en cuanto que está en él de una manera nueva, según la cual antes no estaba, a saber, por un efecto de la gracia, y por este efecto de la gracia hace que nos acerquemos a él.

Mas de tres modos viene Dios a nosotros, y de otros tantos vamos nosotros a él. Viene a nosotros llenándonos con sus efectos, y nosotros vamos a él tomando esos efectos. Viene ilustrándonos, y nosotros vamos a él considerando. Viene ayudando; y nosotros vamos a él obedeciendo, porque ni siquiera podemos obedecer sin la ayuda de Cristo.

3º) Para la manifestación de Dios es necesaria la perseverancia en esas dos condiciones, es decir, en el amor a Dios y en su visita, y en cuanto a ello dice: *haremos morada en él*. En esas palabras señala dos cosas: la firmeza de la adhesión a Dios, con la voz *morada*; pues Dios viene a algunos por la fe, pero no mora, porque *a tiempo creen, y en el tiempo de la tentación vuelven atrás* (Lc 8, 13); y a otros viene por la compunción del pecado, pero

⁷² Hom., 30, In Evang.

no se queda con ellos, porque vuelven a los pecados. En cambio, en sus predestinados permanece siempre. En segundo lugar, muestra la familiaridad de Cristo con los hombres, pues dice: *haremos morada en él*, es decir, en el que ama para obedecer, en cuanto que se deleita con nosotros y hace que nos deleitemos en él.

(In Joan., XIV)

Lunes de la 21ª semana

LA MUERTE ETERNA

Los malos no tendrán en la muerte eterna menos dolor y pena que alegría y gloria los buenos. La pena de aquéllos se acrecienta:

1º) Por la separación de Dios y de todos los bienes; y ésta es la pena de daño que responde a la aversión. La pena de daño es mayor que la de sentido: *Al siervo inútil echadle en las tinieblas exteriores* (Mt 25, 30). Los malos, durante la vida presente, tienen tinieblas interiores, esto es, las del pecado, mas entonces las tendrán exteriores.

2º) Por el remordimiento de la conciencia. *Te argüiré y te pondré delante de tu cara* (Sal 49; 21). *Gimiendo con angustia de espíritu* (Sab 5, 3). Y sin embargo, esta penitencia y gemidos serán inútiles, porque no son por odio al mal, sino por el temor y enormidad de la pena.

3º) Por la inmensidad de la pena sensible, es decir, del fuego del infierno, que atormentará el alma y el cuerpo: Esta pena es acerbísima, como dicen los santos. Estarán como muriendo siempre y nunca han de morir; por este motivo se llama muerte eterna, porque así como el moribundo se encuentra en acerbidad de penas, del mismo modo los que están en el infierno: *Como ovejas, son puestos en el infierno; ellos serán pasto de la muerte* (Is 48, 15).

4º) Por la desesperación de salvarse. Pues si se les diese esperanza de librarse de las penas, se mitigaría su sufrimiento; pero, al substraérseles toda esperanza, la pena se hace gravísima. *El gusano de ellos no morirá y el fuego de ellos no se apagará* (Is 66, 24).

De este modo se manifiesta la diferencia entre el bien obrar y el mal obrar; pues las obras buenas conducen a la vida, pero las malas arrastran a la muerte. Por este motivo los hombres debieran traer frecuentemente estas

cosas a la memoria, porque así serían inducidos al bien y apartados del mal. Por lo cual se consignan expresamente al final del Símbolo y de todas las cosas las palabras: *Vida eterna*, para que siempre se impriman mejor en la memoria. A esa vida nos lleve nuestro Señor Jesucristo, Dios bendito por los siglos de los siglos.

(*In Symbol.*)

Miércoles de la 21ª semana

LA CONTRICIÓN

1º) Debe ser máxima.

En la contrición hay doble dolor. Uno en la voluntad, que es esencialmente la misma contrición, la cual no es otra cosa que displicencia del pecado pasado, y tal dolor en la contrición excede a todos los otros dolores, porque, cuanto más agrada una cosa, tanto más desagradada su contraria. Ahora bien, el fin último agrada sobre todas las cosas, ya que todas las cosas se desean por él; luego el pecado, que aparta del fin último, debe desagradar sobre todas las cosas.

Existe otro dolor en la parte sensitiva, y no es necesario que este dolor sea máximo. Porque mayor dolor hay en la parte sensitiva por una lesión sensible, que el que se experimenta en la razón por repercusión. Por lo que el dolor de la parte sensitiva, procedente del desagrado que en la razón produce el pecado, no es mayor que los otros dolores sensibles, ya porque el sentimiento inferior no está sometido en su voluntad al superior a tal punto, que una emoción u otra esté en la parte inferior en el grado que ordena la parte superior; ya porque las emociones que provienen de la razón en los actos virtuosos están sometidas a determinada medida; la que no siempre se guarda en el dolor no virtuoso, porque a veces excede.

2º) De qué modo puede ser excesiva la contrición.

La contrición por parte del dolor que está en la razón, esto es, de la displicencia que produce el pecado en cuanto es ofensa de Dios, no puede ser excesiva, como tampoco puede ser excesivo el amor de caridad, que inspira tal displicencia. Pero el dolor sensible puede ser excesivo, como también la aflicción exterior del cuerpo. En todo esto debe tomarse por

medida la obligación de conservarse en estado de cumplir sus deberes. Por eso dice el Apóstol: (Sea) *racional vuestro obsequio* (Rom 12, 1).

3º) La contrición debe ser mayor para un pecado que para otro.

Podemos considerar la contrición de dos modos: Uno, en cuanto la contrición responde separadamente a cada uno de los pecados, y así en cuanto al dolor del afecto superior se requiere que uno se duela más de un pecado mayor, porque la razón del dolor es mayor en un caso que en otro, es decir, la ofensa de Dios; pues Dios se ofende más por un acto más desordenado. Igualmente, también, como quiera que a mayor culpa se deba más pena, el dolor de la parte sensitiva debe ser mayor por un pecado más grave.

En otro aspecto puede considerarse la contrición, en cuanto se extiende simultáneamente a todos los pecados, cómo en el acto de la justificación, y así, habitual o virtualmente, es mayor en un pecador que en otro. Pues quien se duele de haber ofendido a Dios, se duele implícitamente de diversa manera, según que por ellos haya ofendido más o menos a Dios. Aun cuando cualquier pecado mortal aparta de Dios y quita la gracia, sin embargo, uno aleja más que otro, en cuanto que un pecado está más en desacuerdo en su desorden con respecto al orden de la divina bondad, que otro pecado.

(4, *Dist.*, XVI, a. 3)

Jueves de la 21ª semana

LA TEMPLANZA

I. La templanza puede considerarse según su significación común, y así no es virtud especial, sino general, porque el nombre de templanza designa cierta temperancia, esto es, moderación, que la razón pone en las acciones y pasiones humanas, lo cual es común a toda virtud moral. Sin embargo, la templanza difiere razonablemente de la fortaleza, aun consideradas ambas como virtudes comunes; porque la templanza retrae de las cosas que halagan el apetito humano de un modo contrario a la razón y a la ley divina, y la fortaleza impele a sufrir o acometer aquellas por las que el hombre rehúye el bien de la razón.

Pero si se considera la templanza en cuanto refrena el apetito de lo que más principalmente halaga al hombre, entonces es virtud especial, como que

tiene materia especial, lo mismo que la fortaleza. Principalmente y de manera propia la templanza tiene por objeto las concupiscencias y deleites del tacto, y secundariamente, las demás concupiscencias. Lo que la fortaleza es a los temores y audacias con relación a los mayores males, que son los peligros de muerte, es también templanza con relación a las concupiscencias de los mayores deleites. Tales deleites pertenecen al sentido del tacto.

(2^a 2^{ae}, q. CXLI, a. 2, 4)

II. La regla de la templanza debe tomarse según la necesidad de la vida presente.

El bien de la virtud moral consiste principalmente en el orden de la razón. El orden principal de la razón reside en que algo se ordene a su fin; y en este orden consiste sobre todo el bien de la razón, porque el bien tiene razón de fin, y el fin mismo es la regla de lo que a él conduce. Pero todas las cosas deleitables destinadas a uso del hombre se ordenan a alguna necesidad de esta vida como al fin,, y por esto la templanza acepta la necesidad de esta vida como regla de las cosas deleitables, de que hace uso únicamente en la medida que la necesidad de esta vida requiere. Por eso, dice San Agustín⁷³: “El varón moderado tiene por regla en las cosas de esta vida la establecida en ambos testamentos, no amar ni considerar como deseable nada de ellas, sino tomar para la necesidad de su vida y sus deberes cuanto basta al que usa de ellas con modestia y no con el afecto de quien las ama.”

III. Aun cuando la hermosura convenga a cualquier virtud, se atribuye, sin embargo, excelentemente a la templanza: 1^o) según la razón común de ella, a la cual pertenece cierta moderada y conveniente proporción, en la que consiste la razón de la hermosura; 2^o) porque las cosas que refrena la templanza son ínfimas en el hombre y convenientes a él según la naturaleza animal, y por eso el hombre es más propenso a ser manchado por ellas. En consecuencia, la hermosura se atribuye principalmente a la templanza, que destruye principalmente estas torpezas del hombre y rechaza los vicios más afrentosos.

(2^a 2^{ae}, q. CXLI, a. 2, ad. 3^{um})

⁷³ *De moribm Eccles.*, cap. 24.

Viernes de la 21ª semana

PURIFICACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

Y después que fueron cumplidos los días de la purificación de María, según la ley de Moisés⁷⁴, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor (Lc 2, 22).

En este Evangelio podemos notar siete virtudes de la Bienaventurada Virgen: la humildad en una purificación, que ella no necesitaba; el amor a la pureza, en esta purificación sobreabundante; el amor a la obediencia, según la ley; el respeto al Hijo al llevarlo al Templo: *lo llevaron*; la devoción a los lugares santos: *a Jerusalén*; la acción de gracias en la oblación del Hijo: *para presentarlo al Señor*, porque lo ofrecemos a ti, Señor, que nos lo has dado; y la pobreza en la oblación: *un par de tórtolas, que era la oblación de los pobres*.

Al querer la Bienaventurada Virgen ser purificada, sin tener necesidad, nos enseñó cómo debemos purificarnos nosotros, que lo necesitamos. Debemos purificarnos de ocho modos, como puede colegirse del texto:

1º) De la mancha del pecado. *El Señor lo purificó de sus pecados* (Eccli 47, 13).

2º) En el conocimiento, en cuanto a la inteligencia. *De corazón puro* (1 Tim 1, 5), esto es, de entendimiento sin error.

3º) En el afecto, en cuanto al amor. *Los que invocan al Señor con la conciencia pura*, (2 Tim 2, 22).

4º) En el espíritu, por la recta intención. *Limpiad la vieja levadura* (1 Cor 5,7), esto es, la hipocresía. *Y guardaos de la levadura de los fariseos, que es hipocresía* (Lc 12, 1).

5º) En la boca, en cuanto a las palabras. *La palabra pura, como muy agradable, será aprobada de él* (Prov 15, 26).

6º) En las manos, en cuanto a las acciones. *Levantando las manos puras* (1 Tim 2, 8).

7º) En todo el cuerpo, en cuanto a la manera de vivir.

8º) En los bienes, en cuanto a la supresión de cosas superfluas. *Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará* (Jn 15, 2).

⁷⁴ Lev XII, 2 y 1x XIII, 2, 25.

Sábado de la 21ª semana

INTELIGENCIA DE LOS CONDENADOS

Viéndolos, serán turbados con temor horrendo (Sab 5, 2).

1º) Los condenados podrán usar de los conocimientos que adquirieron en este mundo.

Porque así como en la perfecta bienaventuranza de los santos nada habrá en ellos que no sea materia de alegría, así nada habrá en los condenados que no les sean materia y causa de tristeza, ni nada que falte a la tristeza, para que sea completa su miseria. Así, pues, los condenados considerarán aquellas cosas que anteriormente conocieron como materia de tristeza, no como causa de deleite; porque considerarán los males que hicieron, por los cuales fueron condenados, y los bienes deleitables que perdieron, y todo esto los atormentará. También serán atormentados por el conocimiento de las verdades especulativas que estuvieron viendo cuán imperfecto era, y que han perdido la suprema perfección que habrían podido alcanzar.

2º) Los condenados verán la gloria de los bienaventurados. Antes del día del juicio verán a los santos en la gloria; pero no de modo que conozcan esta gloria tal cual es, sino solamente que los santos viven en una gloria inestimable. Por eso serán perturbados, ya doliéndose por envidia de su felicidad, ya porque ellos la perdieron. Por eso en el libro de la Sabiduría se dice de los impíos: *Viéndolos, serán turbados con temor horrendo* (5, 2).

Pero después del día del juicio serán privados totalmente de la visión de los bienaventurados; sin embargo, con esto no disminuirá su pena, antes bien, será aumentada; porque se acordarán de la gloria de los bienaventurados que vieron en el juicio o-antes; y esto les servirá de tormento; además se afligirán al verse indignos de contemplar la gloria que los santos merecieron poseer.

3º) Los condenados pensarán en Dios.

De dos maneras puede Dios ser considerado, esto es: primero, en sí mismo o según lo que le es propio, como principio de toda bondad, y de ese modo no se puede pensar en él sin alegría; por eso los condenados no

pueden pensar en él de ninguna manera; segundo, según lo que le es accidental en sus efectos, como el castigar o cosa semejante; y en este sentido la consideración de Dios puede producir tristeza, pues los condenados

sólo verán a Dios bajo su aspecto de castigador y obstructor de todo lo que agrada a la mala voluntad de ellos.

(4, *Dist.*, 50)

Domingo de la 22ª semana

FIESTA DE LA DEDICACIÓN

A tu casa conviene santidad (Sal 92, 5).

I. El sacramento de la Eucaristía debe celebrarse regularmente en la casa, que simboliza la Iglesia, según aquello del Apóstol: *Para que sepas cómo debes portarte en la casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo* (1 Tim 3, 15); pues fuera de la Iglesia no hay lugar para el verdadero sacrificio. Y como la Iglesia no había de tener por límites el pueblo judío, sino que había de ser fundada en todo el mundo, por eso la Pasión de Cristo no se realizó dentro de la ciudad de los judíos, sino al aire libre, para que así todo el mundo fuese como una casa con relación a la Pasión de Cristo.

La casa en que se celebra este sacramento significa a la Iglesia, se llama iglesia, y se consagra convenientemente, ya para representar la santificación que la Iglesia adquirió por la Pasión de Cristo, ya también para significar la santidad que se requiere en los que deben recibir este sacramento. El altar simboliza al mismo Cristo, del cual dice el Apóstol: *Ofrecamos por él a Dios, sin cesar, un sacrificio de alabanza* (Hebr 13, 15). Por lo tanto, la consagración del altar significa la santidad de Cristo.

La Iglesia, el altar y otras cosas se consagran, no porque sean capaces de recibir la gracia, sino porque en virtud de la consagración adquieren cierta virtud espiritual; por la que se hacen aptos para el culto divino, de modo que de esto reciban los hombres cierta devoción para estar mejor preparados a las cosas divinas, a menos que este efecto no sea impedido por la irreverencia. Por lo cual se dice en el libro 2º de los Macabeos: *Verdaderamente hay cierta virtud divina en aquel lugar. Porque aquel mismo que tiene su morada en los cielos, es el visitador y protector de aquel lugar* (III, 38, 39). De ahí que estas cosas se limpien y se exorcicen antes de

la consagración para expulsar de ellas la virtud del enemigo. Y por eso algunos dicen también, probablemente, que, por la entrada en una Iglesia consagrada, obtiene el hombre perdón de los pecados veniales, aduciendo en su favor aquello del Salmo (84, 2-3): *Bendijiste, Señor, a tu tierra... Remitiste la maldad de tu pueblo*. Por consiguiente, no se reitera la consagración de la Iglesia a causa de la virtud que adquiere con la consagración.

II. Los fieles son templos de Dios, según el Apóstol: *El templo de Dios, que sois vosotros, santo es* (1 Cor 3, 17), y son santificados por tres cosas que se encuentran o se realizan materialmente en la Iglesia, cuando es consagrada.

1º) La ablución; porque así como la Iglesia es lavada cuando se le consagra, así también los fieles son lavados por la sangre de Cristo.

2º) La unción; porque así como la Iglesia es ungida, así también los fieles son ungidos con unción espiritual para que sean santificados; en caso contrario no serían cristianos, pues Cristo es lo mismo que ungido. Esa unción es la gracia del Espíritu Santo.

3º) La inhabitación; pues, dondequiera que mora Dios, aquel lugar es santo: *A tu casa conviene santidad* (92, 5).

4º). Puede añadirse la invocación. *Tú, Señor, entre nosotros estás, y tu nombre ha sido invocado sobre nosotros* (Jer 14, 9).

Debemos, pues, guardarnos después de tal santificación, de manchar con el pecado nuestra alma, que es templo de Dios.

(De Humanitate Christi.)

Lunes de la 22ª semana

SACERDOCIO DE CRISTO

Teniendo, pues, tal Sumo Sacerdote que penetró los cielos - Jesús, el Hijo de Dios (Hebr 4, 11).

I. Cristo es sacerdote.

El oficio propio del sacerdote es ser mediador entre Dios y el pueblo, por cuanto entrega al pueblo las cosas divinas y por eso se le llama sacerdote, que quiere decir, en cierto modo, que da las cosas sagradas (*sacra dans*), según aquello de Malaquías: *La ley buscarán de su boca* (2, 7), esto

es, del sacerdote. Además, en cuanto ofrece a Dios las plegarias del pueblo y satisface a Dios, en cierta manera, por sus pecados. Por eso dice San Pablo: *Porque todo Sumo Sacerdote es tomado de entre los hombres y está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados* (Hebr 5, 1).

Esto conviene principalmente a Cristo, porque por él han sido conferidos a los hombres los dones divinos, como dice el apóstol San Pedro: *Por el cual (por Cristo) nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina* (2 Pedro 1, 4). También él mismo reconcilió con Dios al género humano según aquello: *Pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas* (Colos 1, 19-20). Luego compete muchísimo a Cristo ser sacerdote.

II. Es al mismo tiempo sacerdote y hostia.

Todo sacrificio visible es sacramento, esto es, signo sagrado de un sacrificio invisible. El sacrificio invisible es aquél por el cual el hombre ofrece a Dios su espíritu, como dice David: *Sacrificio para Dios es el espíritu atribulado* (Sal 50, 19), por lo tanto todo lo que se presenta a Dios, para que el espíritu del hombre sea elevado a Dios, puede llamarse sacrificio. Y el hombre necesita del sacrificio por tres razones.

1º) Para la remisión del pecado, por el cual el hombre se aparta de Dios, y por eso dice el Apóstol que al sacerdote pertenece ofrecer *dones y sacrificios por los pecados* (Hebr 5, 1).

2º) Para que el hombre se conserve en estado de gracia, unido siempre a Dios, en quien consiste su paz y salvación; razón por la cual también se inmolaba en la antigua ley la víctima pacífica por la salvación de los que la ofrecían.

3º) Para que el espíritu del hombre se una perfectamente a Dios, lo cual ocurrirá principalmente en la gloria. Por eso en la ley antigua se ofrecía el holocausto, que era consumido enteramente en el fuego.

Todos estos bienes nos vinieron por la humanidad de Cristo.

1º) Nuestros pecados fueron destruidos; como dice San Pablo: *Fue entregado por nuestros pecados* (Rom 4, 25).

2º) Por él hemos recibido la gracia que nos salva, según aquello: *Fue hecho autor de salud eterna para todos los que le obedecen* (Hebr 5, 9).

3º) Por él hemos alcanzado la perfección de la gloria: *Teniendo confianza de entrar en el santuario* (esto es, en la gloria celestial) *por la sangre de Cristo* (Hebr 10, 19).

Por lo tanto, Cristo, en cuanto hombre, no sólo fue sacerdote, sino también hostia perfecta, siendo a la vez hostia por el pecado, hostia pacífica y holocausto.

(3ª q. XXII, arts. 1 y 2)

Martes de la 22ª semana

LLAMAMIENTO DE LA VOZ DE DIOS

Oí en pos de mí una grande voz como de trompeta (Apoc 1, 10).

Esta voz es el llamamiento del Señor que llama y nos vuelve a llamar, cuando nosotros huimos de él: *Tus oídos oirán la palabra del que a las espaldas te dirá amonestando* (Is 30, 21) *Vuélvete, vuélvete, Sulamita*, esto es, alma cautiva, *vuélvete, vuélvete, para que te miremos* (Cant 6, 12). ¿Por qué se dice: *vuélvete, vuélvete*? Para que se vuelva en la niñez, en la juventud, en la vejez y en la senectud. O también porque cuatro cosas hacen huir de Dios: la presunción de la juventud; es la huida hacia el oriente; la dilación de la muerte; es la huida al occidente; el amor de la prosperidad, es la huida hacia el mediodía; el temor a la adversidad, que es la huida hacia el aquilón.

Por eso clama el Señor: *Vuélvete del oriente*, porque la juventud termina pronto; *vuélvete del occidente*, porque la vejez no vive mucho tiempo; *vuélvete del mediodía*, porque la prosperidad del mundo pasa rápidamente; *vuélvete del aquilón*, porque la adversidad del mundo no puede dañar más que al que quiere.

Se dice: *grande voz*, porque el Señor es grande y llama para grandes cosas.

El Señor llama de cuatro maneras: predicando, otorgando beneficios, inspirando y castigando. Estos cuatro modos están indicados en los Proverbios (1, 24-25): *Os llamé, y dijisteis que no; extendí mi mano, y no hubo quien mirase; despreciasteis todo mi consejo, y de mis reprensiones no hicisteis caso.*

Como de trompeta, que llama al banquete espiritual, donde el alma se repone. El Señor de los ejércitos hará a todos los pueblos en este monte convite de manjares mantecosos, convite de vendimia; de manjares mantecosos con tuétanos, de vino sin heces (Is 25, 6).

(In Apoc., I)

Miércoles de la 22ª semana

CRISTO NO DEBIÓ LLEVAR VIDA AUSTERA

Vino el Hijo del hombre, que come y bebe (Mt 11, 19).

Era adecuado al fin de la Encarnación que Cristo no hiciera una vida solitaria, sino que viviese con los hombres. Pero es muy conveniente que el que vive con otros se adapte a su modo de vivir, según aquello del Apóstol: *Me he hecho todo para todos (1 Cor 9, 22)*. Por tanto fue muy conveniente que Cristo comiese y bebiese en compañía, como lo hacen los demás.

El Señor en su vida dio ejemplo de perfección en todo lo que por sí mismo pertenece a la salvación. Mas la abstinencia en la comida y bebida no pertenece directamente a la salvación, según aquello del Apóstol: *El reino de Dios no es comida ni bebida (Rom 14, 17)*. Y San Agustín dice que "no es culpable el uso de tales cosas, sino la pasión del que usa de ellas"⁷⁵.

Pero ambas vidas son lícitas y laudables, a saber: la del que, segregado de la comunidad de los hombres, guarde abstinencia, y la del otro que, viviendo en sociedad, haga una vida común. Por eso quiso el Señor dar ejemplo a los hombres de una y otra vida.

Como dice San Juan Crisóstomo: "para que aprendas el gran bien que es el ayuno y qué escudo es contra el diablo, y por qué después del bautismo no conviene darse a la lascivia sino al ayuno, ayunó Él (Cristo) también, no porque necesitase de él, sino para instruirnos. No fue en el ayuno más lejos que Moisés y Elías, para que no pareciese increíble que se había encarnado en carne humana"⁷⁶.

⁷⁵ *De doct. christ* lib. III, cap. 12.

⁷⁶ *Hom.*, XIII, *super Matth.*

Sin embargo, no sin motivo Cristo, después de haber ayunado en el desierto, volvió a la vida común. Pues convenía al género de vida, según el cual uno enseña a los otros las cosas contempladas, género de vida que se dice haber tomado Cristo, con el fin de dedicarse primero a la contemplación y después descendiendo a la vida pública, conviviendo con los demás. Por lo que dice San Beda: "Cristo ayunó para no rehuir el precepto; comió con los pecadores, para que tú reconocieras el poder, al ver la gracia"⁷⁷.

(3^a q. XL, a. 2)

Jueves de la 22^a semana

ADMIRABLE PRIVILEGIO DEL AMOR

El que me ama será amado de mi Padre; y yo le amaré y me le manifestaré a mí mismo (Jn 14 21).

El que me ama será amado de mi Padre. Esto, a primera vista, parece absurdo. ¿Por ventura nos ama Dios porque nosotros lo amamos? Ciertamente, no; porque se dice en la primera epístola de San Juan (4, 10): *No que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó primero a nosotros.* Luego debe decirse que uno ama a Cristo porque es amado por el Padre, y no que él es amado porque ama. Amamos, pues, al Hijo, porque el Padre nos ama. Es privilegio del amor verdadero atraer el amor de aquél a quien se ama. Por eso dice Jeremías (31, 3): *Con amor perpetuo te amé; por eso te atraje, teniendo misericordia.* Mas porque el amor del Padre no existe sin el amor del Hijo, ya que es una misma cosa el amor de ambos: *Todo lo que el Padre hiciera, lo hace también igualmente el Hijo (Jn 5, 19)*, por eso añade: *Y yo le amaré.*

Pero si el Padre y el Hijo aman todas las cosas desde la eternidad, ¿por qué dice *amaré*, en futuro? Es porque el amor, considerado en cuanto reside en la voluntad divina, es eterno; pero considerado en cuanto se manifiesta en la acción, es temporal, y por eso el sentido es el siguiente: *y yo le amaré*, mostraré el efecto del amor, pues *me le manifestaré a mí mismo*, porque le amaré para esto, para manifestarme.

⁷⁷ *Super Marc.*, II.

Es menester saber que el amor de uno a otro es a veces relativo, y a veces absoluto; es relativo cuando se quiere para la persona amada algún bien particular; y absoluto, cuando se quieren para ella todos los bienes.

Dios ama relativamente a todas las cosas criadas, porque quiere para toda criatura algún bien, aun para los mismos demonios, es decir, que vivan, entiendan y existan, lo cual es un bien. Pero ama sin restricciones a aquéllos para quienes quiere todo bien, a saber, que posean al mismo Dios, lo cual es poseer la verdad, pues Dios es la verdad. Pero la verdad sólo se posee cuando es conocida.

Luego Dios ama verdadera y absolutamente a aquéllos a quienes se manifiesta a sí mismo, que es la verdad. Y esto es lo que dice: *me le manifestaré a mí mismo*, en el futuro por la gloria, que es el último efecto de la bienaventuranza futura. *Anuncia de ella a su amigo, que posesión de él, y que puede subir a ella* (Job 36, 33). Y en el libro de la Sabiduría se lee: *Toma la delantera a los que la codician* (Sab 6,14).

(In Juan., XIV)

Viernes de la 22ª semana

MODO DE RECUPERAR LA DULZURA DIVINA PERDIDA

En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma (Cant 3, 1).

El hombre debe escudriñar su conciencia. Los cuidados exteriores de tal modo ocupan al alma que, cuando quiere volver a su conciencia, encuentra muchas veces haber perdido aquella dulzura que antes poseía. Mas cuando el hombre está distraído en su espíritu, y no puede gustar esa dulzura que primero sentía, debe entrar en lo íntimo de su corazón y buscar a Cristo. La esposa busca en su lecho, es decir, en su conciencia, y no lo encuentra: *En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma; le busqué, y no le hallé*. Y cuando esto ocurre debe levantarse y buscar si ha deseado o ejecutado alguna cosa que hubiere desagradado a Cristo, por lo cual se siente distraído en la conciencia.

El modo de buscarlo se indica aquí: *Me levantaré, y daré vueltas a la ciudad; por las calles y por las plazas buscaré* (Cant 3, 2). Es decir, entrando en la conciencia, busqué a Cristo y no lo encontré. Por lo cual, a fin de encontrarlo, buscaré todavía, *me levantaré y daré vueltas a la ciudad*,

esto es, por un examen actual indagaré en mi conciencia, *y por las calles y por las plazas*, es decir, por todos los dichos, deseos y hechos que ejecuté, dije y deseé, y veré si he hecho alguno que le ha desagradado, y obrando de esta manera, *buscaré al que ama mi alma* (Cant 3, 2). Porque si alguno, después de esto, no puede volver a la dulzura de la contemplación, debe pensar que tal vez ha delinquido en alguna cosa que le impide sentir la dulzura acostumbrada. Y en consecuencia, debe escudriñar totalmente la ciudad, esto es, su conciencia.

Conviene advertir que la conciencia es el lecho en que Cristo descansa, porque es un lecho estrecho, en el cual sólo puede acostarse uno, es decir, Cristo o el diablo. Mas, si consideramos la conciencia y nuestro corazón en 'cuanto al género de pecados que en ellos puede haber, entonces la ciudad es distinta de las calles y plazas, esto es, en ella hay delitos mayores y menores.

II. El hombre debe evocar el recuerdo de la divina dulzura.

Cuando alguien vuelve de la acción a la contemplación, si no encuentra a Cristo, sepa que entre las cosas que le estimularán a buscarlo está el recuerdo de la dulzura perdida; porque al pensar el hombre que una vez gustó en la oración la dulzura divina, y después, al volver a la oración, no siente tanta dulzura como antes, se estimula con el recuerdo de aquella dulzura a examinar sus pensamientos y afectos, para conocer si con ellos ha desagradado a Cristo, y llegar a descubrir la causa que le impide sentir esa dulzura.

III. Debe alejar los pensamientos vanos. Estos pensamientos se llaman *centinelas de la ciudad* (Cant 3, 3); porque siempre están dispuestos a asaltarnos y apoderarse de nosotros; mas debemos abandonarlos, porque en estos pensamientos no se encuentra Cristo. Diremos mejor (los centinelas de la ciudad) *me hirieron y me llagaron; me llevaron mi manto* (Cant 5, 7). Nos hieren cuando les damos entrada; nos llagan, cuando nos deleitamos en ellos; mas nos quitan nuestro manto, despojándonos de las virtudes y de los dones, cuando consentimos en ellos.

(*In Cant.*, III, V)

Sábado de la 22ª semana

LA JUSTICIA

I. Pertenece a la justicia dar cada uno lo que es debido.

Todas las virtudes morales que conciernen las acciones convienen en general con la justicia, porque tienen, de algún modo, razón de deuda. Pero la deuda no tiene la misma razón en todas; porque una cosa se debe al igual, otra al superior, otra al menor; una se debe por razón de un pacto, otra por promesa, otra por un beneficio recibido. Todos estos títulos diversos dan lugar a distintas virtudes; por ejemplo, la religión, por la cual se da a Dios lo que le es debido; la piedad, por la cual se da lo debido a los padres o a la patria; la gratitud, por la cual se paga lo debido a los bienhechores, y así otras. Además está la justicia legal, llamada virtud general, en cuanto ordena todas las virtudes al bien común.

Además de la justicia que mira al bien común, existe otra justicia propiamente dicha, que se ordena al bien privado de alguno, para devolver a éste lo suyo.

II. La justicia es más eminente que las demás virtudes morales.

Si hablamos de la justicia legal, resulta evidente que es la más preclara entre todas las virtudes morales, por cuanto el bien común es más importante que el bien particular de una persona, y según esto dice el Filósofo que "la justicia es la más preclara de las virtudes"⁷⁸.

Pero, aun hablando de la justicia particular, sobresale entre las otras virtudes morales; porque se llama virtud mayor aquélla en que resplandece mayor bien de la razón, y conforme con esto la justicia sobresale como más próxima a la razón.

Eso se ve claro, tanto de parte del sujeto como del objeto; de parte del sujeto, porque reside en la parte más noble del alma, esto en el apetito racional, es decir, en la voluntad, mientras que las otras virtudes morales residen en el apetito sensitivo, al cual pertenecen las pasiones, que son materia de las demás virtudes morales. También lo es por parte del objeto o materia, porque versa acerca de las acciones con las que el hombre se ordena no sólo en sí mismo, sino también con relación a otros; y así la justicia es en cierto modo el bien de otro. Por eso dice el Filósofo: "Es necesario que sean las mayores virtudes las que son más útiles a los otros;

⁷⁸ *Ethic.*, V, cap. 1.

porque la virtud es potencia bienhechora; y por eso se honra más a los fuertes y a los justos"⁷⁹.

(2^a 2^{ae}, q. LVIII a. 12: 1^a 2^{ae}, q. LXVI, a. 4)

III. Los preceptos del Decálogo son preceptos de justicia.

Los preceptos del Decálogo son los primeros principios de la ley, y a los cuales asiente desde luego la razón natural, como a principios evidéntísimos. Ahora bien, la razón de débito, que se requiere para el precepto, aparece en la justicia que se refiere a otro; porque en las cosas que atañen a sí propio, se conoce a primera vista que el hombre es dueño de sí mismo, y que le es lícito hacer lo que quisiere; pero en las que atañen a otro, es notorio que el hombre está obligado a darle lo que le debe; por eso fue necesario que los preceptos del Decálogo perteneciesen a la justicia. Así, pues, los tres primeros preceptos se refieren a los actos de religión, que es la parte más principal de la justicia; el cuarto precepto tiene por objeto los actos de piedad, que es parte secundaria de la justicia; y los otros seis se dan acerca de los actos de la justicia tomada en general, que se considera entre los iguales.

(2^a 2^{ae}, q. CXXII, a. 1)

Domingo de la 23^a semana

EFFECTOS DE LA CONTEMPLACIÓN

Me introdujo el rey en sus cámaras (Cant 1, 3).

1º) *Me introdujo el rey en sus cámaras*, esto es, en su dulzura, dándome su gracia. Llama a la gracia cámaras, en plural, porque de ella fluyen y se derivan cada una de las virtudes espirituales que perfeccionan las diversas potencias; y según las variadas virtudes de las diversas potencias, nos alegramos y regocijarnos diversamente en el Señor, y perfeccionados con estas virtudes derivadas de la gracia, bebemos en cierto modo los vinos de la alegría espiritual de las diversas cámaras.

(*In Cant.*, I)

29) La contemplación mitiga las tristezas.

⁷⁹ *Ethic.*, lib. 1, cap. 1.

En la contemplación de la verdad reside la mayor delectación; y, como toda delectación mitiga el dolor, la contemplación mitiga la tristeza o el dolor; y tanto más, cuanto más perfecto amador de la sabiduría sea uno.

Por lo tanto, los hombres, por la contemplación de las cosas divinas y de la futura bienaventuranza, se regocijan en las tribulaciones, según aquello de Santiago: *Hermanos míos, tened por sumo gozo, cuando fuereis envueltos en diversas tribulaciones* (Stgo. 1, 2). Y lo que es más, aun en medio de los suplicios corporales se halla también este gozó, como lo manifestó el mártir Tiburcio, cuando con los pies desnudos sobre brasas encendidas dijo: “Paréceme que ando sobre flores de rosas en nombre de Jesucristo.”

Esto ocurre porque en las potencias del alma; hay redundancia de lo superior a lo inferior, y según esto, el deleite de la contemplación, que está en la parte superior, rebosa hasta mitigar también el dolor que está en los sentidos.

(1^a 2^{ae}, q. XXXVIII, a. 4)

3º) La contemplación adormece el amor de las cosas temporales.

Yo duermo, y mi corazón vela (Cant 5, 2). Se dice que los contemplativos duermen, porque son indiferentes a las cosas sensibles y exteriores, pero velan con el corazón, en cuanto que son más aptos para percibir interiormente las inspiraciones y efusiones divinas; pues así como los ciegos, no distraídos por las cosas visibles, recuerdan mejor, así los contemplativos no distraídos por las cosas exteriores perciben más intensamente las inspiraciones interiores.

4º) Acrecienta y fortifica el amor a Dios.

Fuerte es como la muerte el amor (Cant 8, 6). Porque así como la muerte separa al alma del cuerpo, de tal modo que ya no le es posible al hombre desear o ambicionar nada en la vida presente, así el amor de Cristo hace morir totalmente este siglo y vuelve como insensible a aquél de quien verdaderamente se adueña, y viviendo únicamente para Cristo, está muerto para el mundo. El mismo sentido tiene la frase: *duro como el infierno el celo* (Cant 8, 6). Porque así como el infierno nunca devuelve a los que una vez recibe, sino que siempre los retiene, igualmente el amor de Cristo no abandona a los que una vez ha invadido. Por eso dice el Apóstol: *¿Quién nos separará del amor de Cristo?: ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la persecución, ¿la espada?* (Rom 8, 35).

Lunes de la 23ª semana

LA MUERTE SEGUNDA

El que venciere no recibirá daño de la segunda muerte (Apoc 2, 11)

I. Hay una doble muerte del alma: una, en los pecados; otra en las penas; una, en la culpa; otra, en el infierno. Igualmente existen dos muertes del cuerpo: una en la disolución, otra en la condenación eterna.

La primera muerte del alma se asemeja en muchas cosas a la primera muerte del cuerpo: Porque así como el cuerpo primero se altera en su temperatura normal, luego enferma, y por último muere, es llevado al sepulcro, enterrado y cubierto con una piedra; así también el alma se destempla por los malos pensamientos, luego se enferma con el deleite pecaminoso, y muere por el consentimiento; después es llevada a enterrar por la eficacia de la acción y sepultada por la costumbre, y por último es cubierta por el endurecimiento.

II. Además, como la muerte del cuerpo daña, así también lo hace la muerte del alma.

La muerte del cuerpo separa a éste del alma; la muerte del alma separa a ésta de Dios.

La muerte del cuerpo separa de los parientes y de los amigos carnales; la muerte del alma aparta de los ángeles y de los santos. *A mis hermanos, esto es, a los ángeles, hizo alejar de mí, y mis conocidos, es decir, los santos, como extraños se apartaron de mí; me han abandonado mis parientes; y se han olvidado de mí los que me conocían (Job 19, 13-14).* No solamente los ángeles abandonarán al alma pecadora, sino que se harán adversarios y estarán contra ella en el juicio. *Todos sus amigos le despreciaron, y se le hicieron enemigos (Lamen 1, 2).*

La muerte del cuerpo hace perder las riquezas del mundo, y la del alma quita las riquezas del cielo. *Nuestra heredad ha pasado a forasteros (Lamen 5, 2).*

La muerte del cuerpo priva de la vista corporal, y la muerte del alma quita la vista y todo sentido espiritual.

La muerte del cuerpo produce dolor, y la muerte del alma lo causa mayor. Daña además la muerte del alma porque arroja en el fuego eterno. Daña a causa de la acerbidad, diversidad y perennidad de las penas. Esas tres cualidades se expresan en las palabras: *Tú, Dios, los conducirás al pozo de la perdición* (Sal 54, 24). La diversidad se expresa cuando dice: *conducirás*, esto es, llevarás de pena en pena; la perennidad, cuando dice: *al pozo*, de donde no puede salir el que una vez cayó en él.

III. Por otra parte, la muerte del alma hiere gravemente, sin misericordia, incurablemente. *Te he herido de herida de enemigo con cruel castigo* (Jer 30, 14).

Sin embargo, esta herida es curable, mientras el alma está en el cuerpo; mas después de salir del cuerpo se hará incurable.

Así, pues, quien no desee ser herido por la segunda muerte, procure ser curado aquí de la lesión de la primera muerte, y muestre sus heridas al samaritano, quien las curará, derramando en ellas el vino de la compunción y el aceite del consuelo. *Si alguno sintiere la llaga de su corazón, y extendiere a ti sus manos en esta casa, tú le oirás en el cielo, el lugar de tu morada, y le perdonarás* (3 Reyes 8, 38-39). Sobre esto dice San Agustín: *¿Por ventura no hay entrañas de cristiana compasión en ti, que lloras el cuerpo, del cual salió el alma, y no lloras al alma de la cual se retiró Dios?*

(*In Apoc.*, II)

Martes de la 23^a semana

ENFERMEDADES DEL PECADO

Yacía grande muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando el movimiento del agua (Jn 5, 3).

Aquí se describen las enfermedades del pecado.

I. En cuanto a la posición, pues *yacían* postrados, es decir, adheridos a lo terreno por los pecados; el que yace se adhiere totalmente a la tierra. San Mateo dice que Jesús *se compadeció de ellas* (de las turbas), *porque estaban fatigadas y decaídas, como ovejas que no tienen pastor* (Mt 9, 36). Los justos en cambio no yacen, sino que están de pie, dirigidos hacia lo celestial. *Ellos fueron atados, y cayeron; mas nosotros (los justos) nos levantamos y pusimos derechos* (Sal 19, 9).

II. En cuanto al número, puesto que son muchos. Por eso dice: *Grande muchedumbre*. Y en el Eclesiastés se leen estas palabras: *Los perversos, con dificultad se corrigen, y el número de los necios es infinito* (1, 15). Y San Mateo agrega: *Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva .a la perdición, y muchos son los que entran por él* (Mat 7, 13).

III. En cuanto a la, disposición o hábito de los enfermos; y aquí se ponen cuatro cosas en las que incurre el hombre por el pecado:

1º) Por el hecho de someterse el hombre a las pasiones de los pecados dominantes se torna enfermo, y en cuanto a esto dice: *de enfermos*. Por lo cual Cicerón llama enfermedades del alma a las pasiones de la misma, como la ira, la concupiscencia, etc. Por eso decía el Profeta: *Apiádate de mí, Señor, porque estoy enfermo* (Sal 6, 3).

2º) Por el dominio de las pasiones y su victoria sobre el hombre se ciega la razón por el consentimiento, y en este sentido debe tomarse la expresión: *de ciegos*, es decir, por los pecados, según aquello del libro de la Sabiduría: *Los cegó su malicia* (Sab 2, 21), y del Salmo (57, 9): *Cayó fuego de arriba, y no vieron el sol*.

3º) El hombre enfermo y ciego se hace inconstante en sus obras y está casi cojo. Por eso se expresa en los Proverbios: *El impío hace obra, que no subsiste* (11, 18). Y se les llama cojos según se lee en el libro 2º de los Reyes: *¿Hasta cuándo cojeáis por ambos lados?* (18, 21).

4º) Enfermo el hombre de esa manera, ciego de entendimiento, cojo en las obras, se hace árido en el afecto, por cuanto se seca en él toda la suavidad de la devoción que pedía el Profeta diciendo: *Como de grasa y de manteca se rellenará mi alma* (Sal 62, 6). A éstos se les llama paralíticos. De ellos dice el Salmo (22, 16): *Está seco mi paladar como una teja*.

Pero hay otros de tal modo afectados por la enfermedad del pecado, que no esperan el movimiento del agua, descansando en sus pecados, según aquello de la Escritura: *Viviendo en grande guerra de ignorancia, llaman paz a tantos y tan grandes males* (Sab 14, 22). De los tales se dice: *Los que se alegran cuando hacen mal, y saltan de contento en cosas malísimas* (Prov 2, 14). La razón es que no aborrecen el pecado, ni pecan por ignorancia, o debilidad, sino por una malicia evidente.

Mas estos enfermos, cómo no pecan por malicia, no descansaban en los pecados, antes bien esperaban con deseo el movimiento del agua. Por eso agrega: *esperando*.

(In Joan., V)

Miércoles de la 23^a semana

CARENCIA DE ESPERANZA

I. La infidelidad proviene de que el hombre no cree en la misma verdad de Dios; el odio a Dios proviene de que la voluntad del hombre es contraria a la misma bondad divina; mas la desesperación proviene de que el hombre no espera participar de la bondad de Dios. De donde se deduce que la infidelidad y el odio a Dios son contrarios a Dios en cuanto es en sí mismo; pero la desesperación lo es por cuanto su bondad es participada por nosotros. Por consiguiente es mayor pecado, absolutamente hablando, no creer la verdad de Dios o tener odio a Dios, que no esperar conseguir de él la gloria.

Pero si se compara la desesperación con los otros dos pecados con relación a nosotros, es más peligrosa la desesperación, porque por ella nos apartamos de las malas obras, y nos dirigimos a proseguir las buenas; por lo cual, desapareciendo la esperanza, los hombres se entregan desenfrenadamente a los vicios, y se retraen de las buenas obras. Por eso, sobre aquello de los Proverbios (24, 10): *Si perdieres la esperanza desmayando en el día de la angustia, tu fortaleza será menguada*, dice la Glosa: "Nada es más execrable que la desesperación; el que cae en ella pierde la constancia en los sufrimientos generales de esta vida, y, lo que es peor, en los combates de la fe." Y San Isidoro agrega: "Cometer un pecado grave es la muerte del alma, pero desesperar es precipitarse en el infierno"⁸⁰.

II. De dos maneras alguien puede desesperar de obtener la bienaventuranza: una, porque no la considera un bien arduo, y otra, porque no cree en la posibilidad de que sea alcanzada, ya por sí, ya por otro. Mas a no considerar los bienes espirituales como bienes, o a desconocerles un gran mérito, somos guiados porque nuestros afectos están inficionados por el amor a los deleites corporales, entre los que los más principales son los deleites carnales; puesto que del afecto a tales deleites procede que el hombre se hastíe de los bienes espirituales y no los espere como ciertos bienes difíciles, y según esto la desesperación es causada por la lujuria.

Pero aunque uno no estime posible alcanzar, por sí o por otro, el bien arduo es conducido por el excesivo abatimiento, que cuando domina en el afecto del hombre le infunde la creencia de que él nunca puede elevarse a un

⁸⁰ *De summo bono*, lib. II, cap. IV.

bien cualquiera. Y como la pereza es cierta tristeza que deprime el alma, por este motivo la desesperación es hija de la pereza.

Parece cierto que la esperanza procede de la consideración de los beneficios divinos, y principalmente de la consideración de la Encarnación. Pero también la negligencia en considerar los beneficios divinos proviene de la pereza; porque el hombre afectado de alguna pasión piensa principalmente en las cosas que se refieren a esa pasión. Por consiguiente, el hombre agobiado por la tristeza no piensa fácilmente en cosas grandes y agradables, sino sólo en las tristes; a no ser que con gran esfuerzo se aparte de las cosas tristes.

(2^a 2^{ae}, q. XX, a. 3 y 4)

Jueves de la 23^a semana

CUATRO BIENES DE LA LEY DEL AMOR

Como todos no pueden dedicarse a la ciencia, Cristo dio una ley breve para que todos pudiesen conocerla, y nadie se excusase por ignorancia del cumplimiento de la misma; ésta es la ley del amor divino. A este respecto dice el Apóstol: *Palabra abreviada hará el Señor sobre la tierra.* (Rom 9, 28).

Ésta es la ley que debe ser regla de todos los actos humanos, de tal modo que toda acción humana será recta y virtuosa si está de acuerdo con la regla del amor a Dios; y no será buena, ni recta ni virtuosa si está en desacuerdo con esta regla.

Mas la ley del amor divino produce en el hombre cuatro bienes muy deseables:

1º) Produce en él la vida espiritual. Porque es manifiesto que naturalmente el amado está en el amante, y por consiguiente, quien ama a Dios, lo tiene en su persona, como dice San Juan: *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él* (1 Jn 4, 16). Pertenece también a la naturaleza del amor transformar al amante en el amado; por lo tanto, si amamos lo caduco y lo vil, nos hacemos viles y percederos. Pero si amamos a Dios nos hacemos divinos, porque como dice el Apóstol: *El que se allega al Señor, un espíritu es* (1 Cor 6, 17). Mas como dice San Agustín: "Así como el alma es vida del cuerpo, igualmente Dios es vida del alma. Decimos que el cuerpo vive por el alma, cuando ejecuta las acciones propias

de la vida, cuando obra y se mueve; pero si el alma se retira, el cuerpo no obra ni se mueve; así también obra el alma virtuosa y perfectamente cuando obra por caridad, por la cual Dios habita en ella; pero sin caridad no obra nada semejante."

Si alguno poseyere todos los dones del Espíritu Santo sin caridad, no posee vida; porque ni el don de lenguas, ni el don de la fe, o cualquier otro, dan vida sin la caridad. Aun cuando un cadáver sea cubierto de oro y de piedras preciosas, no obstante, muerto se queda.

2º) El segundo efecto de la caridad es la observancia de los mandamientos divinos; pues según San Gregorio: "El amor de Dios nunca está ocioso, ejecuta cosas grandes si está en un corazón; si es inactivo, no es amor." Por lo cual la señal evidente de la caridad es la prontitud en cumplir los preceptos divinos; pues vemos al amante ejecutar cosas grandes y difíciles por el amado.

3º) El tercer fruto de la caridad es que presta ayuda en las adversidades; pues las adversidades no dañan al que tiene caridad, antes bien se convierten en útiles. *A los que aman a Dios, todas las cosas les contribuyen al bien* (Rom 8, 28); aún más todavía, las cosas adversas y difíciles parecen suaves al amante, como nos lo enseña la experiencia.

4º) La caridad conduce a la felicidad; pues sólo a los que tienen caridad se promete la eterna bienaventuranza, ya que todas las cosas sin caridad son insuficientes. Y no debe olvidarse que la diferencia de bienaventuranza depende únicamente de la diferencia en la caridad y no de otra virtud.

(*In Decalog. II*)

Viernes de la 23ª semana

LAS VIRTUDES CARDINALES

I. Son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. ∴ -

Algunos consideran que las cuatro mencionadas virtudes significan ciertas condiciones generales del ánimo humano, las cuales se hallan en todas las virtudes, y según esto la prudencia no es otra cosa que cierta rectitud de discreción en cualesquiera actos o materias; la justicia, cierta rectitud del ánimo, por la cual el hombre obra lo que debe en cualquier

materia; la templanza, cierta disposición del ánimo que impone moderación a cualesquiera pasiones o acciones, para que no se extralimiten más allá de lo debido; y la fortaleza, cierta disposición del alma por medio de la cual se afirma en lo que está conforme con la razón contra cualesquiera ímpetus de las pasiones o trabajos de las acciones.

Pero otros consideran con más acierto estas cuatro virtudes en la medida en que se determinan a materias especiales, referida cada una de ellas, ciertamente, a una sola materia, en la cual se alaba principalmente aquella condición general que da su nombre a la virtud; y, según esto, las virtudes mencionadas son hábitos diversos, según la diversidad de los distintos objetos.

II. Dos grados se distinguen en estas virtudes según la diversidad del movimiento y del término; de modo que unas son virtudes de cosas trascendentes y que tienden a la semejanza divina; estas virtudes se llaman *purgativas* por cuanto el hombre sumergido en las cosas mundanas aspira al descanso de la contemplación. Así, la prudencia desprecia todas las cosas mundanas por la contemplación de las divinas, y dirige todo el pensamiento del alma sólo a las divinas; la templanza abandona, en cuanto la naturaleza lo permite, las cosas que requiere el uso del cuerpo; la fortaleza hace que el alma no se aterre por su apartamiento del cuerpo y acercamiento a las cosas de arriba; y la justicia, en fin, que toda el alma consienta en la senda de tal propósito.

Pero hay otras virtudes propias de los que consiguen ya la semejanza divina, y se llaman virtudes de *ánimo purificado*, es decir: *prudencia* que únicamente contemple las cosas divinas, *templanza* que no sólo refrene los deseos terrenos, sino que los desconozca, *fortaleza* que no sólo venza las pasiones, sino que las ignore, *justicia* que se asocie en perpetua alianza con la mente divina y la imite, virtudes que, ciertamente, decimos son propias de los bienaventurados o de algunos muy perfectos en esta vida.

(2^a 2^{ae}, q. LXI, a. 4, 5)

Sábado de la 23^a semana

LA VID Y LOS SARMIENTOS

Yo soy la verdadera vid; y mi Padre es el labrador (Jn 15, 1).

La vid es el mismo Señor. Por eso dice: *Yo soy la vid* por cierta semejanza. Porque así como la vid, aunque parece sin valor, sin embargo sobrepasa a todos los árboles por la dulzura del fruto, del mismo modo Cristo, despreciado por el mundo, porque era pobre y parecía innoble y sufridor de ignominia, sin embargo llevó frutos dulcísimos conforme a aquello del Cantar de los Cantares: *Su fruto dulce a mi garganta* (2, 3). Por consiguiente Cristo es vid que lleva vino, que embriaga interiormente, y es el vino de la compunción; es además un vino confortante, el vino de nuestra reparación.

Y mi Padre es el labrador. Dios nos cultiva, para que con su trabajo nosotros mejoremos, puesto que extirpa en nuestros corazones las malas semillas. Abre nuestro corazón con el arado de la palabra, planta las semillas de los preceptos, recoge fruto de la piedad.

Pero la vid de que aquí se trata era perfecta y no necesitaba del cuidado del agricultor. De ahí que todo el empeño del agricultor debía ser dedicado a los sarmientos. Los sarmientos son de la naturaleza de la vid, por lo que están unidos a Cristo con sarmientos de esa vid.

Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará (Jn 15, 2). Aquí se indica el trabajo del agricultor con los sarmientos malos, es decir, para desgajarlos de la vid. Por eso dice: *Todo sarmiento*, es decir, todo fiel, *que no diere fruto* en la vid, en mí, sin el cual nada puede fructificar, *lo quitará* de la vid. De donde se infiere que no sólo son desgajados de Cristo algunos porque obran mal, sino también porque son negligentes en hacer el bien. Por ese motivo decía de sí mismo el Apóstol: *Por la gracia de Dios soy aquello que soy, y su gracia no ha sido vana en mí* (1 Cor 15, 10). Y en San Mateo se lee que fue quitado el talento al que no sacó fruto de él, sino que lo escondió (Mt 25, 25-26). Y también que el Señor mandó arrancar la higuera estéril (Lc 13, 7).

Y todo aquél que diere fruto, lo limpiará, para que dé más fruto (Jn 15, 2). En este lugar se describe la solicitud del agricultor con los sarmientos buenos, estimulándolos para que fructifiquen más. Porque de hecho sucede con la vid natural que, teniendo el sarmiento muchos renuevos, fructifica menos por la dispersión de la savia entre todos, por lo cual los viñadores cortan los renuevos superfluos. Del mismo modo ocurre en el hombre; pues si el hombre bien dispuesto y unido a Dios inclina su afecto a cosas diversas, se aminora su virtud, y se hace más ineficaz para obrar bien. De ahí es que Dios, para que fructifique bien, corta y purifica frecuentemente tales impedimentos, enviando tentaciones y tribulaciones que le hacen más

robusto para obrar, y por eso dice: *lo limpiará*, aunque sea puro; pues nadie es tan puro en esta vida para que no deba ser limpiado más y más. Y esto *para que dé más fruto*, esto es, para que crezca en virtud, a fin de que sean tanto más productivos cuanto más limpios están.

(*In Joan XV, 1, 2*)

Domingo de la 24ª semana

PENAS DEL PURGATORIO

I. En el purgatorio hay dos clases de penas: una de daño, por la que se retarda la visión de Dios, y otra de sentido, que consiste en el castigo por el fuego corporal. La pena mínima de una y otra clase excede a la máxima de las de esta vida.

Cuanto más se desea una cosa, tanto más hace sufrir su ausencia, y como el amor con que se desea el sumo bien, después de esta vida, es muy intenso en las almas santas, porque la voluntad no se retarda por el peso del cuerpo, y también porque el plazo para gozar del sumo bien se cumple si no hay obstáculo; por todo esto, el retardo les resulta sumamente doloroso.

Del mismo modo también, como el dolor no es la lesión, sino el sentimiento de la lesión, tanto más se duele uno de lo que hiere cuanto más sensible es; por lo cual, las lesiones que tienen lugar en las partes muy sensibles, causan gran dolor. Y como toda la sensibilidad del cuerpo procede del alma, si el alma es herida, necesariamente sufre mucho. Debe admitirse que el alma sufre por el fuego corporal.

Por consiguiente, es necesario que la pena del purgatorio, sea de daño o de sentido, sea mayor que toda pena de esta vida.

(*4 Dist. XXI, q. I a. 1*)

I. En cuanto al lugar del purgatorio, no hay nada expresamente determinado en las Escrituras, ni pueden aducirse razones decisivas. Se dice que el purgatorio es un lugar inferior unido al infierno, de tal modo que un mismo fuego es el que atormenta a los condenados en el infierno, y el que purifica a los justos en el purgatorio, aun cuando los condenados, inferiores en merecimientos, deban estar en lugar inferior. Por eso dice San Gregorio que así como bajo un mismo fuego el oro brilla y la paja humea, así dentro del mismo fuego se quema el pecador y se purifica el elegido.

Lunes de la 24ª semana

INVOCACIÓN A LOS SANTOS

I. Debemos invocar a los santos.

Hay en las cosas este orden divinamente establecido: que los extremos se dirijan a Dios por los intermediarios. Y como los santos que están en los cielos se hallan lo más cerca posible de Dios, el orden de la ley divina requiere que nosotros, *que mientras estamos en el cuerpo vivimos ausentes de Dios* (2 Cor 5, 6), seamos conducidos a él por medio de los santos; y así se realiza, ya que por medio de ellos la bondad divina infunde en nosotros sus beneficios. Como, por otra parte, nuestro retorno a Dios debe corresponder al proceso de su bondad para con nosotros, si por intercesión de las santos llegan a nosotros los beneficios de Dios, es necesario que, para que recibamos nuevos beneficios, seamos conducidos al Señor por mediación de aquéllos. De esto procede que constituyamos a los santos intercesores nuestros ante Dios, cuando les pedimos que rueguen por nosotros. Aun cuando los santos superiores son más gratos a Dios que los inferiores, es útil, sin embargo, invocar asimismo, algunas veces, a los santos menores. Y esto por cinco razones:

1º) Porque a veces alguno tiene más devoción a un santo menor que a un santo mayor; y precisamente de la devoción depende más el resultado de la oración.

2º) Para combatir el fastidio, pues la asiduidad de una cosa engendra fastidio. Invocando a diversos santos, se excita un nuevo fervor de devoción.

3º) Porque a algunos santos se les ha dado un patrocinio singular en causas especiales.

4º) Para ofrecer a todos el honor debido.

5º) Porque con las oraciones de varios se obtiene a veces lo que no se lograría con la súplica de uno solo.

II. Los santos conocen nuestras oraciones.

La esencia divina es medio sobrado para conocer todas las cosas. Dios lo ve todo contemplando su propia esencia. No se sigue de aquí, sin embargo, que quien vea la esencia de Dios, conozca todas las cosas, sino

únicamente los que penetran la esencia de Dios. Y como los santos no penetran la esencia divina, no se sigue que conozcan todas las cosas que pueden ser conocidas por la esencia divina. Por lo cual, aun los ángeles inferiores son instruidos por los ángeles superiores en algunas cosas, por más que todos vean la esencia divina.

Pero cada uno de los bienaventurados ve en la esencia divina todo lo que le es necesario ver para la perfección de su bienaventuranza. Ahora bien, para la perfección de la bienaventuranza se requiere que el hombre posea todo lo que desea, y que no quiera nada desordenadamente. Todos quieren esto con voluntad recta; cada uno desea conocer lo que le concierne, y como a los santos no falta rectitud alguna, quieren conocer las cosas que a ellos se refieren; por consiguiente, conocerlas en el Verbo. Esto corresponde a su gloria; prestar ayuda a los necesitados para alcanzar la salvación. De este modo se hacen cooperadores de Dios, y nada hay más divino, como dice San Dionisio.

Por todo lo cual es manifiesto que los santos conocen todo lo que para eso se requiere. Y así resulta evidente que conocen en el Verbo los votos, las devociones y las oraciones de los hombres, que confían en su auxilio.

(4, *Dist.* 45, *q.* III, *a.* 1, 2)

Martes de la 24ª semana

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

Si no hicieréis penitencia, todos pereceréis de la misma manera (Lc 13, 3).

Es absolutamente necesario para la salvación aquello sin lo cual nadie puede alcanzar a ésta, como la Gracia de Cristo y el sacramento del Bautismo, por el que uno renace en Cristo. El sacramento de la Penitencia es necesario hipotéticamente porque no es necesario a todos, sino únicamente a los que están sujetos al pecado, pues se dice que *el pecado, cuando es consumado, engendra muerte* (Stgo. 1, 15). Y por consiguiente es necesario para la salvación del pecador que el pecado sea apartado de él, lo cual no puede verificarse sin el sacramento, en el que obra la virtud de la Pasión de Cristo por la absolución del sacerdote juntamente con la obra del penitente que coopera con la gracia a la destrucción del pecado; pues, como dice San

Agustín: "El que te crió sin ti, no te justificará sin ti"⁸¹. Es, por lo tanto, evidente que el sacramento de la Penitencia es necesario a la salvación después del pecado, como la medicina corporal, después que el hombre cae en una enfermedad peligrosa.

Rectamente dice San Jerónimo que la penitencia es la segunda tabla después del naufragio. Porque así como el primer remedio para los que pasan el mar está en que se mantengan dentro de la nave íntegra, y el segundo remedio, después de destrozada la nave, es adherirse a una tabla, así también el primer remedio en el mar de esta vida es que el hombre conserve la integridad; y el segundo es que, si por el pecado hubiere perdido la integridad, la recobre por la penitencia.

Ciertamente se lee en los Proverbios: *La caridad cubre todas las faltas* (10, 12), y más abajo: *Por la misericordia y por la fe se limpian los pecados* (Ibid., 15, 27). Pero desde el momento en que alguno incurre en el pecado, la caridad, la fe y la misericordia no libran al hombre del pecado sin la penitencia, porque la caridad requiere que el hombre se duela de la ofensa cometida contra el amigo, y que procure con empeño satisfacerle. Requiere también la fe que, por virtud de la Pasión de Cristo, que obra en los sacramentos de la Iglesia, procure justificarse de sus pecados; y requiere también la misericordia ordenada que el hombre, arrepintiéndose, preste auxilio a su propia miseria, en la que incurre por el pecado, según aquello de la Escritura: *El pecado hace miserables a los pueblos* (Prov 14, 34). Por lo cual dice el Eclesiástico: *Tú, que agradas a Dios, apiádate de tu alma* (30, 24).

(3^a, q. LXXXIV, a. 5, 6)

Miércoles de la 24^a semana

GOZO ESPIRITUAL

Gozaos siempre en el Señor; otra vez digo, gozaos. Vuestra modestia sea manifiesta a todos los hombres. El Señor está cerca (Filip 4, 4-5).

I. Es necesario a quien desea progresar en la virtud tener el gozo espiritual: *El corazón alegre hace la edad florida* (Prov 17, 22). El Apóstol señala aquí cuatro condiciones del verdadero gozo:

⁸¹ *Serm. 15 de Verb. Apost.*

1º) Debe ser recto, y posee esta cualidad cuando el motivo del gozo es el bien propio del hombre, que no es una cosa creada, sino Dios: *A mí bueno me es apegarme a Dios* (Sal 72, 28). Es recto cuando es en el Señor, y por eso dice: *en el Señor*.

2º) Continuo. Por eso dice: *siempre*. Eso tiene lugar cuando no es interrumpido por el pecado, pues entonces es continuo. Algunas veces es interrumpido por la tristeza temporal, lo cual es señal de la imperfección del gozo. Pues cuando la alegría es perfecta, es sin interrupción, porque no se preocupa de si dura poco. Por eso agrega: *siempre*.

3º) Múltiple; pues si gozas de Dios, debes alegrarte de su Encarnación. Por eso dice el Evangelio: *Os anuncio un grande gozo, que será a todo el pueblo: que hoy os ha nacido el Salvador* (Lc 2, 10-11). También debes alegrarte de la acción y de la contemplación: *Ni su conversación tiene amargura* (Sab 8, 16). Por otra parte, si te alegras del bien propio, debes igualmente alegrarte del bien de los demás. Si del bien presente, también del futuro. Por eso se dice: *otra*.

4º) Debe ser moderado, es decir, que no se derrame en los deleites como hace el gozo mundano: *Vuestra modestia sea manifiesta a todos* (Filip 4, 5); lo cual equivale a: "Sea tan moderado vuestro gozo que no llegue a la disipación." *El que es apacible vive con moderación* (Prov 12, 11). Y dice: *sea manifiesta a todos*, como queriendo decir: Sea vuestra vida tan moderada en las cosas exteriores, que no ofenda la mirada de nadie, pues dañaría a vuestra vida.

II. Cuando dice: *el Señor está cerca*, indica la causa del gozo. El hombre se alegra de la proximidad del amigo. El Señor está efectivamente cerca con la presencia de su majestad, como dicen los Hechos de los Apóstoles: *No está lejos de cada uno de nosotros* (Hechos 17, 27). También, está cerca por la proximidad de la carne, según dice el Apóstol: *Vosotros que en otro tiempo estabais lejos, os habéis acercado por la sangre de Jesucristo*. También lo está por la gracia que hay en nosotros: *Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros* (Stgo. 4, 8). Está cerca por su clemencia en escucharnos: *Cerca está el Señor de todos los que le invocan* (Sal 144, 18). Por último, está cerca para recompensar: *Cerca está ya su tiempo, y sus días no se alargarán* (Is 14, 1).

(In Phihp., IV)

Jueves de la 24ª semana

DURACIÓN DE LA CONTRICIÓN

I. La contrición debe durar hasta el fin de la vida.

En la contrición existe un doble dolor: uno de la razón, que es la detestación del pecado cometido; otro de la parte sensitiva, que es consecuencia de aquél. Para los dos el tiempo de la contrición es el estado de toda la vida presente. Mientras uno está en el estado de vía, detesta los inconvenientes que le retardan o impiden llegar al término del camino; y como por el pecado pasado se retarda nuestra marcha hacia Dios, porque no puede recuperarse el tiempo que estaba acordado para correr, es necesario que siempre durante esta vida persista el estado de contrición, en cuanto a la detestación del pecado. El hombre debe siempre dolerse de haber pecado; porque, si le agradase haber pecado, por eso mismo incurriría ya en pecado, y perdería el fruto del perdón.

Lo mismo hay que decir del dolor sensible, que es inspirado por la voluntad como una pena; y, porque si el hombre al pecar mereció pena eterna, y pecó contra Dios eterno, después que la pena eterna ha sido conmutada en pena temporal, debe conservar en él un dolor eterno, es decir, durante el estado de esta vida. Y por eso dice Hugo de San Víctor que Dios, al absolver de la culpa y de la pena eterna al hombre, lo ata con el vínculo de una detestación perpetua del pecado.

El dolor de contrición corresponde a la culpa por parte de la aversión, de la cual recibe cierta infinidad; por lo que también la contrición debe perdurar siempre.

La penitencia interior, con la que uno se duele del pecado cometido, y también la penitencia exterior, con la que se dan señales exteriores de dolor, pertenece al estado de los incipientes, es decir, de los que recientemente retornan del pecado. Pero la penitencia interior se da también en los aprovechados y perfectos, según aquello del Salmo (88, 7): *Dispuso subidas en su corazón, en el valle de lágrimas*. Por eso decía el Apóstol: *No soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios*. (1 Cor 15, 9).

2º) De qué modo debe la contrición ser continua.

Como la contrición es, por un lado, cierto desagrado experimentado por la razón, siendo un acto de la virtud de penitencia, nunca puede ser

superflua, ni en cuanto a su intensidad ni en cuanto a su duración, sino únicamente en el caso de que el acto de una virtud impida el acto de otra más necesaria en un momento. Por lo cual, cuanto más continuamente pueda el hombre permanecer en los actos de ese desagrado, tanto mejor es, con tal que a su tiempo se dedique a los actos de las otras virtudes, según convenga.

Pero las pasiones pueden tener algo de más y de menos, en cuanto a su intensidad y en cuanto a su duración. Y por consiguiente, así como la pasión del dolor que la voluntad ordena, debe ser moderada en su intensidad, así debe serlo en su duración, no sea que, si se prolonga demasiado, caiga el hombre en la desesperación o en la pusilanimidad y otros vicios semejantes.

(4, *Dist.*, XVII, q. 2)

Viernes de la 24ª semana

LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Bendita tú entre las mujeres (Lc 1, 28).

I. Eres bendecida por Dios Padre, porque comunicas con él en el mismo Hijo; por el Hijo porque le preparas digna morada; por el Espíritu Santo, porque por la acción de él engendras al Salvador del mundo.

II. Por los Ángeles, porque inicias en la tierra su vida, reparas su ruina y te humillas ante su mensaje.

III. Por los pecadores, porque les libras de sus angustias, les ayudas en los peligros, y les alcanzas el perdón de sus pecados.

IV. Por los justos, pues los escuchas en sus plegarias, los libras en las tentaciones, y les acrecientas la gracia por las virtudes.

V. Por las mujeres, porque las libras de sus enemigos. En efecto, a causa del pecado eran retenidas por el diablo, y despreciadas por Dios; mas la Bienaventurada Virgen las libró de los enemigos, ya que Cristo, su hijo, destruyó al diablo.

Las excusas ante el varón. Si el varón dice: "por ti soy condenado", la mujer puede responder: "por mí eres salvado".

Las honras ante Dios. Pues él las honró, ya que el mismo Hijo de Dios es hijo de la mujer, como dice el Apóstol: *Envió Dios a su Hijo, hecho de mujer* (Gal 4, 4). Por estas tres cosas se dice de ella: *Tú eres la gloria de*

Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo (Judit 15, 10).

VI. Tú eres bendecida por todas las criaturas porque amamantas a su Creador, las libras de sus manchas, esto es, limpias los pecados, y las repones en su primitivo estado. Porque el Hijo, a quien engendraste, las crió a todas, las purificó y las renovó.

Así, pues, oh Virgen bienaventurada, te bendigan Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. Te bendigan los Ángeles, los pecadores, los justos, las mujeres y todas las criaturas.

(Sermo XXXIII).

Sábado de la 24ª semana

EL PROGRESO EN EL AMOR, BAJO EL SÍMBOLO DEL CARBÓN, LA LLAMA Y LA LUZ

Tanto en las cosas naturales como en las morales se distinguen tres condiciones: el frío, lo tibio y el calor. Lo tibio es un estado medio entre dos extremos opuestos. Por lo tibio se pasa del frío al calor, y así, lo tibio es, a veces, laudable y bueno como camino y disposición para producir el calor, pero es insuficiente, porque el frío no desaparece en él, sino que sólo disminuye. Lo frío es, pues, el estado de pecado sin ningún rastro de amor; la tibieza es un estado de gracia, dada gratuitamente; el calor es el estado de gracia allí donde el frío, expulsado con anterioridad, perece y muere. También por lo tibio se efectúa el paso de lo caliente a lo frío, y por este lado la tibieza es vituperable, como se dice en el Apocalipsis: *Porque eres tibio... te comenzaré a vomitar de mi boca* (Apoc 3, 16).

En lo caliente existen tres grados: lo simplemente caliente, lo ferviente y lo ardoroso. El calor es el principio, el fervor es el incremento, el ardor es su complemento.

Existen tres clases de fuego: el carbón en la materia terrestre, la llama en la materia aérea, y la luz en su materia propia. Por ellas podemos simbolizar tres ardores diferentes según tres estados: el de los penitentes, el de los activos y el de los contemplativos.

1º) El estado de los penitentes tiene el ardor del carbón, donde el fuego está en materia terrestre: *Cuando limpiare el Señor las manchas de las hijas*

de Sión, y lavare la sangre de medio Jerusalén con espíritu de justicia, y con espíritu de ardor (Is 4, 4). Pero en este estado de penitencia se encuentran algunos tibios, pocos con calor, muy pocos fervorosos y poquísimos ardientes.

2º) El estado de los que progresan en el camino de las buenas obras tiene el ardor de llama, que tiende más hacia arriba, y naciendo de carbón, en parte es más noble en la materia y más brillante en la forma. En este estado encontrarás que no todos son ardientes, hay también algunos tibios, pocos fervorosos y rarísimos ardientes. Tienes ejemplo en aquéllos que decían: *¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros; cuando en el camino nos hablaba, y nos explicaba las Escrituras?* (Lc 24, 32). Considera quienes son los caminantes y por qué causas ardían. Advierte en ellos dos cosas: el movimiento y acción.

En su movimiento considera cuatro cosas: Iba dos juntos; sociedad de concordia en el número; son dos discípulos y no maestros; caminaban *aquel mismo día*, no de noche. En el término se designa el deseo de la perfección, *iban a Emaús*, que se interpreta deseo de consejo.

Sus actos son descriptos bajo tres aspectos: lo que piensan en su corazón, es decir, en la Pasión de Cristo; por eso iban *tristes*, y no disipados por las alegrías del mundo; lo que decían: no conversaban de cosas vanas, sino *de todas estas cosas que habían acaecido*; lo que hacen, es decir: ofrecen hospitalidad al peregrino. Y acercándose Jesús a estos viajeros, camina en su compañía; los increpa algún tanto, les declara las Escrituras, y así produce en ellos ardor.

3º) El estado de los que descansan en la paz de la contemplación tiene aquí el ardor de la luz; pero entre los contemplativos los encontrarás con calor, fervorosos, pero pocos ardientes. Así aparecen los Apóstoles que *estaban reunidos* en Jerusalén y recibían el fuego divino. De ellos dice San Gregorio: "Mientras reciben a Dios bajo el símbolo del fuego, suavemente se abrasan de amor." Así, pues, los principiantes arden muy útilmente, pero también con alguna aflicción; los que progresan, con más utilidad y menos aflicción; y los perfectos con mucha utilidad, sin ninguna aflicción y, por lo tanto, con suavidad. Ésta es la gran visión: ardor sin pena, suave, no pesado, y que tanta admiración causó a Moisés, porque *la zarza ardía, y no se quemaba* (Ex 3, 2).

(*De dilection. Dei.*)

Domingo de la 25ª semana

LA PRECIPITACIÓN

Se dice en los Proverbios: *El camino de los impíos es tenebroso; no saben dónde caerán* (4, 19). Los caminos tenebrosos de la impiedad pertenecen a la imprudencia, luego el caer o precipitarse corresponde a la imprudencia.

La precipitación en los actos del alma se dice metafóricamente, según la semejanza tomada del movimiento corporal, y se dice precipitación, según el movimiento corporal, lo que proviene de arriba abajo según cierta impetuosidad del propio movimiento o de alguno que empuja, no por descenso ordenado y gradual.

Lo más elevado del alma es la razón misma; lo ínfimo es la acción ejecutada por el cuerpo, y los grados intermedios, por los cuales es menester descender ordenadamente; son la memoria de lo pasado, la inteligencia de lo presente, la solercia en la consideración de los futuros acontecimientos, el raciocinio, que compara una cosa con otra, la docilidad, por la que uno se conforma con el parecer de los mayores; grados por los cuales efectivamente desciende uno ordenadamente aconsejándose con rectitud. Mas, si uno es llevado a obrar por el ímpetu de la voluntad o de la pasión, dejando a un lado estos grados, habrá precipitación. Así, pues, como el desorden del consejo pertenece a la imprudencia, es evidente que el vicio de la precipitación se contiene bajo la imprudencia.

Se llaman temerarias las acciones que no son regidas por la razón, lo cual puede ocurrir de dos modos: 1º, por ímpetu de la voluntad o de la pasión; 2º, por desprecio de la regla que dirige, y esto es propiamente la temeridad, por lo que parece provenir esa raíz de la soberbia, que rehúye someterse a la dirección ajena. Pero la precipitación se refiere a ambas.

(2ª 2ª, q. LIII, a. 3)

Lunes de la 25ª semana

LA PUREZA DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Gracia sobre gracia la mujer santa y pudente (Eccli 26, 19).

I. La Bienaventurada Virgen fue tal que no sólo poseyó la gracia común a todos, sino que sobre esa gracia poseyó la gracia santificante, que la santificó durante su vida y aun en el seno de su madre. San Agustín dice⁸²: "Cuando se trata de pecados, no quiero que haya cuestión alguna acerca de la madre del Señor. Exceptuada ella, si se reuniesen todos los santos y santas y se les preguntase si estaban sin pecado, ¿qué otra cosa podrían responder sino lo que dice la primera epístola de San Juan (1, 8): *Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros?* Por consiguiente, sólo ella puede decir de sí misma aquellas palabras del libro de Job (27, 6): *Mi corazón nada me remuerde en toda mi vida.*"

En este don no podemos imitarla, porque así como somos concebidos en pecado, también nacemos del mismo modo. Mas debemos considerar que quien preservó el seno de la virgen exige una morada limpia, no manchada, como dice el Profeta: *A tu casa conviene santidad, Señor (Sal 92, 5)*. La casa de Dios es nuestra alma, que en todo debe ser limpia y santa, para que no se diga de nosotros: *Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones (Mat 21, 13)*.

(Sal. ang. expos., II)

II. La Bienaventurada Virgen María supera aun a los Ángeles en pureza; porque no sólo es pura en sí misma, sino que también es fuente de la pureza para los demás; pues ella fue purísima en cuanto a la culpa, ya que no incurrió ni en pecado original, ni mortal, ni venial.

Tampoco incurrió en cuanto a la pena. Tres maldiciones fueron lanzadas contra el hombre a causa del pecado.

La primera fue fulminada contra la mujer, la que, concibiendo con corrupción, tendría embarazos penosos y pariría con dolor. Pero de ella estuvo inmune la Bienaventurada Virgen, pues concibió sin corrupción, llevó con consuelo y con alegría dio a luz al Salvador: *Copiosamente brotará, y con mucha alegría y alabanzas saltará de contento (Is 35, 2)*.

⁸² *De natur. et grat.*, c. 36.

La segunda fue lanzada contra el hombre, que comería su pan con el sudor de su frente. También estuvo exenta la Bienaventurada Virgen de ese cuidado, pues, como dice el Apóstol, las vírgenes están libres de los cuidados de este mundo, y sólo piensan en las cosas de Dios (1 Cor 7, 34).

La tercera fue común al hombre y a la mujer, que habían de ser convertidos en polvo. También de este castigo estuvo libre la Bienaventurada Virgen, ya que subió a los cielos con su propio cuerpo; y en efecto, creernos que, después de su muerte, fue resucitada y llevada al cielo. *Levántate, Señor, a tu reposo, tú y el arca de tu salvación* (Sal 131, 8).

Si, pues, estuvo inmune de toda maldición, fue bendecida entre las mujeres, porque sólo ella arrojó de sí la maldición, llevó la bendición y abrió la puerta del paraíso. Le conviene a ella por consiguiente el nombre María, que se interpreta “estrella del mar”; porque así como los navegantes son guiados al puerto por la estrella del mar, del mismo modo los Cristianos son conducidos a la gloria por María.

(*Sal. ang., exp. I*)

Martes de la 25ª semana

VISITACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Se lee que la Bienaventurada Virgen María hizo tres cosas, después de la concepción de Cristo, que señalan en sentido místico lo que debe imitar toda alma piadosa después de concebir espiritualmente al Verbo de Dios: subió a la montaña, saludó a Isabel y glorificó magníficamente al Señor. Por lo primero se significa la perfección de las virtudes; por lo segundo, el amor fraterno; por lo tercero, la alabanza y la alegría.

1º) *Levantándose María, fue con prisa a la montaña* (Lc 1, 39). Dice la Glosa: "Recibido el consentimiento de la Virgen, se va a los cielos el ángel, a quien imita la Virgen al marchar a la montaña. Del mismo modo el alma, que concibió (espiritualmente) al Verbo de Dios, sube a las cumbres de las virtudes progresando en el amor, para penetrar en la ciudad de Judá, esto es, en la fortaleza de la confesión y de la alabanza, y morar en ella unos tres meses hasta la perfección de la fe, de la esperanza y de la caridad." En esta subida hay tres cosas.: el valle del temor y de la humildad, la subida del trabajo y de la dificultad, la cima del amor o caridad. Por eso dice San

Bernardo: "La virtud quiere ser enseñada con humildad, ser adquirida con trabajo, ser poseída con amor." Y como estas tres cosas le pertenecen de derecho, no puede ser enseñada, adquirida o poseída de otra manera.

2º) *Y entró en la casa de Zacarías, y saludó a Isabel* (Lc 1, 40). El saludo es deseo de salud; desear salud al prójimo corresponde al amor fraterno; pues ésta es la forma verdadera de amar al prójimo, expresada en San Mateo: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (22, 39). El alma santa, después de haber concebido espiritualmente al Verbo de Dios, debe insistir en ese amor, pues se dice en San Juan: *Si nos amamos los unos a los otros, Dios está en nosotros, y su caridad es perfecta en nosotros* (1 Jn 4, 12). Y San Agustín dice: "Bienaventurado es el que te ama, ¡oh Dios mío!, y al amigo en ti, y al enemigo por ti". Y en otro lugar dice el mismo escritor: "¿Qué puede faltar donde está el verdadero amor? ¿Qué ventaja puede haber donde no hay amor?"

3º) *Mi alma engrandece al Señor* (Lc 1, 46). Es cántico de alabanza y de regocijo el que puede cantar toda alma santa, después de haber concebido al Verbo de Dios. Por eso aconseja San Ambrosio: "Que en cada uno de nosotros esté el alma de María glorificando a Dios, que esté en cada uno el espíritu de María regocijándose en Dios."

Qué cosa sea engrandecer a Dios lo explica el mismo San Ambrosio: "Dios es glorificado no porque la alabanza humana le añada alguna cosa, sino porque es engrandecido en nosotros, cuando nuestra alma, que ha sido creada a imagen de Dios, se asemeja por la justicia a Cristo, que es imagen del Padre. Y de este modo, cuando engrandece a Cristo, imitándolo, se hace más sublime por cierta participación de su grandeza, de modo que parece expresar en sí la misma imagen por el esplendor de las buenas obras y cierta emulación de virtud." Y Orígenes: "Cuando yo glorifico mi alma con obras, pensamientos y palabras, entonces se hace grande la imagen de Dios, y el mismo Señor, del cual es imagen, es glorificado en mi alma". Por último, dice San Beda: "Engrandece a Dios el alma del que consagra al servicio y a las alabanzas divinas todos los afectos de su hombre interior. Se regocija en Dios, su Salvador, el espíritu de aquél a quien nada de lo terreno agrada, a quien no ablanda la afluencia de las cosas caducas, a quien no quebranta ninguna adversidad, sino que únicamente le deleita el recuerdo de su Criador, del cual espera la salvación eterna."

(De Humanitate Christi)

Miércoles de la 25ª semana

OBRAS DE LOS RELIGIOSOS

¿Han de preferirse las obras de los religiosos a las obras de los que se dedican a la salvación de las almas?

1º) Ha de responderse que dos obras pueden compararse entre sí de muchas maneras. Primero, según su género, como cuando decimos que la continencia virginal es más excelente que la continencia de las viudas. Y en este sentido la vida activa es más fructuosa que la contemplativa, pero ésta es más meritoria que aquélla. Además, el celo de las almas es un sacrificio gratisísimo a Dios, si se ejercita ordenadamente, esto es, si uno cuida primero de su propia salvación y después de la salvación de los demás. Porque en caso contrario: *¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?* (Mt., 16, 26).

2º) Una acción es preferida a otra acción según la voluntad que la hace; porque lo que se hace con voluntad más pronta, es considerado mejor, y el que obra con más fervorosa caridad, ejecuta obras más meritorias.

3º) Una obra puede ser comparada con otra, no en sí, sino con relación con otro acto, como la abstinencia es preferible a la acción de tomar comida; sin embargo, tomar alimento con otro por caridad es preferible a la abstinencia.

Comparadas, de este modo, las obras del religioso son incomparablemente más excelentes que las obras de los que se consagran a la salvación de las almas; porque las que ejecutan los religiosos están unidas a aquella raíz por la que consagraron toda su vida a Dios. En consecuencia, no se ha de pesar lo que hacen, sino, más bien, con qué finalidad se consagraron a hacer todo lo que hacen. Así, comparados con los que ejecutan alguna buena obra singular, están en la relación de infinito con lo finito. Porque quien se entrega a alguno para hacer todo lo que éste mande, se entrega más infinitamente a él que quien se entrega para una acción determinada. Por eso, en el supuesto de que un religioso, según la exigencia de su religión, hiciere alguna obra pequeña en sí, habrá de recibir, sin embargo, mayor intensidad, por su relación con la obligación primera por la que todo él se consagró con voto a Dios.

4º) Si se comparan unas a otras las obras consideradas en sí mismas, entonces algunas obras particulares que ejecutan los demás sacerdotes son

mayores que algunas obras particulares hechas por los religiosos, como es mayor la obra de trabajar en la salvación de las almas que ayunar o guardar silencio o cosa semejante.

Pero si todas (las de los unos) se comparan a todas, las de los otros, son mucho mayores las obras de los religiosos; porque, aunque procurar la salvación de los otros es mayor que trabajar únicamente en la salvación propia, hablando en general, sin embargo, no se prefiere trabajar de cualquier modo en la salvación de los otros a trabajar de cualquier modo en la propia, pues si alguno trabaja total y perfectamente en su salvación, realiza una obra mucho mayor que el que hace muchas obras particulares para la salvación de los otros, y en su propia salvación trabaja suficientemente, pero no perfectamente.

(*Quodlib.*, q. V, a. 1)

Jueves de la 25ª semana

VISIÓN INMEDIATA DE DIOS

Ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti solo Dios verdadero (Jn 17, 3).

I. Como resulta imposible que un deseo natural quede insatisfecho, lo cual ocurriría, ciertamente, si no pudiera llegarse a conocer la sustancia divina, que desean naturalmente todos los espíritus, es necesario afirmar que es posible ver la sustancia de Dios por la inteligencia, y también por las sustancias separadas y por nuestras almas.

Esa visión inmediata de Dios se nos promete en la Escritura: *Ahora vemos como por espejo en obscuridad; mas entonces cara a cara* (1 Cor 13, 12). Esto no ha de entenderse corporalmente, de modo que imaginemos un rostro corporal en la misma divinidad, pues Dios es incorpóreo; ni tampoco es posible que con nuestra cara corporal veamos a Dios, pues la vista corporal que reside en nuestro rostro no puede tener por objeto sino cosas corporales. Así, pues, veremos la faz de Dios porque lo veremos inmediatamente, como al hombre a quien vemos cara a cara.

En esta visión nos asemejamos en gran manera a Dios y participamos de su bienaventuranza; porque Dios conoce su substancia por su esencia, y ésta es su felicidad. Por eso se dice en la Epístola 1ª de San Juan: *Cuando él apareciere, seremos semejantes a él, por cuanto nosotros le veremos así*

como él es (3, 2). Y el Señor dice en el Evangelio de San Lucas: *Dispongo yo del reino para vosotros, como mi Padre dispuso de él para mí. Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino* (22, 29-30). Esto no puede entenderse de comida y bebida corporal, sino de lo que se sirve en la mesa de la sabiduría, como agrega la misma divina sabiduría: *Comed mi pan, y bebed el vino que os he mezclado* (Prov 9, 5). Por lo tanto, sobre la mesa de Dios comen y beben los que gozan de la misma felicidad con que Dios es feliz, viéndolo del modo como él se ve a sí mismo.

(*Contra Gentiles, lib. III, cap. 51*)

II. *Ésta es la vida eterna*. Llamamos propiamente vivientes a los que mueven a sí mismos para obrar, y todas las acciones hacia las cuales se mueve el que obra se llaman obras de vida, como querer, entender, sentir, crecer y moverse. Entre esas obras de vida la más elevada es la de la inteligencia, que es el entender, y por eso la operación intelectual es sobre todo vida. Y como la inteligencia es vida, y comprender es vivir, se sigue que entender una cosa eterna es vivir con vida eterna. Pero Dios es un ser eterno; luego entender y ver a Dios es la vida eterna. Por eso dijo el Señor que en la visión de Dios consiste la vida eterna, es decir, principalmente y en su sustancia. El amor es el que mueve esta visión y es, en cierto modo, su complemento, porque en la delectación que proviene del goce divino y que produce la caridad, hay un complemento y esplendor de la bienaventuranza, pero su sustancia reside en la visión.

(*In Joan., c. XVII*)

Viernes de la 25ª semana

CÓMO PECA MÁS LEVEMENTE EL RELIGIOSO Y SE LEVANTA MÁS FÁCILMENTE

Si el religioso, no por desprecio, sino por debilidad o ignorancia, comete algún pecado, sin escándalo, que no va en contra del voto de su profesión, por ejemplo, ocultamente, peca más levemente en el mismo género de pecado que un seglar, porque, si su pecado es leve, queda absorbido por las muchas obras buenas que hace; y si es mortal, se levanta de él con mayor facilidad.

I. En primer lugar, por la intención recta que tiene puesta en Dios, la cual, si de momento se interrumpe, fácilmente vuelve a lo que era antes. Así,

sobre aquel pasaje del Salmo (36, 24). "*Cuando cayere, no se lastimará*", dice Orígenes: "Si el injusto peca, no se arrepiente ni sabe enmendarse de su pecado; en tanto que el justo sabe enmendarse, y corregirse; tal es el caso de aquél que, al decir: *No conozco a este hombre*, después que fue mirado por el Señor, supo llorar amarguísimamente; y del que, viendo desde la terraza aquella mujer, que despertó su deseo, supo decir: *He pecado, y he hecho el mal delante de ti* (Sal 50, 6)"⁸³.

También es ayudado por sus compañeros a levantarse, conforme con aquello del Eclesiastés (4, 10): *Si uno cayere, le sostendrá el otro*. ¡Ay del solo que cuando cae no tiene quien le levante!

II. En verdad los justos no pecan fácilmente por desprecio; sino que algunas veces caen en algún pecado por ignorancia o debilidad, del cual fácilmente se levantan.

Pero si llega a pecar por desprecio, se hacen pésimos y sumamente incorregibles, como se lee en el libro de Jeremías: *Quebraste mi yugo, rompiste mis ataduras, y dijiste: No serviré. Porque en todo cerro alto, y bajo todo árbol frondoso eras tú echada en tierra como ramera* (2, 20).

Por eso dice San Agustín: "Desde que comencé a servir a Dios, así como difícilmente he conocido mejores que los que han progresado en los monasterios, tampoco los he visto peores que los que cayeron en los monasterios"⁸⁴.

(2^a 2^{ae}, q. CLXXXVI, a. 10)

Sábado de la 25^a semana

PRESENTACIÓN DE CRISTO EN EL TEMPLO

Cristo quiso nacer bajo la ley *para redimir a aquéllos que estaban bajo la ley* (Gal 4, 5) y para que la justificación de la ley se cumpliera espiritualmente en sus miembros. Mas de la prole nacida se establece doble precepto en la ley. Uno general, que se refería a todos, a saber, que cumplidos los días de la purificación de la madre, se ofreciese un sacrificio por

⁸³ *Hom. IV in Psal. XXXVI.*

⁸⁴ *Epist. ad plebem Hipponensem*, 78, a. 147.

el hijo o la hija⁸⁵; y este sacrificio tenía por objeto, ya la expiación del pecado, en que la prole había sido concebida y nacida, ya también cierta consagración de la misma, puesto que entonces era presentada por vez primera en el templo. Por eso se ofrecía algo en holocausto y algo por el pecado.

Existía otro precepto especial en la ley acerca de los primogénitos, tanto en los hombres como en los animales, porque el Señor se había reservado para sí a todo primogénito de los hijos de Israel, puesto que, para librar al pueblo de Israel, había matado a los primogénitos de Egipto desde el hombre hasta los animales, con excepción de los primogénitos de Israel. Este mandato se establece en el Éxodo (XIII), en el que se prefiguraba Cristo, que es *el primogénito entre muchos hermanos* (Rom 8, 29). Luego, puesto que Cristo nació de mujer como primogénito y quiso nacer bajo la ley, demuestra el Evangelista haberse observado con él estas dos cosas: 1º) Lo que se refiere a los primogénitos, cuando dice: *Lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, como está escrito en la ley del Señor: Que todo varón que abriere matriz, será consagrado al Señor* (Lc 2, 22-23). 2º) Lo que pertenece comúnmente a todos, cuando dice: *Y para dar la ofrenda, conforme está mandado en la ley del Señor, un par de tórtolas o dos palominos* (Ibid., 24).

La humanidad de Cristo siempre estuvo muy presente a Dios, y sin embargo, debió ser presentada por nosotros. Porque así como el Hijo de Dios no se hizo hombre y fue circuncidado en la carne para propia utilidad, sino para hacernos dioses por su gracia y para que seamos circuncidados espiritualmente, así también es presentado al Señor por nosotros, para que nosotros mismos aprendamos a presentarnos a Dios. Y esto se hizo después de su circuncisión, para demostrar que nadie es digno de las miradas de Dios si no está circuncidado de sus vicios.

Se manda, efectivamente, en el Levítico (XII) que quienes pudiesen ofrecieran por el hijo o hija un cordero y además una tórtola o paloma; pero los que no pudieran ofrecer un cordero, ofreciesen dos tórtolas o dos pichones. El Señor que, *siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro, a fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza* (2 Cor 8, 9), quiso que se ofreciese por él la ofrenda de los pobres, del mismo modo que en su nacimiento quiso ser envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.

(3ª q. XXXVII, a. 3)

⁸⁵ Lev XII.

Domingo de la 26ª semana

TRES GRADOS DE CARIDAD

I. Como dice San Agustín⁸⁶: "Cuando nace la caridad, es alimentada", lo cual pertenece a los que comienzan; "cuando está alimentada, se fortifica", lo cual corresponde a los que progresan; y "cuando está fortalecida, se perfecciona", lo cual es propio de los perfectos.

El crecimiento espiritual de la caridad puede considerarse de una manera semejante al crecimiento corporal del hombre, el que, aunque puede distinguirse en muchas partes, tiene, sin embargo, algunas distinciones determinadas, según las determinadas acciones o estudios a los que el hombre llega por el aumento. Así también se distinguen los diversos grados de la caridad según los diversos esfuerzos a que el hombre llegue por aumento de la caridad.

II. Primeramente, pues, el estudio principal del hombre consiste en apartarse del pecado y resistir a sus concupiscencias, que le mueven en sentido contrario a la caridad; y esto pertenece a los que comienzan, en los cuales la caridad debe ser alimentada y fomentada para que no se corrompa.

El segundo estudio que el hombre hace después tiene por objeto principal progresar en el bien; y esto pertenece a los que progresan, que tienden principalmente a que la caridad se robustezca en ellos por el aumento.

El tercero consiste en que el hombre procure principalmente unirse a Dios y gozar de él; y esto pertenece a los perfectos, que desean ser *desatados de la carne, y estar con Cristo* (Filip 1, 23); como también observamos en el movimiento corporal, cuyo primer paso es el alejamiento del punto de partida; el segundo, que consiste en aproximarse al término; y el tercero, que tiene por objeto descansar en el mismo término.

Aquéllos en quienes comienza la caridad, aunque progresen, tienen sin embargo más cuidado para resistir a los pecados cuyos ataques les inquietan. Pero después sienten menos estos ataques, y con más seguridad se dirigen a lo perfecto, practicando por una parte el bien, y por otra teniendo su mano sobre la espada, como se dice en Esdras de los que edificaban a Jerusalén: *Con la una mano trabajaban en la obra y con la otra tenían la espada* (Esdra., lib. II, cap. IV, 17).

⁸⁶ *Super I Can. Joan., tract. 5.*

Los perfectos progresan también en la caridad; pero no es éste su cuidado principal, sino que ya su mayor afán consiste en unirse a Dios; y aunque también buscan esto los que comienzan y los que progresan, sin embargo, están preocupados aún otras cosas: los que comienzan piensan, sobre todo en evitar los pecados; y los que progresan, en adelantar en las virtudes.

(2^a 2^{ae}, q. XXIV, a. 9)

Lunes de la 26^a semana

SI LA OBEDIENCIA PERTENECE A LA PERFECCIÓN RELIGIOSA

La perfección religiosa consiste principalmente en la imitación de Cristo, según aquellas palabras del Evangelio: *Si quieres ser perfecto... sígueme* (Mt 19, 21). Pero en Cristo se recomienda, sobre todo, la obediencia, según dice el Apóstol: *Hecho obediente hasta la muerte* (Filip 2, 8).

I. El estado religioso es cierta disciplina o ejercicio para dirigirse a la perfección; y es conveniente que todos los que se instruyen o ejercitan para llegar a algún fin, sigan la dirección de alguno, por cuyo arbitrio sean instruidos y ejercitados para llegar a aquel fin, como los discípulos bajo el maestro; y por, eso es menester que los religiosos se sometan a la instrucción y órdenes de alguno en las cosas que pertenecen a la vida religiosa. El hombre se somete al imperio y a la instrucción de otro por la obediencia; luego ésta se requiere para la perfección de la religión.

Como dice el Filósofo: "Los hombres que se ejercitan en las obras llegan a formar hábitos de ellas, y adquiridos éstos, pueden ejecutar mucho mejor aquellas mismas obras"⁸⁷. De modo que, obedeciendo, llegan a la perfección los que aún no la han conseguido; y los que ya la han alcanzado están más prestos a la obediencia, no porque necesiten ser dirigidos para adquirirla, sino para perseverar en lo que a ella pertenece.

II. Y aun cuando las acciones hechas por obediencia procedan de cierta necesidad, esto es, de precepto; son, empero, sumamente gratas a Dios; porque la necesidad de coacción produce ciertamente lo involuntario, y por lo tanto excluye la razón de alabanza y de mérito; mas la necesidad

⁸⁷ *Ethic.*, lib. II, cap. 1.

que sigue a la obediencia no es necesidad de coacción sino de libre voluntad, en cuanto el hombre quiere obedecer, aunque tal vez no quiera cumplir lo que se le manda, considerado en sí mismo; y así, puesto que el hombre, mediante el voto de obediencia, se somete por Dios a la necesidad de hacer algo que en sí no le agrada, por lo mismo, esto que hace resulta más acepto a Dios, aunque sea menor; porque el hombre no puede ofrecer a Dios cosa mayor que someter su voluntad a la de otro por causa de él. Por lo cual se dice en las "Colaciones de los Padres" que "el peor género de monjes es el de los sarabaítas, porque se ocupan de sus necesidades, y, libres del yugo de los ancianos, tienen libertad de hacer lo que les place; y sin embargo pasan los días y las noches trabajando más que los cenobitas"⁸⁸.

(2^a 2^{ae}, q. CLXXXVI, a. 5)

Martes de la 26^a semana

ADHESIÓN A CRISTO

Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14, 6).

I. El camino es el mismo Cristo, porque por medio de él tenemos acceso al Padre. Pero como este camino no está distante del término, sino unido a él, añade: *verdad y vida*. Y así es al mismo tiempo camino y término; camino por su humanidad; término, por su divinidad. Por eso dice en cuanto hombre: *Yo soy camino*; y en cuanto Dios añade: *Verdad y vida*. Estas dos cosas designan convenientemente el término de esta vida. Porque el término de este camino es el fin del deseo humano; ahora bien, el hombre desea dos cosas principalmente: conocer la verdad y continuar siendo lo que es. Y Cristo es el camino para conocer la verdad, porque él mismo es la verdad. Es también camino para llegar a la vida, porque él es la vida.

II. De este modo Cristo se designó a sí mismo como camino unido al término, pues él es término que contiene en sí todo lo que se puede desear, a saber: la verdad y la vida. Si buscas, por lo tanto, por dónde pasar, recibe a Cristo, pues él es el camino. *Éste es el camino, andad en él* (Is 30,21). Y San Agustín dice: "Anda por el hombre, y llegarás a Dios." Porque es mejor cojear en el camino, que correr fuera del camino:: El que cojea en el camino, aun cuando adelante poco, se acerca al término; pero el que anda fuera del camino, cuanto más corre tanto más se aleja del término.

⁸⁸ *Collat.* 18, cap. 7.

Si buscas, por consiguiente, adónde ir, adhiérete a Cristo, pues él es la verdad, a la que deseamos llegar.

Si buscas donde permanecer, únete a Cristo, porque él es la vida: *Quien me hallare, hallará la vida, y sacará salud del Señor* (Prov 8, 35).

III. Allí hay seguridad. Si quieres estar seguro, adhiérete a Cristo; no podrás desviarte, porque él es el camino. De ahí que quienes se adhieren a Cristo no andan fuera de camino, sino por el camino recto. Por otra parte, no puede ser engañado, porque él es la verdad, y enseña toda verdad. No puede, además, ser turbado, porque él es vida y la fuente de la vida. *Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia* (Jn 10, 10). Porque, como asegura San Agustín⁸⁹, dice el Señor: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*, como si dijese: *¿Por dónde quieres ir? Yo soy el camino. ¿Adónde quieres ir? Yo soy la verdad. ¿Dónde quieres permanecer? Yo soy la vida.*" Pues, según dice San Hilario⁹⁰, el que es camino no conduce a lugares extraviados, ni engaña con el error el que es la verdad, ni lleva a la muerte el que es vida.

O de otro modo, tres cosas hay en el hombre que pertenecen a la santidad, a saber: la acción, la contemplación y la intención; y estas tres cosas se perfeccionan por Cristo. Porque es camino para los que ejercitan la vida activa; Cristo es verdad para los que perseveran en la contemplación; y dirige la intención de los activos y contemplativos hacia la vida eterna. Así, pues, el Señor es, para nosotros, camino por el cual vamos hacia él, y por él al Padre.

(In Joan., XIV)

Miércoles de la 26ª semana

LA PERFECCIÓN RELIGIOSA CONSISTE EN LOS TRES VOTOS

El estado de religión puede ser considerado en tres aspectos: en que es cierto ejercicio para tender a la perfección de la caridad; en que tranquiliza el ánimo del hombre de las preocupaciones externas, conforme con lo que dice el Apóstol: *Quiero que viváis sin inquietud* (1 Cor 7, 32); y en que es

⁸⁹ De verbis Domini, serm., 54.

⁹⁰ *De Trinitate*, 7.

un holocausto, por el cual uno se ofrece totalmente a Dios a sí mismo y sus cosas. Según esto, el estado religioso se completa con los tres votos.

1º) En cuanto al ejercicio de perfección, requiere que uno aleje de sí aquellas cosas que pueden impedir que su afecto tienda totalmente a Dios, y en ello consiste la perfección de la caridad. Estas cosas son tres: la ambición de los bienes exteriores, que se destruye por el voto de pobreza; la concupiscencia de los deleites sensibles, entre los cuales llevan la preferencia los deleites carnales, que son excluidos por el voto de continencia; el desorden de la voluntad humana, que se excluye por el voto de obediencia.

2º) La inquietud de los cuidados seculares afecta al hombre en lo que atañe principalmente a tres cosas: 1ª, la libre disposición de las cosas exteriores, y este afán se descarta del hombre por el voto de pobreza; 2ª, al gobierno de la esposa y de los hijos, lo cual se elimina con el voto de continencia; 3ª, a la disposición de los propios actos, la cual desaparece con el voto de obediencia, por el que uno se somete a las órdenes de otro.

3ª) Hay holocausto cuando uno ofrece a Dios todo lo que tiene. Tres bienes tiene el hombre: el bien de las cosas exteriores, las que efectivamente y de manera total uno ofrece a Dios por el voto de pobreza voluntaria; el bien del propio cuerpo, que el hombre ofrece por el voto de continencia, pues por él renuncia a los mayores deleites corporales; y el bien del alma, que el hombre ofrece a Dios por el voto de obediencia y que consiste en el ofrecimiento de la propia voluntad, por la cual el hombre usa de todas las potencias y hábitos del alma.

(2ª 2ª q. CLXXXVI, a. 7)

Jueves de la 26ª semana

JESÚS LLAMA A LA PUERTA

He aquí que yo estoy a la puerta, y llamo (Apoc 3, 20).

Yo estoy, en espera de la penitencia. *Aguarda el Señor, para tener misericordia de vosotros (Is 30, 18).* Y en el Cantar de los Cantares: *Vedle que él mismo está tras nuestra pared (2, 9).* A la puerta del corazón, que es el libre albedrío. *Ninguno de vosotros salga de la puerta de su casa hasta la mañana (Ex 12, 22).* Esta puerta está cerrada, mientras el hombre tiene

voluntad de pecar, de modo que el Señor no puede entrar, pues como dice el libro de la Sabiduría: *En alma maligna no entrará la sabiduría* (1, 4).

Y llamo, inspirando, azotando, predicando, y concediendo beneficios: *La voz de mi amado que toca: Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, sin mancilla* (Cant V, 2).

Si alguno oyere (Apoc 3, 20), es decir, con un oído del corazón, que es la inteligencia, y con el otro, que es la obediencia, *mi voz*, es decir, mi inspiración, o flagelación, o predicación o colación de beneficios que se dicen voz de Dios, porque por ellas nos llama a sí el Señor, y sin embargo son pocos los que escuchan.

Y me abriere la puerta de su corazón, es decir, la voluntad, por la cual entra Cristo al alma, y que se dice abrirse a Cristo por el consentimiento en el bien, y al diablo por el consentimiento en el mal.

Entraré a él infundiéndole la gracia, como entra el sol en la casa por la ventana abierta, introduciendo sus rayos, pues el sol no entra de otra manera si no se abre la puerta, y una vez abierta ésta, entra.

Y cenaré con él, esto es, me deleitaré en su fe y obras. *Y él conmigo*, porque se alegrará de mi auxilio. *O cenaré con él y él conmigo*, es decir, me reconciliaré con él y él conmigo. Porque la cena común es señal de reconciliación mutua y de amor recíproco.

También cena Dios con el hombre infundiéndole la gracia, con la cual es confortado el hombre, y el hombre con Dios, correspondiendo a la gracia; y así el uno cena con el otro poniendo cada cual su parte.

Pero Dios cena primero con el hombre, porque obra con anterioridad, infundiendo la gracia o excitando el libre albedrío; y el hombre cena después con Dios, cooperando a la gracia o consintiendo a la inspiración. Por eso se dice en la epístola a los Hebreos: *Atendiendo a que ninguno falte a la gracia de Dios; porque brotando alguna raíz de amargura no os impida* (Hebr 12, 15).

Asimismo cena Dios con el hombre reconfortándole en sus merecimientos. Y así dice Isaías: *Éste es mi reposo, reparad al cansado, y éste es mi refrigerio* (Is 28, 12). Y el hombre cena con el Señor en los dones que le perfeccionan: *Seré saciado cuando apareciere tu gloria* (Sal 16, 15).

Igualmente cena el Señor con el hombre aquí abajo; y el hombre, con Dios en el cielo. Pero la cena con que Dios obsequia al hombre es mejor que la que el hombre ofrece a Dios, pues, como dice el Apóstol: *Porque entiendo que no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria*

venida que se manifestará en nosotras (Rom 8, 18). Por lo tanto, dice el Evangelista San Juan: Bienaventurados los que han sido llamados a la cena de las bodas del Cordero (Apoc 19, 9).

(In Apoc., c, III)

Viernes de la 26ª semana

LA IMPRUDENCIA

Hay tesoro apetecible, y aceite en la morada del justo; mas el hombre imprudente lo disipará (Prov 21, 20).

I. El tesoro espiritual de la gracia no se quita sino por el pecado, mas se quita por la imprudencia; luego la imprudencia es pecado.

Se llama imprudencia que comete alguno cuando carece de la prudencia que naturalmente debe tener, y según esto la imprudencia es pecado por razón de la negligencia, por la que uno no pone empeño en adquirir la prudencia. También se dice que hay imprudencia cuando la razón se mueve u obra de un modo contrario a la prudencia; por consiguiente si esto tiene lugar por el apartamiento de las reglas divinas, es pecado mortal; por ejemplo, si alguno, como despreciando y rechazando las advertencias divinas, obra precipitadamente; pero, si obra fuera de ellas sin desprecio ni detrimento de lo necesario para la salvación, entonces es pecado venial.

II. La imprudencia es un pecado general por participación; porque así como la prudencia es participada en cierto modo por todas las virtudes, en cuanto es directiva de ellas, así también la imprudencia lo es por todos los vicios y pecados; porque ningún pecado puede tener lugar si no existe defecto en algún acto de la razón directiva, lo cual pertenece a la imprudencia.

También es un pecado general la imprudencia si contiene bajo sí diversas especies, y esto de tres modos:

1º) Por oposición a las diversas partes subjetivas de la prudencia; porque así como la prudencia se distingue en monástica, que es directiva de uno solo, y en otras especies, que son directivas de la multitud, así también la imprudencia.

2º) Según las partes como potenciales de la prudencia, que son las virtudes adjuntas, y se consideran según los diversos actos de la razón, y de

este modo, en cuanto al defecto de consejo, es precipitación o temeridad; en cuanto al defecto de juicio, es inconsideración; en cuanto al mismo precepto, que es el acto propio de la prudencia, es inconstancia y negligencia.

3º) Por oposición a las cosas que se requieren para la prudencia, que son como partes integrantes de esta virtud. Mas porque todas aquéllas se ordenan a dirigir los tres actos mencionados de la razón, todos los defectos opuestos se reducen a las cuatro partes indicadas, como la falta de precaución y de circunspección se incluyen en la inconsideración; pero el que uno obre en contra de la docilidad, de la memoria o de la razón, pertenece a la precipitación, como la imprevisión y defecto de inteligencia y de habilidad pertenecen a la negligencia e inconstancia.

(2ª 2ª, q. LIII, a. 1 y 2)

Sábado de la 26ª semana

DEBE CREERSE EN LA VIDA ETERNA

I. Convenientemente con el fin de todos nuestros deseos, es decir, la vida eterna, termina el Símbolo de la fe en estas palabras: *creo en la vida eterna*. Amén. Se pone ese artículo contra los que dicen que el alma perece con el cuerpo. Porque si esto fuese verdadero, el hombre sería de la misma condición que los brutos, y a éstos les conviene lo que dice el Salmo (48, 21): *El hombre, cuando estuvo en honor, no lo entendió; ha sido comparado a las bestias insensatas, y se ha hecho semejante a ellas*. Porque el alma humana se asemeja a Dios en la inmortalidad; mas por la sensibilidad se asemeja a las bestias. Así, pues, cuando uno cree que el alma muere con el cuerpo, se aparta de la semejanza de Dios y se compara a las bestias. Contra éstos dice la Escritura: *Ni esperaran galardón de justicia, ni hicieron cuenta de la honra de las almas santas. Por cuanto Dios creó al hombre inextermible, y lo hizo a la imagen de su semejanza* (Sab 2, 22-23).

II. Ahora es fácil creer por el testimonio de Cristo. Porque es necesario que el hombre conozca dos cosas: la gloria de Dios y la pena del infierno. Porque cautivados por la gloria de Dios y aterrados por las penas, los hombres se ponen en guardia y se apartan de los pecados. Pero es muy difícil al hombre conocer esas cosas. Por eso se dice de la gloria en el libro de la Sabiduría: *Pues lo que está en los cielos ¿quién lo investigará?* (9, 46).

Esto es difícil a los terrenos, porque como se dice (en el cuarto Evangelio): *El que es de la tierra, terreno es, y de la tierra habla* (Jn 3, 31); pero no es difícil a los espirituales, porque *el que viene del cielo, sobre todo es* (Ibid). Por consiguiente, Dios descendió del cielo y se encarnó para enseñarnos las cosas celestiales.

También era difícil conocer las penas del infierno: *Ni se ha conocido quien haya tornado de los infiernos* (Sab 2, 1). Esto se dice en persona de los impíos, pero ahora no puede decirse, porque así como descendió del cielo para enseñar las cosas celestiales, así también resucitó de los infiernos para darnos a conocer las cosas del infierno.

(In Symbol.)

Domingo de la 27ª semana

MODO DE CONOCER LOS SECRETOS DIVINOS

A éste, pues, hizo una seña Simón Pedro, y le dijo: ¿Quién es de quien habla? (Jn 13, 24).

I. Pedro quiere saber de quién decía el Señor: *Uno de vosotros me entregará* (Ibid., 21). Apareciendo siempre (Pedro) en los Evangelios como más audaz y el primero en replicar a causa del fervor de su amor, ¿por qué calla ahora? ¿Por, qué confía a otro la pregunta? La razón es triple, según San Juan Crisóstomo: 1º) Cómo acababa de ser reprendido por el Señor al rehusar que le lavase los pies, temía ahora molestar al Señor. 2º) No quería Pedro que el Señor lo manifestase públicamente, de modo que los otros pudieran oírlo. Por consiguiente, como estaba separado de Cristo, incita a preguntar a Juan, que estaba más cerca de Cristo. 3º) Hay también una razón mística. Juan simboliza la vida contemplativa, y Pedro la activa. Pedro es instruido por Cristo mediante Juan; pues la vida activa es ilustrada acerca de las cosas divinas por medio de la contemplativa. *María, sentada a los pies del Señor, escuchaba las palabras de éste; pero Marta estaba afanada de continuo en los quehaceres de la casa* (Lc 10, 39-40).

Él, entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: ¿Señor, quién es? (Jn 13, 25).

Debe advertirse que cuando Pedro hizo señas a Juan para que preguntase, descansaba Juan en el regazo de Jesús; mas ahora pregunta Juan, que se recuesta sobre el pecho del Señor. Porque el pecho está más

cerca de la boca que el regazo. Por lo tanto, Juan, deseando escuchar más secreta y silenciosamente la respuesta, sube del regazo al corazón.

Con esto se da a entender místicamente que cuanto más desea el hombre recibir los secretos de la divina sabiduría, tanto más debe tratar de acercarse a Jesús, como dice el Salmo: *Llegaos a él, y seréis iluminados* (Sal 33, 6). Porque los secretos de la divina sabiduría son revelados principalmente a los que están unidos a Dios por el amor, según dice la Escritura: *Anuncia de ella a su amigo, que es posesión de él* (Job 36, 33). *Viene su amigo, y lo sondeará* (Prov 18, 17).

(In Joan., XIII)

Lunes de la 27ª semana

OTRAS UTILIDADES DE LA LEY DEL AMOR

1º) La caridad obra el perdón de los pecados; pues si alguien ofendiere a otro y después lo amare íntimamente, borra la ofensa con el amor; del mismo modo Dios perdona los pecados a los que le aman. Tal vez dirá alguno: si es suficiente la caridad para destruir los pecados, no es necesaria la penitencia. Pero debe considerarse que nadie ama de veras si realmente no se arrepiente; pues cuanto más amamos a alguno, más nos dolemos de haberle ofendido, y esto es efecto de la caridad.

2º) Produce la iluminación del corazón como dice Job: *Nosotros estamos envueltos en tinieblas* (37, 19), pues frecuentemente ignorarnos qué debemos hacer o desear, pero la caridad nos enseña todo lo necesario a la salvación; por eso se dice: *su unción os enseña todas las cosas* (1 Jn 2, 27). Esto es así porque donde está la caridad allí está el Espíritu Santo que conoce todas las cosas y nos conduce por el camino recto. Por eso se dice en el Eclesiástico: *Los que teméis a Dios, amadle, y serán iluminados vuestros corazones* (2, 10).

3º) Perfecciona en el hombre la perfecta alegría; pues nadie tiene verdaderamente alegría si no vive en caridad. Todo el que desea algo, no goza, ni se alegra, ni descansa hasta alcanzarlo; y suele suceder en las cosas temporales que, cuando no se las posee, se apetecen, y, una vez poseídas, se desprecian y engendran fastidio; pero no ocurre lo mismo en las cosas espirituales; es más, quien ama a Dios, lo posee, y por eso el ánimo del que ama y desea descansa en él.

4º) La caridad nos da la paz perfecta. Acaece que las cosas temporales son deseadas frecuentemente, pero una vez poseídas, no descansa el ánimo del que desea; es más, poseída una cosa, se apetece otra: *Los impíos son como el mar agitado, que no puede estar en calma* (Is 57, 20). *No hay paz para los impíos* (Ibid., 21). Pero no ocurre así en la caridad con Dios. Pues quien ama a Dios, posee paz perfecta: *Mucha paz para los que aman tu ley; y no hay para ellos tropiezo* (Sal 118, 165.) Y esto es así, porque sólo Dios basta para llenar nuestro deseo; él es mayor que nuestro corazón, y por eso dice San Agustín: "Tú, oh Dios mío, nos has creado para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti"⁹¹.

5º) La caridad otorga al hombre una gran dignidad. Todas las criaturas sirven a la divina majestad, como las obras de arte sirven al artista; mas la caridad convierte a los hombres de siervos en libres y amigos. Por eso dijo el Señor a los Apóstoles: *No os llamare ya siervos... os he llamado amigos* (Jn 15, 15.) Y la caridad no solamente hace libres, sino también hijos, es decir, que *tengamos nombre de hijos de Dios, y lo seamos* (1 Jn 3, 1.) Pues un extraño se hace hijo adoptivo de otro cuando adquiere para sí el derecho a su herencia; así la caridad adquiere el derecho a la herencia de Dios, que es la vida eterna. *Ved cómo han sido contados entre los hijos de Dios* (Sab 5, 5.)

(In Decalog., III)

Martes de la 27ª semana

EVITAR LA SOLICITUD EXCESIVA DE LAS COSAS TEMPORALES Y BUSCAR UNA SOLA COSA

Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola cosa es necesaria. (Lc 10, 41-42).

I. La solicitud de las cosas temporales puede ser ilícita de tres maneras:

1ª) De parte del objeto de que nos inquietamos, esto es, si buscamos en las cosas temporales nuestro fin último.

2ª) Por el superfluo estudio que se pone para procurarlas, por el cual el hombre se retrae de las cosas espirituales, a las que preferentemente debe

⁹¹ *Confess.*, lib. III, cap. I.

dedicarse: Por eso se dice: *Los cuidados de este siglo... ahogan la palabra* (de Dios). (Mt 13, 22).

3ª) Por el temor exagerado de que a uno le falte lo necesario si hace lo que debe; lo cual ha sido prohibido por el Señor, por tres motivos: primero, por los mayores beneficios dados por Dios al hombre, sin solicitud de su parte, cuales son el cuerpo y el alma; en segundo lugar, a causa de la subsistencia que Dios asegura a los animales y a las plantas, según sus necesidades, sin intervención, del hombre; y en tercer lugar, por la divina Providencia, por ignorancia de la cual los gentiles se dedican más principalmente a buscar los bienes temporales.

Por esto concluye que nuestra solicitud debe tener principalmente por objeto los bienes espirituales, esperando que también nos darán los bienes temporales de acuerdo con la necesidad, si cumplimos lo que debemos.

(2ª 2ªe, q. LV, a. 6)

II. Debemos buscar una sola cosa: en verdad una sola es necesaria. (Lc 10, 42).

Estando Marta muy afanada en muchas cosas, quiso el Señor atraerla a una sola. La perfección del hombre consiste en que su corazón se ligue a una sola, ya que cuanta mayor unidad haya en él tanto más semejante es a Dios, que es verdaderamente uno. *Una sola cosa he pedido al Señor* (Sal 26, 4). Pero en contra de esto padece el que busca las riquezas o las cosas del mundo, pues se llena de muchos deseos, y su corazón es arrastrado a cosas diversas.

(In 1ªm Tim., VI)

Por eso también el Espíritu Santo realizó la purificación de la Bienaventurada Virgen, como preparándola para la concepción de Cristo; esa purificación no fue de alguna impureza de culpa o de concupiscencia, sino que consistió en reconcentrar más profundamente su alma en una sola cosa, y en separarla de la multitud.

(3ª, q. XXVII, a. 3 ad 3ªm)

Ese uno, al cual se adhiere el hombre por la caridad, es Dios. En esto consiste la perfección del hombre: en unirse a Dios por la caridad. El alma puede unirse perfectamente a Dios de dos modos; refiriendo actualmente a Dios todas sus acciones y conociéndolo en la forma en que es cognoscible, lo cual se verifica en el cielo.

Pero la adhesión a esta vida en que estamos es doble: una necesaria para la salvación, a la cual todos están obligados, es decir, que nadie debe

aplicar su corazón a lo que es contra Dios, sino que habitualmente debe referir a él toda la vida. Acerca de este modo dice el Señor: *Amarás al Señor tu Dios*, etc. (Mt 22, 37). La otra es de supererogación, cuando alguno se une a Dios más allá del estado común a todos, lo cual se verifica apartando el corazón de las cosas temporales, y así se acerca más a la patria celestial, porque cuanto más se debilita la ambición, tanto más crece la caridad.

(*In Phil.*, III)

Miércoles de la 27ª semana

DIOS PADRE NUESTRO

I. Dios se llama Padre nuestro por razón de nuestra creación singular, porque nos creó a su imagen y semejanza, a diferencia de las demás criaturas inferiores. También por razón de su providencia, pues aunque gobierna a las demás cosas, a nosotros nos gobierna como a señores, y a las demás cosas como a siervos. Además, por razón de la adopción, porque a las demás criaturas les dio pequeños dones, pero a nosotros nos dio su herencia, porque somos hijos, como dice el Apóstol: *Si hijos, también herederos* (Rom 8, 17), y en el versículo 15 había dicho: *Porque no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba, Padre.*

II. Cuatro cosas le debemos a Dios:

1º) El honor. *Si yo soy Padre, ¿dónde está el honor que se me debe?* (Malaq. 1, 6). Ese honor debido a Dios consiste en tres cosas, una de las cuales es el tributo de alabanza debido a Dios: *El que ofrece sacrificios de alabanza me da gloria* (Sal 49, 23), alabanza que no debe ser únicamente de boca, sino también de corazón. Por eso se queja el Señor según Isaías: *Este pueblo me honra con sus labios; pero su corazón está lejos de mí* (29, 13). El honor debido a Dios consiste también en la pureza del cuerpo para nosotros mismos: *Glorificad a Dios, y llevadle en vuestro cuerpo* (1 Cor 6, 20), y en la equidad de juicio para con el prójimo: *El honor del rey ama la justicia.* (Sal 99, 4).

2º) La imitación, porque es padre: *Me llamarás padre y no cesarás de ir en pos de mí* (Jer 3, 19). Esta imitación consiste en tres cosas. En el amor: *Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos muy amados, y vivid en el amor*

(Ef 5, 1-2). Es necesario que ese amor sea de corazón, para que no sea simulado. En la compasión, pues el amor debe ser compasivo: *Sed, pues, misericordiosos* (Lc 6, 36), y esa compasión debe ser de obra. En la perfección, porque el amor y la misericordia deben ser perfectos. *Sed, pues, vosotros, perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.* (Mt 5, 48).

3º) La obediencia y la sujeción: *¿Cómo no obedeceremos mucho más al Padre de los espíritus?* (Hebr 12, 9). Y esto por tres motivos: A causa de su dominio, pues él es el Señor; por el ejemplo, pues el verdadero Hijo de Dios *se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte* (Filip 2, 8); por la utilidad y ventaja: *Danzaré, y me haré más vil que los hermanos, y seré humilde en la presencia del Señor que me eligió* (2 Reyes 6, 22).

4º) Paciencia en los castigos. *No deseches, hijo mío, la corrección del Señor; ni desmayes cuando él te castiga. Porque al que ama el Señor, lo castiga; y se complace en él, como un padre en su hijo.* (Prov 3, 11-12).

(*Orationes Dominicae expos.*)

Jueves de la 27ª semana

EL SANTÍSIMO ROSARIO

Nuestra Señora fue llena de gracia, fecunda en la concepción de su Hijo. Por lo cual le dijo el Ángel: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; he aquí, concebirás en tu seno y parirás un hijo* (Lc 1, 30-31). Es cosa de gran admiración y dignidad que simultáneamente y una sola vez haya sido madre e hija de Dios, madre y esclava, virgen y fecunda. Por esta gracia fue hecha gratísima a Dios. De Esther se dice figuradamente: *Fue, pues, conducida a la cámara del rey Asuero... y el rey la amó más que a todas las otras mujeres, y halló gracia y favor delante de él más que todas las mujeres, y puso sobre su cabeza la corona real* (Est 2, 16-17). Y en el libro del Apocalipsis se lee: *Apareció en el cielo una gran señal: Una mujer cubierta del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza, una corona de doce estrellas* (Apoc 12, 1).

Por lo cual le dice San Bernardo: "¡Cuán amiga eres de Cristo, Señora, cuán próxima estás a él, que mereciste ser purísima! ¡Cuánta gracia encontraste ante él, para que él permaneciera en ti, y tú con él! Tú lo viste y eres vestida por él. Lo viste con la substancia de tu carne; pero él te viste con la gloria de su majestad."

Aun cuando Nuestra Señora no puede ser imitada en esa gracia tan sublime, debe, sin embargo, con todo honor ser bendecida, predicada, alabada e invocada para nuestro auxilio. Y San Bernardo agrega: "En todas las cosas mira a la estrella del mar, llama y clama a María, porque ella es la que da misericordia al mar, y senda firmísima entre las olas. Porque ella es áncora con la que la nave se afirma en el mar, y es nave en la que el hombre es librado de las olas de las tentaciones." Y en otro lugar: "Sólo se abstenga de alabarla el que, al llamarla en las tribulaciones, no fue escuchado."

Es, por tanto, necesario que quien desea alcanzar gracia de Dios se acerque con devotísimo corazón a esta mediadora, porque siendo reina de misericordia y no teniendo absolutamente parte alguna en el reino de la justicia, nada podrá negar al que le pide. Pues, como dice San Bernardo, "rogada por el pecador, muestra a su Hijo su corazón y su pecho; el Hijo muestra al Padre el costado y las heridas; y no puede haber ninguna repulsa donde concurren tantas pruebas de caridad". A esto se refiere el Apóstol en estas palabras: *Lleguemos confiadamente al trono de la gracia* (Hebr 4, 16). Porque ella misma dice en el Eclesiástico: *En mí toda la gracia... Pasad a mí todos* (24, 25-26).

(Salut. angel. exp. II)

Viernes de la 27ª semana

DEBE ORARSE SIN INTERMISIÓN

Es menester orar siempre, y no desfallecer (Lc 18, 1).

La oración puede ser considerada en sí misma y en su causa.

La causa de la oración es el deseo de la caridad, del que debe proceder la oración, y que debe ser en nosotros continuo, ya en acto, ya virtualmente; porque la virtud de este deseo permanece en todo lo que hacemos por caridad; y como debemos hacer todo para gloria de Dios, por esto la oración debe ser continua. Por lo que dice San Agustín: "En la fe, la esperanza y la caridad oráis siempre con deseo continuo"⁹².

Pero la oración misma, considerada en sí, no puede ser continua, porque es necesario ocuparse en otras obras; mas como dice San Agustín: "A ciertas horas y en ciertos intervalos oramos a Dios aun con palabras, para

⁹² *Ad Probam*, epíst. 130 a 121, cap. 9.

que por aquellos signos de cosas nos percatemos de cuánto hemos adelantado en este deseo, nos conozcamos a nosotros mismos y nos excitemos más vivamente a hacer esto"⁹³.

Pero la cantidad de cada cosa debe ser proporcionada al fin, como la dosis de un medicamento a la salud. Por eso también es conveniente que la oración dure tanto cuanto es útil para excitar el fervor del deseo interior; pero cuando excede a esta medida, de tal modo que no pueda prolongarse sin tedio, la oración no debe prolongarse más.

Sobre esto comenta San Agustín: "Se dice que los hermanos en Egipto hacen frecuentes oraciones, pero éstas muy breves y como ciertas rápidas jaculatorias; para que la intención, vigilantemente sostenida y necesaria al que ora mucho, no se desvanezca y embote por la excesiva detención"⁹⁴.

Así, pues, uno ora continuamente, ya por la perseverancia del deseo, ya porque no suspende el orar en horas determinadas, ya por el efecto, o en el mismo que ora, el cual permanece, aun después de la oración más devoto, o también en otro, como cuando alguno por sus beneficios induce a otro a que ore por él, aun cuando él mismo cese de orar y descanse.

Ciertamente se dice en San Mateo: *Cuando orareis, no habléis mucho* (6, 7). Pero de aquí no se sigue que la oración no debe ser de larga duración. Como explica San Agustín: "Orar largo tiempo no es orar diciendo muchas palabras; un largo discurso no es lo mismo que un afecto de larga duración; porque del mismo Señor está escrito que pasó la noche en oración y que oró más prolijamente para darnos ejemplo." Y después añade: "Apártese de la oración el mucho hablar, mas no falte el ruego abundante, si persevera fervorosa la intención; pues hablar mucho es emplear palabras superfluas para pedir en la oración una cosa necesaria; y el rogar mucho es interesar a aquél a quien se ruega con insistente y piadosa excitación del corazón. Pero de ordinario este negocio se trata más con gemido que con palabras, más llorando que hablando."

Así, pues, la prolijidad de la oración no consiste en que se pidan muchas cosas, sino en que el afecto persevere en desear una. Por eso se dice que el Señor *oraba con mayor vehemencia, diciendo las mismas palabras* (Mc 14, 39; Lc 22, 43).

(2^a 2ae, q. LXXXIII, a. 14)

⁹³ *Ad Probam*, loc. cit.

⁹⁴ *Ad Probam*, loc. cit., cap. 10.

Sábado de la 27ª semana

REFORMA INTERIOR

No os conforméis con este siglo, sino reformaos en novedad de vuestro espíritu; para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios buena, y agradable, y perfecta (Rom 12, 2).

I. Se prohíbe la complacencia con el siglo: No os conforméis con este siglo esto es, con las cosas que pasan temporalmente. Porque el siglo presente es cierta medida de las cosas que perecen con el tiempo. El hombre se complace en las cosas temporales por el afecto, apegándose a ellas por amor. También se complace con este siglo el que imita la vida de los que viven mundanamente, como dice el Apóstol: *Requiero en el Señor que no andéis ya como andan las gentes en la vanidad de su sentido (Ef 4, 17).*

II. Se ordena la reforma interior del espíritu, cuando se dice: *Sino reformaos en novedad de vuestro espíritu.* Con la palabra *espíritu* se designa la razón, ya que por ella juzga el hombre de las cosas que ha de hacer. El hombre poseyó ese espíritu íntegro y vigoroso en su creación: *Hinchó sus corazones de sentido, y les mostró los males y los bienes (Eccli 17, 6).* Mas por el pecado fue corrompido ese sentido (o espíritu), Y como envejecido. Y por lo tanto perdió su hermosura y decoro.

Aconseja, pues, el Apóstol que nos reformemos, esto es, que nuevamente tomemos la belleza y el decoro del espíritu que éste poseyó, lo cual se verifica por la gracia del Espíritu Santo, en cuya participación el hombre debe poner gran empeño, de modo que la reciban los que todavía no la recibieron, y la perfeccionen los que ya han participado de ella: *Renovaos, pues, en el espíritu de vuestro entendimiento (Ef 4, 25),* es decir, renovaos en los actos exteriores, en la novedad de vuestro espíritu, esto es, según la novedad de la gracia que habéis recibido en vuestra alma.

III. El motivo del consejo indicado es: *para que experimentéis cuál es la voluntad de Dios.* Debe considerarse que así como el hombre que tiene el gusto estragado no posee juicio recto de los sabores, sino que a veces abomina de las cosas suaves y apetece las abominables, y el que tiene el gusto sano posee juicio recto de los sabores, del mismo modo el hombre que tiene corrompido el afecto por su complacencia con las cosas mundanas, no posee juicio recto acerca del bien; mas el que tiene el afecto recto y sano, por haber renovado el sentido por la gracia, posee juicio recto acerca del

bien. Por eso se dice: *No os conforméis con este siglo, sino reformaos con novedad de vuestro espíritu, para que experimentéis*, esto es, conozcáis por experiencia. *Gustad y ved que el Señor es suave* (Sal 33, 9).

¿Cuál es la voluntad de Dios?, es decir, con la que quiere que os salvéis. *Pues ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación* (1 Tes 4, 3). Buena, es decir, quiere que nosotros queramos el bien honesto, y a ello nos incita con su preceptos: *Te mostraré, oh hombre, lo que es bueno y lo que te demanda el Señor* (Miq 6, 8). *Agradable*, por cuanto al que está bien dispuesto es deleitable querer lo que Dios quiere. Y no solamente es útil para conseguir el fin, sino también *perfecta*, por cuanto nos une al fin.

Así, pues, experimentan la voluntad de Dios los que no se complacen con este siglo, antes bien, se reforman en la novedad de su espíritu. Mas los que permanecen en la vejez, conformes con las cosas del mundo, juzgan que la voluntad de Dios no es buena, sino pesada e inútil.

(*In Rom.*, XII)

Domingo de la 28ª semana

INMUTABILIDAD DE DIOS

I. Existe en Dios una manera de ser o perfección según la cual es inmutable en su naturaleza, como atestigua él mismo por el profeta Malaquías: *Yo soy el Señor, y no me mudo* (3, 6). Todo lo que se mueve adquiere con su movimiento alguna cosa y llega a aquello a lo que antes no llegaba. Pero siendo Dios infinito, y comprendiendo en sí mismo toda la plenitud de perfección de todo ser, nada puede adquirir, ni extenderse a nada donde antes no tocara. Por consiguiente, de ninguna manera es compatible con él el movimiento.

Es verdad que se dice en el libro de la Sabiduría: *La sabiduría es más ágil que todas las cosas movibles* (7, 24). Pero se dice que la sabiduría es móvil por vía de símil, en atención a que esta Sabiduría difunde su semejanza hasta lo último del ser; pues nada puede existir que no proceda en similitud de la divina sabiduría, como de su primer principio efectivo y formal, al modo con que también las obras de arte proceden de la sabiduría del artífice. Así, pues, en cuanto la semejanza de la divina sabiduría procede gradualmente desde las criaturas superiores que más participan de su semejanza, hasta las cosas inferiores, que participan menos, se dice que hay

cierta procesión o movimiento de la divina sabiduría a las cosas; como si dijéramos que el sol baja a la tierra, por cuanto el rayo de su luz alcanza y toca la tierra.

En sentido metafórico se usan estas palabras en la Escritura: *Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros* (Stgo. 4, 8). Pues, así como se dice que el sol entra en una casa y sale de ella, para indicar que su rayo llega hasta la casa, del mismo modo se dice que Dios se acerca a nosotros o se aleja de nosotros, para indicar que experimentamos influencia de su bondad o nos separamos de él.

(1ª, q. IX, a. 1)

II. También nosotros debemos procurar, para constancia del alma, ser inmutables en el bien y no apartarnos del camino de la rectitud, ni doblegados por las adversidades, ni seducidos por la prosperidad. Pero, ¡ay!, somos excesivamente inconstantes en las santas meditaciones, en los afectos ordenados, en la seguridad de la conciencia, en la recta voluntad. ¡Ay!, cuán súbitamente nos mudamos del bien al mal; de la esperanza, al temor injusto; y por el contrario: del gozo, al dolor injusto; de la taciturnidad, a la locuacidad; de la madurez, a la ligereza; de la caridad, al rencor o a la envidia; del fervor, a la sequedad; de la humildad, a la vanagloria o a la soberbia; de la mansedumbre, a la ira; de la alegría y del amor espiritual, al carnal; de tal modo que nunca permanecemos estables un solo momento en el mismo estado, sino que somos constantes en la inconstancia, en la infidelidad, en la ingratitud, en los defectos espirituales, en la imperfección, en la pérdida del tiempo, en las ligerezas, en los pensamientos y afectos impúdicos. La inestabilidad de los sentidos y de los miembros exteriores arguye mutabilidad de los afectos y de los movimientos interiores. Esforcémonos en estas cosas razonablemente, y conduzcámonos con igualdad y frecuentemente de un mismo modo, esto es, con madurez y benignidad en el reposo y en la manera de andar, y en toda nuestra vida.

(De divinis moribus.)

Lunes de la 28ª semana

CUÁDRUPLE VISIÓN DE DIOS

¿No he visto a Jesucristo Señor nuestro? (1 Cor 9, 1).

Leemos que hay muchas visiones del Señor. Una corporal, que ya pasó, a la que se refiere Baruc: *Después de esto, fue visto en la tierra, y conversó con los hombres* (3, 38); la segunda, espiritual, que es presente, de la que dice el Salmista: *Cesad y ved que yo soy el Dios* (Sal 45, 11); la tercera eterna, que es futura, de la cual se lee en San Juan: *Quiero que aquéllos, que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy, para que vean mi gloria* (Jn 17, 24); la cuarta es momentánea, también futura, a la que alude San Lucas: *Entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube* (21, 27). La primera se verificó en el mundo, la segunda en el alma, la tercera será en el cielo, la cuarta en el juicio.

La primera visión da un ejemplo de vida de tres maneras. Jesús fue visto pobre y humilde, para refrenar la ambición de riquezas: *Yo soy pobre y dolorido. Véanlo los pobres y alégrense* (Sal 68, 30, 33). Así lo vieron los pastores. Vil y abyecto, para refrenar la ambición de honores: *Le vimos, y no era de mirar* (Is 53, 2). Afligido y herido, para que se refrene la concupiscencia de los placeres.

La segunda visión da ayuda para progresar de tres modos, porque da fortaleza a los penitentes, mostrándoles sus culpas y sus castigos, como el sol hace ver los átomos del polvo; da esperanza a los que luchan, manifestando la recompensa, como Señor, a los que trabajan; da alegría a los contemplativos, ofreciendo placeres anticipados, como el tabernero que da poco vino: *Gustad y ved qué suave es el Señor* (Sal 33, 9).

La tercera visión, la eterna, excita el deseo de llegar a ella por tres motivos. Por el gozo verdadero: *Lo veréis y se gozará vuestro corazón, porque es luz dulce y deleitable* (Is 66, 14). Por la multiplicidad o pluralidad de los deleites. *Entonces verás y te enriquecerás, y tu corazón se maravillará y ensanchará* (Is 60, 5). Porque *le veremos así como él es* (1 Jn 3, 2) y *es todo en todas las cosas* (1 Cor 15, 27). Porque la razón poseerá la plenitud de la luz; la voluntad, mucha paz; la memoria, la duración de la eternidad. Por la eternidad del gozo: *Sus siervos le servirán. Y verán su cara... y reinarán por los siglos de los siglos* (Apoc 22, 3-4-5).

La cuarta visión produce odio o terror de pecar, por tres razones. Porque el hurto ha de ser publicado en presencia del juez viviente: *He aquí que viene; ¿y quién se pasará para mirarlo?* (Malaq 3, 1-2). Por la severa venganza de los malhechores; el ladrón que ve colgado a su compañero, teme más robar. Por la contemplación del premio a los buenos: *Lo verán los rectos y se alegrarán; y toda iniquidad cerrará su boca* (Sal 106, 42).

(In I Cor., IX)

Martes de la 28ª semana

LA VERDADERA Y GRAN VIRTUD

I. La virtud verdadera. Se dice que algo es acto de virtud de dos modos:

1º) Materialmente, como hacer lo justo es hacer acto de justicia, acto virtuoso que puede existir sin la virtud; pues muchos que no poseen el hábito de justicia obran cosas justas, ya por la razón natural, ya por el temor, ya por la esperanza de alcanzar algo.

2º) Formalmente, como es acto de justicia obrar lo justo del modo con que el justo lo hace, es decir, con prontitud y agrado, y en tal concepto el acto de virtud no es sin virtud.

Así, pues, puede ocurrir que, al dar limosna materialmente, se haga sin caridad. Por eso decía el Apóstol: *Si distribuyere todos mis bienes en dar de comer a pobres... y no tuviere caridad, nada me aprovecha* (1 Cor 13, 3). Pero dar limosna formalmente, esto es, por Dios, con agrado y prontamente y en todas las condiciones con que debe hacerse, no es posible sin caridad.

(2ª 2ªe, q. XXXII, a. 1)

II. La gran virtud.

En los actos de las virtudes hay que distinguir dos cosas, a saber: lo que se hace y el modo de hacerlo. Pero ocurre que una misma acción que se realiza como una virtud perfecta puede ser ejecutada no sólo por el que tiene poca virtud, sino también por el que no posee ninguna. Mas si atendemos al modo de obrar, el que no tiene virtud no puede obrar lo mismo que el que la tiene; ni el que tiene poca virtud, como el que la tiene grande, el cual obra con facilidad, con prontitud y con agrado; lo que no hace el que carece de virtud o la tiene escasa.

Así, ofrecerse al martirio, o también sufrir el martirio, no sólo puede ser ejecutado por la caridad perfecta, sino también la imperfecta, y lo que es más, también el que carece de caridad, según aquello del Apóstol: *Si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, etc.* (1 Cor 13, 3). Pero la caridad perfecta lo hace con prontitud y alegría, como se ve en San Lorenzo y San Vicente, quienes mostraron alegría en los tormentos. Pero esto no puede hacerlo la caridad imperfecta ni el que carece de caridad.

(*Quodl.*, 4, q. X, a. 1).

III. El ejemplo de la fe. ¿Puede la fe ser mayor en uno que en otro? Debe responderse afirmativamente.

Porque donde quiera que hay pequeño y grande, allí se encuentra mayor y menor. En la fe se da lo pequeño y lo grande; porque dice el Señor a Pedro: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* (Mt 14, 31), y a la mujer: *Oh mujer, grande es tu fe.* (Ibid. 15, 28). Luego la fe puede ser mayor en uno que en otro.

Efectivamente, el acto de fe procede del entendimiento y de la voluntad. Por lo tanto, la fe puede decirse que es mayor en algunos por parte del entendimiento, a causa de la mayor certeza y firmeza; y en otro sentido, por la voluntad, por la mayor prontitud, devoción y confianza.

A la razón de la fe corresponde que la verdad primera sea preferida a todas, pero de entre los que la prefieren a todas, unos se someten a ella más cierta y devotamente que otros.

(2^a 2^{ae}, q. V, a. 4)

Miércoles de la 28^a semana

ESTADO DE LOS PECADORES

I. *Sois semejantes a los sepulcros blanqueados* (Mt 23, 27).

Se llama sepulcro el lugar donde descansa un cuerpo muerto. Los cuerpos muertos de los santos son templo de Dios, en los cuales habita Dios, como dice el Apóstol: *El templo de Dios, que sois vosotros, santo es* (1 Cor 3, 17).

El cuerpo es morada del alma, y el alma es trono de Dios; y así como el cuerpo es morada del alma, del mismo modo el alma lo es de Dios. *El Señor está en su templo santo* (Sal 10, 5). Pero el cuerpo del pecador es sepulcro, porque contiene a un muerto, pues el alma muere por el pecado; por eso los malos son llamados sepulcro: *Sepulcro abierto es la garganta de ellos* (Sal 13, 3). En el interior del sepulcro está el cuerpo muerto, mientras que en el exterior hay a veces una imagen que parece un rostro viviente: *Yo conozco tus obras, que tienes nombre, que vives, y estás muerto* (Apoc 3, 1).

Por eso se dice: *Que parecen de fuera hermosos* (los sepulcros), a causa del ornato exterior, y *dentro están llenos de huesos de los muertos, y de toda suciedad* (Mt 23, 27), esto es, de toda podredumbre y de toda

inmundicia. Después de eso se añade: *Así también vosotros, por fuera os mostráis, en verdad, justos a los hombres, es decir, los hombres os consideran justos; mas por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad* (Ibid. 28).

II. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato* (Mt 23, 25). San Jerónimo ve en esto una manera de hablar, y lo aplica a toda limpieza que se muestra por fuera. En el plato se sirve la comida; en el vaso, la bebida. Mas el hombre se llama plato. La comida, en la cual Dios se deleita, son las obras buenas que hace. *Mi comida es que haga la voluntad del Padre que me envió* (Jn 4, 34). Consta que el uso del vaso y del plato no está en la superficie externa, sino en la interior. Limpia el vaso exteriormente el que exteriormente dispone su cuerpo. Pero vosotros sois de esta manera: *Por dentro estáis llenos de rapiña y de inmundicia* (Mt 23, 25).

Limpia primero lo interior del vaso y del plato (Mt 23, 26). Pues toda la pureza exterior depende de la pureza interior, como se lee en San Mateo: *Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso* (VI, 22). Por eso enseña que es preciso limpiar el corazón; y así todo estará limpio. Por eso dice: *limpia primero lo interior; porque todo lo que se haga exteriormente será bueno, si procede de buena voluntad. Guarda tu corazón con toda diligencia* (Prov 4, 23).

(In Matth., XXIII)

Jueves de la 28ª semana

LA VANAGLORIA ES VICIO CAPITAL

I. De los vicios capitales algunos hablan de dos maneras; pues unos clasifican a la soberbia entre los vicios capitales y no incluyen entre ellos a la vanagloria. Pero San Gregorio considera a la soberbia como reina de todos los vicios; y a la vanagloria, que nace inmediatamente de la misma, la pone como vicio capital⁹⁵. Y esto con razón.

Porque la soberbia es apetito desordenado de excelencia. De todo bien que uno apetece, consigue cierta perfección y excelencia; por lo tanto, los fines de todos los vicios se ordenan al fin de la soberbia, y por eso parece que tiene cierta general causalidad sobre los otros y no debe computarse

⁹⁵ *Moral.*, lib. XXXI, cap. 17.

entre los principios especiales de los vicios, cuales son los pecados capitales. Pero entre los bienes por los que el hombre alcanza superioridad parece concurrir principalmente la gloria, en cuanto importa la manifestación de la bondad de alguno; porque lo bueno es naturalmente amado y honrado por todos. Y por lo tanto, así como por la gloria que hay en Dios, el hombre consigue la excelencia en las cosas divinas, así también por la gloria de los hombres alcanza el hombre la excelencia en las cosas humanas. Por lo tanto, es lógico que sea muy apetecible a causa de la proximidad a la superioridad, que los hombres desean sobre todo. Y puesto que del apetito desordenado de ésta dimanar muchos vicios, la vanagloria es vicio capital.

II. De la vanagloria proceden la jactancia, la presunción de novedades, la hipocresía, la pertinacia, la discordia, las riñas y la desobediencia, que son sus hijas.

Pues aquellos vicios, que por sí naturalmente se ordenan al fin de algún vicio capital se llaman hijos de éste. El fin de la vanagloria es la manifestación de la propia excelencia. A ello puede tender el hombre de dos maneras.

De una manera directa, ya por palabras, y así es *jactancia*; ya por hechos, y así si son cosas verdaderas, que tienen alguna admiración, constituyen *presunción de novedades*; mas si son falsas, *hipocresía*.

De manera indirecta, si alguno se empeña en manifestar su excelencia haciendo ver que no es menor que otro, lo cual puede ocurrir de cuatro modos:

1º) En cuanto a la inteligencia, y así es *pertinacia*, por la que el hombre se aferra demasiado en su propio parecer, y no quiere creer mejor a otro.

2º) En cuanto a la voluntad, y así es *discordia*, porque no quiere apartarse de su propia voluntad para concordar con otros.

3º) En cuanto al lenguaje, y así es *riña*, cuando uno disputa con otro verbalmente con griterío.

4º) En cuanto al hecho, y así es *desobediencia*, cuando alguien no quiere cumplir el mandato del superior.

(2ª 2ª, q. CXXXII, a. 4, 5)

Viernes de la 28ª semana

DIOS, GOBERNADOR DE TODAS LAS COSAS

Creo en Dios.

I. Este nombre "Dios" no significa otra cosa que gobernador y provisor de todas las cosas. Así, pues, cree en la existencia de Dios el que cree que él gobierna todas las cosas de este mundo y es su providencia. Pero el que cree que todas las cosas provienen de la casualidad, ese tal no cree que exista Dios. Nadie hay tan necio que no crea que todas las cosas naturales son gobernadas, provistas y ordenadas, ya que todas proceden con cierto orden y en determinados tiempos. Porque observamos que el sol, la luna, las estrellas y todas las otras cosas naturales guardan un curso determinado, lo cual no ocurriría si procediesen de la casualidad.

II. Hay, sin embargo, algunos que, aun admitiendo que Dios gobierna y ordena las cosas naturales, no creen, sin embargo, que Dios tenga providencia de los actos humanos, y creen, por tanto, que los actos humanos no son ordenados por Dios. Ésos razonan así porque observan que en este mundo son afligidos los buenos, y prosperan los malos; lo cual parece una negación de la providencia divina con respecto a los hombres. Pero esto es una necedad. Les ocurre a esos individuos lo mismo que al que, desconociendo la medicina y viendo a un médico propinar agua a un enfermo y vino a otro, creyese que eso es debido a la casualidad, e ignorara que el arte de la medicina, por justa causa, da vino a uno y agua a otro. Así ocurre con Dios, pues éste, por justa causa y con su providencia, dispone las cosas necesarias a los hombres; y de este modo aflige a algunos buenos, y deja en la prosperidad a algunos malos. Por lo cual, quien creyere que esto ocurre casualmente, es un necio y por tal es reputado, pues tal cosa no ocurre sino porque ignora el arte y la causa de las disposiciones divinas.

III. Por consiguiente, debe creerse con firmeza que Dios gobierna y ordena, no sólo las cosas naturales, sino también los actos humanos. *Y dicen: No lo ve el Señor, ni lo sabrá el Dios de Jacob. Comprended, insensatos del pueblo, y vosotros, necios, entrad una vez en cordura. El que plantó la oreja, ¿no va a oír?... El Señor conoce los pensamientos de los hombres* (Sal 93, 7-11). Dios ve, pues, todo: los pensamientos y las cosas ocultas de la voluntad. Por eso se impone, de manera especial, a los hombres la necesidad de obrar bien, porque cuanto piensan y obran está patente a las miradas divinas.

Sábado de la 28ª semana

LOS ÁNGELES CUSTODIOS

Mandó a sus ángeles acerca de ti: que te guarden en todos tus caminos (Sal 90, 11).

1º) Cada alma tiene su ángel custodio. El hombre se halla constituido en el estado de esta vida como en un camino por el cual debe dirigirse a su patria. En este camino amenazan al hombre muchos peligros así de dentro como de fuera, como dice el Salmo (141, 4): *En este camino por donde yo andaba, me escondieron lazo*. Según esto, así como a los hombres que andan por caminos inseguros se les dan custodios, así también a cada hombre, mientras es viador, se le designa un ángel custodio; mas cuando haya llegado al término del camino ya no tendrá custodio, sino que o reinará en el cielo con su ángel o tendrá en el infierno un demonio que le atormente.

2º) El ángel es designado al hombre para su custodia desde su nacimiento.

Aquello que Dios otorga al hombre por razón de su naturaleza racional, se le da desde el momento en que, naciendo, recibe tal naturaleza, y de esta índole es el beneficio de la custodia de los ángeles. Por lo cual, desde el momento del nacimiento, tiene el hombre su ángel custodio; pero no antes del nacimiento, porque el niño, mientras está en el útero materno, no está totalmente separado de la madre, sino que en virtud de cierto vínculo es todavía en algún modo algo de ella, a la manera que el fruto pendiente del árbol es algo del árbol. Puede decirse, por lo tanto, que el mismo ángel custodio de la madre lo es también de la prole que lleva en su seno. Pero cuando es separado de la madre por el nacimiento, en ese momento le es asignado un ángel para su custodia.

3º) Los ángeles custodios abandonan a veces a los hombres. La custodia de los ángeles es cierta ejecución de los designios de la Providencia sobre los hombres. Es evidente que ni el hombre ni cosa alguna queda totalmente excluida de la divina Providencia. No obstante, se dice que Dios abandona al hombre según el orden de su Providencia, en cuanto permite que éste padezca algún defecto, ya de pena, ya de culpa. Del mismo modo, pues, debe decirse que el ángel custodio nunca abandona totalmente al

hombre, sino sólo en parte, a veces, no impidiéndole sufrir alguna tribulación o aun caer en pecado, según el orden de los juicios divinos.

4º) Los ángeles no se duelen ni de los pecados ni de las penas de los hombres; porque la tristeza y el dolor no provienen sino de las cosas que son contrarias a la voluntad; pero nada acaece en el mundo que sea contrario a la voluntad de los ángeles y demás bienaventurados porque la voluntad de ellos está totalmente identificada con el orden de la justicia divina; y nada sucede en el mundo que no sea hecho o permitido por ella. Por lo tanto, absolutamente hablando, nada se hace en el mundo contra la voluntad de los bienaventurados. Así, pues, los ángeles, universal y absolutamente hablando, no quieren que los hombres pequen ni sufran; quieren, sin embargo, que se guarde en esto el orden de la divina justicia, según el cual algunos sufren castigos y caen en el pecado.

(1ª, q. CXIII, a. 4-7)

Domingo de la 29ª semana

ANUNCIACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

I. Fue conveniente se anunciase a la Bienaventurada Virgen que concebiría a Cristo.

1º) Para que se guardase el orden conveniente de la unión del Hijo de Dios con la Virgen, es decir, para que su espíritu lo supiera antes que lo concibiese en la carne. Por lo cual dice San Agustín: "Más dichosa es María percibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo". Y después añade: "De nada hubiera aprovechado a María su cualidad de Madre, si no hubiese llevado más felizmente a Cristo en su corazón que en su cuerpo"⁹⁶.

2º) Para que tuviera más cierta noticia de este misterio una vez que ya había sido instruida de él por parte de Dios.

3º) Para que ofreciese a Dios el presente voluntario de su obediencia, a lo que se ofreció dispuesta, diciendo: *He aquí la esclava del Señor* (Lc 1, 38). Y da ejemplo de recibir la fe, porque la anunciación, que es por la predicación de la fe, según aquello: *la fe es por el oído* (Rom 10, 17), precedió a la concepción espiritual de Cristo, que es por la fe.

⁹⁶ *De Virginitate*, cap. 3.

4º) Para que se manifestase haber cierto matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana; y por eso, se esperaba por la anunciación el consentimiento de la Virgen en nombre de toda la naturaleza humana.

II. La anunciación fue hecha por el Ángel con un orden conveniente.

Tres cosas se proponía el Ángel con relación a la Virgen.

1º) Llamar la atención de su alma a la consideración de una cosa grande, lo cual hizo al saludar de una manera nueva y desusada; porque para un alma humilde nada es más extraordinario que oír hablar de su excelencia; pero la admiración excita la atención de la manera más viva; y por esto el Ángel, queriendo llamar la atención de la mente de la Virgen a la audición de un misterio tan grande, comienza por alabarla: *Dios te salve, llena de gracia* (Lc 1, 28). En la cual la expuso primero su idoneidad de concebir, al decir: *llena de gracia.*; expresó que concebiría en estas otras palabras: *El Señor es contigo*; y le anunció el honor consiguiente, cuando dijo: *Bendita tú entre las mujeres.*

2º) Se proponía instruirla en el misterio de la Encarnación, que debía cumplirse en ella, lo cual hizo preanunciando la concepción y el parto: *Concebirás en tu seno y parirás* (Lc 1, 31), y al manifestarle la dignidad de la prole concebida, cuando dijo: *Éste será grande*, etc. (Lc 1, 32), y también al demostrar el modo de la concepción, en estas palabras: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti* (Lc 1, 35).

3º) Trataba de atraer su ánimo al consentimiento, lo cual hizo con el ejemplo de Isabel y con el argumento tomado de la omnipotencia divina.

(3ª, q. XXX, a. 1 y 4)

Lunes de la 29ª semana

COSAS NECESARIAS PARA ADQUIRIR Y ACRECENTAR LA CARIDAD

La caridad es tan útil que es menester trabajar con todo empeño para adquirirla y acrecentarla. Dos condiciones son especialmente necesarias para adquirirla y otras dos para aumentarla, una vez lograda.

I. Para adquirir la caridad es menester, en primer lugar, escuchar diligentemente la palabra divina. Y así como cuando oímos cosas buenas de otro, nos inflamamos en amor hacia él; así, al escuchar la palabra de Dios, nos encendemos en amor de Dios, como dice el Profeta David: *Tu palabra es encendida en gran manera, y tú siervo la ha amado* (Sal 118, 140). Y aquellos dos discípulos (los de Emaús), ardiendo en amor divino, decían: ¿Por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros, cuando en el camino nos hablaba, y nos explicaba las Escrituras? (Lc 24, 32)

En segundo lugar, el pensamiento continuo de cosas buenas. *Se acaloró mi corazón dentro de mí* (Sal 38, 4). Si quieres, pues, conseguir el amor divino medita en cosas buenas. Porque sería demasiado duro de corazón el que meditando en los beneficios divinos, recibidos, en los peligros de que se libró, y en la bienaventuranza prometida por Dios, no se encendiese en el amor divino. Por eso dice San Agustín: "Duro es el corazón del hombre que, aunque no rehusando amar, al menos no quiera responder al amor". En general, así como los malos pensamientos destruyen la caridad, así los buenos la adquieren, la nutren y la conservan.

II. Hay también dos condiciones para aumentar la caridad adquirida.

La primera es la separación de las cosas terrenas. El corazón no puede ser llevado perfectamente a cosas diversas y opuestas; por lo cual nadie puede amar a Dios y al mundo; y consiguientemente, cuanto más se aleja nuestra alma del amor de lo terreno, tanto más se afirma en el amor divino. Y así dice San Agustín: "Veneno de la caridad es la esperanza de alcanzar o retener las cosas temporales; su alimento es la disminución de la codicia, su perfección, la negación de la codicia. Quienquiera, pues, que desee aumentar la caridad, debe esforzarse en disminuir la codicia. Ésta consiste en un deseo ferviente de alcanzar u obtener bienes temporales. Comienza a disminuir cuando se tiene a Dios, que es el único que no puede tenerse sin ser amado. Para ello se han establecido las órdenes religiosas, en las que se trabaja por desarraigarse de las cosas mundanas y corruptibles y por elevarse a las divinas. Esto se expresa en estas palabras: *Se descubrió el sol, que había estado antes cubierto de nubes* (2 Macab 1, 22). El sol, el decir, el entendimiento humano, está cubierto de nubes cuando se ha dado a las cosas terrenas, pero brilla cuando se aleja y aparta del amor de lo terreno. Porque entonces el amor resplandece también y crece en él.

La segunda condición, es una paciencia firme en las adversidades; porque cuando sufrimos cosas pesadas por aquél a quien amamos, el amor no se destruye, sino que crece. Y por eso los varones santos que sufren

adversidades por Dios, se afirman más en su amor, como el artista ama más la obra de arte en que más trabajó. De ahí es que los fieles tanto más se elevan en el amor de Dios, cuanto más aflicciones sufran por él.

(*In Decalog.*, c. IV)

Martes de la 29ª semana

NECESIDAD DE LA VIGILANCIA

Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor (Mt 24, 42).

I. El Señor exhorta a la vigilancia, señalando la incertidumbre de la hora de la muerte, pues dice: el día es incierto, y nadie puede fiarse de su estado, pues de dos será tomado uno, y dejado otro. Por eso debéis ser solícitos y diligentes. *Velad, pues*, como dice San Jerónimo, el Señor quiso dejar incierto el término de la vida, para que el hombre esté siempre en espera. Por tres cosas suele delinquir el hombre: porque sus sentidos están ociosos, o porque deja de moverse, o porque duerme; por esa razón *velad*, a fin de que vuestros sentidos se eleven por la contemplación, como dice el Cantar de los Cantares (5, 2): *Yo duermo, y mi corazón vela*. Asimismo *velad*, para que no quedéis inmóviles en la muerte. Pues vela el que se ejercita en obras buenas: *Sed sobrios, y velad, porque el diablo, vuestro adversario, anda como león rugiendo alrededor de vosotros, buscando a quién devorar* (1 Pedro 5, 8). Asimismo, *velad*, para que no caigáis por negligencia. *¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás?* (Prov 6, 9).

II. *Porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor*. Dice San Agustín⁹⁷ que esto es necesario a los Apóstoles, y a los que existían antes de nosotros, y a nosotros también, porque el Señor viene de dos maneras. Vendrá al fin del mundo a todos en general, viene también a cada uno de nosotros al fin de la vida, es decir, en la muerte. Luego existe una doble venida: al fin del mundo, y también en la muerte. Y quiso que ambas fueran inciertas.

Estas venidas se corresponden, porque cada uno será encontrado en la segunda tal cual esté en la primera. Y dice San Agustín (en el lugar citado): "El último día del mundo encontrará desapercibido al que en su último día halló desapercibido."

⁹⁷ *Ad Hesychium* (epist. 80).

También puede entenderse de otra venida invisible, cuando el Señor viene al alma, como dice Job: *Si viniere a mí, no lo veré* (9, 11). Por eso viene a muchos y no se dan cuenta. Debéis, por consiguiente, velar mucho, para que le abráis, si llamare. *He aquí que estoy a la puerta, y llamo. Si alguno oyere mi voz, y me abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él* (Apoc 3, 20).

(In Matth., XXIV)

Miércoles de la 29ª semana

LA GRANDEZA MORAL O SOCIAL DE LA PERSONA QUE PECA AGRAVA EL PECADO

Existen dos clases de pecados. Uno que proviene de la subrepción, por debilidad de la naturaleza humana; y tal pecado se imputa menos al que es más aventajado en virtud, porque descuida menos el reprimir semejantes pecados, a los que, sin embargo, la debilidad humana no permite evitar del todo.

Otros pecados proceden de deliberación, y se imputan tanto más a uno cuanto mayor sea. Y esto puede ser por cuatro razones:

1º) Porque los mayores pueden resistir más fácilmente al pecado, por ejemplo, los que aventajan a los demás en ciencia y en virtud; por lo cual dice el Señor: *«Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no ha preparado nada ni ha obrado conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes* (Lc 12, 47).

2º) Por la ingratitud, porque todo bien con que uno se engrandece es beneficio de Dios, a quien el hombre se hace ingrato pecando; y en cuanto a esto, cierta supremacía, aun en los bienes temporales, agrava el pecado, conforme a aquella sentencia del libro de la Sabiduría: *Los poderosos poderosamente padecerán tormento* (Sab 6, 7).

3º) Por la especial repugnancia del acto del pecado a la grandeza de la persona, como si un príncipe, que está constituido en custodio de la justicia, la violara, y el sacerdote, que tiene hecho voto de castidad, fornicara.

4º) Por razón del ejemplo o escándalo, porque, como dice San Gregorio: "La culpa se extiende vehementemente al ejemplo, cuando el pecador es honrado por la reverencia de su posición"⁹⁸.

Pero si Dios castiga más a los mayores por un solo y mismo pecado, no hace en esto acepción de personas, porque la superioridad de los mismos influye en la gravedad del pecado.

(1ª 2ª, q. LXXIII, a. 10)

Jueves de la 29ª semana

SAN JUAN BAUTISTA

Él era una antorcha, que ardía y alumbraba (Jn 5, 35).

Juan fue un testigo grato de Cristo, y esto se demuestra por tres cualidades de su perfección. La primera pertenece a la condición de su naturaleza, cuando dice: *Era una antorcha*; la segunda a la perfección de su amor, porque *ardía*; la tercera a la perfección de su inteligencia, porque *alumbraba*.

1. Juan era perfecto en su naturaleza, porque *era una antorcha*, es decir, estaba iluminado por la gracia y por la luz del Verbo de Dios. Pues: la antorcha se diferencia de la luz en que la luz brilla por sí misma y la antorcha no brilla por sí misma, sino por participación. La verdadera luz es Cristo, como dice el Evangelista: *Era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre* (Jn 1, 9). Pero Juan no era luz, sino antorcha, pues estaba iluminado, *para que diese testimonio de la luz* (Jn 1, 8), conduciendo los hombres a Cristo; antorcha de la cual se dice: *Preparada tengo una antorcha a mi Cristo* (Sal 131, 17).

II. En él había un amor ardiente y ferviente; por eso dice: *Que ardía*. Porque algunos son antorchas únicamente por oficio, pero están apagadas en el corazón. Pues así como la antorcha no puede arder, si no se enciende con fuego, del mismo modo la antorcha espiritual no brilla, si con anterioridad no arde y es inflamada por el fuego de la caridad. Por eso el ardor precede a la luz, pues, por el ardor de la caridad se da el conocimiento de la verdad. *A vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre* (Jn 15, 15). *Los que teméis al Señor, amadle; y*

⁹⁸ *In Pastoralis*, part. I, cap. 2.

serán iluminados vuestros corazones (Eccli 2, 10). Porque el fuego tiene dos propiedades: arde y resplandece. El ardor del fuego representa al amor por tres causas:

1º) Porque el fuego es el más activo de todos los cuerpos, y del mismo modo el ardor de la caridad, en cuanto que nada puede soportar su ímpetu, cómo dice el Apóstol: *El amor de Cristo nos empuja* (2 Cor 13, 14).

2º) Porque así como el fuego, por herir mucho la sensibilidad, produce mucho calor, así también la caridad causa calor hasta que el hombre logre su fin.

3º) Porque como el fuego se dirige hacia arriba, así también lo hace la caridad, para unirnos a Dios. *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él* (1 Jn 4, 16).

III. *Alumbraba* también en el entendimiento.

1º) Interiormente, por el conocimiento de la verdad. *Llenará tu alma de resplandores* (Is 58, 11), esto es, hará que resplandezca.

2º) Exteriormente por la predicación. *Entre los cuales resplandecéis como lumbreras en el mundo* (Filip 2, 15).

3º) Por la manifestación de las buenas obras. *De este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras* (Mt 5, 16).

(In Joan., V)

Viernes de la 29ª semana

NO DEBE DIFERIRSE LA CONVERSIÓN

Procura arreglarte con el que te pone pleito, en seguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel (Mat 5, 25).

I. Nuestro adversario es Dios, como dice el Éxodo: *Yo, el Señor, tengo aversión al impío* (23, 7). O bien, es palabra divina la que se opone a los que quieren pecar: *Toda escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para reprender* (2 Tim 3, 16). O también la conciencia que remuerde: *Te argüiré y te pondré delante de tu cara* (Sal 49, 21).

La palabra de San Mateo puede interpretarse de estos diversos modos.

Por lo cual, *procura arreglarte con el que te pone pleito*, es decir, con Dios y con la palabra divina. Este acuerdo debe fundarse en la esperanza de la promesa, en el temor del castigo, en la ejecución de lo mandado, en la huida de lo prohibido. *Mientras vais todavía de camino*, esto es, en estado de merecer. *Vendrá la noche, cuando nadie podrá obrar* (Jn 9, 4). *Con él*, esto es, con el cual andas rectamente en el *camino* de Cristo o del mundo. *En seguida*, es decir, sin tardanza: *No tardes en convertirte al Señor* (Eccli 5, 8).

II. *No sea que te entregue*, para que no sea causa ocasional de que seas entregado. Y dice *tal vez* (en el texto latino de la Vulgata), para no quitar la ocasión de hacer penitencia. *No sea qué te entregue el adversario*, a saber, Dios o la palabra divina, o la conciencia que remuerde, *al juez*, en manos de Cristo. Y *el juez*, o sea, Cristo, *te entregue al alguacil*, es decir, al Ángel, que recoge la cizaña para quemarla; o al *alguacil*, es decir, al diablo ejecutor.

Y te metan en la cárcel, esto es, en el abismo del infierno. *Y serán allí encerrados en cárcel* (Is 24, 22). *Y lo metió en el abismo, y lo encerró* (Apoc 20, 3). *En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que*, es decir, nunca. San Agustín añade: "*hasta que* no significa aquí el fin de la pena, sirio la continuación de la miseria, como si dijese: siempre pagas, y nunca acabas de pagar."

Hasta que pagues el último céntimo, es decir, los pecados más mínimos, porque nada quedará sin castigo.

(In Matth., V)

Sábado de la 29ª semana

OBLIGACIÓN DE HACER EL BIEN

No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque, a su tiempo segaremos, si no desfallecemos (Gal 6, 9).

Tres cosas aconseja el Apóstol en estas palabras:

I. Aconseja que hagamos el bien. Porque debemos hacer el bien, ya que todas las cosas nos enseñan naturalmente a obrar bien.

1º) Porque todas son buenas: *Vio Dios todas las cosas que había hecho; y eran muy buenas* (Gen 11, 31). Avergüéncense los pecadores en

medio de tanta multitud de criaturas, que son buenas todas, mientras que ellos son malos.

2º) Porque todas hacen naturalmente el bien. Cualquier criatura se da a sí misma, lo que prueba su bondad y la del Creador. San Dionisio dice: "Dios es el bien que se derrama." Y San Agustín: "Gran indicio de la bondad divina es que cualquier criatura se ve obligada a darse a sí misma."

3º) Porque todas las cosas apetecen naturalmente el bien, y tienden hacia el bien, pues el bien es lo que todos desean.

II. Aconseja el Apóstol que no desfallezcamos en la práctica del bien. Tres cosas contribuyen principalmente a que el hombre persevere en el bien:

1º) La oración devota y asidua, por la cual el hombre implora el auxilio de Dios para no sucumbir en la tentación, como dice el Señor: *Velad, y orad para que no entréis en tentación* (Mat 26, 41). 2º) El temor constante, pues en cuanto el hombre se cree seguro, deja de hacer el bien. *Si no te mantuvieres firmemente en el temor de Dios, será presto arruinada tu casa* (Eccli 17, 4). El temor del Señor es guardián de la vida; de lo contrario, muy pronto, esto es, de improviso, vendrá abajo tu casa, tu morada terrena. 3º) La huida de los pecados veniales, los cuales son ocasión de los mortales, y frecuentemente causan la ruina del edificio de las obras buenas. Por eso dice San Agustín: "Evitaste los grandes peligros, procura no ser sepultado por la arena." Y el Eclesiástico (19, 1): *El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá.*

III. San Pablo establece un premio conveniente, abundante y eterno. *Porque a su tiempo segaremos, si no desfallecemos* (Gal VI, 9). Conveniente, *a su tiempo*, esto es, en tiempo oportuno; o conveniente, es decir, en el día del juicio, en el cual recibirá cada uno según sus obras; del mismo modo que el labrador no recoge al instante el fruto de lo que siembra, sino en tiempo oportuno: Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra aguardando con paciencia hasta recibir la lluvia temprana y tardía (Stgo. 5, 7).

Abundante: *Segaremos*; aquí se indica la abundancia del premio. En la recolección se advierte la abundancia. *El que siembra en bendiciones, de bendiciones también segará* (2 Cor 9, 6). Y San Mateo: *Vuestro galardón muy grande es en los cielos* (5, 12) (*Serm. in Dom. XV post Pentec*).

Eterno: *Segaremos, si no desfallecemos*. No por espacio de una hora, sino siempre, debemos hacer el bien. *No nos cansemos de hacer el bien* (Gal 6, 9), esto es, obrando bien, porque no desfalleceremos al segar. *Cualquier cosa que puede hacer tu mano, dice el Eclesiastés, óbrala con instancia* (9,

10). Y con razón no hay que desfallecer, porque esperamos una remuneración eterna e infalible. Por eso dice San Agustín: Si el hombre trabaja sin descanso, tampoco Dios lo pondrá a la remuneración.

(*In Gal.* VI, 9)

Domingo de la 30ª semana

"NO TENDRÁS DIOSES EXTRAÑOS DELANTE DE MÍ".

El primer precepto de la ley es que se nos prohíbe adorar si no es al único Dios. Y a esto somos llevados por cinco razones.

La primera se desprende de la dignidad de Dios, pues si se la suprime se hace injuria a Dios, como puede verse por la costumbre de los hombres. En efecto, a toda dignidad se le debe reverencia. Por lo cual es traidor al rey el que le retira lo que debería ofrecerle. Y esto hacen algunos con Dios. (Rom 1, 23): *Trocaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de la imagen del hombre corruptible.* Lo cual desagrade extremadamente a Dios: *No doy mi gloria a ningún otro, ni mi alabanza a los ídolos* (Is 42, 8).

Y se debe considerar que la dignidad de Dios es tal que lo sabe todo. Por lo cual Dios viene del verbo ver. En efecto, esta es una de las señas de la Divinidad: *Anunciadnos lo por venir para que sepamos así que sois dioses* (Is 41, 23). *Todas las cosas están desnudas y manifiestas a sus ojos* (Hebr 4, 13). Pues bien, tal dignidad se la arrebataron los adivinos, contra los cuales dice Isaías (8, 19): *¿Acaso no consultará el pueblo a su Dios? ¿Se habla a los muertos en favor de los vivos?*

La segunda razón se desprende de su liberalidad. En efecto, todo lo bueno lo tenemos de Dios. Y también esto pertenece a la dignidad de Dios, que es el hacedor y el dador de todos los bienes: *Abres tu mano, y sáciense de todo bien* (Sal 103, 28). Y esto se incluye en el nombre de Dios, que viene de distribución, o sea, dador de las cosas, porque todo lo sacia con su bondad.

Por lo tanto, harto ingrato eres sí lo que por Él te ha sido dado no lo reconoces; y aun te fabricas otro Dios, así como los hijos de Israel sacados de Egipto hicieron un ídolo: *Iré tras de mis amadores* (Os 2, 5). Esto ocurre también cuando alguien pone su esperanza en otro que no sea Dios, o sea, cuando pide auxilio de quien no sea El: *Bienaventurado el varón cuya*

esperanza es el nombre del Señor (Salmo 39, 5). Dice el Apóstol (Gal 4, 9-10): *Ahora que habéis conocido a Dios, ¿cómo de nuevo os volvéis a los flacos y pobres elementos...? Observáis los días y los meses, las estaciones y los años.*

La tercera razón se desprende de la firmeza de la promesa. En efecto, hemos renunciado al diablo, y prometimos fidelidad a Dios solo; por lo cual no debemos quebrantarla: *Si el que menosprecia la ley de Moisés, sin ninguna misericordia muere sobre la palabra de dos o tres testigos, ¿de cuánto mayor castigo pensáis que será digno el que pisotea al Hijo de Dios y reputa por inmunda la sangre de su testamento, en el cual Él fue santificado, e insulta al Espíritu de la Gracia?* (Hebr 10, 28-29). *Viviendo el marido será llamada adúltera si se une a otro hombre* (Rom 7, 3). Así es que ay de los pecadores que andan en la tierra por dos caminos y que cojean de dos lados.

La cuarta razón se toma de lo pesado del yugo del diablo: *Serviréis día y noche a dioses extraños, que no os darán reposo* (Jer 16, 13). En efecto, el demonio no se conforma con un solo pecado, sino que más se esfuerza por llevar a otro. *Quien comete pecado, siervo es del pecado* (Juan 8, 34); por lo cual no fácilmente se sale del pecado. San Gregorio dice: "El pecado que no se deshace por la penitencia, en seguida arrastra por su peso a otro pecado".

Lo contrario ocurre con la soberanía divina, porque sus preceptos no son pesados: *Pues mi yugo es suave, y mi carga ligera* (Mt 11, 30). En efecto, puede decirse que hace suficiente el que por Dios trabaja tanto cuanto obró para el pecado: *Como pusisteis vuestros miembros al servicio de la impureza y de la iniquidad para la iniquidad, así ahora entregad vuestros miembros al servicio de la justicia para la santidad* (Rom 6, 19). Pero de los esclavos del demonio dice la Sabiduría (5,7): *cansados estamos en los caminos de iniquidad y perdición, y hemos caminado por sendas difíciles.* Y Jeremías (9, 5): *Penaron para obrar inicuaemente.*

La quinta razón se toma de la inmensidad del premio o recompensa. En efecto, en ninguna otra ley se prometen tales premios como en la ley de Cristo. En efecto, a los sarracenos se les prometen ríos de leche y miel, a los judíos la tierra de promisión; pero a los cristianos la gloria de los ángeles: *Serán como ángeles de Dios en el cielo* (Mt 22, 30). Considerando esto, San Pedro dice, en Juan (6, 69): *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.*

Lunes de la 30ª semana

CRISTO VIVIÓ EN ESTE MUNDO DE ACUERDO CON LA LEY (MOSAICA)

Se lee en San Mateo: *No penséis que he venido a abolir la ley o los profetas; no he venido a abolirlos, sino a darles cumplimiento* (Mt 5, 17). Exponiendo este pasaje San Juan Crisóstomo dice: "Cumplió la ley: 1º) no quebrantando observancia alguna legal; 2º) justificando por la fe, lo cual no podía hacer la ley tomada a la letra"⁹⁹.

Cristo vivió en todo conforme a los preceptos de la ley. En prueba de ello quiso también ser circuncidado; pues la circuncisión es cierta manera la obligación de observar la ley, según dice el Apóstol: *De nuevo declaro a todo hombre que se circuncida que queda obligado a practicar toda la ley* (Gal 5, 3).

Quiso Cristo vivir conforme a la ley: 1º) para aprobar la ley antigua; 2º) para consumarla y terminarla en sí mismo observándola, demostrando que la ley estaba ordenada a él mismo; 3º) para quitar a los judíos la ocasión de calumniarlo; 4º) para librar a los hombres de la servidumbre de la ley, de acuerdo con aquellas palabras: *Envió Dios a su Hijo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley* (Gal 4, 4-5).

Es cierto que Cristo sanó a un hombre en sábado y le ordenó que tomase su lecho, por lo cual decían los judíos: *Este hombre no es de Dios, pues que no guarda el sábado* (Jn 9, 16). Pero el Señor se justifica de tres maneras de no cumplir la ley en ese punto:

1º) Porque el precepto de la santificación del sábado no prohíbe las obras divinas, sino las humanas. Pues aunque Dios cesó el día séptimo de crear nuevas criaturas, no obstante trabaja siempre en la conservación y gobernación de las cosas. Ahora bien, los milagros de Cristo eran un trabajo divino. Por eso él mismo dice: *Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo* (Jn 5, 17).

2º) Porque dicho precepto no prohíbe las obras que son de necesidad aun para la salud corporal. Por ese motivo dice él mismo: *¿Cada uno de vosotros no desata en sábado su buey o su asno del pesebre, y lo lleva a abreviar?* (Lc 13, 15). *¿Quién hay de vosotros, que viendo su asno o su buey*

⁹⁹ Hom. XVI in Matth.

caído en un pozo, no le saque luego en día de sábado? (Lc 14, 5). Es evidente que las obras de los milagros que Cristo hacía pertenecían a la salud del cuerpo y del alma.

3º) Porque aquel precepto no prohíbe las obras que pertenecen al culto de Dios.

(3ª q. XL, a. 4)

Martes de la 30ª semana

BUEN USO DEL TIEMPO

Le dio Dios tiempo y lugar de penitencia, y él abusó de esto para soberbia (Job 24, 23).

1. Ahora el tiempo es nuestro, porque podemos hacer lo que queremos, el bien o el mal: *Dios ha dejado al hombre en la mano de su consejo; y así ante el hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal; lo que quisiere le será dado* (Eccli 15, 14-18).

Pero un día tomará Dios su tiempo, y entonces no podremos hacer más lo que quisiéramos, sino que recibiremos lo que habiéremos merecido. Por eso se dice en el Eclesiastés (9, 10): *Cualquier cosa que puede hacer tu mano, óbrala con instancia.*

II. El Señor nos da el tiempo como oportunidad, como auxilio, como prueba, como aviso.

Como oportunidad que podemos aprovechar para volver a él: *Aguarda el Señor para tener misericordia de vosotros* (Is 30, 18). Luego busquemos al Señor cuando puede ser encontrado, no sea que, preocupados súbitamente por el día de la muerte, busquemos tiempo de penitencia y no podamos hallarlo.

Como auxilio, porque la cualidad del tiempo nos ayuda para hacer penitencia, si queremos, porque ahora nos aflige el calor, el frío, el viento, la lluvia. Si sufrimos pacientemente esas cosas, practicamos la penitencia. Pero si murmuramos, ahora que el tiempo está a nuestro favor, en el día del juicio estará contra nosotros: *Llamó contra mí al tiempo* (Lamen 1, 15). Por eso dice San Bernardo: "Así como no pereciera ni un cabello de nuestra cabeza, tampoco perecerá un momento del tiempo."

Como prueba; porque así como después del día, durante el cual trabajan los hombres, viene la noche en que descansan, así, después de esta vida, viene la muerte; por lo cual los que hubieren trabajado por Cristo durante esta vida, descansarán después con él. Pero el que no trabaja, el que más descansa durante el día en su casa, trabajará durante la noche. Además, así como después del trabajo se da el galardón en la noche, igualmente Cristo pagará a sus operarios su jornal después de esta vida.

Por último, como aviso; porque durante el día nos aconseja temer las tinieblas del infierno, de las cuales ninguno saldrá una vez que estuviere allí. Por otra parte, el cambio del tiempo nos avisa y muestra que todas las cosas son mudables, y que no debemos detenernos en ellas.

III. *Le dio tiempo*, es decir, partes del tiempo o de la edad, niñez, adolescencia, juventud, ancianidad, para que durante ellas hiciese penitencia. La penitencia debe comenzarse desde la primera parte: *Por la mañana siembra tu simiente*, esto es, en la niñez, y *por la tarde no cese tu mano* (Eccles 11, 6), es decir, en la senectud. Pero pocos son los que quieren hacer penitencia en la niñez y en la juventud, y en la, senectud no pueden; por lo tanto, se pierde todo el tiempo. Cuando son jóvenes, no quieren; cuando son viejos, no pueden. De ellos dice Isaías: *Llegaron los hijos hasta el parto, y no hay fuerza para parir* (37, 3). *Mas ¡ay de las preñadas, y de las que dan de mamar en aquellos días!* (Lc 21, 23).

Por consiguiente es conveniente que nos arrepintamos cuando podemos, porque tiempo vendrá en que se nos quitará todo poder de obrar bien.

(*In Apoc.*, II)

Miércoles de la 30ª semana

LA PUERTA ESTRECHA

Entrad por la puerta estrecha (Mt 7, 13).

I. Para que nadie pueda creer de lo que había dicho el Señor, *Pedid y recibiréis*, que el hombre alcanzaría todo de Dios sin obras buenas, por eso Cristo enseña que es preciso también hacer obras buenas. Pues dice: *entrad*, esto es, poned empeño en entrar.

San Agustín da dos explicaciones. Cristo es la puerta: *Yo soy la puerta* (Jn 10, 9), porque sin él no se llega al reino. Esta puerta es estrecha por la humildad, pues se humilló hasta la muerte. Por eso dice Isaías: *Palabra abreviada hará el Señor sobre la tierra* (10, 23). Por eso *entrad por la puerta estrecha*, esto es, por la humildad y la pasión de Cristo. *Pues qué, ¿no fue menester que el Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria?* (Lc 24, 26); y también lo es para nosotros. Por consiguiente, debemos entrar en el reino de Dios por muchas tribulaciones

También se dice que esa puerta es la caridad. *Ésta es la puerta del Señor; los justos entrarán por ella* (Sal 117, 20). Esta puerta ha sido estrechada por las leyes divinas, y por ella debemos entrar observando la ley y los preceptos.

II. Cristo señala el motivo de entrar por la puerta estrecha: *porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición* (Mat 7, 13). Describe dos puertas, una ancha y otra estrecha. La puerta ancha es así porque ha sido ensanchada por el diablo, ensanchada por la presunción y el orgullo. Es ancha esa puerta, porque es ancho lo que recibe a todos, pues no hay cosa alguna que la llene. Esta puerta es también la iniquidad o el vicio, y es ancha, de muchas maneras: *La maldición, y la mentira, y homicidio, y robo, y adulterio la inundaron* (Os 4, 2).

Existe además un camino ancho, y esto es obra del pecado. Este camino es espacioso, porque en sus comienzos parece ser ancho, aunque después se estrecha, pues su salida va a parar a la perdición, *ya que los gajes del pecado son muerte* (Rom 6, 23). *Y muchos son los que entran por él* (Mt 7, 13). Aquí señala el número, pues literalmente el número de los necios es infinito (Eccles I, 15).

III. *¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino que lleva a la vida!* Ésta es contraria a la anterior, y es estrecha porque está estrechada según la regla de la ley y es camino contra camino. Parecería que el camino de la caridad fuese ancho: *Te guiaré por las sendas de la equidad; en las cuales, después que hubieres entrado, no se estrecharán tus pasos* (Prov 4, 11); mas el camino de los pecadores es, por el contrario, estrecho. Por eso se dice en el libro de la Sabiduría: *hemos andado por caminos ásperos* (Sab 5, 7). Pero debernos saber que existe el camino de la carne y el camino de la razón. El camino de la caridad es camino estrecho en la senda de la carne, pero en el camino de la razón es lo contrario.

Y pocos son los que atinan con él. Difícil y raro es encontrarlo en el camino del espíritu, pero en el camino de la carne, no. La razón se infiere de

que el camino de la carne es el placer y éste está a la mano; pero el camino del espíritu está oculto. *¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen!* (Sal 30, 20). Porque está oculto, por eso lo encuentran pocos. Pero algunos lo encuentran y retroceden, de los cuales se dice: *Ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás es apto para el reino de Dios* (Lc 9, 62).

(In Matth., VII)

Jueves de la 30ª semana

FAMILIARIDAD DIVINA

Y habitó entre nosotros (Jn 1, 14).

Aquí se trata de la vida del Verbo encarnado. Habitó entre nosotros, esto es, vivió familiarmente entre nosotros, sus apóstoles, como dice Pedro: *Todo el tiempo que entró y salió con nosotros Señor Jesús* (Hechos 1, 21). Y el profeta Baruc anunció: *Después de esto fue visto en la tierra y conversó con los hombres* (3, 38).

Pero el Evangelista añadió esas palabras para mostrar la admirable conformidad de Dios con los hombres, entre los cuales vivió de tal manera que parecía como uno de ellos; porque no sólo quiso asemejarse a los hombres en la naturaleza, sino que también quiso estar con ellos en la intimidad y en la vida familiar; él quiso, a excepción del pecado, mezclarse con ellos a fin de ganarlos por la dulzura de su conversación.

Es verdad que Jesús dijo: *un profeta no es honrado en su patria* (Jn 4, 44). Esta sentencia del Señor no sólo se verificó en los profetas de los judíos, sino también, como dice Orígenes, en muchos de los gentiles, porque fueron despreciados y llevados a la muerte por sus propios conciudadanos; pues el trato frecuente con los hombres y la familiaridad excesiva disminuyen la reverencia y engendran desprecio. Por eso, acostumbramos a reverenciar menos a los que nos son más familiares, y damos por el contrario más reputación a aquéllos a quienes no podemos tener como amigos.

Pero con Dios ocurre lo contrario. Porque cuanto más familiar se hace uno de Dios, por el amor y la contemplación, más lo reverencia, al considerarlo más excelente, y tanto menos se estima a sí mismo. Por eso se dice en el libro de «Job (42, 5, 6): *Por oído de oreja te he oído; mas ahora*

te ve mi ojo. Por eso yo me reprendo a mí mismo, y hago penitencia en pavesa y ceniza.

La razón se funda en que, siendo el hombre de naturaleza débil y frágil, cuando trata durante mucho tiempo con otro, descubre en él algunos defectos, y así se disminuye su reverencia hacia él. Pero siendo Dios inmensamente perfecto, tanto más admira el hombre la excelencia de su perfección y tanto más lo reverencia, cuanto más aventaja en su conocimiento.

(In Joan., c. IV)

Viernes de la 30ª semana

EL QUE PECA POR MALICIA PECA MÁS GRAVEMENTE QUE EL QUE PECA POR PASIÓN

El pecado cometido premeditada y conscientemente, por esto mismo merece pena más grave, según aquello de Job (34, 26): *Como a criminales los azota, en lugar público los encadena, a los que de propósito se apartaron de él.* Es así como el castigo no se acrecienta sino por la gravedad de la culpa; luego el pecado se agrava por ser de propósito o con malicia cierta.

El pecado que procede de malicia cierta es más grave que el que se comete por pasión, por tres razones:

1º) Porque, consistiendo principalmente el pecado en la voluntad, cuanto más propio de la voluntad sea el movimiento del pecado tanto más grave será el pecado en igualdad de circunstancias; pero cuando se peca por malicia cierta, el movimiento del pecado es más propio de la voluntad que por sí misma se mueve al mal, que cuando se peca por pasión, es decir, como por cierto impulso extrínseco a pecar; y así el pecado, por lo mismo que procede de malicia, se agrava tanto más cuanto más vehemente fuere la malicia, y, siendo por pasión, tanto más se disminuye cuanto más violenta fuere la pasión.

2º) Porque la pasión, que inclina a la voluntad al pecado, pasa pronto; y así el hombre retorna pronto al buen propósito, arrepintiéndose del pecado; pero el hábito con que el hombre peca por malicia es una cualidad permanente; y por tanto, quien peca por malicia, peca con más persistencia.

Por lo cual el Filósofo¹⁰⁰ compara al intemperante, que peca por malicia, con el enfermo que sufre continuamente; y al incontinente, que peca por pasión, con el que padece a intervalos.

3º) Porque quien peca por malicia cierta está mal dispuesto en cuanto al mismo fin, que es el principio en lo operable; y así su efecto es más peligroso que el de aquel que peca por pasión, cuyo propósito tiende a un buen fin, aun cuando este propósito se interrumpa transitoriamente a causa de la pasión. Pero siempre el defecto de principio es pésimo; y por tanto, es evidente que es más grave el pecado que procede de malicia que el que procede de pasión.

Además, el impulso que procede de la pasión es como por defecto exterior de la voluntad; mas por el hábito la voluntad es inclinada como de adentro.

El que peca por pasión peca, ciertamente, eligiendo, pero no por elección, toda vez que la elección no es en él el primer principio del pecado, sino que es inducido por la pasión a elegir lo que, libre de pasión, no elegiría. Mas el que peca por malicia cierta, elige de por sí el mal, por tanto, la elección que hay en él es principio de pecado, y por esto se dice que peca por elección.

(1ª 2ª, q. LXXVIII, a. 4)

Sábado de la 30ª semana

HAY QUE PRACTICAR LA HUMILDAD, A EJEMPLO DE CRISTO

Tened los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo (Filip 2, 5).

I. *Tened los mismos sentimientos*, esto es, poseed por experiencia los que tuvo Cristo Jesús. Hay cinco modos de sentir, es decir, por los cinco sentidos. 1º) Hay que contemplar su resplandor, para que iluminados con su luz nos conformemos a él. 2º) Es preciso escuchar su sabiduría, para que seamos felices: *Dichosas tus gentes, y dichosos tus siervos, que están siempre delante de ti, y oyen tu sabiduría* (3 Reyes 10, 8). 3º) Es menester aspirar las gracias de su mansedumbre, para correr hacia él: *Tráeme; en pos de ti correremos al olor de tus unguentos* (Cant 1, 3). 4º) Hay que gustar la

¹⁰⁰ *Ethic.*, lib. VII, cap. 9 u 8.

dulzura de su piedad, para que seamos siempre amados en Dios. *Gustad y ved qué bueno es el Señor* (Sal 33, 9). 59) Es menester tocar la virtud de su poder para salvarnos. *Con solo tocar sus vestidos quedaré sana* (Mt 9, 21). Y así experimentad como tocando por la imitación de sus obras.

II. Ejemplo de la humildad de Cristo en su Encarnación. *Que siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación el ser él igual a Dios; sino que se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo* (Filip 2, 6-7). *Se anonadó a sí mismo*. Mas, porque estaba lleno de la divinidad, ¿se desprendió por ventura de la divinidad? No, porque permaneció siendo lo que era, y tomó lo que no era. Porque así cómo descendió del cielo, no para dejar de estar en el cielo, sino para comenzar a estar de un modo nuevo en la tierra, así también se anonadó a sí mismo, no deponiendo la naturaleza divina, sino tomando la naturaleza humana

Hermosamente dice: *se anonadó*. Pues lo vacío se opone a lo lleno. La naturaleza divina está, sobreabundantemente llena, porque ella es la perfección de bondad: *Yo te mostraré todo bien* (Ex 33, 19). Mas la naturaleza humana y el alma no están llenas, sino en potencia para la plenitud, porque la naturaleza humana ha sido creada como tabla rasa. Está vacía. Por eso dice *se anonadó*, porque tomó la naturaleza humana.

Tomando forma de siervo, porque el hombre por su creación es siervo de Dios, y la naturaleza humana es forma de siervo.

IIT. Ejemplo de la humildad de Cristo en su Pasión. *Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Filip 2, 8).

Cristo es hombre, pero muy grande, porque él es Dios y hombre; y, sin embargo, se humilló. *Cuanto mayor eres, humíllate en todas las cosas* (Eccli 3, 20). El modo de humillarse y la señal de la humildad es la obediencia. Propio de los soberbios es seguir su propia voluntad, pues el soberbio busca la elevación, y a una cosa elevada pertenece el no ser regida por otra, sino, regir a otras, y por lo tanto la obediencia es contraria a la soberbia.

Queriendo, por consiguiente, mostrar la perfección de la humildad y de la Pasión de Cristo, dice que se hizo obediente, porque si no hubiese padecido por obediencia, no hubiese sido tan recomendable, pues obediencia es la que da mérito a nuestros sufrimientos.

Pero ¿cómo se hizo obediente? No por su voluntad divina, porque ésta es la misma regla, sino por su voluntad humana, que en todas las cosas fue regulada según la voluntad paterna.

Mas el que esta obediencia sea grande y recomendable se pone de manifiesto porque la obediencia es grande cuando sigue el mandato de otro contra la propia inclinación. El movimiento de la voluntad humana se dirige hacia la vida y hacia el honor. Pero Cristo no rehusó la muerte. Tampoco rehuyó la ignominia. Por eso dice: *y muerte de cruz*, que es la más infamante: *Condenémosle a la muerte más infame* (Sab 2, 20).

(*In Phil.*, II).

Domingo de la 31ª semana

EN LA CRUZ HALLAMOS EL EJEMPLO DE TODAS LAS VIRTUDES.

¿Era necesario que el Hijo de Dios padeciera por nosotros? Lo era, ciertamente, y por dos razones fáciles de deducir: la una, para remediar nuestros pecados; la otra, para darnos ejemplo de cómo hemos de obrar.

Para remediar nuestros pecados, en efecto, porque en la pasión de Cristo encontramos el remedio contra todos los males que nos sobrevienen a causa del pecado.

La segunda razón tiene también su importancia, ya que la pasión de Cristo basta para servir de guía y modelo a toda nuestra vida. Pues todo aquel que quiera llevar una vida perfecta no necesita hacer otra cosa que despreciar lo que Cristo despreció en la cruz y apetecer lo que Cristo apeteció. En la cruz hallamos el ejemplo de todas las virtudes.

Si buscas un ejemplo de amor: *Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos*. Esto es lo hizo Cristo en la cruz. Y, por esto, si él entregó su vida por nosotros, no debemos considerar gravoso cualquier mal que tengamos que sufrir por él.

Si buscas un ejemplo de paciencia, encontrarás el mejor de ellos en la cruz. Dos cosas son las que nos dan la medida de la paciencia: sufrir pacientemente grandes males, o sufrir, sin rehuirlos, unos males que podrían evitarse. Ahora bien, Cristo, en la cruz, sufrió grandes males y los soportó pacientemente, *ya que en su pasión no profería amenazas; como cordero llevado al matadero, enmudecía y no abría la boca*. Grande fue la paciencia de Cristo en la cruz: *Corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia*.

Si buscas un ejemplo de humildad, mira al crucificado: él, que era Dios, quiso ser juzgado bajo el poder de Poncio Pilato y morir.

Si buscas un ejemplo de obediencia, imita a aquel se hizo obediente al Padre hasta la muerte: Si por la desobediencia de uno —es decir, de Adán— *todos se convirtieron en pecadores, así por la obediencia de uno todos se convertirán en justos.*

Si buscas un ejemplo de desprecio de las cosas terrenales, imita a aquel que es *Rey de reyes y Señor de señores, en quien están encerrados todos los tesoros del saber y el conocer*, desnudo en la cruz, burlado, escupido, flagelado, coronado de espinas, a quien finalmente, dieron a beber hiel y vinagre.

No te aficiones a los vestidos y riquezas, ya que *se repartieron mis ropas*; ni a los honores, ya que él experimentó las burlas y azotes; ni a las dignidades, ya que *le pusieron una corona de espinas, que habían trenzado*; ni a los placeres, ya que *para mi sed me dieron vinagre.*

Lunes de la 31ª semana

LAS BUENAS ACCIONES

Si sobre este fundamento uno edifica oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, su obra quedará de manifiesto (1 Cor 3, 12, 13).

1. Las acciones con las cuales el hombre estriba en las cosas espirituales y divinas, se comparan al oro, a la plata y a la piedra preciosa, que son sólidos, brillantes y preciosos; así, por el oro se simboliza aquello por lo cual el hombre tiende al mismo Dios por la contemplación y el amor: *Yo le aconsejo que compres de mí oro afinado en fuego (Apoc 18)*, esto es, la sabiduría con la caridad. Por la plata se significan los actos por los que el hombre se adhiere, creyendo, amando y contemplando las cosas espirituales. Por lo cual, según la Glosa, la plata simboliza el amor del prójimo. Las piedras preciosas designan las acciones de las diversas virtudes con que es adornada el alma humana.

Pero las acciones humanas con que el hombre procura conseguir las cosas corporales se comparan a la paja, porque son viles, pues brillan y se quemán fácilmente. Difieren, sin embargo, entre sí en que unas son más firmes, y otras se consumen más fácilmente. Los mismos hombres, entre las criaturas carnales, son más dignos y se conservan por sucesión; por eso se

comparan a la madera. La carne del hombre, sin embargo, se corrompe más fácilmente por la enfermedad y la muerte; de ahí que se compare al heno. Las cosas que corresponden a la gloria, pasan muy fácilmente, por lo cual se comparan a la paja.

Así, pues, edificar con *oro, plata y piedras preciosas* es edificar, sobre el fundamento de la fe, lo que pertenece a la contemplación de la sabiduría de lo divino, al amor de Dios, a la devoción de los santos, al socorro del prójimo, al ejercicio de las virtudes. Edificar con *madera, heno y paja* es construir las cosas que corresponden a la disposición de las cosas humanas, al cuidado de la carne y a la gloria exterior.

II. De tres maneras suele el hombre aplicarse a las cosas corporales.

1ª) Haciendo de ellas su fin; y como esto es pecado mortal, con ello el hombre no edifica, sino que, destruyendo el cimiento, coloca otro. Porque el fin es cimiento en las cosas apetecibles.

2ª) Uno pretende usar de las cosas, ordenándolas totalmente a la gloria de Dios, y esto no será edificar con madera, heno y paja; sino con oro, plata y piedras preciosas.

3ª) Otro, aunque no pone el fin en estas cosas ni quiere obrar por ellas en contra de Dios, las desea, sin embargo, más de lo debido, de modo que se retrasa en las cosas de Dios, y esto es pecar venialmente. Esto es propiamente edificar con madera, heno, paja, porque las acciones que se hacen con miras temporales llevan consigo al pecado venial, por el afecto excesivo hacia ellas; y ese afecto, en la medida en que sea más o menos apegado a ellas, se compara a la madera, al heno y a la paja.

(*In I Cor., 3*)

Martes de la 31ª semana

LA GRAN CENA

Un hombre daba un gran banquete (Lc 14, 16).

Por esta cena se entiende la bienaventuranza celestial.

I. Se llama grande por la multitud de los que toman parte en él.

1º) Por razón de los que la ofrecen, que son el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo; inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo, y por eso, ofrecen una cena inmensa. El Señor de los ejércitos hará a

todos los pueblos en este monte convite de manjares mantecosos, convite de vendimia, de manjares mantecosos con tuétano, de vino sin heces (Is 25, 6).

2º) Por razón de los que le sirven, que son millares de millares.

3º) Por razón de los comensales, que serán centenares de mil.

II. Se llama grande, por la abundancia de los alimentos que allí se darán. Pues habrá allí millares de millares de manjares. Los manjares en la vida eterna son los goces, y como hay allí millares de millares de goces, serán por lo tanto millares de millares los alimentos. Podemos, sin embargo, señalar tres grandes manjares: el gozo por la ausencia de todos los males, el gozo por la presencia de todos los bienes, y la alegría continua de las divinas alabanzas. De los tres dice San Agustín: "¡Oh, cuánta será aquella felicidad, donde no habrá ningún mal, ni estará oculto ningún bien, donde se dedicarán a las alabanzas internas, y Dios lo será todo en todos!"

III. Se llama grande por la eternidad del banquete, porque:

1º) Nunca terminará. *Ninguno os quitará vuestro gozo* (Jn 16, 22).

2º) Nunca se acabará de cenar. *No cesaban día y noche de decir... Señor Dios omnipotente, el que era, y el que es, y el que ha de venir* (Apoc 4, 8). Porque el alabar es allí lo mismo que cenar.

3º) También se llama eterno el banquete, porque toda él se comerá al mismo tiempo. La eternidad es la posesión total y simultánea de la vida bienaventurada.

(Serm., LXXXI)

Miércoles de la 31ª semana

RENUNCIA DE LAS COSAS TEMPORALES

Renunciando a la impiedad, y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria y justa y piadosamente (Tit 2, 12).

I. El hombre está constituido entre las cosas de este mundo y los bienes espirituales, en los cuales consiste la bienaventuranza eterna, de tal modo que cuanto más se adhiere a las unas, más se desvía de los otros y viceversa; de ahí que quien totalmente se apega a las cosas de este mundo y hace de ellas su fin, tomándolas como razón y regla de sus acciones, se aparta totalmente de los bienes espirituales; y por lo mismo este desorden se quita por los preceptos.

Pero no es necesario que el hombre renuncie totalmente a los bienes de este mundo, para llegar al fin mencionado, porque puede el hombre, usando de las cosas de este mundo, sin hacer de ellas su fin, llegar a la eterna bienaventuranza; a la cual, sin embargo, llegará mejor y más libremente renunciando totalmente a los bienes de este mundo, y por eso en el Evangelio se dan consejos acerca de ello.

Los bienes de este mundo, pertenecientes al uso de la vida humana, son de tres clases, a saber: riquezas de bienes exteriores, que corresponden a la *concupiscencia de los ojos*; deleites carnales incluidos en, la *concupiscencia de la carne*, y honores, condensados en la *soberbia de la vida* (1 Jn 2, 16). El abandonar del todo estas tres cosas, en cuanto es posible, pertenece a los consejos evangélicos. En estos tres se funda, asimismo, toda religión que profesa el estado de perfección; porque las riquezas se abdican por la pobreza; los deleites carnales, por la castidad perpetua; la soberbia de la vida, por la servidumbre de la obediencia.

II. La observancia en absoluto de éstas (tres virtudes) pertenece en general a los consejos propuestos; pero la observancia de cada uno de ellos pertenece al consejo circunstancialmente, es decir, en aquel caso; por ejemplo, cuando el hombre da alguna limosna a un pobre, sin estar obligado, sigue el consejo en ese caso particular; y del mismo modo cuando uno se abstiene de los deleites carnales por algún tiempo determinado, para dedicarse a la oración, sigue el consejo por aquel tiempo; igualmente cuando alguno no sigue su voluntad en algún acto que lícitamente pueda ejecutar, sigue el consejo en tal caso; como también si hace bien a sus enemigos, cuando no está obligado, o si perdona una ofensa, de la que justamente podría exigir venganza. Y así todos los consejos particulares se reducen también a aquellos tres generales y perfectos.

(1^a 2^{ae} q. 108, a. 4)

Jueves de la 31^a semana

EXCELENCIA DE LA CARIDAD

Ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la esperanza, y la caridad; mas de éstas, la mayor es la caridad (1 Cor 13, 13).

I. La caridad es la mayor de las virtudes teologales.

La grandeza de una virtud en cuanto a su especie se estima por su objeto; mas como las tres virtudes teologales tienen a Dios por objeto propio, no puede ninguna de ellas decirse mayor que otra porque se refiera a mayor objeto, sino porque una de ellas se aproxime más que otra a su objeto.

Según esto, la caridad es mayor que las otras; porque las otras envuelven en su propia noción cierta distancia del objeto; pues la fe es de cosas que no se ven; y la esperanza, de lo que aún no se tiene; en tanto que el amor de la caridad es de lo que ya se posee, de modo que el amado está en cierto modo en el amante, y que además el que ama es, por su afecto, atraído a la unión con el amado, por lo cual dice San Juan: *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él* (1 Jn 4, 16).

(1^a 2^{ae}, q. LXVI, a. VI)

II. La caridad es la forma y raíz de todas las virtudes: *Arraigados y cimentados en la caridad* (Ef 3, 17).

En los actos morales, lo que da al acto el orden al fin le da también la forma. Mas es evidente que por la caridad se ordenan los actos de todas las otras virtudes al último fin. Pues el último y principal bien del hombre es el goce de Dios, según aquello del Salmo (72, 28): *A mí bueno me es el apegarme a Dios*; a esto se ordena el hombre por la caridad y según esto ella da forma a los actos de todas las otras virtudes. Por lo tanto se dice que es la forma de las virtudes; pues también las mismas virtudes se dicen así en orden a los actos formados.

La caridad se compara al fundamento y a la raíz, porque de ella se sustentan y nutren todas las demás virtudes. Se llama también el fin de las otras virtudes, por cuanto las ordena a su fin; y como es madre la que concibe en sí de otro, por esta razón se llama madre de las otras virtudes, puesto que por el apetito del fin último concibe los actos de las demás virtudes y en ellos impera.

(2^a 2^{ae}, q. XXIII, a. 8)

III: La caridad es producida en nosotros por infusión.

La caridad es cierta amistad del hombre con Dios, fundada sobre la comunicación de la bienaventuranza eterna; mas esta comunicación no tiene lugar según los dones naturales, sino según los dones gratuitos, pues como se dice en la Epístola a los Romanos (6, 23): *La gracia de Dios es vida perdurable*. Por consiguiente también la misma caridad excede a la capacidad de la naturaleza; y lo que excede a la capacidad de la naturaleza

no puede ser ni natural ni adquirido por las potencias naturales, porque el efecto natural no trasciende a su causa. Así, la caridad no puede hallarse naturalmente en nosotros, ni ser adquirida por las fuerzas naturales, sino por infusión del Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo, cuya participación en nosotros es la misma caridad creada.

Dios es soberanamente amable en sí mismo, en cuanto es el objeto de la bienaventuranza; pero no es de este modo principalmente amable a nosotros, por la inclinación de nuestro afecto a los bienes visibles; y así es evidente que, para amar a Dios sobre todo de este modo, es necesario que la caridad se infunda en nuestros corazones.

(2^a 2^{ae}, q. XXIV, a. 2).

Viernes de la 31^a semana

EL TEMOR DEL JUICIO FINAL

Contra este temor debemos emplear cuatro remedios.

El primero consiste en obrar bien. *¿Quieres no temer a la autoridad? Obra el bien, y obtendrás de ella elogios* (Rom 13,3).

El segundo es la confesión y penitencia en cuanto a los pecados cometidos, con tres características, dolor al considerarlos, humildad al confesarlos, intransigencia al satisfacer por ellos: de esta manera se expía la pena eterna.

El tercero es la limosna, que todo lo purifica. *Ganaos amigos con el dinero injusto, para que, cuando fallezcáis, os reciban en las moradas eternas* (Lc 16,9).

El cuarto remedio lo constituye la caridad, es decir, el amor a Dios y al prójimo, amor que cubre los pecados en bloque, según leemos en 1 Pedro 4 y en Proverbios 10.

(Escritos catequéticos cp. 7)

Sábado de la 31ª semana

EL GOZO ETERNO

Porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor (Mt 25, 23).

I. Estas pocas cosas son todo lo que se encuentra en esta vida, que es como nada en comparación de los bienes celestiales. Lo cual quiere decir: *porque fuiste fiel* en relación con los bienes de la vida presente, *te pondré sobre lo mucho*, esto te daré los bienes espirituales que están sobre todos esos bienes. *El que es fiel en lo menor, también lo es en lo mayor (Lc 16, 10).*

II. A continuación habla de la grandeza del premio: *Entra en el gozo de tu Señor*. Porque el gozo es el premio: *Os he de ver, y se gozará vuestro corazón (Jn 16, 22).*

Podría decir alguno: ¿Por ventura es la visión el premio o lo es algún otro bien? Respondo que si otra cosa se dice premio, el gozo, sin embargo, es el premio final. Como decimos que el fin de los cuerpos pesados es el centro de la tierra, y que descansar en el centro es lo principal, así el gozo no es otra cosa que el reposo del alma en el bien alcanzado; por eso, por razón del fin, al gozo se llama premio.

¿Y por qué dice "*Entra en el gozo de tu Señor*", y nos "recibe"? Debe responderse que hay dos alegrías, la de los bienes exteriores y la de los bienes interiores. El que goza de los bienes exteriores, no entra en el gozo, sino que el gozo entra en él; mas el que goza de los espirituales, entra en el gozo: *me introdujo el rey en su cámara (Cant 1, 3).*

O de otro modo. Lo que está en alguno, es contenido por éste, y el que contiene es mayor. Así, cuando el gozo viene de una cosa menor que nuestro corazón, entonces entra el gozo en el corazón; pero Dios es mayor que el corazón; y por eso el que goza de Dios entra en el gozo.

Además *entra en el gozo del Señor*, es decir, goza del Señor, porque el Señor es la verdad. Por lo cual la bienaventuranza no es otra cosa que el gozo de la verdad. O también "*Entra en el gozo de tu Señor*", significa: Alégrate de aquello de donde se goza y de que se goza tu Señor; la fruición de sí mismo. Entonces el hombre goza como el Señor, cuando disfruta del mismo modo que el Señor. Por eso dice a los Apóstoles: *Dispongo yo del reino... Para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino (Lc 22, 29-30)*, es

decir, para que seáis bienaventurados en lo mismo que yo soy bienaventurado.

(*In Matth.*, XXV)

III. Este gozo será colmado: *Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido* (Jn 17, 24). Como el deseo es movimiento hacia el bien y el gozo es su descanso en ese bien, el hombre goza cuando descansa en el bien poseído, hacia el cual se movía el deseo. Pero el gozo es proporcionado al bien poseído, y del bien creado no puede tenerse gozo pleno, porque no aquietta plenamente el deseo y apetito del hombre. Así, pues, nuestro gozo será pleno cuando poseamos aquel bien en el cual están sobreabundantemente los bienes que podemos desear. Este bien es sólo Dios, que colma de bienes nuestro deseo. Por eso dice: *Pedidlo, para que vuestro gozo sea cumplido*, a saber, disfrutar de Dios y de la Trinidad, después de lo cual no hay más. *Me llenarás de alegría con tu rostro* (Sal 15, 11).

(*In Joan.*, XVI; 2^a 2^{ae}, q. XXVIII, a. 3)

Domingo de la 32^a semana

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS, EL PERDÓN DE LOS PECADOS

De la misma manera que en un cuerpo natural la actividad de cada miembro repercute en beneficio de todo el conjunto, así también ocurre en el cuerpo espiritual que es la Iglesia: como todos los fieles forman un solo cuerpo, el bien producido por uno se comunica a los demás. *Cada uno somos miembros los unos de los otros* (Rom 12,5. Por este motivo, entre las verdades de fe que transmitieron los Apóstoles, se encuentra la de que en la Iglesia existe una comunicación de bienes; es lo que el Símbolo quiere expresar con "la comunión de los santos".

Entre todos los miembros de la Iglesia el principal es Cristo, que es la cabeza: *Lo puso por cabeza sobre toda la Iglesia, la cual es su cuerpo* (Ef 1,22-23). Por consiguiente, el bien producido por Cristo se comunica a todos los cristianos, como la energía de la cabeza a todos los miembros. Esta comunicación se lleva a cabo por medio de los sacramentos de la Iglesia, en los que opera la potencia de la Pasión de Cristo, que actúa dando gracia para el perdón de los pecados.

El cuarto sacramento es la penitencia. En la vida del cuerpo sucede a veces que uno enferma, y si no se le administra la medicina convenientemente, muere. En la vida del espíritu se enferma por el pecado, y es necesaria también una medicina para recobrar la salud. Este remedio es la gracia que se recibe en el sacramento de la penitencia. *El perdona todas tus maldades, sana todas tus enfermedades* (Sal 102,3).

En la penitencia deben concurrir tres elementos: contrición, que es un pesar de haber pecado unido al propósito de no volver a hacerlo; confesión de los pecados íntegra, y satisfacción, que se lleva a cabo con obras buenas.

A este fin fue dado a los Apóstoles el poder de perdonar. Por ello tenemos que creer que los ministros de la Iglesia —los cuales recibieron de los Apóstoles ese poder, como éstos lo habían recibido de Cristo— tienen en la Iglesia potestad de atar y desatar, y que en ésta existe plena potestad de perdonar los pecados, aunque jerarquizada, a saber, partiendo del Papa hasta los demás preladados.

Conviene notar también que no sólo se nos comunica la eficacia de la Pasión de Cristo, sino además los méritos de su vida. Y todo lo bueno que han hecho todos los santos, se comunica a los que viven en amor, porque todos son una sola cosa: *Yo soy partícipe de todos los que te temen* (Sal 118,63). De aquí procede que quien vive en amor, participa de todo lo bueno que se lleva a cabo en el mundo entero; si bien participan más intensamente aquéllos en favor de los que se aplica una obra buena de manera especial, pues uno puede dar satisfacción por otra persona, como resulta evidente en la costumbre de muchas congregaciones que admiten a la participación en sus bienes espirituales personas ajenas a ellas.

Así pues, por la comunión de los santos conseguimos dos cosas: una, que los méritos de Cristo se nos comuniquen a todos; otra, que el bien llevado a cabo por uno se comunique a otro. Por consiguiente, los excomulgados, por estar fuera de la Iglesia, se pierden una parte de todos los bienes que se producen, lo que supone un perjuicio mayor que la pérdida de cualquier bien temporal. Incurren además en un riesgo: es sabido que los sufragios de la Iglesia obstaculizan las tentaciones del diablo; por tanto, cuando uno queda excluido de tales sufragios, es vencido por el demonio con mayor facilidad. Por este motivo en la Iglesia primitiva, cuando uno era excomulgado, en seguida el diablo los atormentaba corporalmente.

(Escritos catequísticos, cp. 10)

Lunes de la 32ª semana

ATRACCIÓN DE LOS ENEMIGOS

Amaras a tu prójimo como a ti mismo (Mt 22, 39).

Es cierto que pecas si no perdonas al que te pide perdón, y que es cosa de perfección si le atraes a ti, aun cuando no estés obligado.

Muchas razones aconsejan que lo atraigas a ti:

La primera es la conservación de la propia dignidad. Cada dignidad tiene su señal especial, y nadie debe abdicar los signos de su dignidad. Entre todas las dignidades, la mayor es ser hijo de Dios; y la señal de esa dignidad es el amor al enemigo. *Amad a vuestros enemigos... para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos.* (Mt 5, 44-45). Amar a un amigo no es la señal de la filiación divina, pues *hacen también lo mismo los publicanos... y los gentiles* (Ibid., 46-47).

La segunda es el logro de la victoria. Ésta es un deseo natural de todos. Es, pues, necesario que con tu bondad atraigas al amor al que te ofendió, y entonces vences; o que el otro te arrastre al odio, y entonces pierdes. *No te dejes vencer de lo malo; mas vence el mal con el bien* (Rom 12, 21).

La tercera es la adquisición de muchas ventajas; porque con ello adquieres amigos. *Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; porque si esto hicieras, carbones encendidos amontonarás sobre su cabeza...* (Rom 12, 20). Y San Agustín dice: "No hay provocación mayor para el amor que prevenir amando." Pues nadie es tan duro, qué aunque no quiera dar amor, no quiera, sin embargo, pagarlo.

La cuarta es la de que con ello son más fácilmente escuchadas tus plegarias. Por eso, sobre el pasaje de Jeremías: *Aunque Moisés y Samuel se me pusiesen delante* (15, 1), dice San Gregorio: "Hizo principalmente mención de ellos, porque rogaron por los enemigos." También rogó Cristo: *Padre, perdónalos.* (Lc 23, 34). Orando San Esteban por los enemigos (Hechos 7, 59), reportó gran utilidad a la Iglesia, pues convirtió a San Pablo.

La quinta es la huida del pecado, lo cual debemos desear principalmente; pues algunas veces pecamos, no buscamos a Dios, y Dios nos atrae a sí, o con enfermedades o cosa semejante. *Yo cercaré tu camino con espinos* (Os 2, 6). De este modo fue atraído San Pablo. Y en el Salmo (118, 176) se dice: *Anduve errante, como oveja descarriada; busca a tu siervo.* Mas esto lo conseguimos si atraemos a nosotros al enemigo

perdonando primero, pues como consta en el Evangelio: *Con la misma medida con que midiereis, se os volverá a medir* (Lc 6, 38). Y en el mismo capítulo: *Perdonad y seréis perdonados* (Ibid., 37). El mismo Jesús dice: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*. (Mt 5, 7). Pues no hay misericordia mayor que perdonar al que nos ofende.

(*In Decal.*, X)

Martes de la 32ª semana

EL SERVICIO DE DIOS

No tendrás dioses ajenos delante de mí (Ex 20, 3).

Se nos prohíbe dar culto más que a un solo Dios, y somos obligados a ello por cinco razones:

1ª) Por la dignidad de Dios, pues no hacer caso de ella es injuriar a Dios. A toda dignidad se debe reverencia; por eso es traidor al rey el que le quita lo que está obligado a prestarle, y esto hacen algunos contra Dios, como dice el Apóstol: *Y mudaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible* (Rom 1, 23). Esto desagrade sobremanera a Dios.

2ª) Por su largueza. Pues de Dios poseemos todos los bienes; y corresponde a la dignidad de Dios ser el autor y dador de todos los bienes. *Abriendo tú tu mano, todos se llenarán de bienes* (Sal 103, 28). Eres, pues, demasiado ingrato, si no reconoces sus dones; es más, haces para ti otro Dios, del mismo modo que hicieron un ídolo los hijos de Israel sacados de Egipto. *Iré en pos de mis amadores* (Os 2, 5). Esto tiene lugar también cuando uno pone su esperanza en otro que no sea Dios, esto es, cuando pide a otro ayuda. *Bienaventurado el varón cuya esperanza es el nombre del Señor* (Sal 39, 5). *Habiendo conocido a, Dios... ¿cómo os volvéis otra vez a los rudimentos flacos y pobres...?* (Gal 4, 9).

3ª) Por la firmeza de nuestras promesas. Pues hemos renunciado al diablo y hemos prometido fidelidad a solo Dios; por lo tanto no debemos quebrantarla. *Si alguno quebranta la ley de Moisés, siéndole probada con dos, o con tres testigos, muere sin misericordia alguna. ¿Pues de cuántos mayores tormentos creéis que es digno el que hollare al Hijo de Dios, y tuviere por vil, y profanare la sangre del testamento en que fue santificado, y que hiciere ultraje al espíritu de gracia?* (Hebr 10, 28-29). *Si viviendo el*

marido, fuere hallada con otro hombre, será llamada adúltera (Rom 7, 3); y la tal debe ser quemada. ¡Ay!, pues, del pecador que entrare en tierra por dos caminos, y de los que cojean de los dos pies.

4ª) Por la pesadez del dominio del diablo, como dice Jeremías: *Serviréis allí a dioses ajenos día y noche, que no os darán reposo (Jer 16, 13)*. Pues no descansa en un solo pecado, sino más bien se empeña en llevar a otro. *Todo aquél que hace pecado, esclavo es del pecado (Juan 8, 34)*. Por eso no se sale fácilmente del pecado. San Gregorio dice: "El pecado que no es destruido por la penitencia, arrastra luego por su peso a otro pecado." Lo contrario ocurre con el dominio de Dios, pues sus preceptos no son pesados, como dice el Señor: *Mí yugo es suave, y mi carga ligera (Mt 11, 30)*. Se considera que uno hace bastante, si hace por Dios cuanto hizo por el pecado. El Apóstol dice: *Como para maldad ofrecisteis vuestros miembros, que sirviesen a la inmundicia, y a la iniquidad; así para santificación, ofreced ahora vuestros miembros que sirvan a la justicia (Rom 6, 19)*. Pero de los siervos del diablo se dice: *Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición, y hemos andado por caminos ásperos (Sab 5, 7)*. *Trabajaron para proceder inicualemente (Jer 9, 5)*.

5ª) Por la inmensidad del premio o galardón. Pues en ninguna ley se prometen tales premios como en la ley de Cristo. A los sarracenos se les promete ríos de leche y de miel; a los judíos, la tierra de promisión; mas a los cristianos, la gloria de los ángeles: *Serán como ángeles de Dios en el cielo (Mt 22, 30)*. Considerando esto, San Pedro dijo: *¿Señor, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna (Jn 6, 69)*.

(In Decalog., XII)

Miércoles de la 32ª semana

DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS

Misión del rey y del Señor es juzgar: *El rey, que está sentado en el trono de la justicia, con una mirada suya disipa todo mal (Prov 20,8)*. Puesto que Cristo subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios como Señor de todas las cosas, es evidente que juzgar es misión suya. Por eso en la profesión de fe católica afirmamos que "ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos".

Los mismos ángeles lo aseguraron: *Este Jesús, que de entre vosotros ha subido al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse* (Hechos 1,11).

El Juez es Cristo. *Él es a quien Dios ha puesto por juez de vivos y muertos* (Hechos 10,42), ya sea que tomemos por muertos a los pecadores y por vivos a los que viven con rectitud, o bien que interpretemos literalmente como vivos a los que para entonces vivirán, y como muertos a todos los que habrán fallecido. Es juez no sólo en cuanto Dios, sino también en cuanto hombre, y esto por tres motivos.

Primero, porque es necesario que los que sean juzgados vean al juez; pero la Divinidad es tan deleitosa que nadie puede contemplarla sin gozo; por tanto, ningún condenado podrá verla, porque gozaría. Por eso es preciso que aparezca en su condición de hombre, para ser visto por todos. *Le dio potestad de juzgar porque es Hijo de hombre* (Jn 5,27).

Segundo, porque en cuanto hombre mereció este cargo. En cuanto hombre fue juzgado inicualemente; por ello Dios lo nombró Juez del universo entero: *Tu causa ha sido juzgada como la de un impío: recibirás a cambio poder de juzgar* (Job 36,17).

Tercero, para que los hombres no se desesperen, puesto que por un hombre van a ser juzgados. Si Dios sólo juzgara, los hombres aterrados se desesperarían. *Verán al Hijo del hombre venir en una nube* (Lc 21,27).

Los que serán juzgados son todos los que existieron, existen y existirán: *Todos tendremos que comparecer ante el tribunal de Cristo, para recibir premio o castigo por lo que hayamos hecho en esta vida* (2 Cor 5, 10).

Pero, como dice Gregorio, hay entre ellos cuatro categorías. En primer lugar, de los que comparecerán, unos son buenos, y otros, malos.

De los malos unos serán condenados sin juicio, los incrédulos, cuyas obras no serán sometidas a discusión, porque *el que no cree, ya está juzgado* (Jn 3,18).

Otros serán condenados después de ser juzgados, los creyentes que murieron en pecado mortal: *El salario del pecado es la muerte* (Rom 6,23). Por la fe que tuvieron no se verán privados del juicio.

También de los buenos unos se salvarán sin juicio, los que por Dios fueron pobres de espíritu; es más, juzgarán a los demás: *Vosotros, que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su majestad, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel* (Mt 19,28); lo cual ha de entenderse

no sólo de los Discípulos, sino de todos los pobres; de otra forma, Pablo, que trabajó más que ninguno, no se contaría entre los jueces. Hay, pues, que interpretarlo de todos los que siguen a los Apóstoles y de los varones apostólicos. Por ello Pablo escribe: *¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles?* (1 Cor 6,3). *El Señor vendrá a juzgar acompañado de los ancianos y príncipes de su pueblo* (Is 3,14).

Otros, en cambio, se salvarán después de ser juzgados, los que hayan muerto en estado de justicia. Si bien murieron en gracia, en el manejo de las cosas temporales fallaron en algún punto; por esto serán juzgados, pero se salvarán.

La materia del juicio serán todas las obras, buenas y malas: *Anda por donde el corazón te lleve..., pero a sabiendas de que por todo ello Dios te llamará a juicio* (Eccl 12,14). Asimismo, las palabras ociosas: *De toda palabra ociosa que hayan pronunciado los hombres, darán cuenta en el día del juicio* (Mt 12,36). Los pensamientos: *Los pensamientos del impío sufrirán interrogatorio* (Sab 1,9).

(Escritos catequísticos cp. 7)

Jueves de la 32ª semana

CÓMO HA DE SERVIRSE A DIOS

1. Debe servirse a Dios con actos exteriores e interiores. Puesto que estamos compuestos de dos naturalezas, intelectual y sensible, debemos ofrecer a Dios doble adoración, la espiritual, que consiste en la devoción interna del espíritu, y la corporal, que consiste en la humillación exterior del cuerpo. Y como en todos los actos del culto de latría lo que es exterior se refiere a lo interior cómo a lo más principal; por eso la adoración exterior se hace a causa de la interior, es decir, para que por los signos de humildad, que exhibimos corporalmente, se excite nuestro afecto a someterse a Dios, pues nos es connatural proceder de las cosas sensibles a las inteligibles. Así como la oración existe primordialmente en la mente y secundariamente es expresada por las palabras, así también la adoración consiste principalmente en la reverencia interior de Dios, y secundariamente en ciertas señales externas de humildad, como al doblar las rodillas confesamos nuestra pequeñez en comparación con Dios; y al prosternarnos confesamos que nada somos por nosotros mismos.

(2ª 2ª, q. LXXXIV, a. II)

II. Debemos tener discreción en los actos exteriores. De manera distinta se conduce el hombre justo con respecto a los actos interiores, con los cuales se obsequia a Dios, y con relación a los exteriores. Porque el bien del hombre y su justicia consisten principalmente en los actos interiores, con los cuales el hombre cree, espera y ama. Por lo cual dice la Escritura: *El reino de Dios está dentro de vosotros* (Lc 17, 21).

No consiste principalmente en los actos exteriores: *El reino de Dios no es comida ni bebida* (Rom 14, 17). Por eso los actos interiores se consideran como fin que se busca por sí mismo; pero los actos exteriores, por los cuales se ofrecen los cuerpos a Dios, se consideran como medios que se ordenan al fin. En lo que se busca como fin, no se da ninguna medida, sino que cuanto mayor fuere, tanto mejor será. Mas para lo que se busca con relación al fin, se da medida proporcionada al fin; así, el médico causa la salud en cuanto puede, y en cambio administra la medicina, no en cuanto puede, sino en cuanto ve que es necesaria para conseguir la salud.

Del mismo modo el hombre no debe aplicar ninguna medida en la fe, en la esperanza y en la caridad, sino que cuanto más cree, espera y ama, tanto mejor es, por lo cual se dice en el Deuteronomio: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza* (Deut V, 3). Mas en los actos exteriores debe aplicarse la medida de la discreción, por comparación a la caridad.

(In Rom., XII)

Viernes de la 32ª semana

HAY QUE VELAR SIEMPRE

Mas sabed que, si el Padre de familias supiese a qué hora había de venir el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar su casa (Mt 24, 43).

Pero, como no sabe a qué hora, es necesario que vele durante toda la noche.

La casa es el alma. En ésta debe descansar el hombre, como dice la Escritura: *Entrando en mi casa, es decir, en mi conciencia, con ella tendré descanso* (Sab 8, 16). El padre de familias es la razón. *El rey que se sienta sobre el trono de justicia, con una mirada suya disipa todo mal* (Prov 20, 8).

Alguna vez el ladrón mina la casa. El ladrón es alguna persuasión de doctrina falsa, o alguna tentación. Y se llama ladrón, como se lee en el Evangelio: *El que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas... aquél es ladrón y salteador* (Jn 10, 1). La puerta es, propiamente hablando, el conocimiento natural o la ley natural. Luego el que entra por la razón, entra por la puerta; mas el que entra por la concupiscencia, por la ira o cosa semejante, es ladrón.

Los ladrones acostumbran llegar de noche. Si vienen de día no se les teme. Así, cuando el hombre se encuentra en la contemplación de las cosas divinas, entonces la tentación no viene; mas cuando se conduce remisamente, entonces viene. Por eso dice bien el Profeta: *Cuando faltare mi fuerza, no me desampares* (Sal 70, 9).

Por consiguiente, debemos vigilar, porque ignoramos cuándo vendrá el Señor a juicio. Pero podemos referirlo al día de la muerte. *Porque cuando digan paz y seguridad, entonces les sobrecogerá una muerte repentina* (1 Tes 5, 3). *Así, pues, estad apercibidos también vosotros, porque a la hora que menos penséis, ha de venir el Hijo del hombre* (Mt 24, 44). Dice San Juan Crisóstomo¹⁰¹ que los hombres solícitos de las cosas temporales velan de noche. Y si velan por las cosas temporales, cuánto más ha de velarse por las espirituales.

Fijémonos en la comparación de San Agustín. Supongamos tres siervos que aman la venida del Señor. Uno dice: "Mi Señor vendrá pronto, y por eso velaré." Otro dice: "El Señor tardará, pero quiero velar." Un tercero dice: "No sé cuándo vendrá, y por eso quiero velar." ¿Cuál de los tres habla mejor? Responde San Agustín que el primero se engaña malamente, pues si cree que vendrá pronto y después tarda, está en peligro de dormirse de tedio. El segundo puede ser engañado, pero no está en peligro. Pero el tercero obra bien, porque, en la duda, espera siempre. Por lo tanto, malo es señalarse algún tiempo.

(In Matth., XXIV)

¹⁰¹ Homil 78.

Sábado de la 32ª semana

MODO DE ORAR

I. ¿Debe ser vocal la oración? El Profeta David dice así: *Con mi voz clamé al Señor; con mi voz al Señor rogué* (Sal 141, 2).

La oración singular, que se ofrece por una persona particular, no es necesario que sea vocal; pero únese la palabra a tal oración por tres razones:

1º) Para excitar la devoción interior, por la cual el espíritu del que ora se eleva a Dios, pues el espíritu del hombre se mueve según la aprensión, y por consiguiente según el afecto, por medio de los signos externos, ya de las voces, ya también de algunos hechos. Por esto dice San Agustín que: "nosotros nos excitamos más vivamente a acrecentar el deseo santo con las palabras y otros signos"¹⁰². De modo que, en la oración singular, debe usarse de palabras y otros signos, tanto como conviene, para excitar el espíritu interiormente. Pero si con ello el espíritu se distrae o es impedido de algún modo debe desistirse de ello, lo cual acontece principalmente en aquéllos cuyo espíritu está suficientemente dispuesto a la devoción sin tales signos. Así dice el Salmista: *Contigo habló mi corazón, mi rostro te ha buscado* (Sal 26, 8); y de Ana se lee, que *hablaba en su corazón* (1 Reyes 1, 13). .

2º) Se añade la oración vocal como para pagar una deuda, esto es, para que el hombre sirva a Dios con todo lo que de él recibe, es decir, no sólo con el alma, sino también con el cuerpo.

3º) También se une la oración vocal por cierta redundancia del alma sobre el cuerpo, a causa del afecto vehemente, según aquello del Salmo (15, 9): *Se alegró mi corazón, y se regocijó mi lengua*.

II. ¿Debe ser atenta la oración?

Una cosa es necesaria de dos modos: 1º, si por ella se llega mejor al fin, y según esto la atención es absolutamente necesaria a la oración; 2º, si sin ella no puede conseguirse su efecto. El efecto de la oración es triple:

El primero es común a todos los actos informados por la caridad, que es merecer, y para este efecto no se requiere necesariamente que la atención acompañe del todo a la oración, sino que la fuerza de la primera intención, por la que uno se pone a orar, hace meritoria toda la oración.

¹⁰² *Ad Prob.*, epíst, 130 a 121.

El segundo efecto de la oración es impetrar, y a este efecto también basta la primera intención, que Dios considera principalmente; pero si la primera intención falta, la oración ni es meritoria ni impetratoria; porque Dios no oye la oración a que no atiende el que ora.

El tercer efecto de la oración es el que produce de presente, es decir, cierta refección espiritual del alma, y para esto se requiere necesariamente la atención en la oración. Por eso se dice a los Corintios: *Si orare en una lengua... mi mente queda sin fruto* (1 Cor 14, 14).

Hay tres clases de atención: una, por la que se atiende a las palabras, para no equivocarse en ellas; la segunda es aquélla por la que se atiende al sentido de las palabras; y la tercera es por la que se atiende al fin de la oración, esto es, a Dios y al objeto por el que se ora. Ésta es sobre todo necesaria y pueden tenerla hasta los idiotas; y a veces es tan intensa la atención con que el alma se eleva a Dios, que hasta el espíritu se olvida de todo lo demás.

(2^a 2^{ae}, q. LXXXIII, a. 12, 13)

Domingo de la 33^a semana

LA VIDA ETERNA CONSISTE EN NUESTRA UNIÓN CON DOS

Los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor (1 Tesal IV, 16-17)

Adecuadamente termina el Símbolo, resumen de nuestra fe, con aquellas palabras: «La vida perdurable. Amén». Porque esta vida perdurable es el término de todos nuestros deseos.

La vida perdurable consiste, primariamente, en nuestra unión con Dios, ya que el mismo Dios en persona es el premio y el término de todas nuestras fatigas: Yo soy tu escudo y tu paga abundante.

Esta unión consiste en la visión perfecta: Ahora vemos confusamente en un espejo; entonces veremos cara a cara. También consiste en la suprema alabanza, como dice el profeta: Allí habrá gozo y alegría, con acción de gracias al son de instrumentos.

Consiste, asimismo, en la perfecta satisfacción de nuestros deseos, ya que allí los bienaventurados tendrán más de lo que deseaban o esperaban. La razón de ello es porque en esta vida nadie puede satisfacer sus deseos, y ninguna cosa creada puede saciar nunca el deseo del hombre: sólo Dios puede saciarlo con creces, hasta el infinito; por esto, el hombre no puede hallar su descanso más que en Dios, como dice san Agustín: «Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón no hallará reposo hasta que descansa en ti».

Los santos, en la patria celestial, poseerán a Dios de un modo perfecto, y, por esto, sus deseos quedarán saciados y tendrán más aún de lo que deseaban. Por esto, dice el Señor: *Entra en el gozo de tu Señor*. Y san Agustín dice: «Todo el gozo no cabrá en todos, pero todos verán colmado su gozo. Me saciaré de tu semblante; y también: El sacia de bienes tus anhelos».

Todo lo que hay de deleitable se encuentra allí superabundantemente. Si se desean los deleites, allí se encuentra el supremo y perfectísimo deleite, pues procede de Dios, sumo bien: *Alegría perpetua a tu derecha*.

La vida perdurable consiste, también, en la amable compañía de todos los bienaventurados, compañía sumamente agradable, ya que cada cual verá a los demás bienaventurados participar de sus mismos bienes. Todos, en efecto, amarán a los demás como a sí mismos, y, por esto, se alegrarán del bien de los demás como el suyo propio. Con lo cual, la alegría y el gozo de cada uno se verán aumentados con el gozo de todos.

Lunes de la 33ª semana

TINIEBLAS Y SOMBRA DE MUERTE

Los sacó de las tinieblas y sombras de muerte (Sal 106, 14).

1º) Existen tres clases de tinieblas, a saber: a) Tinieblas de ignorancia. *No supieron, ni entendieron, en tinieblas, andan* (Sal 81, 5). Éstas son tinieblas de la razón, considerada en sí misma, en cuanto que se ofusca por sí misma. b) Tinieblas de culpa, y a éstas se refiere el Apóstol cuando dice: *En otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor* (Ef 5, 8).

Estas son también de la razón humana, no producidas por sí misma, sino por el apetito, en cuanto que, mal dispuesto por las pasiones o por el hábito, ansía algo como bueno aunque en verdad no es un bien. c) Por último; están las tinieblas de condenación eterna. *Al siervo echadle en las tinieblas exteriores* (Mt 25, 30). Las dos primeras especies de tinieblas se dan en la vida presente; pero la tercera, al término de la vida.

Pero Cristo *los sacó* de las tinieblas, porque es la *luz del mundo*, no un sol creado, sino autor de la creación del sol; y sin embargo, como dice San Agustín, la luz que creó al sol fue hecha bajo el sol, y está cubierta por la nube de la carne, no para obscurecerla, sino para templarla. Y porque esta luz es universal, por eso expulsa universalmente todas las tinieblas. *El que me sigue, no anda en tinieblas* (Jn, 8, 12), es decir, en las tinieblas de la ignorancia, porque yo soy la *verdad*; ni de la culpa, porque yo soy el *camino*; ni de la condenación eterna, porque yo soy la *vida* (*In Joan.*, c. VIII).

2º) La noche se entiende de dos maneras. Una que resulta de la substracción de la gracia actual, a la cual lleva el pecado mortal, y cuando llega esta noche nadie puede ejecutar obras meritorias de la vida eterna.

La otra es la noche consumada, cuando uno no solamente es privado de la gracia actual por el pecado mortal, sino también de la facultad de alcanzarla, a causa de la condenación eterna en el infierno, donde existe noche profunda, que envolverá a aquéllos de quienes se dice: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno* (Mat 25, 41). Entonces ninguno podrá obrar, porque no es tiempo de merecer, sino de recibir lo merecido. Por consiguiente, mientras vives, haz lo que debes hacer. Por eso aconseja la Escritura: *Cualquier cosa que esté en tu mano hacerla, hazla según tus fuerzas, porque ni obra, ni razón, ni sabiduría, ni ciencia habrá en el sepulcro, adonde caminas aprisa* (Eccles 9, 10).

3º) La muerte es la condenación en el infierno. *Ellos serán pasto de la muerte* (Sal 48, 15). Las sombras de muerte son la semejanza de la condenación futura que existe en los pecadores. Mas la pena mayor de los que están en el infierno es la separación de Dios; y puesto que los pecadores ya se han separado de Dios, por eso tienen una semejanza de condenación futura, al contrario de lo que ocurre a los justos, quienes poseen una semejanza de la futura bienaventuranza.

(*In Matth.*, V)

Martes de la 33ª semana

CUATRO MODOS CON QUE LOS DEMONIOS IMPIDEN LA CONTEMPLACIÓN

Con escudo te cercará su verdad; no tendrás temor de espanto nocturno, de saeta voladora entre día, de ninguna cosa que ande en tinieblas; de asalto ni de demonio de mediodía (Sal 90, 5-6).

Aquí se indican cuatro modos con que los demonios perjudican a las almas dadas a la contemplación, y de las cuales libra la luz infusa de la verdad.

1º) El temor nocturno es el error o el horror que suele dejar el diablo tras sí. San Gregorio dice que con la aparición del diablo el alma experimenta primero una cierta alegría, que termina en horror. Pero con la revelación de Dios ocurre lo contrario. Por eso, primero se turbó la Bienaventurada Virgen con el saludo del Ángel, y después fue consolada.

2º) La saeta voladora es la vanagloria, porque entra suavemente, pero hiere gravemente. Esta saeta infecta y engaña muchas veces a los contemplativos.

Tu vino mezclado está con agua (Is 1, 22); o según otra letra: *tus taberneros mezclaron agua al vino*. El vino es la revelación de Dios que alegra el corazón. El agua es la vanagloria que hincha. Mezclan agua con vino los que vanamente se regocijan de la revelación que les ha sido concedida.

3º) *De ninguna cosa que ande en tinieblas*; es decir, la solicitud y cuidado de los negocios de familia, cuyos pensamientos trae muchas veces el diablo a los que oran y meditan, para apartarlos de la contemplación e impedirles el provecho de la misma.

4º) El asalto y el demonio del mediodía es la ilusión del diablo bajo apariencia de bien, cuando, a veces, sugiere velar, ayunar, orar, llorar mucho tiempo, al observar a algún novicio devoto, para alejarlo del servicio de Dios, debilitarlo y hacerle desfallecer o arrepentir del bien comenzado.

Por eso dice el Señor a Zaqueo, que se había subido a un sicómoro para verlo pasar: *Zaqueo, desciende presto, porque es menester hoy hospedarme en tu casa* (Lc 19, 5). La higuera silvestre es la devoción indiscreta, por la que algún novicio quiere subir muy alto y a quien dice Jesús: "No

subas demasiado, antes bien, baja pronto, porque no sólo quiero estar contigo, sino permanecer mucho tiempo".

(*In Apoc.*, c. I.)

Miércoles de la 33ª semana

LA PEREZA

1º) La pereza es pecado.

Porque "es cierta tristeza agravante"¹⁰³, que de tal modo deprime el ánimo del hombre, que le quita a éste el agrado deshacer cosa alguna. Por esta razón lleva consigo cierto tedio en el obrar, por lo que sobre aquello del Salmo (106, 18): *El alma de ellos abominó toda comida*, dice la Glosa que la pereza es adormecimiento del alma, remisa en comenzar el bien.

Semejante tristeza es mala en sí, porque se refiere a lo que es mal aparente, pero verdadero bien, como cuando se refiere a lo que es bien espiritual e interno, que no puede ser malo sino aparentemente, en cuanto se opone a los deseos carnales. Mas también es mala la tristeza, acerca del mal verdadero, por sus efectos, si de tal modo apesadumbra al hombre que le retraiga totalmente de una acción buena. Y por consiguiente la pereza, esto es, la tristeza del bien espiritual, es pecado.

El ataque de la pereza ha de ser superado resistiendo; es decir, por el continuo pensar, pues cuanto más pensamos sobre los bienes espirituales, tanto más agradables se nos hacen; y por esto cesa la pereza.

2º) La pereza es vicio especial, no en cuanto se retrae del bien espiritual en general, pues todo vicio se aparta del bien espiritual de la virtud opuesta; ni tampoco en cuanto rehúye el bien espiritual por ser trabajoso o molesto al cuerpo e impeditivo de su deleite, sino en cuanto se entristece del bien divino. Porque todos los bienes espirituales, que existen en los actos de cada una de las virtudes, se ordenan a un solo bien espiritual, que es el bien divino, objeto de una virtud especial, que es la caridad. Por lo cual a toda 'virtud corresponde alegrarse del propio bien espiritual que consiste en el propio acto; pero a la caridad pertenece especialmente aquel gozo espiritual por el que uno se regocija del bien divino. Del mismo modo la tristeza del bien espiritual, que existe en los actos de cada una de las virtudes, no

¹⁰³ San Juan Damasceno: *De orth. fid.*, lib. 2, cap. 14.

pertenece a un vicio especial, sino a todos los vicios; al paso que entristecerse del bien divino, del que goza la caridad, pertenece al vicio especial llamado pereza.

3º) La pereza es pecado mortal.

Porque se llama pecado mortal el que quita la vida espiritual, que es efecto de la caridad, según la cual Dios habita en nosotros; y por consiguiente es por su género pecado mortal aquel que según su propia naturaleza contraría la caridad. Tal es la pereza; porque efecto propio de la caridad es el gozo de Dios, mas la pereza es la tristeza del bien espiritual en cuanto es bien divino.

Pero si el movimiento de la pereza se da únicamente en la sensualidad a causa de la repugnancia de la carne contra el espíritu, entonces es pecado venial; pero si llega hasta la razón, que consiente en la huida y en el horror y detestación del bien divino, entonces es pecado mortal.

(2ª 2ªe, q. XXXV, a. 1, 2, 3)

Jueves de la 33ª semana

LA PAZ

Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones, y vuestros sentimientos en Jesucristo (Filip 4, 7).

1. La paz, según San Agustín, es la tranquilidad del orden, y la perturbación del orden es la destrucción de la paz. Esa tranquilidad del orden puede considerarse de tres maneras, y por eso dice: *La paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros sentimientos.*

1º) En cuanto reside en el principio del orden, es decir, en Dios. De esta profundidad en que está la paz se deriva ésta, primeramente y con más perfección, a los bienaventurados, en los que no hay perturbación alguna, ni de culpa ni de pena, y consiguientemente desciende hasta los varones santos. Y cuanto más sano es uno, menos padece las perturbaciones en el alma: *Mucha paz para los que aman tu ley (Sal 118, 165);* pero es perfecta en los bienaventurados. Como nuestro corazón no puede estar al abrigo de toda perturbación sin la ayuda de Dios, es necesario que esta paz la haga él; por eso se dice: *de Dios.*

Y porque esta consideración de la paz en su principio, que es Dios, sobrepasa todo entendimiento creado, se ponen estas palabras: *habita una luz inaccesible* (1 Tim 6, 16). La paz del cielo sobrepasa al entendimiento de los ángeles, pero la que está en los santos, en esta vida, sobrepasa a todo entendimiento humano de los que no tienen la gracia: *Al vencedor daré yo maná escondido* (Apoc 2, 17).

2º) Así, pues, esta paz *guarde vuestros corazones*, esto es, vuestros afectos, para que en nada os apartéis del bien. *Guarda tu corazón con toda custodia, porque de él procede la vida* (Prov 4, 23).

3º) Asimismo, vuestros sentimientos (mejor, inteligencia), para que en nada os desviéis de la verdad. *Y esto en Jesucristo*, cuya caridad preserva al corazón del mal, y cuya fe hace perseverar la inteligencia en la verdad.

(*In Philip., IV*)

II. La paz es el bien supremo, como se ve por el Apóstol que, al principio de sus epístolas, desea siempre la gracia y la paz, diciendo: *Gracia sea a vosotros y paz* (Gal 1, 3). La gracia es el primero de los dones de Dios, porque por ella es justificado el impío; pero la paz es el último, el cual se perfecciona en la bienaventuranza. *El que puso por sus términos la paz* (Sal 147, 14). Entonces, la paz será perfecta cuando la voluntad descansa en la plenitud de toda bien, alcanzando la inmunidad de todo mal.

(*In Rom., I*)

Los bienes que desea el Apóstol son dos: *gracia y paz*, en los cuales se incluyen todos los bienes. El primero es la gracia, principio de la vida espiritual, a la cual se atribuye el perdón de los pecados, perdón que es el primer paso en la vida espiritual, pues ninguno puede estar en la verdadera vida espiritual, si no muere primero al pecado. El segundo bien es la paz, que es el reposo del alma en el fin, reposo que, como dice la Glosa, es reconciliación con Dios. Y así, al desear el principio y el fin de todos los bienes espirituales, el Apóstol incluye, como entre dos extremos, el deseo de todo bien que pueda sobrevenirles. *El Señor dará la gracia y la gloria* (Sal 83, 12).

(*In Gal., I*).

Viernes de la 33ª semana

LA SENDA PARA ENCONTRAR A JESÚS

I. *Jesús se había retirado del tropel de gente que había en aquel lugar* (Jn 5, 13). Esto dice la Escritura para dar a entender que Cristo no se encuentra fácilmente entre la multitud de los hombres y en la agitación de las cosas temporales, sino en la soledad espiritual. *La llevaré al desierto; y la hablaré al corazón* (Os 2, 14). Porque las palabras de los sabios se oyen en silencio. La vida espiritual del hombre consiste en el reposo espiritual, según aquello de Isaías: *Si os volviereis, y os estuviereis quietos, seréis salvos* (Is 30, 15).

Después le halló Jesús en el templo (Jn 5, 14). Aquí se indican dos cosas: el modo de encontrarlo y el lugar. El modo es ciertamente admirable, porque no se le encuentra si no se le busca. Por eso dice: *lo halló Jesús*. Porque el hombre no puede encontrar a Cristo con sus propias fuerzas, si Cristo no se le presenta. El lugar en que Cristo es encontrado es digno de veneración, es el templo. *El Señor está en su templo santo* (Sal 10, 5). Pues también su madre lo encontró en el templo.

En esto se da a entender que aquel hombre a quien Cristo halló no se daba a la vanidad, sino que estaba ocupado en algo religioso, frecuentando el templo; allí lo conoció Cristo, porque si queremos llegar al conocimiento del creador, debemos evitar la muchedumbre de los afectos desordenados, la compañía de los malos, y refugiarnos en el templo de nuestro corazón, que Dios se digna visitar y habitar.

(In Joan., V).

II. Así, pues, *entrad en vuestro corazón, prevaricadores* (Is 46, 8).

El hombre debe volver a su corazón:

1º) Como al tribunal del juez, para escudriñarse a sí mismo. *Medité de noche en mi corazón, y me ejercitaba, y escobaba mi espíritu* (Sal 76, 7).

2º) Como al principio de vida, para custodiarse. *Guarda tu corazón con toda custodia, porque de él procede la vida* (Prov 4, 23).

3º) Como a audiencia del habla divina, para escuchar diligentemente. *La llevaré al desierto, la hablaré al corazón* (Os 2, 14).

4º) Como a un tesoro de las palabras divinas, para conservarlas. *En mi corazón escondí tus palabras, para no pecar contra ti* (Sal 118,11).

5º) Como al cenáculo de la paz y de la refección divinas. El Salmista decía a los que hacen lo contrario: *Hablan paz con su prójimo, pero en sus corazones hay cosas malas* (Sal 27, 3).

(In Is., XLVI, 8)

III. Tal vez convendría decir aquí: *En medio de vosotros estuvo, a quien vosotros no conocéis* (Jn 1, 26). *En medio de vosotros estuvo*, esto es, en el entendimiento de todos resplandece el Hijo de Dios, la sabiduría divina, porque lo que hay de luz y de sabiduría en los hombres, proviene de la participación del Verbo. Dice *en medio*, porque el corazón está corporalmente en el centro del hombre, al cual se atribuye cierta sabiduría y entendimiento. Por lo cual, aun cuando el entendimiento no tenga órgano corporal, sin embargo, siendo el corazón el órgano principal, se acostumbra a tomarlo por el entendimiento. Por lo cual se dice estar en medio por semejanza, en cuanto *alumbra a todo hombre que viene a este mundo* (Jn 1, 9). *Entrad, pues, en el corazón*, es decir, en el entendimiento. *A quien vosotros no conocéis, porque la luz resplandece en las tinieblas; mas las tinieblas no la comprendieron* (Ibid., 5).

(In Joan., 1)

Sábado de la 33ª semana

UTILIDAD DE LA FE EN LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

La fe y la esperanza en la resurrección tienen cuatro ventajas.

1º) Es un consuelo en la tristeza que nos causa la muerte de los que amamos. Es imposible que el hombre no sienta dolor por la muerte de sus padres o de sus amigos; pero el dolor se mitiga con la esperanza en su resurrección. Por eso decía el Apóstol a los de Tesalónica: *Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros, que no tienen esperanza* (1 Tes 4, 12).

2º) Quita el temor a la muerte. Porque si el hombre no esperase otra vida mejor después de la muerte, sin duda alguna sería la muerte muy de temer, y el hombre debería ejecutar cualquier mal, para librarse de ella. Mas porque creemos en otra vida mejor, a la cual llegaremos después de la muerte, consta que nadie debe temerla, ni hacer ninguna cosa mala por temor a ella. A este respecto dice la Epístola a los Hebreos: *Para destruir*

por su muerte al que tenía el imperio de la muerte, a saber, al diablo; y para librar a aquéllos, que por el temor de la muerte estaban en servidumbre toda la vida (2, 14-15).

3º) Hace a los hombres afanosos y solícitos en el bien obrar. Porque, si la vida del hombre fuese únicamente ésta que vivimos, no tendría gran empeño en obrar bien; pues todo lo que hiciere, sería poca cosa; y su deseo no es para un bien determinado temporal, sino para la eternidad.

Mas porque creemos que por lo que hacemos aquí, recibiremos bienes eternos en la resurrección, por eso deseamos obrar bien. *Si en esta vida tan solamente esperamos en Cristo, los más desdichados somos de todos los hombres (1 Cor 15, 19).*

4º) Aparta del mal. Porque así como la esperanza en el premio alienta a obrar bien, así también el temor de la pena, que creemos reservada para los malos, aparta del mal: *Y los que hicieron bien irán a resurrección de vida; mas lo que hicieron mal, a resurrección de juicio (Jn 5, 29).*

(In Symbol.)

Domingo de la 34ª semana

EL JUICIO FINAL

Este juicio es temible por cuatro motivos.

Primero, por la sabiduría del Juez. Lo conoce todo, pensamientos, palabras y obras, puesto que *todo está desnudo y patente a sus ojos (Heb 4,13)*. "Todos los caminos de los hombres están patentes a los ojos de Él" (Prv 16,2). Conoce nuestras palabras: *Oído celoso todo lo oye (Sab 1,10)*. Y también nuestros pensamientos: *Retorcido es el corazón del hombre, e impenetrable: ¿quién lo conocerá? - Yo, el Señor, que escudriño el corazón y examino los riñones, que doy a cada uno según su camino y según el fruto de sus artes (Jer 17,9)*. Acudirán a declarar testigos infalibles, a saber, las propias conciencias de los hombres: *Atestiguando su misma conciencia, y acusándolos unas veces o incluso defendiéndolos otras sus juicios, el día en que Dios juzgue las acciones secretas de los hombres (Rom 2,15-16)*.

Segundo, por el poder del Juez, que es omnipotente por Sí: *El Señor Dios vendrá con potencia (Is 40,10)*. Y omnipotente por las criaturas, puesto que todas las cosas creadas estarán de su lado: *Peleará con El todo el*

universo contra los insensatos (Sab 5,21); de donde las palabras de Job: *No habiendo nadie que pueda librar de tu mano* (10,7). *Si subo al cielo, allí estás Tú; si bajo al infierno, te hallas presente* (Sal 138,8).

Tercero, por la justicia inflexible del Juez. Ahora es tiempo de misericordia, entonces será sólo tiempo de justicia; por eso ahora es nuestro momento, entonces será sólo el momento de Dios. *Cuando yo decida el momento, juzgaré con justicia* (Sal 74,3). "Los celos y la ira del marido no perdonarán en el día de la venganza, ni aceptaré en compensación obsequio alguno por espléndido que sea" (Prv 6,34).

Cuarto, por la cólera del Juez. Con un semblante dulce y agradable, se mostrará a los justos: *Contemplantán al Rey en su hermosura* (Is 33,17); con otro, encolerizado y cruel, se presentará a los malos, hasta el punto de que éstos dirán a los montes: *Caed sobre nosotros, y ocultadnos de la ira del Cordero* (Apoc 6,16). Tal ira no implica perturbación interior en Dios, sino sólo su efecto externo, a saber, la pena eterna impuesta a los réprobos. Orígenes: «¡Qué angosto será en el juicio el camino para los pecadores! Habrá arriba un juez airado, etc.»

(Escritos catequísticos cp. 7)

Lunes de la 34ª semana

SACRIFICIOS QUE HAN DE OFRECERSE A DIOS

1º) La oblación del sacrificio se hace para significar alguna cosa.

El sacrificio que se ofrece exteriormente significa el sacrificio interior espiritual por el que el alma se ofrece a sí misma a Dios. *Sacrificio para Dios es el espíritu atribulado* (Sal 50, 19), porque los actos exteriores de la religión se ordenan a los interiores. Mas el alma se ofrece a Dios en sacrificio, como al principio de su creación y como al fin de su beatificación; y según la verdadera fe sólo Dios es Creador de nuestras almas; también en él sólo consiste la bienaventuranza de nuestra alma. Por consiguiente, como sólo al sumo Dios debemos ofrecer el sacrificio espiritual, así también a él sólo debemos ofrecer sacrificios exteriores.

2º) Ciertamente es el sacrificio un acto especial de alabanza, porque se hace en reverencia de Dios; por lo cual pertenece a determinada virtud, esto es, a la religión. Pero ocurre que también las cosas que se hacen según otras virtudes, se ordenan al honor de Dios, como cuando uno da limosna de los

bienes propios por Dios, o cuando somete su propio cuerpo a alguna aflicción por reverencia a Dios; en este sentido también los actos de las demás virtudes pueden llamarse sacrificios. Hay sin embargo algunos actos que no encierran alabanza por otro concepto, sino porque se hacen por reverencia a Dios, y estos actos se llaman propiamente sacrificios y pertenecen a la virtud de la religión.

3º) El bien del hombre es de tres clases: 1º, el bien del alma que se ofrece a Dios con un sacrificio interior por medio de la devoción, la oración y otros actos interiores semejantes; y éste es el sacrificio principal; 2º, el bien del cuerpo que, en cierto modo se ofrece a Dios por el martirio, la abstinencia o la continencia; 3º, el bien de las cosas exteriores, del que se ofrece sacrificio a Dios; directamente, cuando le ofrecemos inmediatamente nuestras cosas, y mediatamente, cuando: las damos a nuestros prójimos por Dios.

(2ª 2ª, q. LXXXV, a. 2, 3)

De otra manera puede decirse que debemos ofrecer a Dios tres sacrificios. El sacrificio de corazón por la contrición: *Sacrificio para Dios es el espíritu atribulado*. El sacrificio de los labios en la alabanza y en la oración: *Sacrificio de alabanza me honrará* (Sal 49, 23); y también: *Te ofreceré holocaustos medulosos con sahumerio de carneros* (Sal 65, 15). La médula, que es pingüedad y vigor de los huesos, es la devoción, sustancia y virtud de las oraciones. El sacrificio del cuerpo en la satisfacción: *Entonces aceptarás sacrificio de justicia* (Sal 50, 21).

(In Apocalyp. I)

Martes de la 34ª semana

TIEMPO EN QUE TENDRÁ LUGAR EL ÚLTIMO JUICIO

El tiempo de la venida del Señor es desconocido por todos, según aquel pasaje de San Mateo (24, 36): *Mas de aquel día, ni de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles de los cielos, ni el Hijo*. No se nos ha revelado el conocimiento de ese día, porque nos conviene la incertidumbre acerca de la venida del juez, a fin de vivir cada día como si al día siguiente hubiésemos de ser juzgados, según la Glosa. Esto se confirma con las palabras de San Marcos (13, 33): *Estad sobre aviso, velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo*.

En ese pasaje señala notablemente el Señor tres expresiones: *estad sobre aviso, velad y orad*.

1º) Debemos estar fervorosamente sobre aviso, pensando en el día de la venida del juez. Porque siempre debemos poner ante los ojos aquel día, el día de la ira. Por eso se explican las palabras del Deuteronomio: *¡Oh si tuvieran sabiduría e inteligencia, y previesen las postrimerías!* (32, 29). Y San Jerónimo dice: "Ya coma, ya beba, ya escriba, o haga cualquier otra cosa, siempre resuena en mis oídos aquella voz: levantaos, muertos, venid a juicio."

2º) Debemos velar insistentemente, obrando, para que se nos encuentre dispuestos con obras buenas. Sobre esto escribe San Gregorio: "Vela el que tiene abiertos los ojos para mirar la verdadera luz; vela el que observa lo que cree, practicándolo; vela el que rechaza de sí las tinieblas del cuerpo y de la negligencia." Así, pues, hay que velar, porque no sabemos en qué hora va a venir nuestro Señor, ya sea para el juicio particular que se verificará en la muerte de cada uno, ya para el juicio universal y final. Por ese motivo, sobre aquello de San Marcos (13, 37): *Lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad*, dice San Agustín: "Vendrá para cada uno aquel día, cuando llegare su día, para que salga de aquí tal cual ha de ser juzgado en aquél; y por eso debe vigilar todo cristiano, para que no lo encuentre sin preparación la venida del Señor. Aquel día encontrará sin preparación a quien hubiere encontrado desapercibido el último día de su vida."

3º) Debemos orar, impetrando fervorosamente la misericordia de Cristo: *para que seáis dignos de evitar todas estas cosas, que han de ser, y de estar en pie delante del Hijo del hombre* (Lc 21, 36). Aquí se indican dos cosas por las que se debe orar: para evitar los males futuros, y para alcanzar los bienes futuros. Lo primero, según las palabras: *para que seáis dignos de evitar todas estas cosas*. Por eso dice también San Mateo (24, 20): *Rogad, pues, que vuestra huida no suceda en invierno, o en sábado*, esto es, no queráis huir, cuando ni es lícito ni podéis. Se nos manda orar espiritualmente para que no se enfríe la fe y la caridad hacia Dios, y para que no nos entorpecamos, ociosos, en las obras de Dios, es decir, en el sábado de las virtudes, dice la Glosa. Lo segundo se indica en las palabras: *y de estar en pie delante del Hijo del hombre*; ésta es la cumbre de la bienaventuranza, a saber: estar seguro en la presencia de su juez. Y Teodoreto comenta: "Porque la gloria angélica es estar de pie ante el Hijo del Hombre, nuestro Dios, y contemplar siempre su faz."

(*De Humanitate Christi.*)

Miércoles de la 34ª semana

EL BIEN DE LAS TRIBULACIONES

Nos gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación obra paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no trae confusión, porque la caridad de Dios esta difundida en nuestros corazones (Rom 5, 3-5).

Aquí se muestra la vehemencia de la esperanza, con la que confiamos alcanzar la gloria de los hijos de Dios. Pues quien vehementemente espera algo, soporta con gusto aun las cosas difíciles y amargas, como el enfermo que espera con vehemencia la salud bebe gustosamente la medicina amarga para sanar con ella. La señal de la esperanza inquebrantable que tenemos por Cristo es que no sólo nos gloriamos por la esperanza de la gloria futura, sino también de los males que por ella padecemos. Por eso dice: nos gloriamos en las tribulaciones, por las cuales llegamos a la gloria, como dice la Escritura: *Por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios (Hechos 14, 21). Tened por sumo gozo, cuando fuereis envueltos en diversas tribulaciones (Stgo. 1, 2).*

La tribulación obra paciencia, no porque sea su causa eficiente, sino porque la tribulación es materia y ocasión de ejercitar el acto de paciencia.

La paciencia (engendra) prueba. En el fuego es probado el oro y la plata (Eccli 2, 5). Fácilmente soportarnos el daño de alguna cosa, por amor a lo que amamos. Por consiguiente, si alguien sufre pacientemente en las cosas corporales y temporales para conseguir los bienes eternos, con ello se prueba suficientemente que ese tal ama más los bienes eternos que los temporales.

La prueba (produce) esperanza. Pues por el hecho de ser probada, una persona puede esperar, y ella y las otras lo pueden igualmente, que será admitida a la herencia de Dios. Véase, por tanto, cómo la tribulación prepara el camino a la esperanza. Por lo tanto, si alguno se gloria fuertemente de la esperanza, se sigue que se gloriará de las mismas tribulaciones.

La esperanza no trae confusión, esto es, la esperanza no desmaya, si el hombre no falta a ella. Pues se dice que es confundido en su esperanza el que desconfía de lo que espera.

Porque *la caridad de Dios está difundida en nuestros corazones.* La caridad de Dios puede entenderse de la caridad con que Dios nos ama, o de

la caridad con que nosotros amamos a Dios. El hecho de amar nosotros a Dios es señal de que él nos ama, como dice el libro de los Proverbios: *Yo amo a los que me aman* (8, 17).

Se dice que la caridad con que él nos ama *está difundida en nuestros corazones*, porque se muestra patentemente en ellos por el don del Espíritu Santo impreso en nosotros. Se dice *difundida en nuestros corazones* la caridad con que nosotros amamos a Dios, porque se extiende a perfeccionar todas las costumbres y actos del alma.

De ambos sentidos se deduce que *la esperanza no trae confusión*. Pues si se entiende de la caridad con que Dios nos ama, es evidente que Dios no se negará a los que ama. Igualmente si se entiende de la caridad con que nosotros amamos a Dios, también es evidente que Dios ha preparado los bienes eternos a los que le aman.

(In Rom. 5)

Jueves de la 34ª semana

NECESIDAD DE CAUTELA

Y así el que piensa que está en pie, mire no caiga (1 Cor 10, 12).

I. El ejemplo de los judíos, que perecieron en el desierto por castigo, nos amonesta a precaver la caída. Esta palabra de la Escritura implica cuatro advertencias al sabio, a saber: la muchedumbre de los que caen, cuando dice: *Y así*; la incertidumbre de los que están de pie, al añadir: *el que piensa que está en pie*; la necesidad de cautela, cuando agrega: *mire*; la facilidad de la caída cuando dice: *no caiga*. Dice por lo tanto: *Y así*, como si dijese: aun cuando aquéllos gozaron de los beneficios de Dios, perecieron, no obstante, por sus pecados; *y así*, con el recuerdo de ellos el que piensa, por alguna conjetura, *que está en pie*, esto es, que está en gracia y caridad, *mire* con diligente atención *no caiga* pecando o haciendo pecar a otros. *¿Cómo caíste del cielo, oh Lucifer?* (Is 14, 12). *Caerán mil a tu lado* (Sal 90, 7). Por lo tanto, dice el Apóstol: *Y así mirad, hermanos, que andéis avisadamente* (Ef 5, 15).

II. Debe advertirse que muchas cosas nos incitan a caer.

1º) La debilidad de las fuerzas, como caen los niños, los decrepitos, los enfermos. *Caerán de flaqueza*, dice Isaías (40, 30). Lo cual acaece por tibieza en el bien obrar e inestabilidad.

2º) El peso de los pecados, como caen los asnos bajo la carga excesiva: *Cayeron los que obran iniquidad* (Sal 35, 13). Esto ocurre por negligencia en la penitencia, pues el pecado que por la penitencia...

3º) La multitud de los que arrastran, como el árbol o la casa, cuando muchos lo empujan por debajo, cae sobre los mismos. Esto acaece por impulso de los enemigos.

4º) Lo resbaladizo de los caminos, como los incautos caen en el resbaladero. *Guárdate de resbalar casualmente con la lengua, y caigas* (Eccli 28, 30). Esto ocurre por la guarda incauta de los sentidos.

5º) La variedad de los tropiezos, como el ave prendida entre los lazos. *Siete veces caerá el justo* (Prov 24, 16). Lo cual acontece por la corrupción de las criaturas.

6º) La ignorancia de los deberes, como fácilmente caen los ciegos: *Si un ciego guía a otro ciego, entrambos caen en el hoyo* (Mt 15, 14). Esto es resultado de la negligencia en aprender lo necesario.

7º) Los ejemplos de los que caen, como los ángeles a ejemplo de Lucifer. Por eso dice el libro de los Proverbios: *El justo que cae delante del impío es una fuente enturbiada con el pie y un manantial corrompido* (25, 26). Sucede esto, imitando a los malos.

8º) La pesadez de los cuerpos, porque el cuerpo que se corrompe, recarga al alma, como la piedra en el cuello del nadador. *Un monte, cayendo, se deshace* (Job 14, 18). Esto tiene lugar alimentando superfluamente la carne.

(In I Cor., X)

Viernes de la 34ª semana

TEMOR AL JUICIO

Temed al Señor, y dadle honra, porque vino la hora de su juicio (Apoc 14, 7).

Por cuatro motivos debe ser temido aquel juicio:

1º) Por la sabiduría del juez. Pues conoce todas las cosas, los pensamientos, las palabras y las obras, ya que *todas las cosas están desnudas y descubiertas a los ojos de aquél* (Hebr 4, 13). Conoce nuestras palabras: *Oreja de celo, oye todas las cosas* (Sab 1, 10); y nuestros pensamientos: *Torcido es el corazón de todos, e impenetrable, ¿quién le conocerá? Yo, el Señor, que escudriño el corazón y examino los riñones, que doy a cada uno según su camino, y según el fruto de sus invenciones* (Jer 17, 9, 10). Allí habrá testigos infalibles, es decir, las propias conciencias de los hombres: *Dando testimonio a ellos su misma conciencia, y los pensamientos de dentro, que unas veces los acusan, y otras los defienden, en el día en que Dios juzgará las cosas ocultas de los hombres* (Rom 15, 16).

2º) A causa de la potestad del juez, pues es omnipotente en sí: *Ved que el Señor Dios vendrá con fortaleza* (Is 40, 10). Lo es también en los otros, pues toda criatura estará con él: *Peleará con él todo el universo contra los insensatos* (Sab 5, 21). Por ese motivo decía Job: *No habiendo nadie que pueda librar de tu mano* (10, 7); y el profeta David: *Si subiere al cielo, tú allí estás; si descendiere al infierno, estás presente* (Sal 138, 8).

3º) Por la justicia inflexible del juez. Porque ahora es tiempo de misericordia, pero el tiempo futuro sólo será de justicia. Por consiguiente, ahora el tiempo es nuestro, y después sólo será de Dios: *Cuando yo tomare el tiempo, yo juzgaré la justicia* (Sal 74, 3). Y en el libro de los Proverbios se lee: *El celo y la saña del marido no perdonará en el día de la venganza, ni se aquietará a ruegos de ninguno, ni recibirá dones en recompensa, aunque sean muchísimos* (6, 34-35).

4º) Por la ira del juez. Pues de manera distinta aparecerá a los justos [porque será dulce y deleitable, conforme con aquello de Isaías: *Los ojos de él verán al rey en su gloria* (33, 17)] de cómo se presentará ante los malos, porque estará airado y cruel, hasta el punto que éstos dirán a los montes: *Caed sobre nosotros, escondednos. .. de la ira del Cordero* (Apoc 6, 16). Pero esta ira no quiere decir, en Dios, conmoción del ánimo, sino efecto de ira, a saber, la pena eterna infligida a los pecadores. Como dice Orígenes, "¡cuán estrechos serán para los pecadores los caminos en el juicio!"

(In Symbol.)

Sábado de la 34ª semana

LA FIDELIDAD

Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida (Apoc 2, 10).

1º) *Sé fiel*, equivale a "guarda la fe". Como si dijese: sé siempre fiel, conserva la fe o la fidelidad, como la esposa a su marido, como el siervo a su señor, como el amigo a su amigo. La fe que debe la esposa al marido es que no se una a ningún otro. De ella dice Oseas: *Te desposaré conmigo en fe* (2, 20).

La fe que debe el siervo a su señor consiste en que recoja bien sus bienes, los guarde bien y los administre bien. De esa fe se dice en el Evangelio de San Lucas (12, 42): *¿Quién crees que es el mayordomo fiel y prudente? Y en la primera a los de Corinto se dice: Ahora lo que se requiere en los dispensadores, es que cada cual sea hallado fiel* (4, 2).

La fe que debe el amigo a su amigo es que esté unido a él en todo tiempo, y no lo abandone en el tiempo de la necesidad. De ella dice el Eclesiástico (6, 14): *El amigo fiel es una defensa fuerte; y quien lo halló, halló un tesoro*. No existe ninguna comparación para el amigo fiel. Y no hay oro ni plata que pueda valer la bondad de su fidelidad.

Hasta la muerte inclusive. Como si dijese: "aun para evitar la muerte no traiciones tu fe". *Hasta la muerte, combate por la justicia* (Eccli 4, 33).

2º) *Y te daré la corona de la vida*, es decir, la vida interminable, o la vida regia; *la corona de la vida*, equivale también al honor que vive siempre, y al cual no hay corona en el mundo que pueda compararse. De esta corona mundana dice el libro de la Sabiduría (2, 8): *Coronémonos de rosas; antes que se marchiten, es decir, de honor mundano que presto ha de perecer*. Y en el libro de Isaías (28, 1) se lee: *¡Ay de la corona de soberbia, de los embriagados de Efraín, y de la flor caduca!* Las rosas o flores con las que se hace la corona son las riquezas temporales, las delicias carnales, los honores mundanos. De ellas dice el profeta Jeremías (48, 9): *Dad flores a Moab*, porque brotará la flor sin llevar fruto alguno. Ésta es la corona que da el mundo a sus vencedores. La primera es la que da Cristo a los suyos.

(In Apoc., XI)